

EMILY BARR

El único

recuerdo de

Flora

*sé
valiente* Banks



blue

salamandra

EMILY BARR

*El único recuerdo
de Flora Banks*



Contenido

Portada

Dedicatoria

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

SEGUNDA PARTE

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

TERCERA PARTE

22

23

24

25

Normas de vida de Flora

Agradecimientos

Créditos

Para Craig

Prólogo

Mayo

Estoy en lo alto de una montaña, y aunque sé que he hecho algo terrible, no tengo la menor idea de qué es.

Lo sabía hace un minuto o una hora, pero se me ha ido de la cabeza y no he tenido tiempo de ponerlo por escrito, así que se ha perdido. Sé que debo permanecer alejada, pero no sé de qué me escondo.

Estoy de pie en la cumbre de una montaña, en un lugar helado y de increíble belleza. Muy abajo, a un lado, hay una extensión de agua con dos barcas de remo fuera, en la orilla. Al otro lado no hay nada; las montañas se extienden hasta donde alcanza la vista. El cielo es de un azul muy intenso y el sol, deslumbrante. En el suelo hay una ligera capa de nieve, pero yo tengo calor porque llevo un gran abrigo de pieles. Es un paraje radiante, nevado. No puede ser real. Estoy en algún sitio dentro de mi propia cabeza, ocultándome.

Cuando vuelvo a mirar, distingo una cabaña allá abajo, cerca de las barcas: me he alejado de ella, ladera arriba, huyendo de lo que sea que haya dentro. No debería estar sola aquí fuera porque sé que hay algo peligroso.

Pero prefiero correr riesgos en este hábitat desconocido que enfrentarme a lo que hay en la cabaña.

Como aquí no hay árboles, debo superar la cumbre para poder esconderme. En cuanto la haya dejado atrás, me encontraré en un paisaje agreste. Sólo estaremos yo, las montañas, las rocas y la nieve. Me quedo de pie en la cima y me saco dos piedras lisas del bolsillo del abrigo. No sé por qué lo hago, pero sí sé que es primordial. Son negras y me caben las dos juntas en la palma de la mano. Arrojo las piedras, una a una, con todas mis fuerzas y lo más lejos que puedo. Desaparecen entre las rocas cubiertas de nieve, y eso me deja satisfecha.

No tardaré en desaparecer. Encontraré un sitio donde esconderme y no me

moveré de allí hasta que recuerde qué he hecho. No me importa cuánto tiempo me cueste. Es probable que me quede aquí, en este lugar helado, durante el resto de mi vida.

PRIMERA PARTE

1

La música está muy alta, la habitación demasiado abarrotada, y da la sensación de que en esta casa hay más gente de la que cualquier ser humano pueda llegar a conocer. La vibración de los sonidos graves me recorre todo el cuerpo. Llevo un rato de pie en un rincón, así que inspiro profundamente y empiezo a abrirme paso entre extraños.

Me miro la mano. *FIESTA*, me revela con letras negras y gruesas.

—Ya me he dado cuenta —espeto, aunque no sé qué hago aquí.

El ambiente está cargado de una mezcla de sudor, alcohol y perfume que me resulta nauseabunda. Necesito salir de aquí. Quiero oler el aire fresco. Quiero apoyarme en una barandilla y contemplar el mar. En el exterior de esta casa está el mar.

—Hola, Flora —me dice alguien.

No lo reconozco. Es un chico alto, flacucho y sin pelo.

—Hola —respondo con toda la dignidad que consigo reunir.

El chico lleva unos vaqueros. Aquí todos los chicos, y la mayoría de las chicas, llevan vaqueros. Yo, en cambio, llevo un vestido blanco y brillante con mucho vuelo en la falda y unos zapatos amarillos que ni siquiera son bonitos, y que, encima, no son de mi número.

Supongo que me he vestido de acuerdo con lo que creía que era una fiesta... Y es evidente que soy la única persona que se ha hecho una idea equivocada.

Me miro la mano. *Tengo 17 años*, leo. Bajo la vista para mirarme otra vez. Tengo pinta de adolescente, pero no me siento como si lo fuera.

Cuando era pequeña, me encantaba arreglarme para las fiestas. Me ponía un vestido bonito, como el que llevo esta noche, y la gente me abrazaba y me decía que parecía una princesa. Pero ya soy demasiado mayor para esas cosas. Si tuviera un bolígrafo en la mano, me lo escribiría en el brazo para resaltarlo: «Soy mayor de lo que creo.» Ya no debería llevar vestidos de

fiesta. Debería llevar vaqueros.

—¿Una copa?

El chico me señala una mesa con vasos de plástico y botellas. Me miro la muñeca. *No bebas alcohol*, leo. Todos los demás están tomando lo que sea que haya en las botellas. Es posible que sea alcohol.

—Sí, por favor —contesto, para ver qué pasa.

Mi mano me informa asimismo de que *Drake se va*. *El novio de P*. Esta fiesta se celebra porque alguien se marcha. La P es de Paige. El novio de Paige. Pobrecita.

—De esa roja, por favor.

Me lamo el dedo y froto *No bebas alcohol* hasta que las palabras resultan ilegibles.

El chico alto me tiende un vaso de plástico lleno de vino hasta el borde. Hago una mueca tras el primer sorbo, pero sostener un vaso con una bebida alcohólica me hace sentir que aquí soy una más, y emprendo la búsqueda de Paige.

Tengo diecisiete años. Esto es una fiesta. Drake se marcha. Drake es el novio de Paige.

Una mujer me pone una mano en el brazo para detenerme. Me vuelvo hacia ella. Tiene el pelo de un rubio blanquecino con un corte escalado, y sé que es mayor que todos los demás invitados porque tiene arrugas en la cara. Es la madre de Paige. No sé por qué, pero no le caigo bien.

—¡Flora! —grita para hacerse oír por encima de la música. Me sonrío con los labios, pero no con los ojos. Yo la imito—. Flora. Has venido, y estás bien.

—¡Sí! —exclamo, asintiendo enérgicamente.

—Bueno, pues informaré a tu madre de ello. Ya me ha enviado tres mensajes al móvil para preguntar qué tal andabas.

—Vale —contesto.

—Dave y yo vamos a salir. ¿Seguro que estarás bien? Sé que siempre te hace falta un canguro.

Eso ha sido un pelín cruel.

—Sí, claro.

Me mira durante un ratito, y luego se da la vuelta y se aleja. Esa mujer es la madre de Paige, y ésta es su casa.

La música se detiene y suelto un suspiro de alivio. Sonaba muy alta y

estridente. Sin embargo, otra canción comienza a retumbar enseguida y la gente que me rodea se pone a dar brincos y a bailar de un modo que me resultaría imposible imitar. Está claro que este nuevo tema saltarán les encanta.

—¡Vuelve a poner a los Pixies! —grita alguien casi en mi oreja.

Doy un respingo y me derramo el vino tinto en la pechera del vestido. Parece sangre.

Una chica da un paso atrás y me pisa. Tiene el cabello muy corto y lleva unos pendientes enormes y un pintalabios de tono vivo que se le ha emborronado y hace que su boca parezca una herida.

—Ay, perdón —se disculpa, y vuelve a su conversación.

Necesito irme. Tengo que salir de aquí. Las fiestas no son como yo pensaba, con vestidos, juegos y una tarta. No encuentro a Paige: no tengo a nadie con quien hablar.

Voy de camino a la puerta, hacia el olor del mar y cualquier otro sonido que no sea esta música, hacia mi casa, cuando se oye un tintineo y en la habitación todo son «¡Chis!» pidiendo silencio. Las conversaciones se interrumpen y me paro en seco para mirar en la misma dirección que todos los demás.

Está de pie sobre una silla. Es Drake. Drake es el novio de Paige, y Paige es mi mejor amiga. Con ella piso terreno seguro: la conocí al empezar el colegio, con cuatro años. Paige llevaba trenzas, igual que yo, y ambas estábamos nerviosas. Recuerdo que saltábamos a la comba en el patio. Recuerdo que aprendimos a leer codo con codo: yo ya sabía y la ayudaba. Cuando crecimos un poco, yo le echaba una mano con los deberes y ella escribía obritas de teatro para que las representáramos y buscaba árboles a los que pudiéramos trepar. Me acuerdo de cuando empezamos el último curso de primaria juntas, emocionadas ante la perspectiva de ir al instituto.

Conozco a Paige, y cuando la miro, me sorprende comprobar que es una adulta. Eso significa que Drake es su novio de verdad.

Me fijo en el pelo oscuro y en las gafas con montura negra del chico. Lleva vaqueros, como todos los demás. No lo reconozco.

Echa un vistazo a la multitud: cuando su mirada se encuentra con la mía, sonrío durante unos instantes y luego la desvía. Eso significa que nos conocemos, aunque yo no lo reconozca. De pie, junto a su silla, hay una chica rubia que alza la vista hacia él. Está demasiado cerca. Creo que la he visto

antes. No debería mirarlo de esa forma si es el novio de Paige.

—Eh, chicos, muchas gracias a todos por... bueno, ya sabéis, por haber venido —dice Drake, dirigiéndose a la habitación llena de gente—. No me esperaba una fiesta, la verdad. ¡Si apenas llevo cinco minutos en esta ciudad! O cinco meses, para ser más exactos. Ha sido increíble estar aquí, con mis tíos Kate y Jon, y desde luego no me imaginaba que fuera a hacer un montón de amigos en este tiempo. Pensaba que Cornualles sería una especie de puesto de avanzada de Londres y que montaría en autobuses de dos pisos y, bueno, que comería la clásica bazofia británica y me convertiría en un *hooligan* del fútbol. Pero resulta que me lo he pasado en grande. Manteneos en contacto conmigo. Si alguno de vosotros quiere venir a las Svalbard a visitarme y a ver el paisaje más asombroso de este planeta, que lo haga, por favor. Llevo mucho tiempo soñando con vivir allí, y soy muy afortunado por tener la oportunidad de hacerlo. Aunque eso no quiere decir que Cornualles no haya sido alucinante, porque sí lo ha sido.

Alguien que está detrás de mí dice en voz baja:

—Debería dar un poco más la lata con lo del Ártico —y algunos se ríen.

Tengo un teléfono móvil en la mano. Lo uso para hacerle una foto a Drake, para recordarme por qué estoy aquí. No sé qué son las Svalbard. Es una palabra extraña. Pero está claro que a él le gustan.

Apuro el vino, que sigue teniendo un sabor horrible, y miro a mi alrededor en busca de más. Estoy mareada.

—Y por supuesto —continúa Drake—, durante mi estancia aquí he tenido la suerte de conocer a la preciosa Paige.

Se queda callado, sonrío y se ruboriza un poco. La persona que tengo detrás murmura:

—A ti te da mil vueltas, eso desde luego.

Y oigo bufidos de aprobación.

—Gracias a ella —prosigue Drake— he conocido a un montón de personas encantadoras como vosotros. Voy a echaros de menos. En cualquier caso, gracias a todos. Colgaré fotos de la nieve en Facebook para que podáis verlas. Bueno, me parece que eso es todo. Ah, y gracias a Paige, a Yvonne y a Dave por habernos dejado invadir su casa, cuando yo tenía planeado que fuéramos al pub. Y ahora seguid bebiendo y procurad no destrozar este sitio.

Sigue una breve ronda de aplausos mientras se baja de la silla con torpeza, pero el sonido queda un tanto amortiguado, puesto que todos tienen un vaso

en la mano y se ven obligados a dar palmas de una forma un poco rara y desmañada.

Trato de encontrarle sentido a lo que Drake acaba de decir. Se marcha. Se va a algún sitio con mucha nieve y está emocionado por ello. Ha pasado cinco meses aquí, en Penzance, en casa de sus tíos Kate y Jon. Paige ha organizado esta fiesta en su honor.

Paige está en un rincón, rodeada por un grupo de gente. Alza la vista y, con un simple gesto de las cejas, me pregunta si estoy bien. Le indico que sí con una ligera inclinación de la cabeza.

Paige es guapísima: tiene el pelo negro y largo, espeso y un poco rizado, y una piel muy blanca. Se le forman hoyuelos en las mejillas cuando sonrío. Parece una muñeca de porcelana. Hoy lleva un vestido azul eléctrico, corto y ceñido al cuerpo, con medias gruesas y unas botas de estilo militar. Doy un tirón a mi absurdo «vestido de fiesta» blanco y trato de no mirar mis horribles zapatos. Me siento completamente fuera de lugar.

Me pregunto qué pinta tendré en un espejo. No veo ninguno por aquí.

En la cara interior del brazo llevo una notita: *Al cine mañana con Paige, para animarla.*

Vuelvo a llenarme el vaso de vino tinto y salgo por la puerta lateral intentando pasar desapercibida. ¡Como si alguien fuera a darse cuenta o a preocuparse de que me vaya! El aire frío me golpea el rostro y el mar me llena los oídos y los pulmones. Cierro los ojos durante unos segundos. Gracias a Dios que he salido de esa fiesta.

Estoy plantada en medio de la carretera y es de noche. Miro a mi alrededor tratando de situarme. Hay una línea blanca bajo mis pies. Es el centro exacto de la carretera. Un coche viene hacia mí, deprisa, y toca el claxon. Miro fijamente los faros que se acercan, pero el vehículo hace una maniobra brusca y continúa; aún se oye el claxon cuando desaparece en la distancia.

No debería estar sola aquí fuera. No debería plantarme en mitad de una carretera. Hace poco que han empezado a dejarme cruzar las calles sin un adulto. ¿Qué hago fuera de noche? ¿Por qué estoy sola? ¿Dónde está mi madre?

Llevo un vestido blanco y unos zapatos amarillos muy raros. El vestido tiene una mancha roja en la pechera, pero cuando la toco con la mano no me

duele. Mis dedos sujetan un vaso de plástico lleno de zumo de grosella. He derramado un poco sobre la línea blanca.

Tengo diez años. No sé qué hago en el cuerpo de una adulta. Me parece odioso y quiero irme a casa. Cruzo corriendo el resto de la carretera y descubro que estoy en el paseo que hay junto al mar. Desde algún sitio me llega una música. Me apoyo en la barandilla y trato de no dejarme llevar por el pánico.

Tomo un sorbo del vaso y hago una mueca. Esto no es zumo de grosella, pero el sabor horrible que percibo en la boca me resulta familiar, así que ya debo de haberlo bebido antes.

Me miro la mano. *FLORA*, leo, y ésa soy yo. Los signos de mi mano indican mi nombre. Me aferro a eso. Soy Flora. Debajo de esa palabra, pone: *sé valiente*. Cierro los ojos, respiro hondo y recobro la calma. No sé qué hago aquí, pero voy a estar bien.

Tengo 17 años, leo.

En mi otra mano pone *FIESTA y Drake se marcha. El novio de P.* Hay algo más, un borrón que me es imposible leer. En el brazo, veo escrito: *Al cine mañana con Paige, para animarla.* Y en la muñeca: *Mamá y papá: Morrab Gardens, 3.*

Sé quién es Paige. Es mi mejor amiga. La conocí al empezar el colegio, cuando teníamos cuatro años. Drake es su novio, pero se marcha, y ella necesita que la animen.

Sé que tengo unos padres y también dónde vivo. En el número 3 de Morrab Gardens. Necesito volver a casa, y eso voy a hacer. Noto algo raro en la cabeza. Estoy mareada.

Contemplo el reflejo fragmentado de la luna en el mar. Hay un letrero sujeto a la barandilla: «GATO BLANCO Y NEGRO SIN OREJAS. DESAPARECIDO DESDE EL MARTES.» Se incluye un número de teléfono, por si lo has visto. Tomo una fotografía del cartel, luego otra, y otra más. No me gusta la idea de que un gato blanco y negro sin orejas ande perdido por ahí. No oír los coches. Tengo que ir en su busca.

Le doy la vuelta al móvil y hago una foto de mi propia cara. Cuando la miro, compruebo que tengo un aspecto distinto. Soy mayor de lo que toca. No tengo diez años.

Ha habido una fiesta. Drake se marcha. Paige está triste. Tengo diecisiete años. Debo ser valiente.

El agua es negra; es una inmensa extensión de tinieblas que se prolonga en la noche. El reflejo de la luna centellea en la oscuridad. El reluciente paseo marítimo está donde termina la tierra.

Dudo si bajar a la playa y echar a perder estos extraños zapatos amarillos, que no sé si me gustan o no, al caminar entre las rocas cenagosas y hundir los pies en la arena mojada.

Podría sentarme ahí, tomarme el vaso de bebida roja que tengo en la mano y contemplar el mar un ratito más. Bajo con cuidado por unos peldaños tan desgastados que se han ahuecado en el centro y comienzo a andar hacia las rocas. Al final no se me hunden los zapatos. La arena pedregosa es más firme de lo que parece. Encuentro un sitio donde sentarme y observo el agua.

Pese a los ruidosos lametones de las olas sobre las rocas, oigo unas pisadas que se acercan a mi espalda. No me doy la vuelta, y entonces alguien se sienta a mi lado.

—Flora —dice con una sonrisa de oreja a oreja el chico que aparece junto a mí en las rocas. Nuestros hombros se tocan—. Eso es vino, ¿no?

Me quita el vaso de la mano y da un sorbo. Lo miro. Lleva gafas y unos vaqueros y tiene el pelo oscuro.

Me aparto un poquito.

—Soy yo —añade—, Drake. Flora, ¿estás bien?

—¿Tú eres Drake?

—Sí. Ah, ya veo qué ha pasado. Todo va bien, Flora, te conozco desde hace meses. Era el novio de Paige.

No sé muy bien qué decirle.

—No pasa nada, de verdad. Pero lo de tomar vino no te pega nada.

Quiero decir algo, pero no se me ocurre una sola palabra. Quiero tratar de fingir que soy normal. Éste es Drake. Le han hecho una fiesta, y ahora está en la playa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto—. En la playa.

Miro lo que tengo escrito en la mano izquierda. Apenas distingo las palabras a la luz de la farola que hay detrás de nosotros. *Drake se marcha*, me revela de nuevo mi mano izquierda. Lo que hay escrito debajo resulta

ilegible. La derecha me recuerda, una vez más, que sea valiente.

Drake me coge la izquierda y lo lee. Noto su mano caliente en la mía.

—«Drake se marcha» —repite en voz alta—. «El novio de P.» —Ambos miramos fijamente las palabras—. «Flora, sé valiente» —añade, leyendo ahora la derecha—. Me encantan las palabras de tus manos. ¿Funcionan? ¿Te ayudan a recordar?

Me sujeta ambas manos entre las suyas. Dice:

—Ya no soy el novio de Paige.

No sé qué hace aquí. Va a marcharse. Se va a algún otro lugar.

La noche se ha vuelto más fría y el viento helado que sopla directamente del mar me da en la cara.

—¿Cómo serán las cosas en ese sitio al que vas?

Hablo deprisa porque me siento incómoda.

Sigue agarrándome las manos. Me gusta la sensación de su piel cálida sobre la mía. La expresión de sus ojos me revela que ya debería conocer la respuesta a la pregunta.

—Va a ser increíble —contesta—. Y frío. Ya estuve allí una vez, hace mucho tiempo. Fuimos de vacaciones a las Svalbard para ver el sol de medianoche. Tenía diez años, y desde entonces he deseado vivir allí. Y ahora, nueve años después, por fin voy a hacerlo. Será alucinante. —Suelta un suspiro—. El curso que voy a hacer se imparte en inglés porque se apunta gente de todo el mundo. Lo cual es una suerte para mí, porque soy un negado para los idiomas.

Se acerca un poco, de modo que ahora nuestros costados se tocan de arriba abajo. Me suelta la mano izquierda y me sujeta la derecha con más fuerza.

Me resulta imposible concentrarme en lo que está diciendo, porque la piel de todo mi cuerpo ha cobrado vida. Se ha vuelto hipersensible, y lo único que hasta el último centímetro de mi piel desea en estos momentos es que él lo toque.

Es el novio de Paige y no sé qué está haciendo aquí.

—Una suerte, sí... —consigo repetir. Apoyo la cabeza en su hombro, puesto que no tengo nada que perder, y añado—: Tienes diecinueve años. Yo tengo diecisiete.

Me parece importante recordar eso. Aparto la cabeza porque es el novio de mi amiga.

Drake se estira para rodearme con el brazo izquierdo y me ladea la cabeza

hacia su hombro. Me apoyo en él y noto que su brazo me ciñe la cintura.

—Paige y yo hemos roto —dice.

Vuelve la cara hacia mí y yo vuelvo la mía hacia él. Cuando sus labios se posan en los míos, sé que esto es lo único que puedo hacer en el mundo.

Los coches pasan de largo por detrás de nosotros. Las olas rompen cerca de nuestros pies y vuelven a alejarse. Estoy besando a Drake. Quiero quedarme sentada en la playa con él para siempre. No tengo ni idea de cómo o por qué ocurre esto, pero sé que es la única cosa buena que me ha pasado en toda la vida. Hay destellos de luz. El resto del mundo se desvanece.

Haciendo un esfuerzo, consigo volver a la realidad. Una ola rompe con estrépito en la orilla y el viento me alborota el pelo.

—Eh —dice Drake—, oye... ¿te apetece ir a algún sitio conmigo? Ahora, quiero decir. Podríamos pasar la noche juntos...

Lo miro fijamente. Podríamos pasar la noche juntos. Todo en mi interior se pone tenso. Quiero pasar la noche con él. No tendría ni idea de qué hacer. Drake quiere pasar la noche conmigo. La noche. Esta noche.

Debo irme a casa.

—Pero mi madre... —digo.

Nos miramos a los ojos y no soy capaz de terminar la frase. No puedo dejar de mirarlo. Me inclino para volver a besarle, pero él se aparta un poco.

—Tu madre... Dios mío. Perdona, ha sido una idea terrible. Es decir... ¿En qué demonios estaría pensando? No pretendía...

Se interrumpe. No puedo hablar, así que me limito a asentir. Me mira con una expresión difícil de interpretar.

—Estoy bien —le aseguro, y añado—: Lo siento. Es que... Es que yo... nunca pensé...

Me llevo un mechón de pelo a la boca. No consigo decir lo que estoy pensando. Quiero decirle que jamás habría esperado que me ocurriera algo así. Que estoy segura de que no lo he vivido antes. Que estoy confusa y aún intento asimilar plenamente este momento. Que lo amaré para siempre por hacerme sentir normal. Que me encantaría pasar la noche con él, pero no puedo serle tan desleal a mi amiga. Y que no puedo pasar toda la noche fuera, porque simplemente no puedo hacerlo.

—Llamaría a la policía —digo, pensando en mi madre.

—La policía, Dios mío. Soy un idiota. Olvida lo que he dicho.

El vello de los brazos se me ha erizado de frío. El mar está muy picado,

agitado por el viento, y la luna y las estrellas han desaparecido detrás de las nubes. El cielo está tan oscuro como el mar.

—Lo que pasa —continúa Drake— es que puedo decirte esto porque... Bueno, qué demonios... porque, total, no vas a recordarlo. Cuando me encontraba contigo y con Paige en el pub y te miraba..., te veía ahí, tan guapa y rubia y tan diferente de cualquier otra chica del mundo, y me preguntaba cómo sería estar contigo. Eres tan distinta... Y siempre me sonreías. Lo único que quería era cuidar de ti y escuchar las cosas que dices, porque son diferentes de cualquier otra cosa que puedan decir los demás. —Me toma la cara entre las manos—. ¿Estarás bien, Flora?

Asiento. Quiero escribirme que le he dado un beso, ahora mismo. Pero sería raro garabatearme algo en el brazo mientras está hablando. Quiero escribirme que deseaba llevarme a algún sitio a pasar la noche con él. No quiero olvidar algo así. Quizá podríamos hacerlo. Yo podría encontrar la manera. Podría ser normal por una noche, como una adulta.

—Estaré bien —contesto—. Oye, si vamos a algún sitio ahora, podré hacerlo, estoy segura de que sí. Podré hacer que salga bien.

—No. Perdona, ha sido culpa mía. No podemos. Pero..., bueno, podríamos seguir en contacto, ¿no? Sólo para... saber que estás bien. Lo harás, ¿verdad?

—Sí, seguiré en contacto.

Quiero volver a besarlo. Quiero que siga besándome. Ahora que lo he besado quiero borrar todo lo demás, que el mundo desaparezca a nuestro alrededor hasta que no exista nada excepto Drake, yo y una playa.

Ahora el agua está muy cerca, de modo que retrocedemos un poco en la franja de arena cada vez más estrecha. Él inspira profundamente y me aferra más fuerte la mano.

—Flora Banks. Cuídate mucho. No le cuentes esto a Paige, no se lo digas a tu madre. No te lo escribas en la mano.

Coge una piedra de la playa y la sostiene en la palma de la mano. Es una piedra pequeña y lisa. Incluso a la luz de la luna, advierto que es totalmente negra, aunque la mayoría de estos guijarros son de color gris pizarra.

—Llévatela —dice—. Esta piedra es para ti.

Me pone la piedra en la mano y me cierra los dedos sobre ella.

—La conservaré siempre —respondo.

Me levanto. Estoy helada, agarrotada y confundida. Quiero meterme en la cama y revivir estos momentos una y otra vez. Drake también se queda ahí de

pie, y ambos estiramos los músculos y nos miramos.

—Bueno —dice—. Bueno, yo... No puedo volver a casa de Paige esta noche. Ya no. Me iré a otro sitio, y por la mañana me marcharé discretamente.

Vuelve a besarme, en los labios. Me apoyo en él y noto que me rodea con los brazos. Sé que nunca volveré a sentirme así.

—¿Te acompaño a casa? —pregunta, pero digo que no con la cabeza.

Me quedo inmóvil en la playa y observo cómo se aleja. Llega hasta los peldaños y asciende hacia el mundo real. Se detiene y me dice adiós con la mano antes de desaparecer de mi vida para siempre.

He besado al hombre de mis sueños. Y se va a un lugar frío y lejano, con un sol de medianoche. Alzo la mirada hacia el cielo oscuro.

Cuando llego a casa, mi madre me está esperando, en bata, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros y una taza de té en las manos. Me da un beso en la mejilla y me mira de arriba abajo.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta.

—Sí.

—Has bebido.

—Un poquito.

—Mira qué mancha tienes en el vestido. Bueno, no importa. ¿Ha estado bien?

Sonrío de oreja a oreja.

—Sí, gracias. La verdad es que ha sido estupendo. Absoluta y totalmente estupendo.

—Me alegro. ¿Te ha acompañado Paige hasta aquí?

—Sí.

—Fantástico. Entonces, ya puedo recuperar mis zapatos.

Me quito los zapatos amarillos sin agacharme y subo al piso de arriba. Ya en mi habitación, me pongo el pijama y luego apunto hasta el último detalle de mi encuentro con Drake. Lo anoto todo en el dorso de un viejo cuaderno, donde sé que a mi madre no se le ocurrirá mirar, y luego lo escondo bajo todas las otras cosas que hay en la caja de debajo de mi cama. En un pósit, escribo un recordatorio de que lo he metido ahí, y por la mañana al levantarme lo leo y releo sin parar.

Lo leo, pero no me hace falta, porque soy capaz de recordarlo.

La piedra negra está sobre mi mesita de noche. Me acuerdo. Tengo diecisiete años.

2

—¡Lo besaste!

Paige no grita, pero ojalá lo hiciera. Su furia es silenciosa. Me fulmina con una mirada intensa y repite:

—Lo besaste. Sé que lo hiciste. No te acordarás, pero lo hiciste, y lo sé porque...

La cabeza me da vueltas y no consigo concentrarme en sus palabras. Sé que está hablando. Sé que está enfadada. Sé que tiene derecho a estarlo. Pronuncia las palabras, pero yo no las oigo. Me obligo a mirarla. Me obligo a sintonizar de nuevo.

Respira hondo.

—¡Lo has escrito!

Tiene uno de mis pósits en la mano, así que no puedo fingir, por supuesto. Las palabras están ahí, de mi puño y letra, y ella sabe que mis notas registran hechos. Sabe que esto es real.

Yo también sé que es real. Lo recuerdo. Me acuerdo de cosas que sucedieron antes de que me pusiera enferma, y ahora recuerdo haber besado a Drake. Ahora sé que ya no soy una niña pequeña, porque besé a un chico en la playa y él me pidió que pasara la noche con él. No tengo diez años. Tengo diecisiete.

Me acuerdo. La piedra, Drake o el amor me hicieron recordar. Quizá en eso consista lo de enamorarse.

No puedo negarlo ante Paige. Recuerdo haber besado a Drake. Y tal vez ese beso me haya devuelto la memoria, aunque en este momento aún no consigo recordar nada de lo que me ha ocurrido después de los diez años. Miro el papelito amarillo que Paige tiene en la mano y me fijo en que escribí las palabras en el borde con la letra más pequeña posible. En el centro, en rotulador grueso, pone *compra leche*. En el borde, con letra diminuta, escribí: *He besado a Drake. Amo a Drake*. Los ojos se me van todo el rato a esas

palabras. Me maravilla que haya podido ocurrir. Me hace feliz y me dan ganas de llorar.

No dejo de pensar que voy a olvidarlo, pero hasta ahora no lo he hecho. Estaba sentada en la playa y él se acercó a mí, se sentó a mi lado y nos besamos.

Éste es el único recuerdo claro que tengo en la cabeza aparte de los de antes de ponerme enferma. Me aferro a él, deseando retenerlo, recreándome en él todo lo que puedo. Lo adoro. Necesito conservarlo para siempre. Si me acuerdo de esto, me acordaré de otras cosas. El beso de Drake será lo que me cure. Muy pronto recordaré algo más, aunque espero que no sea esta conversación.

Paige sostiene en alto el pólit y me mira con tanto odio que tengo que bajar la mirada al suelo. Estamos en una cafetería, un alegre saloncito de té en Market Jew Street, esperando a que nos sirvan. Después de tomar el té, teníamos previsto hacer otras cosas. Paige ha encontrado la nota porque, al sentarme, he sacado el teléfono móvil para mandarle un mensaje a mi madre y decirle que he llegado bien. Una lluvia de papelitos amarillos ha caído de mi bolso, Paige se ha agachado a recogerlos y se me había olvidado que tal vez en alguno de ellos hubiera algo que no quería que mi amiga viera.

Se me había olvidado. Pues claro que sí. Me acuerdo del beso, pero había olvidado que había escrito algo sobre él.

Paige ha visto el nombre de Drake en el borde de una notita que he cogido yo y me la ha arrancado de la mano. Ahora me mira fijamente.

—¿Cómo que lo amas? No sólo lo has besado, y ni siquiera sé cuántas veces habrá pasado eso, tengo tan poca idea como tú, sino que encima crees que lo quieres. Vaya, Flora, esto sí que no me lo esperaba...

No sé qué decir. Sé que estoy enamorada de él, pero no quiero que Paige sepa cuánta pasión ha despertado en mí esta noche. Aun así, hago un gesto de asentimiento.

—Y lo has besado. ¡Admítelo! Sé que lo has hecho, estoy segurísima, al cien por cien.

Clavo la mirada en el suelo, que parece de madera pero no lo es. Luego vuelvo la cabeza para no mirar a Paige y me fijo en la gente que hay a una mesa más grande, cerca de la nuestra. Es una familia: dos adultos y dos niños.

Los mayores leen el periódico y los críos se dan puntapiés por debajo de la mesa. Los cuatro llevan vaqueros y forros polares azules.

—Drake se fue a la playa —continúa Paige en voz baja—, y ya no volvió. Pasaste toda la noche con él.

—¡No! Me fui a casa. Puedes preguntárselo a mi madre. Paige... ¡me acuerdo!

También recuerdo que me pidió que pasara la noche con él. Pero esa parte no voy a contársela a Paige.

—No, no te acuerdas. Y tu madre te encubriría si te lo llevaste a casa y los dos os acurrucasteis en tu camita toda la noche y él se las piró prontito por la mañana. Ella no me lo contaría porque no querría que perdieras a tu única amiga en el mundo entero. Y, por cierto, ya puedes decirle que he cambiado de opinión sobre el favorcito que me pidió. Sólo accedí para poder colgarle el teléfono. Dile que por mí pueden llevarte con ellos.

—¡No! —Siento que el pánico se apodera de mí—. ¡De verdad que no, Paige! Sí que nos sentamos en la playa. Sí que nos besamos. Lo siento. Yo me fui a casa y él se marchó... no sé adónde. Perdóname, Paige. No era mi intención que pasara. Pero lo recuerdo, de verdad que lo recuerdo. Lo tengo en la cabeza.

No tengo ni idea de en qué consiste ese «favorcito», pero no es momento de preguntarlo. Es probable que me lo hayan contado ya miles de veces.

—¿Que no era tu intención? ¡Madre mía! Y no me digas que lo recuerdas, Flora, porque sé que no es cierto.

—No pretendía que pasara, no lo esperaba. Pero sí que pasó. Y lo recuerdo. No sé por qué, pero...

—Estás enamorada de él —me interrumpe.

Me encojo de hombros, un poco avergonzada.

—Corrijo: has puesto por escrito tu historia de amor, y cada par de horas, cuando lo olvidas todo, la relees y te convences de que estás enamorada de él. Es patético. Sobre todo por parte de Drake. Todo para ti, si ésa es la actitud que buscas en un novio. Por lo que yo sé, y por lo que sabes tú, bien podría haberse dedicado a seducirte una y otra vez durante estos últimos meses. Qué bonito. Pues sí que va a servirte de mucho ahora que está en el Polo Norte. Puedes quedarte con mi novio, pero se ha largado. —Guarda silencio e inspira profundamente—. ¿Y sabes qué? He sido la única que ha cuidado de ti durante un montón de años. Te he sacado por ahí, cuando tu madre te

habría dejado en casa entre algodones. Te he llevado al cine. Te he llevado a clase de zumba. Te llevé a remar en piragua durante un año entero. He cuidado de ti mejor que aquella cuidadora-carabina que tenías cuando ibas al colegio. Cada vez que se te olvida dónde estás, yo te ayudo. Mi madre siempre lo ha odiado. Decía que no tenía por qué ser tu ángel de la guarda. Pero, claro, ningún problema, quédate con mi novio. Además, por si te interesa...

Se interrumpe cuando la camarera, con pinta de aburrída, aparece con el té en una bandeja redonda. Tarda un montón en colocar una taza delante de cada una, una jarrita de leche entre ambas, un pequeño cuenco con sobrecitos de azúcar y, finalmente, una tetera azul brillante.

Mientras lo hace, nosotras no hablamos ni nos miramos.

—Gracias —suelta por fin Paige con aspereza.

Empiezo a servir el té, primero su taza. Paige me observa; me tiembla la mano y derramo parte del té, que se acumula sobre la mesa y después resbala hacia el borde. Ella no hace nada, así que acabo de servir y me acerco a la barra en busca de unas servilletas de papel con las que enjugar el líquido antes de que caiga en cascada al suelo.

Paige no coge la taza. Va vestida con unos pantalones negros ajustados y una camiseta ceñida de cuello abierto. Lleva el pelo recogido y un pintalabios rojo vivo. En mi mano pone que íbamos a ir al cine. Es probable que quisiera hablarme de Drake y de cuánto lo echa de menos.

Ahora ya no haremos esas cosas, nunca más.

Paige coge aire y continúa donde lo había dejado.

—Por si te interesa, siempre he sabido que te gustaba. Lo veía clarísimo. No hay nadie más transparente que tú, Flora. Sin embargo, no imaginaba que él se atreviera a hacer nada... Sólo Dios sabe cuántas veces habrá pasado. No tenía ni idea de que se hubiese fijado en ti, más allá de tu interesante historial médico... del que tú nunca has sabido ni la mitad. Por si te interesa, nada de lo que digas podrá convencerme de que no te has acostado con él. Nada de nada. Por si te interesa, no consigo entender que hayas podido hacer una cosa así. Y con mi novio, nada menos. Sé que olvidarás a Drake, porque no lo conocías antes de esa supuesta enfermedad tuya, pero llevabas su nombre escrito en la mano, y ponía que era mi novio. Y sé —agita el papelito en el aire— que crees estar enamorada de él. ¿Lo has estado desde el principio, en secreto?

Trato de negar con la cabeza, pero no lo consigo.

—No lo sé. —Mi voz suena frágil y temblorosa—. No me acuerdo.

—Eh, no pasa nada. —Ahora sonrío y me mira a los ojos—. Te has escrito una arrebatadora historia de amor y eso te hace sentir menos infantil. Ya no es ningún secreto, de modo que ya puedes poner al día tus estúpidas notitas. Dame, lo haré por ti.

Tiende la mano abierta hacia mí, y yo empujo el taco de pósits a través de la mesa. Saca un bolígrafo de su bolso y empieza a escribir, primero en mi nota original, y luego en uno, dos y hasta tres papeles nuevos. A medida que los llena, los va pegando con brusquedad en la mesa, delante de mí, y en cuanto acaba, coge el bolso y se va. No ha tocado la taza de té.

Se detiene, con la puerta ya abierta, y se vuelve para mirarme. Yo también la miro. Abre la boca, como si estuviera a punto de decir algo. Empiezo a levantarme, pero ella niega con la cabeza y sale dando un portazo.

Leo el despliegue de papelitos amarillos. Las palabras *compra leche* están tachadas.

Ahora pone: *He besado a Drake. Estoy enamorada de Drake. No es ningún secreto. Tengo que buscarme una nueva mejor amiga.*

En el segundo papelito, leo: *Paige no volverá a dirigirme la palabra. Recuerda no ponerte en contacto con ella nunca más.*

Y en el tercero, dice: *no llames por teléfono ni envíes mensajes a paige nunca más.*

Me tomo el té y miro fijamente esas palabras. La piedra sigue en mi bolsillo, como un testigo de mi traición.

—Sí lo recuerdo —le digo al asiento vacío donde estaba Paige—. Me acuerdo.

Cuando llego a casa, con la pelea con Paige aún en la cabeza, me encuentro con un gran trajín. En el vestíbulo hay una maleta. Mamá no me estaba esperando en la ventana. Oigo pisadas en el piso de arriba. Hay mucho ajeteo y todo parece distinto.

—¿Hola? —llamo mientras me quito los zapatos.

Me pregunto si la maleta significa que alguien llega o se va. Quizá Drake esté aquí. Tal vez nos vayamos a algún sitio.

Recojo parte del correo comercial del felpudo. Hay una carta de pizzas y un folleto sobre la temporada de verano en Flambards. Flambards es un sitio

con montañas rusas, «pedalcópteros» y tiovivos. Quiero ir allí, así que me guardo el folleto en el bolsillo trasero, junto con la piedra.

Me muero de ganas de contarles a mis padres que tengo un recuerdo, pero no puedo decirles que he besado al novio de Paige. Sin embargo, aquí está pasando algo, y de pronto me aterriza que Paige los haya llamado para revelarles mi secreto. Tal vez lo sepan todo y me manden lejos de aquí.

Papá baja los peldaños de dos en dos.

—¡Flora! —exclama, y se vuelve de nuevo hacia la escalera—. ¡Annie, es Flora! —Me mira otra vez—. Vamos a buscar a tu madre.

Mi padre es divertido y encantador. Trabaja de contable, pero en casa, de puertas adentro, lleva jerséis de colores que él mismo teje a mano. Siempre dice cosas graciosas. Si mi madre no se lo ha peinado, lleva el pelo de punta. Haría cualquier cosa por mí, lo sé, y yo también por él, en el caso de que yo fuera capaz de hacer algo. Todo lo que tiene que ver con él me llena de alivio en cuanto lo veo. Él es mi hogar.

Ahora mismo parece preocupado. Me examino las manos y los brazos preguntándome qué cosa importante habré olvidado ahora.

—¿Nos mudamos de casa? —me aventuro a preguntar.

Esboza una leve sonrisa.

—No, cariño, no nos mudamos. ¡Annie!

Mi madre baja la escalera a toda prisa, con la larga rebeca ondeando tras ella y el pelo alborotado, y casi se nos echa encima.

—Flora, cariño. Oh, mi querida Flora. ¿Cómo está Paige? Bueno, ¿y si tomamos una taza de té?

Me mira los brazos y yo los estiro para mostrarle que no hay nada nuevo. Llevo los papelitos amarillos en el bolso y siento una enorme oleada de alivio al comprender que no saben nada de lo de Drake. Se asustarían e intentarían hablar con Paige y suavizar las cosas como si yo fuera una cría pequeña que no es responsable de sus actos. Ya no soy ninguna cría. Tengo diecisiete años.

Drake me ha hecho recordar. Abro la boca para contárselo todo a mis padres, pero vuelvo a cerrarla. No quiero que sepan que he besado a un chico en la playa. En esta casa soy una niña pequeña. Besar a un chico estaría mal.

Sabía lo que estaba haciendo. Y me aferro a ese hecho. No estuvo bien por mi parte, pero el beso me pertenece y fue real. Sigue ahí. Está en mi cabeza. Me acuerdo porque amo a Drake. Acaricio la piedra en mi bolsillo,

convencida de que si la pierdo, perderé también el recuerdo.

—Prepararé la tetera —anuncio.

—Gracias, cariño.

Pongo el agua a hervir y la vierto en la tetera de topos que tenemos desde que yo era pequeña. La dejo sobre la mesa, junto con una botella de leche que saco de la nevera y la taza favorita de cada uno. En la puerta del frigorífico hay un cartel con nuestras tazas favoritas: es un folio impreso con fotos y los nombres debajo. Supongo que lo habré hecho yo misma. Por lo visto, mi taza favorita es una rosa con topos, la taza más aburrida de la historia. En la de mi madre pone «LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO» y hay un dibujo de una señora con delantal. En la de mi padre se lee «WILLIAM SHAKESPEARE» y lleva la imagen de un hombre con barba. Apuesto a que en realidad no son sus favoritas, pero las saco de todas formas.

Siento las palabras de Paige dentro de mi bolso. No tengo que mirarlas para saber qué dicen exactamente, todavía no. Las palabras traspasan la tela y se graban a fuego en mi piel.

—Flora —dice papá una vez que nos hemos sentado a la mesa. No es muy habitual que sea él quien inicie la conversación—. Oye, ha ocurrido algo, una cosa complicada.

Tengo ante mí el cuaderno y un bolígrafo, y también el móvil, porque me da la sensación de que tendré que recordar lo que van a contarme.

Mi madre sostiene la taza de té con ambas manos y no dice nada. Ni siquiera me ha sugerido que tome una galleta.

—¿Te acuerdas de Jacob? —pregunta entonces.

—¡Adoro a Jacob! Es mi hermano. ¿Dónde está?

Sigo las miradas de mis padres hasta las fotografías de la pared.

Son imágenes impresas de mí, de papá y mamá, todas pegadas en la pared con cinta adhesiva. Junto a ellas hay una foto enmarcada de un niño. Nuestros nombres figuran debajo, y en la del niño pone «JACOB (HERMANO)».

Conozco a Jacob. Es la persona que más quiero del mundo. Es mayor que yo. Solía cogerme en brazos y llevarme de aquí para allá, me dejaba sentarme en su regazo para ver la televisión, y tengo un recuerdo muy claro de cuando me dejaba pintarle las uñas de los pies.

—Está en Francia. Ya sabes que Jacob es mayor que tú. Lo sabes, ¿no? —

explica mi madre, hablando muy rápido—. Tiene veinticuatro años. Ahora vive en Francia y no lo vemos muy a menudo, pero te quiere muchísimo. Más que a nosotros.

—¿Veinticuatro años? —Miro la foto frunciendo el entrecejo. Es un chico delgaducho, con el pelo oscuro y bastante guapo, aunque huesudo. Parece más joven.

—Es una fotografía antigua —aclara mi padre—. Sí, ahora tiene veinticuatro años. Llevamos bastante tiempo sin verlo. —Me mira para comprobar mi expresión, y después continúa—: Ayer nos llamó, y esta mañana nos han llamado del hospital. Por lo visto, está muy enfermo. Tenemos que ir a verlo, Flora.

Trato de seguir el hilo.

—Si hace siglos que no lo vemos, ¿cómo sabéis que me quiere? Yo sé que lo quiero porque me acuerdo.

—Lo sabemos, sin más —interviene mamá—. Eso no es lo que importa ahora. Tenemos que ir a verlo al hospital.

—¿Vamos a viajar? ¿Por eso está ahí esa maleta? ¿Nos marchamos a Francia para ir a ver a Jacob?

Nunca he salido de mi ciudad. No tengo ni idea de cómo puede ser Francia, excepto por una vaga imagen de la torre Eiffel.

—No —contesta mi padre, y mamá se bebe la mitad del té de un solo sorbo; está muy nerviosa—. Tú no. Nosotros nos vamos, pero tú tienes que quedarte aquí. Éste es el mejor sitio para ti, Flora. Francia te resultaría abrumadora, y mamá y yo tendremos que centrarnos en Jacob. El viaje sería demasiado complicado, y tendrías que aprender a desenvolverte en un sitio nuevo. Estarás mucho mejor aquí.

—Pero ¡yo quiero ver a Jacob! ¡Quiero ir con vosotros!

—No tienes pasaporte —tercia mi madre. Su voz suena rara—. Si te quedas aquí, estarás bien. Ayer hablé con Paige, justo antes de que te fueras a la fiesta, y va a venir a quedarse contigo. Ya le he preparado la habitación de invitados. Ella cuidará de ti. Recuerda no acudir a la vecina de al lado si necesitas algo, porque últimamente la señora Rowe está más confundida que tú y sabe Dios qué podríais tramar las dos juntas. Confía en Paige y todo irá bien. Te dejaremos dinero. Llenaré la nevera de comida preparada y no estaremos fuera mucho tiempo. Te mandaré un mensaje cada día cuando sea la hora de tomarte la medicación. Por las noches puedes tomarte una pastilla

de más para que te ayude a dormir y a estar tranquila. Y siempre que olvides dónde estás, Paige te lo recordará.

—Ah.

Pienso en esta proposición inesperada. Paige no vendrá a quedarse conmigo ni me recordará dónde estoy, puesto que no me dirige la palabra porque he besado a su novio. Aún tengo nuestra conversación en la cabeza, pero si no se la cuento a mis padres, podré quedarme sola en casa.

Garabateo todo lo que me han dicho y luego le hago una foto a la página con el móvil. Jacob está enfermo y me gustaría ir a verlo, pero no tengo pasaporte, así que no puedo. Si me quedo sola en casa, podré pensar en Drake el día entero. Podré sentarme a recordar cómo nos besamos, podré ir hasta la playa donde ocurrió sin que nadie me pregunte adónde voy. Tengo el beso, una isla en mi memoria, y quiero pasar todo el tiempo posible con él, por si se desvanece.

La idea me entusiasma.

—¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

Advierto que mi madre se relaja un poquito.

—Hemos reservado para cinco días. Pase lo que pase allí, en ese tiempo podremos solucionarlo y regresar. Si uno de los dos tiene que volver a ir, lo hará. Odio dejarte aquí, cariño, pero esta vez creo que no tenemos más remedio.

Asiento con la cabeza y tomo un sorbo de mi té.

—Cuando volváis, ¿podremos ir a Flambards?

Mi madre se echa hacia atrás, como si acabara de soltarle una barbaridad. Cierra los ojos. Papá pone una mano sobre la suya.

—Haremos algo divertido —me dice él—. Te lo prometo.

Estoy sentada a la mesa, en la casa que conozco, con personas que parecen mis padres pero que son demasiado viejas. Me miro la mano: soy Flora. Debo ser valiente. No sé qué está pasando, ni qué están diciendo, ni qué estaba haciendo hace sólo un instante.

Sí sé que Drake y yo nos besamos, en una playa. Me pidió que pasara la noche con él. No soy una niña pequeña. Las olas rompían contra las rocas. Era de noche y la luna se reflejaba en el agua. Estoy enamorada de él.

Metó la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros en busca de la piedra

mágica que me hace recordar. Está ahí, pero no la saco. Quiero contarles a mis padres que tengo un recuerdo y abro la boca para hacerlo, pero luego decido que no deberían saber que he besado a un chico, de modo que vuelvo a cerrarla.

En el bolsillo tengo también un folleto. Lo saco y lo dejo sobre la mesa. Mi padre alarga la mano, lo agarra y lo tira al cubo de basura. Ni siquiera he podido ver qué ponía en él.

Tengo una hoja de papel delante. La levanto y la leo. Nadie dice nada. Mi madre me pasa un brazo por los hombros.

—No pasa nada —dice—. Estás en casa. Acabamos de contarte que tenemos que ir a París, a ver a Jacob. Está muy enfermo y nos necesita. Vas a quedarte aquí unos días y Paige vendrá a hacerte compañía.

Jacob es mi hermano. Lo quiero. Me acuerdo de él. Fue bueno conmigo cuando era pequeña. Ahora está enfermo y van a verlo. Paige vendrá, se quedará aquí y cuidará de mí.

Será genial.

—¿Todo bien? —pregunta mi madre—. ¿Te has puesto al día de nuevo? Bueno, pues nos marchamos mañana temprano porque volamos a París desde Exeter a las once. Anótalo, o si quieres ya lo hago yo. Iremos en coche hasta el aeropuerto.

No les gusta conducir, aunque tenemos coche. Está aparcado en la calle, detrás de la casa, y nunca se usa. No sé por qué lo sé, pero es así. Esto tiene que ser importante, si se han decidido a conducir.

—Le pedí a Paige que viniera a las nueve. Será mejor que lo confirmemos de nuevo. Deberías llamarla ahora, ¿o prefieres que lo haga yo?

—No, no te preocupes, ya hablo yo con ella. Será genial que se quede en casa conmigo.

El novio de Paige y yo nos besamos. No debo contárselo a Paige. No debo contárselo a mi madre.

—Prométeme que te mantendrás en contacto.

—Sí, te lo prometo.

—Envíanos mensajes —interviene mi padre—. El único momento en que no podremos contestarte será en el avión, y sólo porque te hacen apagar los teléfonos.

—O cuando no tengamos buena señal —añade mi madre—. Pero he comprobado la cobertura internacional y los móviles funcionarán bien en Francia. Y volveremos con tiempo de sobra para tu cumpleaños. Jamás nos lo perderíamos. Mantén el teléfono siempre cargado y mira los mensajes.

Me pongo de pie apartando la silla hacia atrás, y ésta se inclina y cae al suelo con estrépito, así que tengo que hacer una maniobra incómoda para cogerla y levantarla otra vez.

—Todo saldrá bien —aseguro—. Claro que sí. Estaré estupendamente aquí sola con Paige. Me sentará bien. Voy a llamarla —añado—. No os preocupéis por mí, Paige y yo estaremos muy bien.

Mi madre sonrío.

—Por supuesto, cariño. Antes de que nos vayamos, te dejaré notas por todas partes explicándotelo todo, ¿de acuerdo? Con Paige aquí contigo, no tendré que preocuparme tanto.

—Tú preocúpate de Jacob —contesto—, no de mí. ¿Qué le pasa?

—No lo sabemos —responde mi padre.

Cuando llamo a Paige, no me contesta.

Encuentro otra fotografía de Jacob en la pared de mi habitación. El chico que yo recuerdo está de pie en un jardín, lleva una camiseta que dice «ARIZONA, ESTADO DEL GRAN CAÑÓN» y sujeta de la mano a una niñita rubia con un vestido azul. Según lo que hay escrito bajo la imagen, esa niña soy yo.

En la foto estamos en un jardín. Es el jardín de esta casa, pero hay un columpio. Ojalá lo tuviéramos todavía. A lo mejor les pido que me compren uno.

Despego la fotografía de la pared para observarla. Le acaricio la cara con la yema del dedo. Ése es mi hermano. Es Jacob, y ahora es mayor y está enfermo. Le doy la vuelta a la foto y me doy cuenta de que hay algo escrito en el dorso. No esperaba que hubiera una anotación.

«Llámame. Te quiero.» Hay una ristra de números.

Los miro fijamente y vuelvo a poner la foto en su sitio.

Mamá se pasa el resto del día cocinando, aunque yo debería ser capaz de prepararme la comida. Le preocupa que me deje el horno encendido, o que

me las apañe para que el gas circule por la casa y luego encienda una cerilla. Mete toda la comida que prepara en distintas cacerolas y en platos cubiertos con papel de aluminio, y a cada uno de ellos le pega una etiqueta con el día en que se supone que Paige y yo debemos comerlo. Hay lasaña para mañana, curry para el martes, pastel de pescado para el miércoles, macarrones con queso para el jueves y pizza para el viernes. Ellos volverán el sábado. La alacena está llena de pan y de cosas que poner en él, y mamá está preparando un verdadero tanque de sopa que dejará en los fogones para los almuerzos.

Intento llamar a Paige, pero veo que ya he intentado llamarla cinco veces. No contesta. Entonces me llega un mensaje de texto suyo:

Flora, para de llamarme. No quiero hablar contigo. Besaste a mi novio. Déjame en paz.

No se lo cuento a mis padres.

Me dejo llevar por el recuerdo. Quiero tanto a Drake que ha conseguido que mi cerebro vuelva a funcionar. Me senté en la playa. Había olas. Él llegó y se sentó a mi lado. Dijo que en el pub solía preguntarse si no estaría con la chica equivocada. Me dijo que era guapa e interesante. Recuerdo nuestra conversación. Me aferro a ella. Puedo recordarla. Repaso cada palabra, una y otra vez, y otra, y otra.

Encuentro los papelitos amarillos de Paige en mi bolso y les saco una foto a todos, puestos en hilera para acordarme de no llamarla. Hasta que mis padres se hayan ido, no puedo escribírmelo en el brazo con un rotulador, como me gustaría hacer.

Finalmente llega la noche y todo está listo. Mis cinco días de comidas forman una fila. En la cocina hay cajitas con pastillas, y cada una de ellas lleva el día que toca escrito con letras mayúsculas. Mis padres han dejado una maleta en el recibidor y han comprobado ya dos veces que llevan los pasaportes. No tienen billetes porque han hecho la reserva por internet, pero sé que cogen el vuelo a París en Exeter y que saldrán de casa a las cinco de la madrugada. Sé todo eso porque está escrito en las notas que inundan la cocina, y hay más en el recibidor y en la sala de estar, y probablemente también en el resto de la casa. Todas ellas me indican que vaya a la cocina.

Mi madre cuelga el delantal, se quita la cinta del pelo y me mira con una sonrisa tensa.

—¿Bajamos hasta la playa, cariño? Creo que me iría bien una buena ráfaga de aire fresco de Cornualles. Me gustaría disfrutarlo antes de irnos.

Me pongo los zapatos y el impermeable y espero en el porche, entre las cosas que se han ido acumulando allí al azar (pelotas de tenis, un bate de críquet que se ve viejísimo, una caja de cartón con todos mis libros de primaria). Espero con toda mi alma que no nos encontremos con Paige. Sé que me las apañaré bien sola, pero mis padres jamás me dejarían aquí si descubrieran la verdad. Quiero que se vayan a ver a Jacob. Quiero comprobar cómo es mi existencia sin ellos. Quiero que me permitan vivir dentro de mi recuerdo.

La puerta que hay detrás de mí está sólo entornada y oigo a mis padres hablar en susurros como suelen hacer cuando no quieren que los oiga. Me siento tentada de empujar un poquito la puerta para enterarme bien, pero en cuanto doy un paso hacia ella mi madre dice:

—No, está claro que Flora no tiene ni idea, así que dejémoslo así.

Me quedo helada.

«Está claro que no tengo ni idea.» Eso va a cambiar ahora, porque voy a recordar las cosas. Mis padres están ocultándome algo. Lo escribo en una nota y me la guardo en el bolsillo. *M y P tienen un secreto que no me cuentan.* Cuando no estén, podré mirar por toda la casa a ver si averiguo de qué se trata.

Salgo del porche, me alejo por el sendero del jardín y miro hacia el sitio donde sé con seguridad que antes teníamos un columpio.

Mamá ha salido y está detrás de mí, de pie en el porche, respirando profundamente. Finjo no haberme dado cuenta de que está ahí, y espera más o menos medio minuto antes de exclamar con su voz más alegre:

—¡Bien, Flora, vayamos a echarle un vistazo al mar!

«Está claro que Flora no tiene ni idea.» Ésa es la historia de mi vida, hasta Drake.

—Sí —contesto, y miro a mi alrededor un poco titubeante.

Si le pidiera que me contara qué es eso de lo que no tengo ni idea, no me lo diría, de modo que por el momento me olvido de ello. Ya lo averiguaré más adelante.

—¿Qué le pasa a Jacob? —pregunto.

—No lo sabemos.

Creo que ya se lo he preguntado millones de veces, porque parece molesta.

Mi madre es más baja que yo, más regordeta, y tiene el pelo rizado y espeso, completamente distinto del mío, que es irritante de tan claro y sin el más mínimo volumen. Advierto lo preocupada que está por Jacob y siento deseos de cuidar de ella, aunque no puedo hacerlo ni por asomo: ella es quien cuida de mí, así funciona la cosa.

El mar traza un horizonte plano al final de la calle, pero en lugar de ir directamente hacia allí cruzamos a los jardines de enfrente. Son verdes y preciosos. Es un sitio que desprende felicidad y me envuelve como una manta.

—¿Por qué dejasteis de verlo? —quiero saber.

Mi madre da un respingo y me mira.

—¿De ver a quién? —pregunta, aunque sabe perfectamente a quién me refiero.

—A mi hermano. —Intento recordar su nombre—. A Jacob —añado.

—Ay, Flora... Fue complicado. Y hace mucho de eso. Él era joven y testarudo, y pensaba que lo sabía todo. Y tuvo... —Aparta la mirada.

—¿Tuvo que ver conmigo? —pregunto, segura de que fue así. Lo leo en su expresión.

—Oh... No exactamente.

Se aleja a grandes y enérgicas zancadas hacia el portón, donde un letrero anuncia: «LOS INCENDIOS PROVOCADOS SON DELITO.» Echo a trotar tras ella. Sé que no tiene sentido preguntar más. Si me lo contara, lo olvidaría. Es probable que me lo haya contado ya un millón de veces. Debe de ser muy irritante vivir conmigo.

Cruzamos la carretera y nos quedamos de pie ante la barandilla, contemplando el mar. El aire es fresco, pero el sol de la tarde revela todos los detalles. Cada roca de la playa proyecta su propia sombra. El mar reluce como un espejo y el cielo se ve nítido y frío.

A la izquierda tenemos la piscina exterior. Es preciosa, pero, aunque recuerdo haber tomado clases de natación de pequeña, ahora no me atrevería a bañarme en ella. Un poco más allá, hay un castillo de cuento de hadas en medio del agua, y la tierra que sobresale por detrás de él hace que parezca un mundo aparte, un refugio seguro. Éste es mi mundo: siempre ha sido mi mundo.

A la derecha, la tierra se curva otra vez.

Drake está muy lejos, en un lugar helado al que llevaba deseando ir desde

que tenía diez años. Su curso se imparte en inglés, y menos mal, porque es un negado para los idiomas.

Me miro la mano derecha. *FLORA, sé valiente*, leo. Algún día haré algo. Algún día.

—Voy a echarte de menos —dice mamá.

—¿Volveréis? —pregunto de pronto, aunque no sé por qué.

Noto que me mira, pero yo sigo contemplando el mar. Drake y yo nos besamos cerca de aquí, sólo un poco más hacia la izquierda. La marea estaba alta. Llegó casi hasta nosotros. Recuerdo la sensación de sus labios en los míos, el olor de las algas. En ese instante sacrifiqué mi amistad, y lo vergonzoso es que volvería a hacerlo ahora mismo, y cien veces más. Me llevo la mano al bolsillo de los vaqueros. La piedra sigue ahí.

—Por supuesto que volveremos —contesta mi madre—. Flora, mírame.

Lo hago despacio, a regañadientes. Está mirándome a los ojos y no consigo descifrar su expresión.

—Te prometo que volveremos —dice, y su mirada es muy intensa—. Haremos lo que debemos hacer y luego regresaremos a casa. Quédate aquí, y volveremos. No vayas a ninguna parte. Que no se te ocurran cosas raras.

Trato de hacer un chiste:

—Cuando volváis estaré muy gorda. No me reconoceréis, con toda esa comida que me has dejado.

Quiero que sepa que me acuerdo de la comida. Veo que se alegra.

—Sí. Asegúrate de que sea así. Come tres veces al día, tómate las pastillas por las mañanas y por las noches y no dejes de mandarme mensajes.

—Claro, lo haré.

—Cuídate mucho. Y no vayas a ninguna parte.

Sigue mirándome fijamente hasta que me vuelvo hacia el mar. Nos quedamos allí, codo con codo, y contemplamos el Atlántico. Sólo puedo pensar en Drake.

3

Estoy sentada en el suelo de mi habitación leyendo un cuaderno.

El cuaderno es negro y de tapa dura, y en la portada tiene una etiqueta que dice:

HISTORIA DE FLORA. LEE ESTO SI ESTÁS CONFUSA.

No es mi letra. Estoy casi segura de que es de mamá. Pone:

Eres Flora Banks.

Tienes 16 17 años y vives en Penzance, en Cornualles. Cuando tenías diez años, te detectaron un tumor en el cerebro. A los once, los médicos te lo extirparon. Parte de tu memoria se fue con él. Te acuerdas de cómo se hacen algunas cosas (preparar una taza de té, poner la ducha en funcionamiento) y te acuerdas de tu vida antes de la enfermedad, pero desde que ocurrió no has sido capaz de crear nuevos recuerdos.

Tienes AMNESIA ANTERÓGRADA. Eres capaz de retener la información en tu mente durante un par de horas, pero después la olvidas. Cuando sucede, sientes una confusión repentina. No pasa nada, para ti es normal.

Cuando te sientas confusa, debes mirarte las manos y consultar tus notas, el móvil y este cuaderno. Todo eso te ayuda a recordar dónde estás y qué es lo que sucede. Se te da bien, muy bien, anotar las cosas. Tu nombre en la mano te da seguridad, y siempre sigues tus propias pistas para ayudarte a descifrar lo que ocurre a tu alrededor.

Te acuerdas de nosotros y de tu mejor amiga, Paige, y de otra gente a la que conocías antes de cumplir los diez años. Olvidas al resto, pero no pasa nada porque la gente de por aquí te conoce y lo comprende.

Nunca vivirás en otro lugar que no sea Penzance, porque sólo aquí estás a salvo. Tienes la ciudad grabada en la cabeza y es tu hogar. Siempre vivirás con nosotros, siempre cuidaremos de ti y estarás bien.

Eres genial y fuerte. No eres rara.

Se te da muy bien leer y escribir, y eres capaz de percibir más cosas que mucha gente con un historial médico sin incidentes.

Nos haremos cargo de que siempre tengas todo lo que necesitas. Tomas medicación dos veces al día, y deberás tomarla toda tu vida.

Besos,

Mamá

Cierro el cuaderno. ¿Cómo puedo haberme olvidado de que tengo amnesia? Claro que ¿cómo iba a recordarlo?

Sé que tengo diecisiete años. He besado a Drake. Cada detalle de nuestro beso sigue en mi cabeza. Estaba sentada en la playa. Vino a sentarse conmigo. Tenía diecisiete años entonces, y también los tengo ahora.

Mi habitación está exactamente igual que cuando tenía diez años. Está decorada en blanco y rosa, con volantes, muñecas y juguetes de niña. Hay Barbies, ositos de peluche y juegos de Lego.

Lo que pone en el cuaderno ya no es verdad. Esta vez me acuerdo de algo, y no es de antes de que tuviera diez años, es de un día que parece que fue ayer. Decido hacer una prueba.

Coloco una hilera de juguetes sobre la cama. Una Barbie castaña, una ambulancia de Lego, una muñeca de trapo que se llama Phyllis y finalmente a Buckbeak, el hipogrifo gris. Los estudio. Barbie, Lego, muñeca, hipogrifo. Les echo la manta fina y rosa por encima y escribo en mi cuaderno: *Barbie, ambulancia de Lego, la muñeca Phyllis, Buckbeak*. Levanto la mantita para comprobar que me acuerdo, pero sabía que acertaría. Ahora tengo que salir de la habitación y volver varias horas más tarde para ver si todavía me acuerdo.

Tapo de nuevo los juguetes y arranco una página del final del cuaderno.

¿Qué juguetes hay encima de la cama?, escribo, y dejo la nota en el suelo, justo detrás de la puerta, junto con un bolígrafo para poder anotar la respuesta cuando vuelva a entrar.

He besado a un chico y estoy enamorada. Tengo diecisiete años y ya no necesito una habitación de niña pequeña. Es ridículo. Recojo todos los peluches, los meto dentro de la caja de Lego y luego la arrastro a empujones hasta un rincón de la habitación. La cubro con una sábana del cesto de la colada. Esos peluches pertenecen a una niña, y yo ya no soy una niña.

Podría pintar la habitación. Si me decidiera, lo haría de color blanco. Quedaría sencilla y sosa, como una habitación normal, y en ella podría ocurrir cualquier cosa.

Me siento en el suelo, miro fijamente el bulto tapado en el que se ha

convertido la caja de Lego y vuelvo a mis recuerdos.

Estaba sentada en el suelo (probablemente aquí mismo) jugando con la ambulancia de Lego. Era una niñita normal. Hablaba con alguien mayor que estaba sentado junto a mí. Me estaba ayudando a llevar rápidamente a una niñita de Lego al hospital. Era feliz. Y la persona que estaba conmigo era mi hermano Jacob.

Era mi primer día de colegio. Estaba asustada y emocionada, me levanté cuando aún era de noche y me puse el uniforme y la mochila. Esperé cuanto pude antes de ir a despertar a mis padres y a mi hermano. Todos se pusieron de mal humor porque era demasiado temprano.

Me estaba preparando para pasar el día fuera. Estaba entusiasmada porque íbamos a ir a un parque de atracciones. Me moría de impaciencia y brincaba inquieta de un lado para otro, mientras le preguntaba a todo el mundo si podía subir ya a nuestro coche. Me moría de ganas de llegar allí. Ellos se reían y me decían que primero debíamos desayunar. No me acuerdo de aquel día en el parque de atracciones: ojalá pudiera hacerlo... Flambards. El sitio se llamaba Flambards.

—¿Mamá?! —grito, preguntándome dónde estará y si ya será hora de tomar una taza de té.

No contesta. Bajo corriendo a la cocina para poner la tetera de todas formas y, al ver las notas que hay por las paredes, descubro por qué estoy sola. Se han marchado a ver a Jacob, que es la persona mayor de mi primer recuerdo, que es mi hermano, que está enfermo.

Empiezo a sentir pánico. No puedo estar aquí sola. No quiero estar sola. Necesito a alguien. Necesito a mi mamá. Necesito a mi papá. Necesito gente a mi alrededor. Si Jacob está enfermo, debería haber venido a casa para que pudieran cuidarlo.

Recuerdo haber besado a Drake en la playa, pero nada más. Corro escalera arriba, de vuelta a mi habitación, sin mirar la puerta de mis padres, porque no quiero ver que no están allí.

Hay una nota con mi letra en la que pone: *¿Qué juguetes hay en la cama?* Levanto la manta y encuentro una Barbie, una ambulancia de Lego, una

muñeca de trapo que se llama Phyllis y un hipogrifo. Tomo nota porque había un bolígrafo al lado de la hoja de papel, pero no tengo la más mínima idea de por qué debo hacerlo. Me resulta tan frustrante que me echo a llorar.

Si voy a arreglármelas sola, tendré que dejarme notas mejores que ésta. Abro el cuaderno y escribo: *Normas de vida de Flora*. Lo subrayo. Intento pensar en algo, pero lo único que se me ocurre es que no debo dejarme llevar por el pánico. Lo anoto.

No te dejes llevar por el pánico, porque lo más seguro es que todo esté orden y, si no lo está, el pánico sólo empeorará las cosas.

Releo mi nota. Parece sensata.

Voy de habitación en habitación mirando lo que me rodea. Escribo notas cada vez más largas en las que me explico por qué estoy sola y cuánto tiempo lo estaré; las dejo en sitios extraños mientras me pregunto cómo es posible que no consiga recordar ni siquiera esto. Pego notas alrededor de la foto de Jacob: *Mamá y papá están con Jacob porque está enfermo* —escribo—. *No sé si es muy grave, pero la cosa es seria*. Busco todos los mensajes de texto que me han mandado mis padres y los copio en pósits que voy pegando en fila en la pared de la cocina. Me tomo las pastillas cuando me envían un mensaje para decirme que lo haga.

Mamá escribe: *Tómate las pastillas, cariño*.

Contesto: *¿Podemos ir a Flambards cuando volváis?*

No me responde.

Decido mandarle un mensaje a Paige, porque se supone que debería estar aquí conmigo y no consigo encontrarla por ninguna parte, pero cuando busco su nombre en el móvil, aparece una lista de mensajes que me ha mandado. Todos ellos dicen que debo dejar de llamarla porque he besado a su novio. Me quedo mirándolos. Vuelvo a sentir miedo. Si mis padres no están aquí y Jacob está enfermo, si Paige me odia y Drake está en las Svalbard, no tengo a nadie.

Paige ya no es mi amiga. Besé a su novio en la playa: me acuerdo. Sé que es verdad. Claro que no quiere verme. Sigo con la mirada clavada en sus palabras.

Conocí a Paige en nuestro primer día de colegio, cuando teníamos cuatro

años. Las dos llevábamos trenzas.

Me quedo mirando una nota junto a mi cama en la que pone *Drake*. He escrito su nombre y he dibujado un corazón alrededor. Encuentro la piedra negra. De pie ante mi ventana, me llevo la piedra a los labios. Él me dio la piedra. Recuerdo cómo me la dio. Me acuerdo.

Pasa el lunes y no salgo de casa para nada. Me acuerdo del beso. Podría esfumarse de mi cabeza en cualquier momento, así que me sumerjo en el recuerdo una y otra vez, hasta que se vuelve más real que la casa que me rodea. Cuando me siento confusa y no tengo la más remota idea de por qué estoy sola, acudo a ese recuerdo y me hago recordar el resto mediante las notas que hay por todas partes.

Jacob está enfermo —dicen—. Mis padres están en París con él. CREEN QUE PAIGE ESTÁ AQUÍ, PERO NO ES ASÍ PORQUÉ ESTÁ ENFADADÍSIMA CONMIGO. PAIGE YA NO ES MI AMIGA. Esa información me acecha desde todos los rincones, me invade la cabeza y me hace llorar. Paige ya no es mi amiga. Y debo hacer creer a mis padres que está aquí para no preocuparlos, pero no está aquí porque no es mi amiga. Me lo merezco.

Sumida en mis pensamientos sobre Drake y el recuerdo del beso, toco *Estrellita, ¿dónde estás?* al piano. La convierto en la canción del alfabeto, y después en *Tengo, tengo, tengo*. Me doy un baño e intento leer un libro mientras estoy en el agua. Me quedo inmóvil en medio de las habitaciones y escucho el silencio.

Encuentro un bote de pintura blanca en el armario de debajo de la escalera y empiezo a pintar mi habitación. Quiero que sea blanca porque es un color normal, de adulto, y me gustaría ser una adulta normal. Arrastro la cama y la caja de los juguetes hasta el centro de la habitación y uso una sábana y una manta fina y rosa para proteger el parquet. Me lleno de manchas de pintura y sólo cubro la mitad de la habitación, pero estoy satisfecha con el resultado.

Contesto con prudencia a los mensajes de móvil que mis padres me envían desde el aeropuerto y luego desde Francia, y tomo nota de a qué hora llegan y de lo que dicen. Me acuerdo de contarles que Paige está conmigo. Finjo que estamos viendo la tele. Eso les encanta. Me tomo la medicación. La pastilla extra de la noche me da muchísimo sueño.

Encuentro una nota que dice: *M y P tienen un secreto que no me cuentan*. Eso no me gusta. La pego en la pared y la miro durante unos instantes. Después me dirijo a su habitación y busco entre sus cosas para ver si descubro cuál es el secreto, pero no tienen nada interesante, o al menos eso parece. Paso las páginas de sus libros por si hay algo escondido en ellos. Miro en los cajones de la cómoda y encuentro un montón de cartas sujetas por una goma en el fondo de uno de los de la ropa de mamá; resultan ser una colección de diecisiete tarjetas de felicitación del Día de la Madre, todas mías. La primera tiene una huella de mi pie pintado. En la cuarta aparece un dibujo hecho por mí con mi nombre escrito en letras gigantes e infantiles. Las siguientes seis están todas escritas de mi puño y letra y, en cada una de ellas, los «Para mamá» y los «Con mucho cariño, Flora» son más inteligibles. La que sigue está escrita por papá. Después, la letra vuelve a ser mía.

Esto no puede ser el secreto. Continuaré buscando.

Me tomo la sopa para comer y media lasaña para cenar y, en ambas ocasiones, lleno el fregadero de agua caliente y con mucha espuma, y lo lavo y seco todo antes de volver a guardarlo en su sitio. Bebo café, luego té, después agua y finalmente me meto en la cama de mi habitación medio blanca con la sensación de haber estado tan ocupada durante el día que no he tenido tiempo de salir, y disfruto del olor a pintura. Debo acordarme de acabar de pintar.

Voy a estar bien viviendo sola.

Tumbada en la cama, leo todo lo que tengo escrito sobre Drake. Se ha marchado del país. Está en el Ártico. Intento imaginármelo allí, pero sólo alcanzo a ver nieve. Me pregunto si habrá tiendas. En mi cabeza, el Polo Norte no tiene tiendas ni edificios de ninguna clase, aunque él no está exactamente en el Polo Norte. Está en una universidad en las «Svalbard», y en una universidad debe de haber comida, y también camas.

El curso al que asiste se imparte en inglés. Lo sé porque me lo dijo, y me acuerdo.

Me dejo arrastrar por el sueño pensando en cómo será ser normal. Veo mi cabeza llena de imágenes claras de todo lo que ha sucedido, bien archivadas para que pueda acceder a ellas y mirar atrás en cualquier momento. Soy incapaz de fantasear siquiera con el lujo que eso supondría, y me quedo dormida llorando por todo lo que me he perdido. Espero que, al despertar, todavía pueda recordar algo.

Me despierto a media noche con un sobresalto. El corazón me late a toda velocidad y me quedo sentada en la cama, mirando a mi alrededor. La casa está sumida en un silencio que resulta asfixiante, que tiene presencia propia.

Al acercar la mano a la lámpara que hay en la mesita de noche, notó que me tiembla el pulso. Besé a Drake en la playa y tengo diecisiete años, pero hay algo más. Busco el interruptor a tientas. Algo va mal. No consigo encontrar la lámpara, así que me bajo de la cama, demasiado nerviosa para permanecer en la oscuridad un segundo más. Mi cama está en el centro de la habitación, por eso no encontraba el interruptor. Huele a pintura. Las plantas de los pies se me pegan al parquet. Ahora estoy en el rellano y siento la moqueta bajo los pies, y luego corro escalera abajo y abro la puerta de la habitación de mis padres. Sé que el simple hecho de verlos, a cualquiera de los dos, me calmará. Entro despacio en su dormitorio, no quiero despertarlos. Un fino haz de luz pasa entre las cortinas e ilumina la cama, que está perfectamente lisa y vacía, sin rastro alguno de haber sido ocupada.

No están aquí. El miedo aumenta, amenazando con apoderarse de mí. Me lanzo hacia la pared en busca del interruptor y parpadeo ante la súbita luz mientras miro a mi alrededor. No están aquí. Es plena noche, pero mis padres no se han acostado en su cama. Son las personas que cuidan de mí y no están aquí. Siempre están en su cama por las noches, y no sé qué hacer si no están. Lo son todo para mí. No puedo sobrevivir sin ellos. Respiro con dificultad. Hay una nota en la almohada de mi padre. Me dirijo lentamente hacia la cama y la levanto. Está escrita en un trozo de papel pautado arrancado de una libreta, la letra es de papá.

Flora, cariño —pone—, estamos fuera porque Jacob está enfermo. Paige está contigo. Está todo explicado en las notas de la cocina, besos.

En la cocina, encajo todas las piezas. Paige no está aquí porque besé a su novio, y eso lo recuerdo. Estoy sola en casa. Volver a dormirme sería misión imposible. Estoy sola y no hay nadie en todo el país que lo sepa o a quien le importe.

Podría hacer cualquier cosa.

Decido prepararme una taza de té, llevármela a mi habitación e intentar leer un libro. Podría hacer cualquier cosa, pero concentrarme en un libro, con una taza de té, es la única actividad que se me ocurre.

Podría salir de casa e ir adonde quisiera. Podría, pero no lo haré.

Voy encendiendo luces a medida que avanzo por la casa y leo las notas que mis padres y yo hemos dejado por todas partes. Siguiendo sus instrucciones, primero compruebo si la puerta de la entrada está cerrada con llave (lo está, con la cadena puesta) y después hago lo mismo con la puerta trasera (también cerrada). Pongo la tetera al fuego y, mientras espero a que hierva, continúo paseándome y leyendo notas. Muchas de las escritas por mí son sobre Drake. Sé que besé a Drake. El recuerdo brilla en mi cabeza, claro y definido, real, y destaca en medio del caos que es todo lo demás.

Son las dos y cuarto. La mayoría de los habitantes de Penzance están dormidos. Tengo la casa y el mundo entero a mi disposición. Me siento ante el ordenador grande, el que usan mis padres, y lo miro fijamente, medio en trance, preguntándome qué hacer.

Debo de haberme quedado traspuesta, porque me despierto con un sobresalto, sentada ante el ordenador, y tengo que recordarlo todo de nuevo. Creo que es hora de volver a la cama, así que cojo el portátil pequeño, ya que lleva una pegatina en la que pone *portátil de Flora*, y lo subo arriba sujetándolo bajo el brazo. En la otra mano tengo la taza de té, que ya casi se ha enfriado.

La mitad de la habitación es de color rosa y la otra mitad, blanca. El suelo es de parquet barnizado, pero está tapado con una sábana y una manta salpicadas de pintura. Un tablón lleno de fotos y etiquetas ocupa la mayor parte de una de las paredes, todavía de color rosa.

Hay un bulto de forma extraña cerca de la cama, cubierto por una sábana. La levanto y encuentro una caja llena de juguetes. No quiero una caja llena de juguetes: besé a un chico en la playa y tengo diecisiete años. Cojo la caja y la dejo en el rellano. Voy a pintar el resto de la habitación mañana. Quiero que sea blanca, como las habitaciones normales. Así que doy el visto bueno a las acciones de mi yo del pasado, dando por hecho que fui yo quien empezó con todo esto.

Estoy leyendo sobre las Svalbard en la página de Wikipedia cuando me doy cuenta de que he recibido un correo electrónico. No sabía que tuviera correo electrónico. Hay un «1» de color rojo sobre el icono en forma de sobre que me lleva a hacer clic en él, y cuando veo el nombre que aparece se me corta la respiración.

Es un mensaje de Drake. Lo único que dice es:

Flora, no puedo dejar de pensar en ti.

Lo leo una y otra vez. Consta de ocho palabras, pero son las mejores ocho palabras del mundo. Copio el mensaje muchas veces y pego notas por toda la habitación.

Drake ya me ha hecho recordar: tal vez ahora me acuerde de esto también.

Me alegro de estar sola, porque si mis padres estuvieran aquí, me sentiría a salvo y recluida en todo momento, y jamás habría estado ante el ordenador a las tres menos veinte de la madrugada.

Leo y releo las ocho palabras. Quiero a Drake, y ahora él me ha escrito este mensaje. No puede dejar de pensar en mí. Y yo no puedo dejar de pensar en él. Apenas logro escribir mi respuesta, pues estoy desesperada por decirle que me ha hecho recordar.

Una vez que consigo encontrar las palabras adecuadas y ponerlas en el orden que toca, envío el correo, aunque en realidad sé que debería esperar hasta la mañana. Después de mandarlo, me tiendo en la cama y sueño con Drake y su nuevo y extraño hogar. Lo imagino en un lugar inhóspito y nevado, con casas hechas de nieve y hielo, llevando una vida fría y espartana. Me pregunto si podría enviarle algo para ayudarlo. Quizá le prepararé un paquete con cosas de Cornualles que pueda necesitar.

Por la mañana, iré a la playa a buscar una segunda piedra negra y se la enviaré.

Me despierto tarde, el sol atraviesa las cortinas finas y cae directamente sobre mi almohada. Me doy la vuelta, enredada en el edredón rosa, y bostezo. Las paredes están a medio pintar de blanco y mi cama ocupa el centro de la habitación. Son las once menos cuarto.

Estoy completamente desorientada y el corazón me late con fuerza. No sé qué hace mi cama en medio de la habitación. Me leo la mano. Leo lo que pone en el cuaderno que hay junto a la cama. Leo todo lo que pone en las paredes que todavía son rosa. Soy Flora. Tengo diecisiete años. Estuve enferma cuando tenía diez años y tengo amnesia anterógrada. Besé a Drake en la playa. Paige me odia. Estoy sola.

Drake me escribió. «Flora, no puedo dejar de pensar en ti.»

El ordenador portátil está en el suelo. En unos segundos, estoy sentada en la cama y lo he encendido. Releo la respuesta que le mandé en plena noche.

Es corta, y supongo que eso es bueno, pero aun así es mucho más larga que el mensaje que escribió él. Me coloco el pelo detrás de las orejas y empiezo a leer. Mi yo de las tres de la madrugada ha escrito:

Querido Drake:

Me alegro mucho de tener noticias tuyas. Pensaba que nunca volveríamos a hablar. ¡Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti! Y ahí va lo más increíble: ¡lo recuerdo! Recuerdo que los dos estuvimos sentados juntos en la playa y que la marea iba subiendo. Recuerdo cada palabra que pronunciamos. Recuerdo haberte besado. Todo. Las demás cosas se me escapan de la cabeza enseguida, pero el beso sigue ahí. No puedo dejar de pensar en ti.

Debería haber pasado la noche entera contigo. Ojalá pudiera volver atrás y cambiarlo (¿lo ves?, me acuerdo de verdad).

Paige ya no quiere ser mi amiga porque se ha enterado. De eso sí me había olvidado, pero ahora lo tengo apuntado. Me puse triste, pero no la culpo.

Mis padres se han ido a Francia porque mi hermano Jacob, que vive allí, está enfermo. No hay nadie en casa. Estaré sola hasta el sábado. Por eso estoy con el portátil en plena noche.

Cuéntame más cosas sobre las Svalbard. Recuerdo que me dijiste que fuiste allí cuando tenías diez años a ver el sol de medianoche y que, ahora que tienes diecinueve, por fin vas a poder vivir allí. Cuéntamelo todo.

Flora

Ojalá me hubiera contestado durante la noche. Me quedo mirando la bandeja de entrada con la esperanza de que llegue un correo. Lo he asustado. No tengo ni idea de en qué franja horaria está el Polo Norte. A lo mejor se lo pregunto. En cualquier caso, han pasado nueve horas desde que envié ese mensaje, así que lo más probable es que ya lo haya visto, pero no ha contestado.

Me llevo el portátil abajo porque quiero preparar café y tostadas. Me aseguro de que el volumen esté al máximo para que, en cuanto entre un correo, suene lo más fuerte posible. No enciendo la radio, aunque sin mis padres aquí podría escuchar la música que quisiera.

Podría ponerla tan alta como me diera la gana, y desde luego me apetece hacerlo. Quiero subir el volumen a tope y ponerme a bailar por la cocina. Aunque Drake esté en el Polo Norte y no conteste, nada podrá borrar que me haya dicho que no puede dejar de pensar en mí.

Drake es ahora mismo la única persona en el mundo. Puede que el curso de Drake en el Polo Norte dure un año, o tal vez un par o tres, no lo sé. Después

de eso podría volver. O podríamos irnos juntos a otra parte. Podríamos vivir juntos. Podríamos casarnos. Podría ser su mujer. La señora Flora Andreasson. Él tiene diecinueve años y yo diecisiete, y eso quiere decir que somos lo suficientemente mayores. Él podría cuidar de mí y, a mi manera, yo de él. Lo recordaría todo si estuviera con Drake.

Drake me ha hecho recordar. Voy a ser normal gracias a él. Tengo que pasar el resto de mi vida con él, porque consigue que mi memoria funcione.

No me siento una niña.

Preparo el café, pongo un par de rebanadas de pan en la tostadora y vuelvo a mirar fijamente la pantalla del portátil, intentando que, por pura fuerza de voluntad, suelte el pitido que anuncia un nuevo correo electrónico.

Mi madre me manda un mensaje de texto: *Buenos días, cariño; ¿cómo estás Paige y tú? Acuérdate de tus pastillas.* Me las tomo. Suena el teléfono fijo, contesto y una voz femenina dice:

—Sólo compruebo que no te hayas asfixiado con el gas.

—¡Paige! —exclamo, pero ya ha colgado.

No ocurre nada más. Un rato después, me tumbo en el sofá y enciendo la tele; no tardo en quedarme dormida.

Me despierto sobresaltada y caigo en la cuenta de que ha pasado más de una hora. Tardo sólo unos segundos en llegar hasta el portátil. Drake ha contestado. Hay un correo esperando.

Durante unos instantes, me resisto a leerlo. Pero enseguida me siento ante el ordenador y devoro la respuesta.

Flora:

¿En serio? ¿Lo recuerdas? ¡Es una locura, es genial!

¿Has ido a ver a un médico? ¿Significa que podrías estar empezando a recuperarte?

¿Estás bien ahí sola? Me ha pillado por sorpresa... Con lo sobreprotectora que es tu madre, ¿te ha dejado quedarte en casa? Espero que tu hermano se ponga bien.

Tu mensaje me ha hecho imaginar cosas que podrían haber pasado, pero que no llegaron a ocurrir. Ojalá te hubiera pedido otra vez que pasáramos juntos aquella noche. Nos las habríamos ingeniado para conseguirlo. Paso más tiempo del que podrías imaginar pensando en ti desnuda.

¿Queda mal decir una cosa así? Sí, ¿verdad? Lo siento mucho, en serio. Pienso en ti constantemente y ni siquiera puedo verte. Nunca me imaginé

que pudiera suceder. Y si estás recuperando la memoria... podría ocurrir cualquier cosa.

¿Cuándo vuelven tus padres? Cuídate mucho. Acuérdate de comer y esas cosas. ¡Y sigue recordando!

Drake

Lo leo y lo releo, y el hecho de que quiera verme desnuda no deja de sorprenderme. Consigue que me sonroje a pesar de que estoy sola. No sé cómo reaccionar a algo así. Me propongo registrar el correo en mi memoria (me parece posible), y después imprimo nuestra correspondencia y la guardo con cuidado en una carpeta.

«Pasa más tiempo del que yo podría imaginar pensando en mí desnuda.» Cierro los ojos e intento asimilarlo. Asusta. Ya no tengo diez años.

La casa se transforma. Ya no está vacía, excepto por el silencio asfixiante. Se convierte en un lugar mágico. Da la sensación de que todas las superficies resplandecen. El aire es puro encantamiento. Intercambio mensajes con Drake cuando el día da paso a la noche y la noche da paso al día. Drake tiene que trabajar en una estación de satélites, pero en cuanto tiene un momento, corre a buscar un ordenador y me escribe. Le respondo una y otra vez, dejando que los mensajes se acumulen para cuando tenga la oportunidad de leerlos.

Sus respuestas son ingeniosas y divertidas.

Los mensajes van subiendo de tono. En uno me imagina desnuda. En el siguiente me cuenta lo que le gustaría hacerle a mi cuerpo desnudo y yo me esfuerzo cuanto puedo para dar respuestas apropiadas. No tengo la más mínima idea de cómo se supone que van este tipo de conversaciones, así que me limito a escribir lo que pienso y confío en que sea lo correcto. Las cosas que me dice son extrañas y nuevas para mí, pero me encantan. Mis palabras aparecen en su pantalla, en ese lugar lleno de nieve, y en cuanto puede, me contesta. Es embriagador. No sé ni cómo, pero lo estoy haciendo bien.

No hay nada de lo que las personas hacen cuando están juntas que no estaría dispuesta a hacer contigo, si tú quisieras, termino tecleando.

En cuanto acabo de escribirlo, me entran ganas de corregirlo, porque enseguida me imagino a gente haciéndose cosas horribles, y yo no me refiero a eso para nada. Sin embargo, enviarle otro correo diciéndole «a excepción de...» no sería muy romántico, así que, a pesar de que ya he escrito unas

palabras, me detengo y las borro. Espero que Drake entienda lo que quiero decir.

En ocasiones me sorprendo sentada ante el ordenador grande de mis padres, visitando páginas web al azar y preguntándome qué hago ahí exactamente. Mis correos electrónicos están en el portátil. Creo que a veces, cuando me preocupo por mis padres, me traslado al ordenador grande sin siquiera darme cuenta. Me mandan mensajes al móvil de vez en cuando para decirme que están bien, pero que Jacob está muy enfermo y que son tiempos difíciles para todos. En mis respuestas, insisto mucho en que no se preocupen por mí. Preguntan por Paige, pero sé que Paige me odia porque lo tengo escrito por todas partes, de modo que les digo que ha perdido el móvil y que les paso sus mensajes desde el mío.

Encuentro una nota en la que pone: *Le he dicho a mamá que Paige ha perdido el móvil. Es para que no la llamen.* Eso significa que al menos se lo he dicho en dos ocasiones. Seguramente se lo habré repetido un montón de veces.

Mi memoria no ha mejorado. Pero recuerdo el beso, y me aferro a eso.

El martes no me tomo el curry que hay en la nevera, en una fiambarrera con una etiqueta que dice «COMER ESTO EL MARTES». Me preparo unas tostadas y me como un plátano. No salgo de casa porque eso supondría alejarme del ordenador. Me siento y me quedo mirándolo fijamente. Sólo dejo de hacerlo para correr al baño o poner la tetera al fuego. Me tomo las pastillas cuando mamá me manda un mensaje. Paige llama por teléfono y suelta:

—¿No le has prendido fuego a la casa? Genial.

Es miércoles. Debería darme una ducha. Sin embargo, ducharme implicaría tener que dejar el portátil en algún sitio seco. No puedo soltarlo. Lo llevo de habitación en habitación y me paso el día entero en pijama y mirando la pantalla. Redacto mensajes largos, que luego corrijo y envío, y también me dejo llevar por la espontaneidad y escribo mensajes cortos. Amo a Drake y se lo digo. Me responde que él también me quiere. «Yo también te quiero.» Me contemplo desnuda en el espejo e intento verme con sus ojos.

Me acuerdo del beso. Está ahí, en mi cabeza. Sigue ahí. No se borra. Otras

cosas vienen y van, pero el beso se queda.

Hablamos más sobre sexo. Antes de que tuviera este recuerdo, no habría sido capaz de mantener el tipo de relaciones que tienen los demás. Drake me pidió que pasáramos la noche juntos, y yo le respondí inmediatamente que no podía ser, por mi madre. Me arrepiento de ello. El arrepentimiento es un sentimiento extraño.

Darí­a lo que fuera —escribo— por poder besarte otra vez, y tocarte, y sentir tus manos en mi cuerpo.

Las palabras fluyen de mí, llenas de dicha y sin censura.

Dentro de mí se ha liberado algo que jamás había imaginado que estuviera ahí.

Le escribo:

Desearía haber dicho lo que debía decir cuando me pediste que pasara la noche contigo. Daría cualquier cosa por tenerte aquí conmigo, en mi cama, donde estoy ahora mismo. Cualquier cosa.

Y él responde:

Y yo daría cualquier cosa por estar ahí. Por despertarme a tu lado y poder alargarte la mano y tocarte. Tienes un cuerpo perfecto. Sé que es así. Si no fuera una cosa tan repulsiva, te pediría que me mandarás una foto.

No puedo hacerlo: sacarme una foto desnuda es una idea imposible, y se lo digo. Nunca me atrevería a sacarme una foto y adjuntarla a un correo electrónico; no podría. Así que añado:

Tendrás que imaginártelo. Quizá algún día... ya sabes.

Ojalá —responde—. ¿Cuándo vuelven tus padres? ¿El sábado?

Eso parece. ¿Qué día es hoy? ¿Miércoles?

Jueves. Te quedan dos días más antes de que alguien empiece a preguntarte qué haces en ese ordenador todo el día.

Les gusta que esté en el ordenador. Significa que estoy a salvo.

Capto el tono de diversión en su mensaje cuando contesta:

¿Sabes que existe internet? La mayoría de los padres no quieren que sus hijas se dediquen a charlar con hombres en línea.

Eso pasa con las niñas de diez años —le recuerdo—. Yo tengo diecisiete.

Me despierto tarde, con las palabras «besé a Drake» resonándome en la cabeza. Sigo recordándolo. Anoche nos besamos en la playa y, a pesar de que he dormido desde entonces, cada detalle sigue fresco en mis pensamientos y quiero quedarme en el recuerdo y vivir en él para siempre. Me siento radiante y reconfortada. Quiero a Drake.

Me dijo: «Podríamos pasar la noche juntos.»

Le dije: «Mi madre.»

Alargo la mano para coger un bolígrafo y escribirlo antes de que desaparezca. *Besé a Drake*: no pienso permitir que se pierda. Mi cama está en el centro de la habitación y las paredes a medio pintar de blanco.

Leo las notas que he dejado junto a la cama.

Descubro que:

Aunque me acuerdo del beso, no recuerdo ni una sola de las muchas cosas que parecen haber sucedido desde entonces. Es desolador.

Mamá y papá están en Francia.

Mi hermano Jacob está muy enfermo.

He decidido pintar mi habitación de blanco.

Paige ya no es mi amiga. Sabe que besé a Drake.

Drake está en el Ártico. Intercambiamos correos electrónicos.

Miro las fotos que tengo guardadas en el móvil. Lo leo todo otra vez. Leo los correos que Drake me ha enviado. Mientras los repaso, me llega un correo nuevo.

Lo siento, Flora

Tengo que marcharme de la ciudad para ir a la base de satélites del Polo Norte como parte de mi trabajo de investigación, de lo contrario me expulsarán del curso prácticamente antes de que haya empezado. La base está lejos de la ciudad, de modo que no tendré cobertura de móvil ni mucho menos WiFi. En cualquier caso, deberías prepararte para la llegada de tus padres. Escribiré mañana, cuando ahí sea de madrugada, ¿vale?

Contesto escogiendo las palabras con cuidado, confiando en que sean las correctas: *Vale. Ten cuidado. Te quiero.*

Cierro el portátil y miro a mi alrededor. Por lo que acabo de leer, esta casa lleva días y días convertida en un remanso de amor de cuento de hadas. Ha sido un lugar precioso, un universo nuevo y luminoso. Todo ha sido impecablemente perfecto.

Hace un montón de días que besé a Drake, pero el recuerdo todavía sigue en mi cabeza. No sé por qué, pero deseo averiguarlo. Debe de ser porque lo quiero. También podría ser por la piedra. Necesito preguntárselo a un médico: quizá todo esto sea el principio de mi recuperación. Intentaré encontrar a un médico para preguntárselo. Me escribo una nota al respecto.

Bajo la escalera intentando encontrarle algún sentido a mi realidad. Estoy enamorada. Escribo cartas de amor en el ordenador, y también las recibo. Éste es un lugar mágico. Tengo diecisiete años y estoy enamorada de un chico. Antes tenía diez años, y ahora he crecido.

Voy pensando en todo eso al tiempo que me dirijo a la cocina, y cuando entro me quedo helada, incapaz de moverme, incapaz de respirar.

Han entrado a robar. Me han robado mientras dormía. Alguien ha irrumpido en mi mundo perfecto de sueños felices y lo ha saqueado.

Me pasan mil ideas por la cabeza, pero se esfuman antes de que pueda aferrarme a ellas. La cocina no tiene el aspecto que debería tener. Está hecha un desastre, hay cosas por todas partes. Huele mal. Toda la vajilla está fuera de los armarios y se ven rastros de migas. Hay platos sucios allá donde miro; ni siquiera están apilados en el fregadero, sino esparcidos por los sitios más inesperados.

También hay café derramado por todas partes: forma pequeños churretones secos y círculos marrones en prácticamente cada superficie.

De hecho, es posible que esto no sea obra de un ladrón. Mi corazón recupera gradualmente su ritmo habitual a medida que voy prestando atención a los detalles. Esto lo he hecho yo. Es culpa mía. He escrito que éste era un lugar mágico y encantado, pero resulta que no lo es.

No debería escribir cosas que no son verdad.

No encuentro ninguna prueba que sugiera que he salido de casa desde el domingo, que, por lo visto, es cuando fui a la playa con mi madre. Corro al recibidor y me miro en el espejo de cuerpo entero. La chica que me devuelve

la mirada se queda boquiabierta al ver a esa extraña descuidada que la mira fijamente: tengo el pelo más sucio de lo que pensaba y se me pega a la cabeza. Es posible que no me haya quitado este pijama desde hace un tiempo considerable. Capto mi propio olor, y los vecinos seguramente también. Es probable que hasta mis padres puedan olerme desde (compruebo la pared) Francia.

Leo los pósits que hay en la pared de la cocina y reviso la comida que queda en la nevera. Los platos del martes, el miércoles, el jueves y el viernes siguen ahí, pero estoy segura de que eso no quiere decir que hoy sea lunes. Parece que me he tomado más o menos el número de pastillas que tocaba. Necesito averiguar qué día es. Sin embargo, no me atrevo a abrir la tapa del portátil porque sé que eso significa que escribiré a Drake, y soy consciente de que estoy tratando de no hacerlo. «¿Qué día es hoy?» es una razón pésima para reiniciar una conversación. Además, acabo de leer que está trabajando y que no puede enviar correos. No podría contestar y eso me entristecería.

Me acuerdo del beso. Recuerdo nuestras conversaciones. Recuerdo las olas rompiendo sobre los guijarros, el olor del mar y la luz de la luna. Recuerdo la piedra. Bajo la vista y descubro que la tengo en la mano.

Adondequiera que mire, la casa está en un estado cada vez más lamentable. Hay cartas amontonadas en el felpudo y una tarjeta de «AUSENTES DEL DOMICILIO» que ha dejado el cartero. Hago fotos de todo, del desastre, de la devastación y de mí misma, para recordarlo.

Todas las ventanas están cerradas, pero cuando me acerco a una de ellas compruebo que fuera brilla el sol. La casa necesita aire fresco. Abro todas las ventanas.

Hay papelitos amarillos por todas partes, y muchos de ellos dicen cosas como «LO AMO» y «quiere verme desnuda». Los reúno todos y los meto en un sobre que después guardo debajo de mi cama.

Marco un número de teléfono que encuentro en una tarjeta de visita pegada en el tablón de la cocina.

—Buenas tardes —contesta una voz masculina—. Taxis Pete.

—Hola —digo—. ¿Es viernes?

—¿Hoy? Pues sí, tesoro. Hoy es viernes. ¿Quieres pedir un taxi, bonita?

—No, gracias. Adiós.

Cuelgo el teléfono. Mis padres llegan a casa mañana y tengo mucho trabajo por delante.

Primero, me ocuparé de mí misma. Abro el grifo de la bañera y vierto un montón de gel en el agua para que haga espuma. Mientras el cuarto de baño se llena de vapor, me observo en el espejo y me paso los dedos por el pelo, mirándome a los ojos.

Soy una persona distinta.

El espejo se empaña. Escribo su nombre con la yema del dedo: *DRAKE*. A continuación escribo *FLORA* y luego *sé valiente*. Lo rodeo todo con un corazón.

Observo mi cuerpo desnudo durante un buen rato y me pregunto si verlo lo decepcionaría. Me acaricio con las manos, por debajo de la cintura, intentando sentir mi piel a través de las yemas de sus dedos.

Percibo un olor extraño en el aire y me pregunto por qué estará encendido el horno. Al llegar abajo, envuelta en una toalla, descubro que, efectivamente, lo he encendido en algún momento, pero no he metido nada dentro. El olor que impregna el aire es el de los pequeños restos carbonizados de cosas asadas en el pasado.

Apago el horno y vuelvo al baño. El agua está caliente y llega hasta el borde, y me alegro de comprobar que no he permitido que rebosara.

Drake me pidió una foto desnuda en uno de sus correos electrónicos. Le dije que no. Mientras me meto en el agua, que está demasiado caliente, decido que eso es bueno. Drake tiene a una chica extraña y preciosa en la cabeza: si me viera ahora mismo, se llevaría una decepción. En la playa estaba oscuro.

Me reclino en la bañera y me examino las manos y los brazos. Esto es muy importante, porque podría estar a punto de borrar todo tipo de información vital; y no puedo escribirme una nota en la mano que me recuerde que debo mirar las notas que tengo en las manos. Ahora mismo no hay nada escrito en ellas que no tenga en la cabeza.

Me lavo el pelo con champú y acondicionador. Me froto concienzudamente y luego me depilo las axilas y las piernas. Al salir estoy roja como una gamba, pero huelo mucho mejor que cualquier gamba o que la última versión de mí misma.

Con las ventanas abiertas, la casa comienza a respirar de nuevo. El olor que impregnaba el ambiente se ha disipado y el aire que entra del mundo exterior me recuerda que ahí fuera hay un mundo exterior. Huele a mar, al aire fresco que viene del otro lado del Atlántico.

Me quedo inmóvil, envuelta en la toalla y mirando a través de la ventana, y caigo en la cuenta de que estoy llorando. No sé muy bien si el intercambio de correos con Drake ha sucedido de verdad, ni si mis padres se han ido realmente o si mi hermano Jacob está tan enfermo en Francia que han tenido que dejarme atrás para acudir a su lado a toda prisa. No puedo creer que Paige no me dirija la palabra, porque es mi mejor amiga y nos conocimos cuando teníamos cuatro años, el primer día de colegio. Sólo sé todo eso porque lo he leído, pero podría haber escrito cualquier otra cosa. ¿Hay un chico en el Polo Norte que me quiere tanto como yo a él? ¿De verdad he besado a un chico? ¿Me pidió que pasara la noche con él?

Sí. Sí, lo hizo. Lo sé porque lo recuerdo. Besé a Drake en la playa: eso es lo único que sé.

Los contornos del mundo empiezan a desdibujarse. Vuelvo a mi habitación con pasos temblorosos y me siento en la cama. Me acuesto y cierro los ojos.

Cuando me despierto, ha oscurecido. Las ventanas están abiertas de par en par y el aire que noto en la cara es frío.

No he corrido las cortinas. La luz de mi cuarto está encendida. La cama está en el centro de la habitación y las paredes, a medio pintar de blanco. Leo las notas y vuelvo a descifrarlo todo. Mis padres llegarán el sábado. Encuentro un pijama limpio en el cajón. Es blanco y de algodón, y tengo frío con él, así que me pongo un jersey grueso encima y un par de calcetines de lana. La casa está en silencio.

Besé a un chico en la playa a la luz de la luna. El vello de los brazos se me puso de punta.

Todas y cada una de las ventanas de la casa están completamente abiertas, y tiemblo de frío mientras voy cerrándolas. Oigo gritos distantes que proceden de la playa, pero son sonidos que pertenecen a un universo distinto. En la sala de estar reina un silencio sepulcral; el televisor, mudo y gris, me acusa de no haberlo encendido como se me dijo que hiciera. El sofá se ve immaculado, con un cojín un poco arrugado, pero intacto por lo demás. Me siento sólo para que parezca que alguien lo ha usado.

Ordeno la cocina y cuando me doy cuenta son ya las dos de la madrugada. Para entonces, los platos están en el lavavajillas, el suelo barrido pero no fregado, y he recogido con la bayeta una cantidad absurda de migas, que he

tirado a la basura.

Debería volver a la cama, pero en vez de eso me preparo una taza de té a la menta y abro la tapa del portátil sin tener ni idea de lo que voy a encontrar. Puede que haya, o no, un intercambio vertiginoso de correos electrónicos entre Drake y yo: no acabo de creer del todo a la Flora que lo ha dejado por escrito. Temo encontrar sólo los míos. No quiero haber estado acribillándolo a mensajes como una pobre niña con problemas. Eso sería insoportable.

Pero no: está todo aquí, en la pantalla. Vuelvo a leerlos, con un asombro y un entusiasmo crecientes.

El intercambio ha acabado, hace doce horas, con ambos diciendo que íbamos a continuar con nuestras cosas.

Drake estará dormido, seguramente, junto a sus antenas para captar señales de los satélites. Vuelvo al piso de arriba, me acuesto y me duermo yo también.

4

—Taxis Pete, ¿dígame?

—¿Qué día es hoy, por favor?

—Sábado. ¿Necesitas ya un taxi, bonita?

La casa está limpia y ordenada. He barrido, fregado y quitado el polvo. He tirado la mayor parte de la comida y he sacado la basura para que no se encuentren un montón de comida en buen estado en el cubo. He hecho fotos del resultado de la limpieza para saber que la he hecho yo. Aterrizan el sábado por la tarde y ahora es sábado por la mañana, así que decido aventurarme al mundo exterior y reponer todo el pan que me he comido.

Se me hace raro sentir el aire en la cara: creo que he estado mucho tiempo sin salir. Hace calor, llevo un vestido de algodón y una rebeca, las piernas desnudas y chancletas. Al cruzar la puerta, me siento como una intrusa: subo la calle, paso por delante de un gran edificio de oficinas y dejo que mis piernas me conduzcan a Chapel Street, donde sé que hay un pequeño supermercado. El aire fresco me arde en los pulmones. Siento que el color vuelve a mis mejillas. Pienso en Drake y en ese lugar frío y lleno de nieve, y camino con más energía.

Estoy lejos del ordenador. Cuando vuelva a casa, tal vez haya un correo electrónico. Por el momento he leído sus otros mensajes, en los que me dice cosas maravillosas. Ha dicho que me adora. A cientos de kilómetros de aquí, hay un chico que me quiere. Que me desea. Contesta a mis correos. Su beso me ha hecho recordar.

Quiero ir al Polo Norte en su busca.

Me miro la mano. *FLORA, sé valiente.*

Compro tres panes de molde, galletas y un bizcocho de jengibre esponjoso. Compro leche, aunque no sé si es necesario o no, porque es lo que hace la gente. Recuerdo a mi madre comprando leche aquí cuando yo era pequeña. Intento comprar una botella de vino para mis padres porque les gusta, pero

resulta que no me está permitido porque tengo diecisiete años, así que decido llevarme una gran caja de bombones.

Cuando sonrío a la gente, me devuelven la sonrisa. Es tan alentador que decido dar un paseo por la ciudad, sentir el sol en la piel, sonreír a más personas, balancear la bolsa de la compra y sentirme feliz, normal y deseada. Drake me desea. Me besó en la playa.

Camino sin rumbo y Penzance me rodea. Me detengo a mirar las tiendas y los puestos: hay un montón de ropa de segunda mano rebajada. Me miro. Tengo diecisiete años. Llevo puesto un vestido de niña pequeña y chancletas, y tengo el mismo aspecto que cuando tenía diez años, pero más grande. Me quedo mirando a una chica que camina por la calle hacia mí. Lleva un vestido blanco y rojo, con una falda que hace frufú y unos bonitos zapatos con cintas que se atan al tobillo. Me gustaría tener su aspecto, no el mío. Hay una mujer en la acera de enfrente que lleva un abrigo largo con un cuello de pieles. Da la impresión de ser alguien que podría ir al Polo Norte. Yo no.

En una tienda de segunda mano que parece una cueva, encuentro un enorme abrigo de pieles falso y me lo pongo encima del vestido aburrido. Abriga como si llevara puesto un edredón, pero me hace parecer una espía. Me queda un poco grande. La chica que me devuelve la mirada en el espejo parece misteriosa, dispuesta a cualquier clase de aventura: probablemente llevaría una pistola escondida en el bolsillo, y desde luego no llevaría debajo un vestido de niña pequeña.

Tendría novio.

—¿Cuánto cuesta? —le pregunto a la dependienta, que lleva un rato apretando repetidamente un botón en un artilugio que yo no he visto, y que para mi desconcierto pregunta una y otra vez: «¿Y si comprobamos la red inalámbrica, so inútil?»

—¡Debería estar en la etiqueta! —me contesta a gritos.

Compruebo la etiqueta. Treinta y cinco libras.

—¿Me lo bajarías de treinta y cinco? —consigo decir, aunque noto que me sonrojo ante mi propio atrevimiento.

La mujer se encoge de hombros. Es menuda y de cabello castaño; parece distraída.

—¿Treinta? Se acerca el verano. Hecho.

Me quito el abrigo enorme, lo pongo encima del mostrador y, por un instante, me planteo la posibilidad de comprar también una máquina de

escribir vieja. Aplano tres billetes de diez que saco del monedero mientras la dependienta dobla el abrigo tanto como le es posible y consigue meterlo en una gran bolsa de papel de estraza con asas y muy arrugada.

—No es una gran bolsa —reconoce cuando me la tiende—, pero sí te llevas un gran abrigo. Muy bonito. Hasta pronto, Flora.

Estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas para responder que prefiero un gran abrigo en una bolsa terrible que lo contrario, pero cuando la oigo pronunciar mi nombre me quedo de una pieza. La miro. Tiene la cara redonda y el pelo corto y oscuro, y no la conozco de nada. Odio no saber nada sobre mi propio pasado. Odio que ella me reconozca y yo a ella no.

—Pues gracias —digo, y me marchó.

Me paro en la esquina y me pregunto si debería ponerme el abrigo nuevo. Hace demasiado calor, pero sería mejor llevarlo puesto que en esa bolsa de papel hecha polvo. Reorganizo mis compras y me meto la mano en el bolsillo del vestido para comprobar que mis llaves siguen ahí.

Lo que encuentro es un trozo de papel, doblado muchas veces, que resulta ser un mapa. No está hecho a mano, es un mapa impreso, con las calles de color amarillo y los nombres escritos. Alguien ha trazado una cruz encima de Morrab Gardens y ha escrito «CASA» justo al lado; y, efectivamente, vivo allí. En el número 3 de Morrab Gardens. También veo una cruz en el lado opuesto de la ciudad, y al lado leo «DRAKE».

Miro las notas que llevo escritas en los brazos y trato de ver si la caligrafía coincide con la del mapa. No estoy segura de si he sido yo quien ha escrito esas palabras o no.

Estoy un buen rato estudiando los nombres de las calles del mapa para ubicar el lugar donde me encuentro. Entonces, lo marco con una cruz y trazo una línea hasta ese sitio llamado «DRAKE», porque es el único lugar del mundo al que quiero ir. Drake está en el Ártico y este mapa es de Penzance, así que, a no ser que me haya olvidado de apuntar algo más, no creo que vaya a encontrarlo allí, pero de todas formas debo ir a comprobarlo porque es posible que haya vuelto.

Drake podría haber regresado. Su nombre está escrito en el mapa.

La ruta es en línea recta y la sigo fácilmente. Paso por delante de un montón de tiendas y después dejo atrás la estación, siempre con el mapa en la mano. Cuando dejo esa calle y empiezo a subir por una ladera empinada, la compra resulta pesada y molesta; desearía haberla dejado en casa antes de

aventurarme hacia ese lugar llamado «DRAKE». La bolsa del abrigo está ya tan rota que más me vale tirarla en la próxima papelería que encuentre y llevar el abrigo puesto. La bolsa con la leche, los bombones, el pan y el bizcocho parece cada vez más pesada, pero me empeño en continuar subiendo, porque quiero saber qué hay allí y por qué llevo el mapa. Tengo la sensación de que es un mensaje del universo. Parece una misión. Quería una aventura, y aquí la tengo.

Podría estar caminando hacia Drake. Es posible que esté aquí.

Es una casa de piedra gris en lo alto de la colina, que tiene tres pisos. Me acerco a la puerta y llamo al timbre.

Sé qué aspecto tiene Drake. Tiene el pelo castaño y lleva gafas. Sé cómo son sus besos. Si está aquí, me besará ahora, y yo lo besaré a él.

Durante unos segundos, no ocurre nada. Luego se oyen pisadas al otro lado de la puerta y a alguien que manipula la cerradura. La puerta se abre y aparece un señor. Es totalmente calvo, pero sus ojos sonrían y me saluda con un gesto de la cabeza.

No es Drake. Aunque si hubieran pasado treinta años sin que me diera cuenta, podría, en efecto, ser Drake. Esa idea me asusta, y enseguida me miro para comprobar si aún tengo diecisiete años. Cuesta saberlo viendo mi ropa, así que me inclino ligeramente hacia un lado para verme reflejada en los cristales de la ventana en saledizo.

Todavía tengo diecisiete años, y este señor no es Drake.

—Hola, Flora —dice el hombre.

—Hola —respondo.

Intento sonreír yo también con los ojos. No lo conozco, pero él sabe quién soy.

—¿Te envía Drake? —pregunta.

Asiento sin abrir la boca.

—Estupendo —continúa—, dijo que alguien vendría a por sus cosas. No esperaba que fueras tú, pero adelante.

Trago saliva con dificultad. Drake no está aquí. Eso habría sido demasiado maravilloso. Sin embargo, este señor conoce a Drake, me conoce a mí y quiere darme «sus cosas».

—Gracias.

—Pasa, Flora. Veo que ya vas bastante cargada. No vas a poder llevarte todos los trastos hoy, ¿verdad? No hay nadie que pueda venir a buscarte, ¿no? Niego con la cabeza.

—No puedo llevármelos hoy. Lo siento.

Este hombre va a darme las cosas de Drake. Voy a tener cosas que pertenecen a Drake. Me aseguraré de llevarme, por lo menos, una cosa.

Suelta un suspiro.

—Supongo que era demasiado pedir que el chico arreglara su habitación antes de largarse al Polo Norte. Ni se molestó. Por qué iba a hacerlo, si podía convencer a una novia guapa de que se encargara por él, ¿verdad?

—Claro. —Intento grabarme las palabras «novia guapa» en la cabeza. Me gustan.

Aunque no sé cómo responder a ellas. Así que me limito a seguirlo al interior de la casa, que huele intensamente a comida y perfume, y luego escalera arriba. Voy tras él hasta una puerta, pero él sólo asoma la cabeza y dice:

—¿Kate? Ha venido la amiga de Drake. Va a ocuparse de sus cosas, pero hoy únicamente podrá evaluar los daños.

A pesar de que no veo el interior de la habitación, asiento porque lo que ha dicho parece tener sentido. Un gato se restriega contra mis piernas. Es blanco y de pelo muy largo. Compruebo si tiene orejas y, en efecto, ahí están. Pues claro que las tiene. No tengo la más mínima idea de por qué he pensado que podría no ser así.

—Fantástico —dice una voz desde el interior.

Acto seguido, una mujer se planta ante mí. Tiene un cabello canoso que le llega a la altura de la barbilla y lleva un vestido rosa ajustado y un pañuelo de piel de leopardo.

—Vaya —dice—. Hola, Flora. Pensé que sería Paige. —El corazón me da un vuelco. Aguanto la respiración y espero a que me pidan que me marche—. Pero bueno, tú también servirás, ¿no? Ven, subamos.

—¿Es usted la tía de Drake? —me aventuro a preguntar.

—Desde luego que sí, tesoro —contesta—. Kate Apperley. Y éste es mi marido, Jon, porque estoy segura de que no se le habrá ocurrido volver a presentarse, ¿no es así?

Y entonces, cuando llegamos al final de otro tramo de escalera, me encuentro en la habitación de Drake.

Esto es milagroso. Paige debe de haber estado aquí. Puede que yo también. Ésta es la habitación a la que me habría traído si hubiera accedido a pasar la noche con él. Y ésa es la cama en la que habríamos dormido. Éste es nuestro sitio.

Me dijo: «Oye... ¿te apetece ir a algún sitio conmigo? Ahora, quiero decir. Podríamos pasar la noche juntos...»

Yo contesté: «Pero mi madre...»

Las tres palabras más estúpidas que podría haber pronunciado.

El cuarto de Drake tiene el techo inclinado y una ventana; hay una cama de matrimonio, una cómoda y un perchero metálico con ruedas del que cuelgan unas cuantas perchas vacías. Inhalo el aire que Drake exhaló antes de irse. Hay libros sobre una mesa y ropa en el suelo, sobre todo camisetas. Hay trastos desparramados por todas partes. La cama es lo único que está despejado: un edredón blanco y dos almohadas descansan amontonados sobre el colchón desnudo. Ojalá sus sábanas siguieran aquí. Si fuera así, me habría metido en su cama. Sería demasiado tarde, pero por lo menos lo habría hecho.

Kate me está mirando.

—¡Lo sé! —exclama—. ¡La juventud de hoy en día! Es broma, pero ojalá hubiera subido a echar un vistazo antes de que se fuera. Supuse que lo dejaría todo recogido. ¡Si seré tonta!

—Caray.

—Por supuesto, si hubiera sido una chica, habría estado mejor enseñada. Tú nunca te irías de una casa dejándola en estas condiciones, ¿verdad, tesoro? Mientras vivía aquí, no nos dio la sensación de que fuera tan desastre. Ya me entiendes: metía las cosas en el lavavajillas y cocinaba de vez en cuando. Bueno... ¡qué se le va a hacer! Aun así, lo echamos de menos, ¿sabes? Aunque haya dejado todos estos encantadores recuerdos tras él.

—Yo también lo echo de menos.

—Bueno, echa un vistazo. Ponlo todo en montones, si quieres, y vuelve con un par de cajas. No hay nada muy importante. Es sólo la mierda que no se molestó ni en tirar, si me perdonas la expresión.

—De acuerdo —le digo, y Kate se va para dejarme sola con las cosas de Drake.

Cojo una camiseta roja del suelo y la huelo. De inmediato, estoy de nuevo en la playa.

Él dijo: «Tu madre... Dios mío. Perdona, ha sido una idea terrible. Es decir... ¿En qué demonios estaría pensando? No pretendía...»

Yo dije: «Estoy bien. Lo siento. Es que... Es que yo... nunca...»

Y después solté: «Llamaría a la policía.»

«La policía, Dios mío. Soy un idiota. Olvida lo que he dicho.»

Lo eché todo a perder.

Sigo con la camiseta pegada a la nariz. Así olía Drake en la playa. No quiero oler nada más que esto durante el resto de mi vida. Es lo único que quiero. Estuve tan cerca de él que sólo podía olerlo a él.

Luego me escribo en la mano: *Estoy en la habitación de Drake*. Recojo toda la ropa que hay en el suelo y huelo cada una de sus prendas. Doblo la camiseta roja con cuidado y la meto en la bolsa con la leche y los bombones. Hay varias cosas encima de la cómoda: un trozo de papel con un número escrito, una serie de piedras ordenadas por tamaño y un cuenco con conchas. Ordeno la habitación, como la amable señora me ha pedido, y me quedo todo lo que consigo embutir en la bolsa. Me llevo todas las piedras y conchas. Y me llevo también el trozo de papel.

Volveré a recoger lo demás. Vendré con una maleta y me lo llevaré todo. Me lo quedaré para siempre. Me ayudará a aferrarme a mi recuerdo.

Me acerco a la ventana y miro a través de ella. Sé que debo de estar viendo Penzance, pero esto no tiene sentido. Yo vivo en Penzance y no tiene este aspecto. Sé que desde mi ventana de casa veo las copas de los árboles y la parte superior de los edificios al otro lado del parque. Eso es lo que siempre he visto desde mi ventana. Lo que veo desde aquí es precioso, y Penzance no es nada del otro mundo. Veo un retazo de mar a mi izquierda, hileras e hileras de casas y palmeras, todo ello iluminado por un sol radiante que lo tiñe todo de blanco. Hay una iglesia que recuerda a Batman.

Me agarro con fuerza a la repisa de la ventana. No estoy en Penzance. Me he ido a otro sitio. Éste no es el mismo lugar. Esto es nuevo. No puedo recordar cómo he llegado hasta aquí, pero aquí estoy.

En mi mano pone que estoy en la habitación de Drake. ¿Quiere eso decir que estoy en el sitio helado? ¿En las Svalbard? Pero este lugar no parece frío.

Sigo ahí, mirando fijamente, intentando entender algo de todo esto.

Se abre la puerta y entra una señora.

—¿Estás bien, tesoro? —pregunta.

La miro.

Quiero preguntarle dónde estoy, quién es ella y dónde está Drake. Quiero preguntarle en qué país estamos y dónde están mis padres y qué está pasando y cómo llegar a mi casa.

—Sí... —consigo contestar por fin—. Sí, estoy bien, gracias. Creo que debería irme.

5

Estoy sentada a la mesa de la cocina con el móvil al lado. Me mandarán un mensaje o me llamarán, porque son las dos y veinte y, según todo lo que he leído, se supone que hay un avión que está aterrizando en este preciso momento, y ese avión lleva a mis padres a bordo. Se fueron a Francia porque mi hermano estaba enfermo. Ahora vuelven, así que tal vez haya mejorado.

Nuestra casa está más que impecable. Nadie que la viera ahora dudaría que he llevado una vida limpia y diligente esta semana. No lo pensaría ni yo misma, si no fuera por las fotos que tengo en el móvil, que muestran muy claramente el caos que llegó a reinar aquí. Ahora está todo ordenado: el suelo está aspirado y fregado, y los platos, limpios y guardados en su sitio. La puerta trasera está abierta y la brisa primaveral, perfumada por todo lo que crece y brota y florece, se cuele con sigilo en la casa.

Tiene exactamente el aspecto que debería tener. Si no dispusiera de mis palabras y mis fotos, no sospecharía nada.

Besé a Drake en la playa. En ese recuerdo, estoy viva. Conservarlo, poseerlo con su nitidez cristalina, llevarlo de aquí para allá en mi cabeza y no en mi piel: todo eso me hace sentir un ser humano. Vivo en él tanto como puedo, y el resto del tiempo descubro (supongo que una y otra vez) que nuestra relación continúa. Nos hemos escrito correos electrónicos, y son maravillosos. Lo quiero y él me quiere a mí. Drake me ha hecho recordar, y necesito verlo de nuevo para hacer que mi memoria vuelva a funcionar.

He reunido todas las notas relacionadas con lo que ha ocurrido esta semana: están ordenadas en una carpeta, y esa carpeta la he escondido en una caja bajo la cama. La única prueba de ello son las palabras *Carpeta bajo la cama* escritas en la cara interior de mi muñeca izquierda. Cuando lleguen mis padres, no verán más que normalidad. Lo he leído todo: ahora mismo estoy casi segura de saberlo casi todo.

Pongo un CD y espero, todavía con la mirada clavada en el móvil. Es un álbum de David Bowie, *Hunky Dory*, y me sorprendo al reparar en que me sé la letra entera. Lo oirán de fondo cuando me llamen.

Llevo puesta una camiseta roja demasiado grande para mí. Huele a Drake.

El disco se acaba. Escojo otro al azar, uno de los Beatles, y descubro que me encanta. El álbum se llama *Abbey Road*, y me pregunto si lo habré escuchado antes o si ésta es la primera vez. Lo escribo en un pòsit: *Me encanta Abbey Road*.

Los llamo. No contestan. Ya deben de haber aterrizado. Lo más seguro es que yo nunca haya viajado en avión, pero sé, porque lo tengo apuntado, que no está permitido usar el móvil a bordo.

«Lo siento —dice una mujer robot—. El número al que llama no está disponible. Por favor, deje su mensaje después de la señal. Para volver a grabar su mensaje, pulse uno en cualquier momento.»

Decido dejarles un mensaje.

—Hola —digo—, soy yo. Flora. Llamadme cuando podáis. ¡Hasta ahora!

Pulso uno y lo digo de nuevo.

En un papel pautado que hay al lado del móvil, escribo: *Les he dejado un mensaje*. Sumo el número de veces que ya he escrito esto en la hoja de papel y compruebo que les he dejado treinta y cuatro mensajes. Desde luego, tendrán clarísimo que estoy pensando en ellos.

Los móviles pueden quedarse sin batería. Pueden romperse, perderse y quedar olvidados entre dos asientos.

Se supone que ahora mismo están volviendo en coche desde el aeropuerto, pero odian conducir.

A un móvil pequeño podrían pasarle muchas cosas. Repito los preparativos para su llegada: pongo agua a hervir de nuevo y dejo la tetera preparada con las bolsitas dentro y el bizcocho de jengibre cortado en un plato blanco en el centro de la mesa. Dispongo platos y tazas para los tres. Miro el móvil y espero.

Los bordes del bizcocho de jengibre empiezan a endurecerse. Mis padres no

han llegado a casa. Debo de haberme equivocado en algo.

Me tomo las pastillas y comienzo a bostezar. Siguen sin aparecer.

No hay notas que me ofrezcan orientación de ningún tipo. No tengo nada de interés en la mano: todas mis anotaciones son sobre llamadas que he hecho, horarios que he comprobado y mensajes que he dejado. Encuentro el número del aeropuerto de Exeter y llamo para asegurarme de que el avión haya aterrizado sin percances, porque las páginas web a veces se equivocan y el mero hecho de pensar en un avión precipitándose contra el mar mientras le dejo un mensaje tras otro a la mujer robot hace que me eche a temblar.

No consigo encontrar a ninguna persona real con quien hablar, pero doy con un mensaje grabado que asegura que todos los vuelos de Francia han aterrizado con normalidad. Llego a la conclusión de que, si un avión se hubiera estrellado, habría más gente que querría saberlo, así que miro en la tele y de nuevo en internet, pero no hay nada sobre ningún avión.

Creo que ya he llamado al aeropuerto de Exeter. Creo que lo estoy haciendo una y otra vez.

En mi muñeca pone *Carpeta bajo la cama*. Miro debajo de la cama y me distraigo, absorta en la visita que he hecho a la casa de la tía de Drake. Cojo el móvil y repaso todas las fotos que he tomado allí, hasta llegar a las imágenes de la casa limpia y a las de antes, las de la casa sucia. Observo las fotos del cartel del gato perdido y de Drake subido a una silla.

No recuerdo haber tomado esa imagen, pero ahí está: tengo una fotografía de Drake en el móvil, y cuando la encuentro me quedo mirándola un buen rato.

Saco todo lo que me he traído de su habitación y lo coloco formando una hilera. Pongo las piedras juntas, ordenándolas según el tamaño, como están en la foto que he sacado en casa de su tía. Formo una larga línea de conchas en el alféizar de mi ventana para poder verlas todas. Me quito la camiseta roja y hundo la cara en ella, recordando.

Cuando regreso al presente, mis padres siguen sin haber llegado.

Podría haber pasado algo malo en el trayecto. Leí en una nota que me ocultan un secreto. Tal vez el secreto sea que nunca más volverán a casa.

Desearía que Paige estuviera aquí. Necesito a alguien que sepa hacerse cargo. Ha de haber algo que se me escapa, algo evidente, algo que hará que

todo vaya bien de inmediato. Saco el móvil para enviarle un mensaje y entonces veo cuántas veces me ha dicho que la deje en paz. Me pongo a llorar.

El último mensaje de mi madre dice: *Qué ganas de verte, Flora, cariño. ¡Cuídate! No lo olvides, hoy toca pizza. Besos. Mamá y papá.*

Yo respondí: *¡Sí, pizza! Paige y yo estamos genial.* Ése es el último mensaje del hilo. Necesito que alguien me ayude.

Encuentro unos números en el dorso de una fotografía de Jacob. Pone: «Llámame. Te quiero», así que marco los números en el teléfono fijo de casa para ver qué ocurre. Contesta alguien con una voz extraña y extranjera. No puede ser Jacob, así que cuelgo.

La señora Rowe vive en la casa de al lado. Me acuerdo de que me daba caramelos y me cambiaba nuestros botes de mermelada vacíos por barritas de chocolate. Recuerdo que me encaramaba a la tapia trasera del jardín y charlaba con ella, balanceándome con la barriga apoyada en el borde. Me acuerdo de que tenía gemelos ya mayores, un chico y una chica, y de que su hijo también tuvo gemelos. En esos recuerdos soy más pequeña. Quizá todavía viva ahí, quizá no. Tal vez los gemelos de sus gemelos hayan tenido más gemelos a estas alturas.

Salgo, con mucho cuidado de dejar la puerta del porche entreabierta, y recorro nuestro jardín y después el de la señora Rowe. Cuando llamo al timbre, que emite un zumbido que recuerdo, la puerta se abre antes de que el ruido haya acabado del todo.

—¡Ahí estás! —exclama—. Por fin. Me has traído los...

Se interrumpe. Me mira. Tiene los ojos vidriosos y es mucho más vieja de lo que pensaba. Es tan vieja que debe de estar a punto de morir.

—¿Me has traído algo? —pregunta finalmente.

—No. ¿Sabe dónde están mis padres?

—¿Te gusta la mermelada de fresa?

—Usted solía quedarse con los botes de mermelada.

—¡Adelante!

Con la sensación de haber superado alguna clase de prueba, la sigo al interior de la casa, que es como la nuestra pero al revés. Hay fotografías de sus hijos en las paredes, empezando por cuando eran bebés. Cada palmo de pared tiene una fotografía. Me planto delante de una.

—¡Mire! —exclamo—. Mire, señora Rowe, ¡soy yo! Y éste es mi hermano

Jacob. Ésos son sus gemelos. Sus gemelos niño y niña. Y esos de ahí son sus otros gemelos. Sus nietos.

Sus nietos gemelos son más o menos de la edad de Jacob. Son dos niños. Los miro a los tres, y a mí. Llevo puestos unos pantalones cortos de color naranja y un chaleco amarillo, y todos estamos en nuestro jardín trasero. Intento recordar el momento en que se tomó la fotografía. No es justo, porque tengo alrededor de siete años en esa foto, así que debería ser capaz de acordarme, pero no lo soy.

—Sí, sí —dice ella, pero sé que no me está escuchando.

La casa huele un poco raro.

—Ahí tienes —dice—: mermelada.

Me quedo en el umbral de la cocina, estupefacta. Los tarros de mermelada cubren toda la mesa y todas las encimeras; también hay muchos en el suelo. Debe de haber cientos de ellos.

—¡Madre mía! —exclamo.

—Llévate un poco de mermelada, querida —me ofrece.

—Flora —le digo—. Soy Flora. ¿Ha visto a mis padres?

No contesta. Ni siquiera creo que me oiga. Cojo la mermelada, le doy un beso en la mejilla, porque sé lo que se siente, y vuelvo a casa.

La mermelada tiene moho en la parte de arriba, pero no la quiero tirar, así que la guardo en el fondo de un armario.

Le mando un correo electrónico a Drake para explicarle la cronología lo mejor que puedo. Intento detallarle lo que debería haber pasado y cuándo, y lo que ha pasado en realidad (nada). Le hablo de la mermelada de la señora Rowe. En cuanto lo envío, me doy cuenta de que debe de ser muy extraño recibir un mensaje así. No contesta, a pesar de que miro fijamente la carpeta de la bandeja de entrada y compruebo la llegada de nuevos mensajes cada pocos segundos. No recibo nada de Drake; tampoco de mis padres.

Encuentro un número en el dorso de una fotografía. Lo marco en mi móvil, aunque no suena; sólo veo: «número bloqueado».

Creo que se me ha olvidado algo. No consigo recordar qué es. Me tiro de los pelos de pura frustración y disfruto del dolor momentáneo. Vuelvo a tirar. Me

doy de cabezazos contra la pared blanca de esta estúpida habitación medio rosa. Miro hacia la ventana con ganas de romper el cristal, de cortarme, de tirarme por ella. Quiero obligarme a sentir algo tan intenso que sea capaz de recordarlo.

Me acerco a la ventana. Hacerlo sería fácil. Aquí no hay nadie para impedírmelo.

Drake hace que me eche atrás. Me acuerdo de Drake. Lo recuerdo pidiéndome que pasara la noche con él. Me tumbo en la cama y me refugio en ese recuerdo. Lo revivo una y otra vez. Vuelvo a la playa, como una tercera presencia fantasmal, y camino de puntillas a nuestro alrededor, observándonos ahí sentados, juntos.

—Y frío —dice él—, ya estuve allí una vez.

—Una suerte, sí.

—Podríamos pasar la noche juntos...

—Pero mi madre...

Acerco una silla a la ventana de mi cuarto, de modo que veo los árboles de enfrente. No circulan coches porque el callejón de delante de mi casa no es lo bastante ancho. Varias personas pasan de largo. También debemos de tener vecinos al otro lado, pero no me atrevo a llamar a su puerta. No sé si los conozco.

No ocurre nada. No viene nadie. La casa está en silencio. Empiezo a encontrarme mal. Hay algo que se me escapa. Si no supiera que hoy he salido, pensaría que tiene que ver con el mundo entero y no sólo con mis padres. De todas formas, por lo que veo, no se ha producido ningún apocalipsis.

Abro el portátil para comprobarlo todo de nuevo y, como es la primera vez que no lo hago esperando encontrar un correo de Drake, la aparición de dos mensajes suyos me pilla por sorpresa. Suelto un grito ahogado y me echo a llorar incluso antes de haberlos leído.

Su nombre aparece en lo alto de la pantalla: Drake Andreasson. Me dispongo a leer, el más antiguo primero, con el corazón desbocado.

La casa parece cernerse sobre mí mientras descifro sus palabras.

Flora:

Bueno, pues es sábado y aquí estoy, recién llegado del trabajo. Tus padres

deben de estar ya en casa. Espero que todo vaya bien con tu hermano.

Este sitio es mágico, pero te echo de menos. Trabajar en las antenas de satélite ha sido alucinante, aunque todo el tiempo pensaba en ti.

¿Has conseguido adecentar la casa? ¿Has impresionado a tus padres? Ojalá pudiera verte. No dejo de pensar en todas las cosas de las que hemos hablado. ¿Qué te parecería si fuera a verte en vacaciones?

Drake

En el segundo mensaje pone:

F: escribí el último mensaje sin conexión porque internet no funcionaba. Después descargué el que me habías mandado tú. ¿Han llegado ya? ¿Has comprobado que no te hayan dejado un mensaje? Quizá hayan decidido quedarse más tiempo con tu hermano. Es raro que no te hayan llamado. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Espero que hayan vuelto desde que me has escrito ese correo. Mantenme informado.

D

No han vuelto. Le escribo para decírselo. Y luego le escribo de nuevo una y otra y otra vez.

6

—Me dijeron que volverían —le digo al policía—, pero no ha sido así. Y siempre hacen lo que dicen. En mi cuaderno pone que los he llamado sesenta y siete veces.

La comisaría es un edificio gris con un tejado naranja. Es aburrido por fuera, y por dentro también. La zona de recepción es pequeña, con una hilera de tres sillas azules junto a la ventana.

El hombre sentado al mostrador se muestra correcto, pero no piensa que mi problema sea lo más interesante que va a pasarle hoy. La calva le brilla bajo el fluorescente. Tiene una hoja de papel en la mano e intenta leerla. Sé que no tiene nada que ver conmigo.

—¿Sesenta y siete? —repite. Levanta la mirada hacia mí, frunciendo levemente el entrecejo—. ¿En serio?

—Siempre me dicen qué están haciendo. Siempre.

—¿Tus padres se han ido a visitar a tu hermano y no han vuelto a casa cuando dijeron que lo harían?

—Exacto.

—¿Has contactado con tu hermano?

—No.

—¿Y estamos hablando de adultos totalmente capacitados?

—Sí.

—¿Lo eres tú?

Veo que mira las palabras que llevo escritas en las manos, que trata de leerlas. Luego me mira a los ojos durante unos segundos y su actitud cambia. Aparta sus papeles.

—Ah, ya sé quién eres.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada.

—¿Qué edad tienes? ¿Dieciséis más o menos?

—Tengo diecisiete y besé a un chico en la playa. Antes de eso tenía diez y

me iba al parque de atracciones. Conocí a Paige cuando teníamos cuatro años.

Sólo pretendía decir en voz alta las dos primeras palabras. Se suponía que el resto debería haberse quedado en mi cabeza. Tengo la sensación de que se está aguantando la risa. Odio que la gente haga eso.

—Sí. Has estado aquí antes. Ya conoces a mis compañeros. Vale. Llamaré a alguien para que venga a por ti. Siéntate. ¿Tienes algún amigo? ¿Un vecino? ¿Alguien más de la familia por aquí?

—Paige es mi amiga.

—Busquemos el número de Paige, pues. Le pediré que venga a recogerte. Quizá puedas quedarte en su casa.

Miro en mi móvil para buscar el nombre y el número de Paige. Paige vendrá a buscarme y cuidará de mí. Pero cuando me digo mentalmente esas palabras, sé que algo no encaja.

Hay mensajes en el móvil, pero todos son míos. Todos dicen cosas del estilo de «Hola, Paige. ¿Vas a volver pronto?». No ha contestado. Espero que esté bien. Voy subiendo en la pantalla hasta encontrar el último mensaje que me mandó ella. Es de hace unos días y dice:

Flora, ésta es la última vez que te contesto. Ya no somos amigas, porque besaste a mi novio. no somos amigas. Déjame en paz.

Me quedo mirando la pantalla. En efecto, besé a su novio. Ocurrió; lo recuerdo. Besé a un chico en la playa. Era Drake. Lo quiero. Eso significa que Paige y yo no somos amigas.

Levanto la vista. Estoy en la comisaría porque mis padres no han vuelto a casa y hay un señor de calva reluciente con un bolígrafo y un póliz delante de él. Está esperando a que le dé el número de Paige para poder llamarla y pedirle que venga a buscarme.

Me levanto.

—En realidad... no se preocupe —le digo.

Voy hacia la puerta y salgo por ella, y entonces echo a correr calle abajo y no me detengo hasta llegar a casa. Estoy sola. De repente es emocionante. Voy brincando por la calle. Bailo. Puedo hacer lo que quiera.

Me garabateo algo en el brazo: *Contactar con Jacob*. Puede que Jacob me ayude.

Si el policía telefonara a Paige, quizá ella intentaría ayudarme a pesar de

todo. Podría llamar a su puerta, y probablemente me dejaría entrar. Sin embargo, no puedo hacerlo, porque no podría contarle nada sobre los correos que he intercambiado con Drake, y ella lo descubriría al instante, porque su nombre está escrito por todos los rincones de mi mundo. Está en mis manos, en mis brazos y en un centenar de notitas nuevas que revolotean por la casa como mariposas.

Tengo que quitar esas notas nuevas por si llegan mis padres. Debo acordarme de hacerlo.

Hay demasiado que recordar.

—¿Hola? —le digo al interior de una casa vacía.

No hay zapatos de más en el porche, ni abrigos, ni equipaje. No se oyen voces. Quiero que mis padres estén aquí.

—¡Estoy en casa! —añado, y espero.

«Contactar con Jacob.»

Mis padres tienen sus papeles en un archivador y en montones que se tambalean en una habitación con una cama individual sin sábanas. Empiezo por los montones que se tambalean.

Escribo una nota: *buscando número de Jacob*, y la pego con celo en el borde de la mesa.

No hay nada acerca del viaje de mis padres. Ni detalles del vuelo, ni reservas de hotel, ni documentos. Probablemente los encontraría si buscara bien en el ordenador grande.

Abro el archivador y me pongo a buscar alguna pista sobre mi hermano mayor. Eso significa tener que leer un montón de papeles antiguos y comprobar si su nombre aparece en alguno de ellos. Encuentro un sobre en el que pone «Flora» y saco de él un fajo de papeles, pero leo expresiones como «lóbulo temporal», «paramnesia asociada» o «Escala de Coma de Glasgow 8» y me pongo nerviosa. Anoto algunas de esas palabras extrañas y me guardo el trozo de papel en el bolsillo. Después vuelvo a meterlo todo en el sobre y lo guardo de nuevo en el fondo del archivador.

Hay una postal con una foto de la torre Eiffel. Eso está en París. Le doy la vuelta y veo que está dirigida a mí, con una caligrafía bastante mala. Pone:

Estoy viendo esto justo ahora y pienso en ti. Eres increíble. Besos, Jacob.

Me quedo mirando la postal. Le hago una foto. No lleva ni su número de teléfono ni su dirección. La dejo encima del archivador. Jacob estaba pensando en mí, en París. Debo de haber visto esa postal antes. Cierro los ojos con fuerza y le digo que yo también pienso en él. Espero que lo sepa.

Encuentro un pasaporte, que curiosamente resulta ser el mío. Fue expedido hace dos años y será válido durante otros ocho. Lo dejo a un lado, por si acaso, y me escribo ¡TENGO PASAPORTE! en letras grandes en la parte interior del antebrazo izquierdo.

Pienso en Drake. Él me hace recordar. Recuerdo haberlo besado. El olor del mar.

La piedra negra.

—Podríamos pasar la noche juntos.

—Pero mi madre...

Drake está lejos. Me guardo el pasaporte en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Al cabo de mucho rato, doy con una hoja de papel con una dirección escrita a mano, precedida por la palabra *Jacob*. Pone *París*, pero no hay ningún número de teléfono.

No parece una hoja de papel nueva, sino más bien una de esas páginas que se caerían de un libro muy viejo. Leo: *Jacob, apt. 3, 25 Rue Charlot, 75003, París, FRANCIA*.

Cuando tecleo la dirección en el ordenador, aparece en un mapa: está en París, la capital de Francia, y podría ser tanto el lugar donde vive ahora como otro donde viviera con anterioridad. Tiene que haber un modo mejor de dar con él, pero como no se me ocurre cuál, escribo una postal en la que le digo quién soy y que estoy preocupada porque papá y mamá no han vuelto a casa. Le pido que me llame si se encuentra lo suficientemente bien, o que les diga a nuestros padres que me llamen lo antes posible si la recibe. Añado mi dirección de correo electrónico, por si acaso.

La releo. Todo suena correcto, creo. Suena normal.

Encuentro tres sellos de envío rápido y unos cuantos bolis que funcionan a medias en el cajón donde estaba el celo, y corro calle abajo a mandar la postal.

Se lo cuento todo a Drake y luego lo apunto en mi cuaderno. Pasa un rato y Drake contesta:

Es probable que esté en Facebook —sugiere—, ¿lo has buscado? Aunque debe de haber muchísimos Jacob Banks.

Intento encontrar a mi hermano, pero no puedo acceder a la página porque no tengo cuenta de Facebook. Sigo las instrucciones para crear una, pero, cuando introduzco mi dirección de correo electrónico, me dice que sí que tengo una cuenta. El portátil rellena el espacio de la contraseña con una línea de puntos, así que hago clic en «OK» y aparece una parte de mí que no sabía que existiera.

Hay una foto en la que salimos Paige y yo: estamos mejilla contra mejilla, sonriendo a la cámara. Echo de menos a Paige. Ya no es mi amiga, aunque sigue figurando en mi lista de amigos en Facebook. La componen sólo cinco amigos, y son gente a la que recuerdo de la escuela primaria. No hay nada escrito en mi perfil. No sé cómo funciona. Me acuerdo de que Jacob entraba en Facebook cuando yo era pequeña, y me acuerdo de que le daba la lata para que se apartara del ordenador y viniera a jugar conmigo. Entonces era azul, y sigue siéndolo.

Escribo «Jacob Banks» en un recuadro, pero entonces aparece como mi «Estado», y aunque Jacob sea ahora mismo mi estado vital, comprendo que lo he escrito en el sitio que no tocaba. Lo pongo en un recuadro diferente, a ver qué pasa.

Aparecen muchos Jacob Banks en una lista larguísima. Sin embargo, es imposible ver nada de la mayoría de las páginas de esas personas, y además no tengo la más mínima idea del aspecto que tiene ahora mi hermano. En mis recuerdos es grandote y maravilloso. En las fotos de casa es todavía un adolescente, pero creo que ahora será mucho mayor. En algunos de los perfiles se leen cosas como «San Diego» debajo del nombre, así que sé que se trata de otros Jacob Banks. En otros, las fotografías muestran adolescentes (adolescentes que no se parecen al de mis fotos), así que deduzco que tampoco son él. Hay una de un hombre con una gran cicatriz de color rojo surcándole un lado del rostro. No hago clic en esa imagen porque ése no es mi hermano; además, pone que vive en la «gay París», dondequiera que esté eso.

Cada vez que hago clic en una foto que tiene probabilidades de ser la correcta, recibo un mensaje: «¿Conoces a Jacob? Para ver lo que comparte con sus amigos, envíale una solicitud de amistad», y la sugerencia de «añadir

amigo». Hago eso con todos los que creo que podrían ser mi hermano, y voy acumulando mensajes de «solicitud de amistad enviada» hasta que no puedo hacer nada más que esperar.

Busco en internet otras formas de localizar gente. Eso me lleva a una web llamada Twitter. Aquí también hay muchos que se llaman como él, pero casi ninguno tiene activada la opción de privacidad. Es más fácil, y voy comprobándolos uno por uno hasta descartarlos a todos. Trato de hacer lo mismo con otras páginas, pero de repente todo es demasiado complicado. Cuando vuelvo a contactar con Drake, le parece divertido que les haya pedido a todos los Jacob Banks que sean mis amigos, y coincidimos en que ya hemos explorado a fondo las redes sociales más vistas.

Ahora sólo nos queda esperar. Decido dormir.

Aunque todavía no es del todo de noche, preparo la cama de mis padres doblando una esquina del edredón y no pongo la cadena en la puerta de entrada, ya que es posible que duerma hasta mañana por la mañana. Me acurruco en el sofá y cierro los ojos.

Cuando me despierto hay luz y estoy asustada. Leo todo lo que hay en mi cuaderno y en todas las notas que consigo encontrar y me lo meto en la cabeza. Me asusto todavía más, pese a que por lo visto la única norma de vida que tengo es que no debo dejarme llevar por el pánico. Voy a mi habitación y leo todo lo que hay debajo de la cama.

Le he mandado una postal a Jacob. Mis padres no han vuelto a casa. Drake está en el Ártico y lo quiero.

La puerta de la habitación de mis padres está entreabierta y llamo con suavidad antes de empujarla. La cama está sin deshacer.

Necesito ayuda. Corro por el caminito de nuestro jardín y por el de la señora Rowe. Abre la puerta al instante.

—Ahí estás. Por fin. ¿Me has traído los...? —Se interrumpe. Tiene los ojos vidriosos y está mucho más vieja—. ¿Me has traído algo?

—No. ¿Sabe dónde están mis padres?

—¿Te gusta la mermelada de fresa?

—Usted solía quedarse los botes de mermelada.

—¡Adelante!

La casa huele un poco raro.

—Voy a darte un poco de mermelada.

Me quedo en el umbral de la cocina, mirando toda la mermelada que hay ahí.

—Flora —le digo—. Soy Flora. ¿Ha visto a mis padres?

No contesta. Cojo la mermelada y le doy un beso en la mejilla, porque sé lo que se siente. La mermelada tiene mohos en la parte de arriba, pero no la quiero tirar, así que la guardo en el fondo de un armario. Ya hay dos tarros exactamente iguales ahí.

No hay nadie en Penzance que pueda ayudarme. Conecto todos mis dispositivos de comunicación. Hay un correo nuevo de Drake y una ristra de mensajes de Facebook. Tengo once «amigos»: seis de ellos se llaman Jacob Banks y el resto son personas a las que conocía de antes.

Según mis notas, envié solicitudes de amistad a más de veinte Jacobs. Si alguno de ellos es el correcto, sabrá quién soy. Me preparo un té en la taza que, como dice una nota de la nevera, es la preferida de mamá («LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO») y me siento a la mesa, que está hecha un desastre. Hay notas amarillas por todas partes. He garabateado en ellas: *Jacob, mamá, papá, Francia y Drake, Drake, Drake*. Cuando me pongo a analizar los seis perfiles de Jacob a los que ahora tengo acceso, me llega un mensaje al móvil.

Lo leo. Luego vuelvo a leerlo. Lo copio para hacerlo más real y lo leo otra vez. Dice así:

Cariño, ¡perdona la tardanza! ¿Estás bien? Envíanos un mensaje ahora mismo, por favor. No podemos usar los móviles aquí dentro. Perdimos el avión. No vimos ninguna de tus llamadas. Hubo una emergencia terrible en el hospital y no pudimos marcharnos. Jacob estaba fatal, y durante un par de días hemos tenido que confiar en que te iba bien con Paige y centrarnos en él. Se ha recuperado un poco y ahora nos damos cuenta de que el tiempo ha pasado volando. Quédate con Paige. Al fondo del cajón de los calcetines de papá hay dinero para emergencias y una tarjeta de crédito, pin 5827. Por favor, contesta enseguida. Jacob está muy enfermo, pero vamos a volver a casa lo antes posible, al menos durante un tiempo. Siempre pensamos en ti. Muchos besos, mamá y papá.

Lo leo una y otra vez. Están bien. Hay una explicación. No es propio de ellos olvidarse de mí (soy yo la que se olvida de las cosas, no ellos). Me llevan siempre con ellos, como a una mascota. Apuesto a que están

disfrutando de tenerme lejos.

No, no están disfrutando. Ha habido una emergencia terrible. Jacob está muy enfermo. Seguro que está a punto de morir. Puede que ya esté muerto. Mi madre no habría querido decírmelo en un mensaje.

Me escribo 5827 en la cara interior de la muñeca, voy en busca del dinero y la tarjeta y lo pongo todo en el centro de la mesa.

Escribo a Drake para contarle que mis padres perdieron el avión, así que todo va bien.

Todo va bien para mí. Mis padres todavía están vivos y siguen en Francia. Pero no todo va bien para Jacob, ni para mamá y papá.

Jacob es mi hermano y no tengo ni idea de cómo es ahora o de por qué se marchó y nunca volvió. Sé que he revisado cada hoja de papel que hay en esta casa, y aun así sigo sin saberlo. Ni siquiera podré echarlo de menos cuando muera, porque los únicos recuerdos que tengo de él son de cuando era muy pequeña.

Sí lo echo de menos. Me dejaba pintarle las uñas de los pies. Me cogía en brazos cuando lloraba. Lo quiero.

Estoy triste por mis padres, sentados junto al lecho de muerte de su hijo. No me extraña que se hayan olvidado de mí.

Voy de aquí para allá, me siento en distintos sitios, pongo la tetera. Estoy esperando la respuesta de Drake. Llega. Drake es la persona en quien más confío en mi vida. No tengo la más mínima idea de qué haría sin él.

Me besó en la playa. Me dio un recuerdo. Me dio una piedra.

Escribe:

Eh, ¿te has dado cuenta? Estás siendo independiente. Ya llevas un montón de tiempo sola en esa casa. Has ido a la comisaría, has investigado, has activado una cuenta de fb y has hecho nuevos amigos, todos llamados Jacob Banks. Eres capaz de hacer lo que sea. Eres valiente.

Soy valiente. Es una idea embriagadora.

Llamo al móvil de mi madre. Me salta directamente el buzón, así que le dejo un mensaje.

—No hace falta que volváis corriendo. Quedaos con Jacob, él os necesita. Estoy bien. Paige y yo estamos perfectamente aquí. De verdad que sí.

Empiezo a sentir que se me cae la casa encima, así que me pongo los zapatos y una cazadora vaquera, pues hace demasiado calor para el precioso

abrigo de pieles que he colgado con mi nombre escrito en la etiqueta, y bajo andando hasta el paseo marítimo. El mar está bravo y picado y las nubes, bajas y amenazadoras: veo que una tormenta se acerca por el oeste, de más allá de Newlyn. Le doy la espalda y me alejo hacia la piscina Jubilee, que está abierta; varias personas nadan en ella, unas haciendo largos en serio, otras limitándose a chapotear sin mojarse el pelo.

Hay gente sentada en el bar tomando café, y algunos comen pasteles o sándwiches calientes. Me detengo a mirar a través de los barrotes. Añooro a Drake. Lo necesito aquí, caminando conmigo, cogiéndome de la mano.

Cree que puedo hacer cualquier cosa.

No puede acudir a mi lado por sus estudios.

Leo una nota de mi brazo. *¡TENGO PASAPORTE!*, pone.

Cuando vuelvo a casa, hay un mensaje de mi madre en el contestador.

«Cariño —dice—, ¿estás bien? Por favor, vuelve a llamarnos. Si tú y Paige estáis bien de verdad, nos quedaremos un par de días más. Pero no pienso hacerlo sin hablar antes contigo. Te queremos. Tenía muchas ganas de oír tu voz.» La suya se le quiebra al final, y cuelga repentinamente.

Miro el móvil y veo una llamada perdida suya. No puedo creer que se me haya escapado la oportunidad de hablar con ella. Se me llenan los ojos de lágrimas y, por un instante, quiero irme a Francia para poder abrazar a mi familia.

Quiero ir a Francia, pero aún deseo más ir a las «Svalbard».

Drake podría recibirme allí. Tengo pasaporte. Y aquí no hay nadie que pueda impedírmelo.

Le devuelvo la llamada a mi madre y elijo las palabras con mucho cuidado.

7

Cojo la piedra y la observo. Me olvido de todo, pero nunca me olvidaré de la historia de esta piedra. Es pequeña y suave al tacto.

Si pudiera besar a Drake ahora, en el Ártico, el beso sería distinto. Sería intenso y salvaje. No sería sólo un beso. Lo imagino día y noche. Lo recordaría de nuevo: estoy segura de que lo haría. Lo recordé una vez y lo haría una segunda. Y una tercera. Lo recordaría infinitas veces.

Pongo orden en la casa. Paso el aspirador, aunque no hay nada que aspirar. La lluvia que cae fuera repiquetea contra las ventanas. Pongo música, los Beatles, algo que se llama *Abbey Road*, y descubro que me gusta.

Mis padres están a salvo, volverán a casa y recuperaremos la normalidad, dependiendo de Jacob.

Encuentro fotos de las Svalbard en internet. No puedo dejar de mirar ese lugar, el lugar real, donde él está...

Miro las fotos que tengo en el móvil y veo que le hice una a Drake en la fiesta. En cuanto la encuentro, la pongo de fondo de pantalla y me quedo observándola, mientras me pregunto qué tendrá su rostro que hace que se me enciendan las mejillas, que sienta un hormigueo en la piel y que mi cuerpo empiece a derretirse. Observo su pelo oscuro, sus pómulos prominentes y sus gafas gruesas.

Me besó, y me hizo recordar. Me acuerdo de todo. Recuerdo su olor. Recuerdo la sensación de sus labios en los míos. Cuando saqué esa foto, es posible que no supiera que estábamos a punto de besarnos. También tomé una foto de un cartel de un gato desaparecido, pero he olvidado ir en busca del pobre gato perdido sin orejas.

Me pongo los zapatos y salgo; compruebo que tengo las llaves en la mano antes de cerrar de un portazo. Después corro calle abajo hacia el mar. Cruzo

la calle principal colándome entre dos coches, porque no puedo esperar a que haya un hueco como es debido. Me tocan el claxon y se enfadan, pero nadie me atropella a propósito. No dirigen el coche hacia mí y aceleran, como quizá hicieran si fuera un gato sin orejas.

La marea está bajando. La línea recta que traza el agua a lo lejos es mi horizonte. No puedo imaginar nada más allá de él. Me acuerdo de un viaje en coche a un parque de atracciones cuando tenía diez años: ésa es la única sensación que tengo de haberme alejado de aquí alguna vez.

Me miro la mano izquierda. Pone *PIEDRA*, pero de todos modos ya lo sabía. Bajo corriendo hasta la playa. No me cuesta mucho encontrar una de color negro. No es exactamente como la mía, pero se parece bastante: es suave y me cabe en la palma de la mano. Me llevo a los labios la nueva piedra, la piedra de Drake, y la beso una, y otra, y otra vez. La brisa templada me revuelve el pelo. Un señor que pasea al perro se me queda mirando, pero me da igual.

Deambulo por la zona observando a los gatos, pero todos tienen orejas. Hay más carteles del gato perdido. Les hago más fotos.

Cuando llego a casa, tengo un correo electrónico de Drake. Dejo el portátil sobre la mesa de la cocina, con su piedra al lado, y pongo la tetera al fuego: me obligo a prepararme un té antes de leerlo. Cambio el peso con nerviosismo de un pie al otro mientras cojo mi taza preferida y meto dentro una bolsita. Juntos, podemos empezar a hacer planes.

Cuando me siento con mi taza de té y me permito por fin abrir el mensaje, un hormigueo me recorre el cuerpo entero: estoy lista para devorar sus palabras.

Hola, Flora.

Oye, lo siento. Si estuvieras aquí, las cosas serían distintas, pero no es así. Los dos nos hemos dejado llevar con todo esto, y creo que necesitamos darnos un respiro y dejar que se enfríe, porque no puede funcionar a tanta distancia y es imposible que tú puedas venir, ¿verdad?

Me alegra que recuerdes nuestro tiempo juntos. Significa muchísimo para mí. Dejémoslo así. Lo siento por todo.

Con cariño,

Drake

Lo leo otra vez para estar segura, pero sigue diciendo exactamente lo

mismo.

No sé a qué distancia están las Svalbard, pero sé que tienen que estar muy lejos.

Me quedo sentada con ambas piedras en la mano. No pienso perder a Drake.

Mis dedos presionan las teclas del portátil. Encuentro un vuelo y consigo reservar un asiento en un avión.

Busco sitios en los que alojarme en las Svalbard y hago una reserva en el más barato. Reservo para cinco noches, porque así me dará tiempo a resolverlo todo y a encontrar a Drake.

Es fácil de hacer. Pago con una tarjeta de crédito que encuentro en una caja encima de la mesa, y después cojo mi pasaporte y lo compruebo de nuevo. No puedo creer que exista. Lleva mi foto. Tendrá validez durante los próximos ocho años. Parece magia, pero debo confiar en que sea real.

Me ha dicho: «Es imposible que tú puedas venir, ¿verdad?» Eso es una pregunta, y mi respuesta es: «Pues lo cierto es que sí que puedo», y voy a darle una sorpresa.

Le pondré la piedra en la mano y nos besaremos, e iremos a donde sea que viva y charlaremos y nos besaremos más y haremos todas las cosas sobre las que hemos hablado. El mundo que existe en mi cabeza se convertirá en mi realidad. Empezaré a recordarlo todo.

«Si estuvieras aquí, las cosas serían distintas.»

Se me forma un nudo en el estómago cada vez que pienso en ello. Debo ir en busca de Drake porque él me ha hecho recordar. Debo ir con él porque lo adoro. En el correo electrónico decía que, para que esto funcione, debemos estar juntos, y es verdad. Tiene razón.

Voy anotando cosas a medida que las meto en el equipaje. Dos pares de vaqueros, todos mis jerséis, un par de pijamas y mi abrigo de pieles nuevo. Añado ropa interior, el cepillo de dientes y algo de maquillaje para ponerme guapa. Encuentro una camiseta roja que debe de ser demasiado grande para mí, y estoy a punto de descartarla cuando me fijo en la etiqueta y reparo en que he sujetado una nota con un imperdible en ella: *ÉSTA ES LA CAMISETA DE DRAKE*, así que la huelo, y lo recuerdo, la doblo con cuidado y la meto en la maleta. El resto de mi ropa lleva mi nombre escrito en la etiqueta, y reviso

que todo lo que me llevo sea mío y no de mi madre. Voy a ser yo misma en este viaje.

Metó los cuadernos que necesito para recordarme quién soy y le escribo un largo mensaje a mi yo futuro en el que explico adónde voy, por qué y qué debo hacer al llegar allí. Leo el recordatorio que he escrito explicando que fui a casa de los tíos de Drake y me llevé un montón de cosas de Drake. Las busco y las meto todas en la maleta. Añado las piedras y las conchas, con una nota en la que me señalo por qué.

Imprimo los correos electrónicos para poder leerlos allí donde esté.

No imprimo el más reciente.

Me escribo notas con horarios y números de vuelo. Anoto mi número de pasaporte.

Compruebo mi bandeja de entrada una y otra vez, pero no hay ningún cambio. Le escribo un mensaje de móvil a Paige para decirle que me voy fuera unos días; me gusta cómo quedan en la pantalla las palabras «me voy fuera». Conocí a Paige cuando teníamos cuatro años. Ya no es mi amiga. No envió el mensaje. Lo borro.

Les dejo una nota a mis padres para que sepan que estoy bien. Les mando un mensaje de texto para decirles que Paige y yo nos vamos al cine.

Paso por la casa de al lado para decirle a la señora Rowe que la casa estará vacía, pero que mis padres estarán de vuelta dentro de unos días. La señora Rowe tiene gemelos ya mayores, y uno de sus gemelos también tiene gemelos. Me da mermelada, pero tiene una capa de moho. La guardo en el armario. Ya hay otros tres tarros iguales, justo en el mismo lugar.

Salgo de casa con mi maleta y cierro todo con llave. La señora Rowe me dice adiós con la mano desde su ventana del piso de arriba y le devuelvo el gesto. La maleta tiene ruedas y traquetea cuando tiro de ella por la calle. Nadie más se fija en mí. Estoy haciendo algo trascendental, emprendo un viaje al Ártico en busca del hombre que me ha hecho recordar, y nadie sabe nada.

Llevo puesto un vestido de algodón y una rebeca, mallas, zapatillas deportivas y el abrigo de pieles que por lo visto compré en Penzance el día que fui a casa de la tía de Drake, porque si lo meto en la maleta no me cabrá nada más. Queda ridículo, pero es la única forma de llevármelo. Tengo calor y me siento estúpida, pero debo de haber comprado este abrigo para este

viaje, y en el Polo Norte hace frío y tengo que llevármelo.

Recorro el centro de la ciudad dejando atrás tiendas y compradores, y justo cuando estoy esperando a que el semáforo se ponga en verde en lo alto de la pendiente que baja hasta la estación, alguien me da unos toquécitos en el hombro.

Me sobresalto y me doy la vuelta.

—Hola, Flora —dice ella, y la miro a los ojos oscuros.

—Hola.

El hombrecito verde se ilumina y echo a andar, tirando de la maleta, para cruzar la calle. Paige camina a mi lado. Desearía que no lo hiciera. Aprieto el paso.

—Bonito abrigo —dice—. ¿Vas a algún sitio?

Me da alcance y sigue el ritmo de mis zancadas con facilidad, a pesar de que es más baja que yo. La miro, intentando calcular cuánto me odia, intentando recordar si contestó a mi mensaje.

—Me gustó este abrigo, así que me lo compré.

—¿Adónde vas?

No puedo decirle la verdad.

—Mis padres se han ido a Francia, por mi hermano. Jacob. Ya sabes. Vive allí y está muy enfermo, así que han ido a visitarlo. No pensaban pasar mucho tiempo allí, pero está peor de lo que creían y tienen que quedarse más.

—Ya lo sé. Sé que se han ido a verlo. Iba a quedarme contigo de canguro, pero no lo hice porque besaste a mi novio. ¿Te acuerdas? He llamado todos los días para comprobar que estabas bien, pero dejaré de hacerlo si te vas a Francia. ¿Vas a Francia?

Quiero decir que voy a las Svalbard, pero en vez de eso contesto:

—Sí. Directa a París.

—¿Tú sola? ¿Te recogerán allí tus padres?

—Sí —le digo.

—Vale. Ten cuidado. ¿Estás segura de que puedes hacerlo?

—Sí.

Paige me mira con intensidad durante un minuto o así, luego se da la vuelta y se aleja. Los coches pasan rápido y toman las curvas sin reducir la marcha en su camino de salida de la ciudad. Observo cómo se aleja Paige. No mira atrás.

Mis manos están cubiertas de notas. La palabra «Spitsbergen» está escrita

con claridad en rotulador, y me pregunto si ella sabrá que es el nombre de la isla en la que vive Drake. Claro que lo sabe. En cualquier caso, creo que se ha tragado lo de París.

Echo a andar tras ella, lo suficientemente lejos para que no dé la sensación de que la estoy siguiendo. Sabe que estoy ahí, pero no se da la vuelta. Entro en la estación y ella continúa hasta dejar atrás el aparcamiento.

El tren está esperando en el andén que hay fuera del edificio de la estación. Es largo y da un poco de miedo. Vuelvo a consultar mi hoja de instrucciones. Debo subirme a este tren y quedarme en él hasta llegar a Paddington, en Londres, que es la última parada. Así dará comienzo mi viaje. Cada cosa a su tiempo.

SEGUNDA PARTE

8

Miro a través de la ventanilla y todo es blanco porque, haya lo que haya ahí abajo, está cubierto de nieve. No he vivido ninguna experiencia con la nieve. Sé que es blanca y fría, pero no sé qué aspecto tiene de cerca, ni qué se siente al tocarla, ni cómo llega hasta ahí.

Me miro la mano. *FLORA, sé valiente*, me dice.

Esta nieve se extiende hasta donde alcanza la vista y traza sus propios patrones inmensos, remolinos, picos y valles, todo de un blanco immaculado. No hay nada en este paisaje que sea obra del hombre, excepto la sombra de un avión. Y yo voy en ese avión, con la nariz pegada a la ventanilla, mirando hacia abajo.

Uno siempre debería sentarse en el lado de la ventana porque así puede saber dónde está. Lo apunto en mi cuaderno, y veo que se convierte en mi segunda norma de vida.

Miro hacia el mundo exterior. Debemos de estar a punto de llegar, porque los parajes nevados de ahí abajo son la superficie de Spitsbergen, y Spitsbergen es la isla más grande del archipiélago de las Svalbard, y ésta es la isla a la que voy, y Drake está aquí, aquí de verdad, en esta isla que ahora está debajo de mí.

Estoy realizando el acto más valiente de mi vida. He estado leyendo mis notas sin parar, así que ahora mismo tengo la sensación de saber lo que me hago. Estoy en un avión con destino a las Svalbard para ir en busca de Drake. «Es imposible que tú puedas venir, ¿verdad?», me dijo. Eso es prácticamente una invitación. Mi respuesta es: «Sí, puedo.» Observo el trozo de cartulina que me ha permitido subir a este avión. Lleva una fecha impresa, pero cuando la observo con atención, me doy cuenta de que tiene que estar equivocada. Según esto, hoy es domingo. Eso querría decir que mis padres deberían haber llegado ayer. Estoy segura de que pasé más tiempo esperándolos. Quizá se me hizo tan largo que me parecen más horas de las que fueron en realidad.

Quizá me dejé llevar por el pánico y fui a la policía sin motivo alguno.

A veces tengo la sensación de percibir un leve movimiento en la superficie de la nieve y pienso que podría tratarse de un animal, pero no tengo ningún sentido de la proporción desde aquí arriba, así que no sé si sería capaz de distinguir a un animal de alguna cosa corriendo.

He llegado hasta aquí (casi hasta la ciudad de Longyearbyen, casi hasta Drake). Lo he conseguido. No tengo ni la más remota idea de cómo encontré el aeropuerto de Londres, pero ahí estaba, rodeada de gente. Respiré hondo, me senté en el suelo y traté de encontrar a mi madre, pero entonces lo leí todo y descubrí que estaba emprendiendo un viaje para ir al Polo Norte a ver a Drake. No sabía cómo llegar desde ese sitio grande y apestoso, sin ventanas, lleno de pantallas de televisión y de gente que me rozaba al pasar, hasta el lugar donde se encontraba Drake.

Me eché a llorar, pero aun así todos me ignoraron. Necesitaba a mamá y a papá, pero no estaban allí. Necesitaba a Drake, pero tampoco estaba allí. Di con una señora con la palabra «INFORMACIÓN» escrita sobre la cabeza que me hizo darle todos los papeles que tenía y me dijo exactamente adónde debía ir y qué hacer, y tras llegar a los sitios en cuestión y enseñar las cosas que tenía que enseñar, acabé en un avión que me llevó a un lugar llamado Oslo.

Viajar es emocionante, siempre y cuando hagas exactamente lo que te digan.

Experimenté unos instantes de pánico cuando me enteré de que debía esperar durante horas en el aeropuerto de Oslo: quise preguntarle a alguien si podía sentarme a esperar sin más, pero entonces comprendí que a nadie le importaba y decidí hacerlo. Ese aeropuerto estaba limpio y era fácil desplazarse por él, y me compré una guía Lonely Planet de Noruega en inglés, porque tenía una sección larga dedicada a las Svalbard. Me senté en una cafetería durante un rato y tomé una extraña comida con pescado y hierbas, y varias personas me hablaron en noruego, pero, al darse cuenta de que yo no lo hablaba, parecieron sorprendidas y se fueron a preguntarle a algún otro. Me compré un pintalabios de un rojo intenso porque estaba ahí. Lo usaré en las Svalbard, porque es lo que haría cualquier chica con novio.

Por ahora, me las he apañado bien. Cambié todo el dinero que encontré en la caja de encima de la mesa por el que usan en Noruega, así que ahora mismo tengo la sensación de disponer de muchísimo dinero, además de una tarjeta de crédito. Ahora tengo monedas con agujeros en medio. Podría hacerse un collar con ellas.

Cuando he subido a este avión, estaba tan emocionada que apenas he podido abrocharme el cinturón de seguridad. Éste es el avión que me llevará hasta Drake, y ya casi hemos llegado. Voy sentada junto a la ventana, el asiento de al lado está vacío y estudio el paisaje salvaje y blanco que hay ahí abajo en busca de indicios de una ciudad o un aeropuerto.

Durante nuestra ruta, hemos aterrizado en un sitio llamado Tromsø, y ha sido muy confuso porque todos han salido del avión y se han quedado de pie en el asfalto rodeados por los pálidos rayos de sol, y yo no tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer, porque algunos pasajeros acababan su viaje ahí y entraban en el aeropuerto para seguir con lo que sea que tuvieran que hacer en Tromsø. Otros no. Me he quedado con la multitud, he observado los escasos aviones pequeños que había en las pistas, el cartel de «TROMSØ LUFTHAVN» y la fría luz del sol, y me he maravillado ante el simple hecho de haber conseguido llegar hasta el mismísimo Ártico. Después le he preguntado a una señora qué debía hacer. Me lo ha explicado, y lo he hecho: según ella, todos debíamos pasar por otro control de seguridad dentro del aeropuerto, así que he ido, y ha resultado fácil. Me he puesto en una cola, le he enseñado mi pasaporte a un señor y he vuelto a salir al exterior. Poco después, estábamos de nuevo en el avión, y de repente todo el mundo parecía distinto.

Drake tiene razón. Soy capaz de más cosas de las que imaginaba.

Todas estas personas, excepto yo, parecen gente que va a las Svalbard. Muchos son chicos cuyo aspecto recuerda un poco al de Drake. Son fuertes e inteligentes y seguros de sí mismos. Encajan en este sitio.

Algunos son científicos, como Drake. Lo sé porque uno se ha subido al avión en Tromsø con una camiseta que llevaba las palabras «SÍ, SEÑOR WHITE. ¡SÍ, CIENCIA!» escritas en ella y los demás lo han recibido con vítores.

Ninguno tiene un abrigo de pieles falso embutido con dificultad en el

compartimiento superior. Ninguno lleva un vestido de algodón y mallas. Ninguno está cerca del final de un viaje secreto para encontrarse con el amor de su vida.

Ninguno de ellos parece andar a la caza del único recuerdo que ha sido capaz de retener desde que le extirparon una parte del cerebro.

Sostengo mis dos piedras en la mano. Sé que lo olvidaré en un momento. Espero no tener miedo.

La señal de «abróchense los cinturones» se enciende y anuncian algo por los altavoces. Lo hacen en noruego, pero sé que estarán diciendo que estamos a punto de aterrizar, porque advierto que el avión vuela cada vez más bajo y, aunque todavía no distingo ningún sitio concreto, sé que debemos de estar aproximándonos a uno.

Apoyo la cara en la ventana para mirar por ella. Drake está ahí fuera, en algún lugar, y vengo del cielo a buscarlo.

—Podríamos pasar la noche juntos...

—Pero mi madre...

Mi madre no está aquí ahora.

Ésta es una tierra de ensueño. Un lugar de cuento de hadas, un sitio donde una princesa puede conocer a un príncipe apuesto. La nieve cae del cielo en copos gruesos que aterrizan en mi pelo, en mi abrigo, por toda la carretera, los edificios y las montañas. Se mecen en el aire como plumas. No tenía ni idea de que la nieve hiciera eso.

Y tampoco tengo ni idea de qué hora es.

El cielo se ha nublado desde que estaba allí arriba rodeada de su azul, contemplando el blanco resplandeciente, y ahora la nieve me rodea por todas partes. La del suelo es gris oscuro más que blanca, y en realidad nada es como me lo había imaginado en mi cabeza. Debe de ser casi de noche, porque da la sensación de que esté oscureciendo.

Estoy envuelta en montañas, todas ellas cubiertas de nieve. La ciudad parecía pequeña cuando la he cruzado en el autobús del aeropuerto, y ahora estoy plantada justo en su límite. Las montañas se elevan hacia el cielo y desaparecen entre las nubes de nieve, y la isla se extiende ante mí. He venido hasta la cima del planeta, hasta el confín de la Tierra, para encontrar al

hombre que amo, el hombre que me hace recordar. Estoy aquí. Me lo recuerdo una y otra vez. Cojo un boli, me arremango un poco y me escribo en la muñeca: *Estoy en las Svalbard*.

Lo subrayo tres veces.

Una figura recorre la calle hacia mí a través de la nieve. Sus rasgos van definiéndose a medida que se aproxima. La miro fijamente, sin atreverme a tener esperanzas. Advierto que es un hombre, que lleva un anorak enorme como todos los demás y unas botas de nieve pesadas. Lleva puesto un gorro de lana.

Podría ser Drake.

Realmente podría ser Drake.

Al final debo de haberle dicho que venía, y luego se me ha olvidado. Ha venido a buscarme. Sonrío, y mi sonrisa se convierte en risa. Empiezo a caminar hacia él, y luego echo a correr. Me arrojaré a sus brazos. Éste es el fin de trayecto de mi viaje.

Se acabó: he llegado al lugar mágico y nevado y he encontrado mi final feliz. Ha ocurrido. He logrado que sucediera. He hecho algo valiente y ha funcionado. Debo ser valiente siempre. Ésa es, indudablemente, una de mis normas de vida.

Ahora hablaremos y nos reiremos. Verá que me ha curado. Antes de besarlo, nunca habría sido capaz de subirme a dos trenes, a un avión y después a otro. Ahora iremos adondequiera que viva.

Estoy ya muy cerca de esa persona cuando me doy cuenta de que, por mucho que lo desee, nada podría convertir a este hombre en Drake. Me detengo y miro al hombre a la cara. Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos de un azul claro.

—Perdone —digo, obligándome a no apartar la mirada y pasándome los dedos por el pelo empapado por la nieve deshecha—. Pensaba que era...

Se me quiebra la voz. No puedo ni pronunciar su nombre.

—No pasa nada.

Este hombre, el que habla conmigo, no se parece en nada a Drake. Es mayor que él, más gordo y ni siquiera lleva gafas.

—Siento no ser quien esperabas. ¿Todo bien?

Va de camino al edificio de una sola planta, hablándome por encima del hombro. Corro un poco para alcanzarlo.

—Sí, creo que sí.

—¿Te hospedas aquí? ¿Acabas de llegar?

—Sí.

En mi cuaderno decía que iba a quedarme aquí. Espero que sea verdad. Si resulta que es así y aquí hay una habitación reservada para mí, me habré dejado increíblemente impresionada a mí misma. Me quedaré atónita. Seré capaz de cualquier cosa.

—¿Has pasado ya por recepción?

—No.

Lo sigo hacia el interior y a través de un gran vestíbulo, donde se sienta a quitarse las botas, así que lo imito, aunque, como lo que yo llevo es un par de deportivas viejas y horribles, me las quito rápidamente, sin siquiera agacharme, mientras que él tarda un buen rato. El edificio es cálido y cómodo por dentro, pero un poco caja de zapatos por fuera. El hombre rodea el mostrador y me sonríe desde el otro lado.

—Bienvenida al albergue Ártico —dice. Teclea algo en el ordenador—. La señorita Banks, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamo.

¡Ha funcionado! Soy increíble. Puedo hacer que las cosas ocurran. Nadie ha hecho esto por mí. Lo he hecho yo sola.

Sobre la superficie del mostrador, el hombre empuja hacia mí una llave pequeña con un llavero de plástico. Hay folletos por todas partes, carteles que ofrecen excursiones y sugerencias sobre lo que se puede hacer aquí. Leo «TRINEO TIRADO POR HUSKIES», «EXCURSIÓN EN BARCO», «KAYAK», «ESQUÍ DE FONDO». Es demasiado. Lo único que quiero es a Drake.

—¿Has reservado cinco noches? —pregunta—. ¿Me dejas la tarjeta de crédito, por favor?

Se la paso. Me gusta que haya dicho que he reservado cinco noches. Serán demasiadas, pero ha sido muy sensato por mi parte. Mis padres están en París. Jacob va a morir.

Ese pensamiento me inunda la mente. Lo aparto a un lado. Ahora no.

—Es posible que no me quede las cinco noches. Mi novio... —hago una pausa para dejar que la palabra quede deliciosamente suspendida en el aire— está estudiando aquí. He venido a verlo. Pero pagaré las cinco noches de todos modos, claro.

Drake es mi novio. Lo besé en la playa.

—¿Tu novio? —Hace un gesto de asentimiento—. Debería haberlo imaginado. ¿Está en el CUS?

—Si es ahí donde estudia la gente... —Lo miro a los ojos—. Sí. Está en el sitio de ciencias con esas cosas de satélites. ¿Lo conoce? Se llama Drake Andreasson.

—Drake Andreasson. No, me parece que no. ¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Pues... —Mi percepción del tiempo se desvanece. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva aquí—. No lo sé... ¿unas semanas?

Parece lógico.

—Ah, bueno, entonces es por eso. La gente viene y va constantemente. ¿Dónde vive? ¿En Nybyen?

No tengo su dirección.

—En un piso —contesto con firmeza, y agarro la llave que me ha pasado el señor.

Después introduzco con cuidado en el teclado que me tiende los cuatro dígitos que tengo anotados en la cara interior de la muñeca. Son los únicos números que tengo apuntados, y resulta que funcionan.

—¿Y no ha ido a buscarte al aeropuerto? ¿No te alojas con él? Si tiene un piso, ¿no sería más fácil así?

No se me ocurre más respuesta que la verdad.

—No sabe que estoy aquí —contesto.

El hombre asiente y me mira.

—Estarás bien aquí, espero. Spitsbergen es muy seguro. Si tienes cualquier problema, ven a recepción y dínoslo. ¿De acuerdo? Avisaré a mis compañeros de que te echen una mano si lo necesitas.

—Vale, pero no lo necesitaré —respondo.

—Claro. Pero por si acaso.

Me dice que debo volver a salir, cruzar la calle y dirigirme al «edificio cinco». Allí tengo que subir por la escalera hasta el primer piso, donde encontraré mi habitación, que es la número cinco. Como las dos cosas llevan el número cinco, no debería costarme mucho recordarlo. Si hubiera algo que no me costara recordar, sería esto. No me escribo el número cinco gigantesco en el brazo delante del señor, porque quiero que crea que soy normal.

—Buena suerte —dice—. El desayuno es aquí dentro, a partir de las siete y media.

Vuelvo a calzarme las deportivas y salgo a la nieve, entusiasmada.

9

Estoy ante una ventana, y al otro lado del cristal hay una montaña cubierta de nieve. Está nevando ahí fuera: copos minúsculos que pasan de un lado a otro ante la ventana, mecidos por el viento. Cuando miro al frente, lo único que veo es la ladera de la montaña blanca, salpicada de puntos negros donde asoma alguna roca. Si me muevo hacia un lado y miro en diagonal, veo la ladera de la montaña, un pedazo de cielo gris y el inicio de la falda de otra montaña. Hay unos palos de madera clavados en el suelo, y lo demás es montaña.

Ésta no es la vista de mi habitación. Debería estar viendo copas de árboles. Debería haber un parque. Ésta no es mi habitación. Ésta es pequeña, tiene dos camas, un escritorio y una ventana. No la reconozco. Mi habitación es rosa. Aquí las camas tienen sábanas de color blanco y nada es rosa. Hay unas piedras ordenadas por tamaño encima del escritorio.

Me miro la mano y el brazo. Veo la palabra *Svalbard* escrita varias veces. Drake mencionó «las Svalbard» en la playa. Iba a irse a las Svalbard. El curso al que asiste se imparte en inglés porque va gente de todas partes del mundo, una suerte para él, porque es un negado para los idiomas. Hay unos números en mi muñeca: 5827. Debajo pone: *Estoy en las Svalbard*. El nombre de *Drake* también aparece varias veces.

Drake vive ahora en las Svalbard. «Va a ser increíble.» Eso fue lo que dijo. «Y frío. Ya estuve allí una vez, hace mucho tiempo. Fuimos de vacaciones a las Svalbard para ver el sol de medianoche.»

Hay una maleta sobre una de las camas y un abrigo de pieles enorme con mi nombre escrito en la etiqueta. Busco en la maleta y doy con otras cosas que son mías. Saco una guía de Noruega, un montón de ropa de abrigo y una camiseta roja demasiado grande. Finalmente, encuentro un cuaderno con una etiqueta adhesiva en la portada en que dice:

HISTORIA DE FLORA. LEE ESTO SI ESTÁS CONFUSA.

Lo abro por la primera página, donde, con una letra que probablemente sea de mi madre, pone:

Eres Flora Banks.

Tienes 16 17 años y vives en Penzance, en Cornualles. Cuando tenías diez años, te detectaron un tumor en el cerebro. A los once, los médicos te lo extirparon. Parte de tu memoria se fue con él. Te acuerdas de cómo se hacen algunas cosas (preparar una taza de té, poner la ducha en funcionamiento) y te acuerdas de tu vida antes de la enfermedad, pero desde que ocurrió no has sido capaz de crear nuevos recuerdos.

Tienes AMNESIA ANTERÓGRADA. Eres capaz de retener la información en tu mente durante un par de horas, pero después la olvidas. Cuando sucede, sientes una confusión repentina. No pasa nada, para ti es normal.

Después de eso, hay un montón de cosas tachadas e imposibles de descifrar. Y luego cosas nuevas escritas con mi letra:

Tienes novio, Drake. Lo besaste en la playa y te hizo recordar. Vas a las Svalbard en su busca, porque allí es donde vive, y viajar a las Svalbard curará tus problemas de memoria. Puedes hacer más cosas de las que nadie, excepto Drake, te ha creído capaz. Él es tu futuro mágico. Cuando llegues a las Svalbard, sólo tienes que encontrarlo y todo acabará felizmente. Vas a viajar en avión.

Estás bastante segura de que Jacob va a morir. Está muy enfermo en Francia y tus padres están con él. No dejas de olvidarte de que está enfermo y te pones triste cada vez que te acuerdas. No puedes hacer nada, aparte de quitarte de en medio para que tus padres puedan concentrarse en él. Debes encontrar a Drake rápidamente, antes de que tus padres se den cuenta de que te has ido de casa.

Tu hermano está enfermo y probablemente muera, y lo echarás de menos a pesar de que sólo lo conociste cuando eras pequeña. Tus padres no saben que estás aquí. Cuando encuentres a Drake, tu mente volverá a funcionar.

He llegado aquí en avión: sólo con pensarlo se me corta la respiración. Quiero a Drake, y él me quiere a mí. Leo las copias de nuestros correos electrónicos, que estaban dentro del cuaderno, y me echo a llorar desconsoladamente, tanto de amor como de pena. Jacob está muy enfermo. Yo quiero a Jacob. He venido hasta aquí a buscar a Drake. Quiero a Drake. Drake me pidió que viniera.

Creo que ésta es la primera vez que duermo en una habitación que no sea mi dormitorio rosa de Penzance. Esa habitación es segura. Siento una

repentina punzada de añoranza. Mi habitación es segura y ésta es extraña. He conseguido llegar hasta el Ártico. Eso explica la montaña nevada del otro lado de la ventana.

Es pleno día y no tengo ni idea de qué hora es. Miro el móvil. Pone que son las 00:30, pero no me lo creo. Si fuera más de medianoche estaría oscuro. Las palabras «sol de medianoche» aparecen en mi cabeza. Puede que lo que estoy viendo sea el sol de medianoche. La idea es de lo más emocionante.

Llega un mensaje de mamá: *¿Todo bien en Penzance? He llamado al fijo, pero no contestáis. Por aquí muy ocupados, pero intentaremos volver a casa mañana. Besos.*

¡¡Por lo visto estoy en el Ártico!!, tecleo, pero miro el mensaje y me doy cuenta de que no está bien. Lo borro y escribo: *Sí, todo fantástico, ¡gracias! No os preocupéis. Espero que estéis todos bien. Un beso.*

Lo envío. Después me inquieta que suene raro. Sin embargo, yo soy rara. Es probable que el mensaje sea normal.

Mamá responde al instante. *¿Te has tomado las pastillas?*

Sí, respondo con firmeza.

Miro a mi alrededor, pero no veo pastillas por ninguna parte, así que decido que lo mejor será que primero busque a Drake y después ya me preocupe por eso.

Fuera de la habitación hay gente hablando. Eso no es inglés, pero me gusta cómo suenan sus palabras. Tienen un ritmo agradable.

Abro la puerta y veo a dos hombres en el pasillo. Ambos me saludan con un gesto de la cabeza y dicen «hola»; luego retoman su conversación. Uno lleva una camiseta azul y pantalones cortos holgados, y el otro, unos pantalones anchos y un chaleco.

No parecen encontrarme rara en absoluto.

—Hola —respondo—. ¿Hay un baño por aquí?

—Ahí, pasillo abajo —dice el de los pantalones cortos. Tiene el pelo negro y brillante, y ojos amistosos—. A la derecha.

—A la derecha —repito.

Hay muchas puertas a la derecha. Iré probando hasta encontrar la correcta.

—Cualquiera de las cuatro puertas —puntualiza el otro hombre, que es rubio—. Son todo baños, pero no todos funcionan.

—Normalmente funcionan de dos en dos —añade su amigo—. Por razones distintas. Van rotando.

No tengo la menor idea de qué están hablando.

—¿Van rotando?

—A veces funciona uno, a veces el otro. Una bombilla, el cerrojo... Ya sabes.

—Vaya. Gracias.

Debería lavarme los dientes y esas cosas. De hecho, debería darme una ducha. Me apuesto lo que sea a que llevo siglos sin lavarme.

Cuando vuelvo a salir de mi habitación, con el neceser y la toalla bajo el brazo y *HABITACIÓN 5* escrito en el brazo con rotulador resistente al agua, el hombre de pelo negro ya no está. Pasillo abajo, la gente ha dejado ante sus puertas trineos llenos de cosas de colores. De hecho, casi todas las habitaciones excepto la mía tienen un trineo delante. Me pregunto si yo también debería tener uno. Me pongo a dar saltos (mentalmente) de emoción ante la perspectiva de ir en trineo. En Penzance nunca nieva.

Pero entonces recuerdo que besé a un chico. Tengo diecisiete años. Creo que soy demasiado mayor para emocionarme ante la idea de montar en trineo.

—¿Necesito uno? —le pregunto a un hombre de pelo rubio, señalándolos.

Se ríe.

—No, a no ser que quieras formar parte de nuestra expedición de mañana. Estoy seguro de que podríamos hacerte un hueco.

—¿De qué va vuestra expedición?

—Guías del Ártico. Nos estamos formando para ser guías en los parajes del Ártico. Mañana nos vamos de acampada durante tres noches.

Sé que debería estar impresionada, y confío en parecerlo, porque no logro imaginar lo que implica ser guía en los parajes del Ártico, ni lo valiente que habrá que ser ni el frío que habrá que pasar.

—¿Qué hora es? —pregunto—. ¿Lo sabes?

Se encoge de hombros.

—La una, diría yo... Cómo cuesta irse a la cama aquí, ¿eh?

—¿La una de la madrugada?

—Sí.

—¿De verdad?

—¿Eres británica?

—Sí, vivo en Penzance. ¿De dónde eres tú?

—¿Yo? De Noruega. La mayoría de los que hacemos el curso somos de aquí. Pero todos hablamos inglés, claro. Estudiamos en inglés.

—¿Has conocido a un chico que se llama Drake desde que has llegado? —pregunto—. Habla inglés. Su curso se imparte en inglés, y es una suerte para él, porque es un negado para los idiomas.

Se encoge de hombros.

—No, que yo sepa. ¿Conoces tú a ese chico?

—Sí. —Sonríó—. He venido aquí a buscarlo.

En el primer cuarto de baño que pruebo, la puerta no cierra bien. El segundo está ocupado, y un vapor perfumado escapa por los resquicios. En el tercero, la bombilla está fundida y, como no tiene ventana, es imposible usarlo. Me alivia poder apoderarme del último cuarto de baño del pasillo. La luz funciona, la puerta cierra bien y, cuando abro la ducha, el agua caliente no tarda en salir. Me libero de toda la suciedad que he ido acumulando desde cuando sea que hice algo parecido por última vez, pero me aseguro de que no se me borren del brazo *HABITACIÓN 5* ni *Estoy en Svalbard* ni *5827*. Me lavo el pelo y me pregunto cómo diablos he conseguido llegar hasta aquí. He estado en otros sitios, creo. He estado en Francia. He estado en una ducha en Francia.

No, son mis padres quienes están en Francia, no yo. Sólo he estado en duchas de Penzance, antes de ésta.

Me pongo el pijama rosa y me envuelvo el pelo mojado en una toalla. De vuelta en mi habitación, me quedo mirando la nieve. Ahí fuera la oscuridad brilla por su ausencia.

Estoy aquí para encontrar a Drake. Tecleo su nombre en el móvil para ver qué pasa, y descubro que hay un número guardado bajo el nombre de Drake/Paige. Los últimos mensajes que intercambié con ese número son de hace un montón. El de él dice: *Hola, soy Paige desde el móvil de Drake. He perdido el mío, estamos en el Lamp and Whistle. ¿Vienes pronto?*

Respondí diciendo: *Llegaré en 20 min.*

No me gustan un pelo, así que los borro todos.

Hola, Drake. ¿Puedes mandarme tu dirección? —Decido escribir ahora—. *¿O enviármela por correo electrónico? Quiero mandarte una cosa. Besos, Flora.*

Quiero encontrarlo y dejar que me vea, aquí, plantada en la nieve. Quiero que caminemos por una calle larga, el uno hacia el otro, y que nos reconozcamos poco a poco a medida que vamos acercándonos. Nos imagino echando a correr para arrojarnos el uno a los brazos del otro.

Aprieto el botón y el mensaje va directo a su teléfono. Paso un rato

preguntándome cómo acceder a mis correos, pero al final creo haberlo conseguido. Cuando Drake responda, sea por mensaje de texto o por correo electrónico, lo recibiré al instante.

Todavía hay luz, pero ha dejado de nevar. La nieve brilla: el sol debe de estar en algún sitio, aunque no lo veo. Podría ir a dar un paseo, pero estoy un poco cansada.

Miro la hora otra vez. Según mi móvil, son las tres de la madrugada.

Aguzo el oído. No hay movimiento en el pasillo. Ya no hay nadie hablando. Los guías de los parajes del Ártico se han callado.

Estamos a plena luz del día. Recuerdo a Drake diciendo: «Fuimos de vacaciones a las Svalbard para ver el sol de medianoche. Tenía diez años, y desde entonces he deseado vivir allí.» Eso es. Esto debe de ser el sol de medianoche.

No estoy cansada. Sí estoy cansada. No tengo ni idea. No quiero dormir. Debo dormir. El pelo se me ha secado hace rato. Mañana tengo que encontrar a Drake. Si todo lo demás falla, preguntaré por ahí hasta averiguar dónde está el sitio de los satélites e iré allí y me sentaré junto a un satélite hasta que llegue.

Quiero ir a Flambards.

Qué idea más tonta. Estoy en el Ártico.

Con un enorme esfuerzo, me acerco a la ventana. Lo único que deseo hacer es quedarme aquí sentada y esperar a que todo el mundo se levante. Pero es de noche, así que tengo que irme a dormir. Debo dormir por la noche, o todo irá mal y estaré demasiado cansada para buscar a Drake.

Alargo el brazo para tirar del cordel que baja la persiana. Todavía entra luz por los resquicios, pero está lo suficientemente oscuro. Poco después, estoy en la cama y se me cierran los ojos.

10

Hay gente gritando. No tengo ni idea de cómo han entrado en casa. Cierro los ojos con fuerza. Mamá y papá harán que se vayan. Me quedaré aquí y esperaré a que se callen.

Oigo arañazos. Pisadas. Portazos. Ruidos de cosas que se mueven y deslizan, y no tengo la menor idea de qué es nada de todo eso.

Abro los ojos. Estoy tumbada boca arriba, mirando con fijeza un techo extraño, y trato de mantener la calma durante mucho mucho rato. Tengo diecisiete años y besé a un chico en la playa.

La luz del sol se cuele por los resquicios de una persiana. Es de día. Estoy en una cama individual y estrecha y llevo puesto un pijama rosa que sé que es mío. Es lo único que me resulta familiar. Me he despertado en un mundo desconocido y nuevo.

Alargo el brazo hacia mi cuaderno.

Me pongo de pie. Esto son las Svalbard. Asusta, pero no importa, porque hoy voy a sorprender a Drake. Debo encontrarlo lo antes posible porque mis padres van a darse cuenta de que no estoy. He llegado hasta aquí yo sola, y aquí estoy. Me muero de hambre y, según mis notas, el desayuno debería ser más o menos ahora. En el móvil pone que son las ocho y media. Parece una hora razonable para desayunar. Desayunaré y luego buscaré a mi novio. Y después de eso empezaré a recordarlo todo.

Voy hasta la ventana y subo la persiana. Fuera, el aire brilla de frío porque estoy en el Ártico —el Ártico de verdad—, y si miro hacia un lado puedo ver un cielo de un azul intenso. Todo está limpio y reluciente, y me siento tan llena de energía que me dan ganas de cantar y bailar.

Poco después, llevo puestos unos vaqueros, una camiseta, un jersey y calcetines gruesos. No voy a molestarme en ponerme ese abrigo gigantesco sólo para cruzar la calle hasta el edificio de enfrente. Lo reservaré para cuando salga a buscar al amor de mi vida.

A Drake le va a encantar este abrigo. Me muero de ganas de que lo vea. No lo llevaba cuando lo besé en la playa. Llevaba un vestido blanco y unos zapatos amarillos.

Veo en el móvil que le mandé un mensaje. También veo que no me ha contestado. Todavía no. Le escribo un mensaje de texto muy calculado a mamá: *¡Todo bien aquí en Penzance! Un beso de Flora y Paige.* Creo que no está mal.

Unos cuantos chicos cierran sus puertas con llave y hablan a gritos. Uno de ellos me dice «buenos días» cuando pasa por delante de mi habitación, y luego baja por la escalera saltando los peldaños al menos de dos en dos y chillando:

—¡Esperadme, tíos!

En el otro edificio se oye el repiqueteo del desayuno. Me quito las deportivas porque hay un letrero que dice que debo hacerlo. Miro a través del cristal hacia la zona del desayuno, al fondo de una gran sala, donde gente entusiasta y segura de sí misma desayuna con entusiasmo y seguridad. Yo también intento poner cara de entusiasmo y seguridad para no desentonar y luego me sumo a ellos en calcetines.

Quiero sentarme con la gente para sentirme normal, pero no hay nadie más que esté solo y nadie me mira, así que dejo el bolso en una mesa vacía y voy a buscar comida.

Es un desayuno extraño, aunque, de todas formas, creo que podría repetir de todo lo que hay. Hay un pan marrón oscuro y trozos de pescado y de queso. También varias verduras y algo envuelto en un papel de rayas rojas, amarillas y verdes en el que pone «KVIKK LUNSJ»; lo cojo porque quiero saber qué es. En el dorso, lleva un dibujo de un hombre robusto con un gorro de lana con borla, así que tiene que estar bueno.

Con mucha torpeza, consigo que de un dispensador salga lo que me parece café, y sólo derramo un poco. Me sirvo un vaso de zumo, y cuando veo que hay cereales me lleno también un cuenco y añado leche, yogur y fruta en conserva por encima. Me lleva un rato diferenciar la leche de una especie de pegote de yogur raro que sale de un envase que parece que debería contener leche, pero al final me las apañó. Tengo la sensación de no haber comido en mucho tiempo, así que decido llenarme al máximo aprovechando que hay

comida gratis disponible.

Nadie me mira. Me siento y empiezo con un sorbo de café aguado mientras miro el móvil. No hay ningún mensaje. Abro el correo. Todas mis células tienen sed de Drake.

Casi me he acabado los cereales cuando advierto que hay alguien de pie al otro lado de la mesa.

—¿Puedo? —pregunta, indicando la silla con la cabeza.

Asiento, encantada, y ella deja sus cosas y va a por algo de desayuno. Está claro que ha estado aquí antes: en cuestión de segundos, se sirve un café y un vaso de zumo y se prepara un plato con pan oscuro, pescado ahumado y pepino.

Tiene el pelo muy rizado, lleva unas gafas pequeñas y redondas y va equipada para la nieve. Soy la única que no va vestida así. Soy la única que lleva unos vaqueros de mala calidad que le compró su madre.

—Hola —dice la chica en inglés—. Soy Agi.

—Yo soy Flora —contesto.

Corta un huevo duro en rodajas y lo coloca encima del pescado.

—¿De Inglaterra? —pregunta—. ¿Australia, quizá?

—Inglaterra. ¿Eres noruega?

—No, no. Soy finlandesa. No has marcado, pero has dado en el larguero. —Me mira—. ¿Se dice así? ¿Has dado en el larguero? ¿Funciona en este contexto?

—Ajá —contesto, aunque no lo entiendo—. Podría ser, sí.

—Bien. Oye, ¿estás sola en Spitsbergen? ¿Cómo es eso? Yo también, ya ves; no somos muchos, y tú parece muy joven.

—He venido a visitar a alguien.

Me miro la mano. *Estoy en las Svalbard*. Parece un sueño, pero estoy aquí de verdad.

—Ah, entonces no estás sola del todo, vaya.

—Bueno, en realidad sí —admito. Agi parece tan desalentada que quiero animarla—. Verás, no le dije que venía. Voy a salir a buscarlo esta mañana. Tengo que encontrarlo hoy.

Abre mucho los ojos, con una expresión de sorpresa exagerada.

—¿Has venido hasta aquí para darle una sorpresa a un chico y ahora no

sabes cómo encontrarlo?

Me fijo en que Agi tiene una piel de color marfil muy bonita. Es como la piel de Paige. Paige y yo nos conocimos cuando teníamos cuatro años, el primer día de colegio. Ya no es mi amiga: lo he leído en el cuaderno y no dejo de pensar en ello. Paige no es mi amiga. Jacob está muy enfermo. Mis padres creen que estoy en Penzance. Drake es mi novio. Tengo que encontrarlo cuanto antes. Son muchas cosas que recordar.

—Exacto —le digo—. Bueno, ¿y tú qué?

Estoy intentando actuar de manera normal, y creo que está funcionando. Es de lo más emocionante.

—Bueno, la verdad es que me encanta viajar sola. Escribo un blog, pero como está en mi propio idioma, no tiene muchos lectores. Por esa razón quiero mejorar mi inglés hasta que sea capaz de escribir en una lengua universal y conseguir muchos seguidores internacionales.

No estoy segura de lo que es un blog.

—¿Escribes acerca de tus viajes? —pregunto con cautela.

—¡Sí! ¡Es un blog de viajes! Por eso estoy aquí, claro. Viajo sola y escribo sobre mis aventuras. «Aventuras de una chica trotamundos», lo llamo. Aunque quizá necesite un título diferente en inglés. Hoy me he apuntado a una excursión en microbús porque quiero ver todos los sitios de Longyearbyen a los que se pueda llegar por carretera. Las carreteras sólo rodean la ciudad. No llegan a otros sitios porque no hay adónde ir. Así que iré a visitar la Bóveda Global de Semillas, la pequeña iglesia, las antiguas minas... Todo el ¿tinglado?

Agi me mira con expresión inquisitiva y asiento con la cabeza. No soy la persona más indicada para decirle si sus frases funcionan o no.

—Vaya —le digo—, suena muy bien. Yo también iría, pero hoy voy a salir en busca de Drake. Tiene que ser hoy. Lo besé en la playa. Me enamoré perdidamente de él. Voy a encontrarlo y lo amo. Lo único que quiero es estar con él durante el resto de mi vida. Así que voy a encontrarlo y es posible que no vuelva a casa. A lo mejor me quedo aquí, para siempre, con él.

Hago una pausa para coger aire. Lo que acabo de decir no ha sonado muy razonable. No ha sonado normal. Desearía no haber pronunciado ni una sola de esas palabras.

Agi me observa mientras desayuna. Se me queda mirando un buen rato. Me mira las manos, el *FLORA*, sé valiente, y el *Estoy en las Svalbard*, y el resto

de las palabras y los números. Mastica un bocado de pan con pescado y yo también bajo la vista hacia mi nombre, en el dorso de la mano, sintiéndome estúpida.

—Madre mía —dice finalmente, cuando ha tragado—. Eres una chica interesante. Así que te gusta este chico.

—Lo quiero.

—¿Y qué vas a hacer?

—Supongo que pasearé por la ciudad e iré preguntándole a la gente por él. Averiguaré dónde vive.

—¿Cómo se llama?

—Drake. Drake Andreasson. Tiene diecinueve años.

—Drake Andreasson. El adolescente Drake Andreasson. Yo también preguntaré. Lo preguntaré en la excursión del microbús. ¿Dónde estudia?

Me encojo de hombros.

—Aquí.

—Si no lo encuentras, quizá te vea aquí esta noche.

—Tengo que encontrarlo. Tengo que encontrarlo hoy.

—Pues espero que lo consigas. Es una historia muy romántica. Debes encontrarlo hoy, así que seguro que lo encuentras hoy.

—Sí.

—Se alegrará de verte.

Vuelvo a mirar el móvil. Estoy conectada al WiFi, pero no me ha llegado ningún correo electrónico suyo. Se han descargado algunos mensajes insulsos, pero no el que me interesa.

Agi apura la taza de café y se levanta con su bandeja.

—Que pases un megasuperdía, Flora —me dice.

—Gracias —contesto—, tú también.

—¿Hasta luego, cocodrilo?

Sé que hay una respuesta concreta a ese saludo, pero no consigo recordarla, así que me limito a asentir con la cabeza.

El albergue está en una punta de la ciudad. Sé que debería estar asustada y confusa, pero no lo estoy. Estoy a punto de ver a Drake. Él me hace recordar.

Me escribo el nombre de Agi en la mano y anoto en el cuaderno: *Buscar a Agi en el hotel esta noche, si estoy allí.* Aunque estoy convencida de que no

será así, no está mal recordar que tengo algo parecido a una amiga.

Me pongo el abrigo enorme y las deportivas y cojo todo el dinero, porque además de encontrar a Drake, voy a comprarme unas botas como las que lleva todo el mundo. Al fin y al cabo, es posible que me quede aquí. Drake me ha dicho que me quiere y me pidió que viniera. Probablemente debería quedarme a vivir aquí con él. Así tendré un montón de recuerdos y seré como una persona normal, y esa nueva vida va a empezar hoy.

Llevo la llave de mi habitación y la palabra «llave» escrita en la mano para acordarme de que debo ir comprobando que sigue ahí. Llevo mi bolso, y dentro va mi cuaderno.

El cielo es de un azul intenso y no hay ni una sola nube. Longyearbyen, que es como se llama esta ciudad, está en un valle, con montañas a ambos lados y una extensión de agua, detrás de la cual hay más montañas, justo delante. Hay montañas por todas partes. Están nevadas, pero la capa de nieve no es muy gruesa y el paisaje está lleno de piedras negras que sobresalen.

«Va a ser increíble —dijo Drake—. Y frío. Ya estuve allí una vez, hace mucho tiempo. Fuimos de vacaciones a las Svalbard para ver el sol de medianoche. Tenía diez años, y desde entonces he deseado vivir allí. Será alucinante.»

Y es alucinante, sí. Es inmenso e impresiona. El aire es puro y frío. Respirar aquí es distinto que respirar en casa. El aire me limpia los pulmones. Cada paso que doy hace que me dé vueltas la cabeza. Y aquí estoy yo, Flora Banks, caminando por una calle en el Ártico. Cada paso que doy es una victoria. He consultado el mapa y sé en qué dirección voy a ir. Voy a ir al sitio donde debe de estar Drake y a encontrarlo, y tengo que hacerlo esta mañana, porque nadie sabe dónde estoy y pronto empezarán a buscarme.

Es todo tan raro que ya ni me asusta. Podría estar en un universo diferente. Es tan distinto a todo lo que hay en mi mente que aparto mis dudas y mis miedos. Sé que Jacob está enfermo, pero no puedo hacer nada al respecto porque estoy en el Ártico. Nada importa ahora mismo, excepto encontrar a Drake.

Aprieto el paso cada vez más, ya acalorada bajo el abrigo de pieles. Me encanta sentir los músculos de las piernas mientras me llevan hacia mi novio. Me encanta el hormigueo que noto en la cara por el contraste entre el frío de

fuera y el calor de dentro. Sé que habrá una galería de arte a mi izquierda, y así es. Me gustaría entrar, así que lo añado a la lista siempre cambiante de cosas que me gustaría hacer con Drake, en la que constantemente se añaden y borran planes. Me gustaría ver Spitsbergen con él. Me gustaría pasear agarrada de su mano. Me gustaría ir a su piso, meterme en su cama, abrazarlo, besarlo y estar con él.

Me muero de ganas de ver la cara que pondrá cuando descubra que estoy aquí.

Dejo atrás un colegio y varios edificios más, y una calle que sale hacia la izquierda donde hay otros edificios, entre ellos una iglesia pequeña. Miro a mi alrededor por si Drake viviera por aquí, pero no hay ninguna casa. Sigo andando. Unas tuberías de metal, que parecen viejas pero importantes, discurren junto a la calle. Una señal de tráfico muestra la silueta de un hombre con un sombrero elegante, quizá para advertir a los coches, aunque en este sitio apenas hay tráfico.

No imagino cómo habrán llegado hasta aquí los pocos coches que hay. Las carreteras de Longyearbyen no llevan a ninguna parte, según me ha dicho esa mujer. La mujer con la que acabo de hablar. Me miro la mano: *Agi*. Es lo que ha dicho Agi. Te llevan a sitios que están dentro o justo a las afueras de Longyearbyen, pero a ningún otro lugar, porque la ciudad está rodeada por la tierra inhóspita del Ártico. No hay por dónde conducir cuando se acaban las calles de la ciudad. Los coches deben de llegar de otra parte y la gasolina, también. Y todo lo demás, de hecho.

Tardo veinte minutos en llegar al centro. Ni siquiera yo puedo perderme cuando sólo hay una calle que seguir.

Entro en una tienda en la que se vende ropa de abrigo. Las paredes y el suelo son de madera y hace tanto calor que quiero quitarme el abrigo, pero no puedo porque eso significaría tener que cargar con él y sería un rollo.

Compruebo el móvil una vez más. Tengo el máximo de cobertura, pero no ha llegado nada. Llamo al móvil de mi madre, pero me salta directamente el buzón de voz, así que le dejo uno de los mensajes que toca dejar.

Una mujer de mejillas sonrosadas se acerca y me habla en un idioma que no entiendo. Le digo que estoy buscando un par de botas, y entonces me pregunto si entenderá el inglés. Empieza a enseñarme cosas de inmediato.

—Las tres erres —dice, cambiando al inglés sin dificultad alguna—. Eso es lo que necesitas.

—¿Las tres erres?

—Resistente al frío, resistente al viento, resistente al agua. Así funcionan las cosas en el Ártico. Aunque no tanto si es verano, y tampoco si no vas a hacer escalada.

—Me gustan éstas.

Señalo un par de botas marrones, peludas por dentro y con cordones hasta arriba. Me mira los pies y se va a buscar el número correcto. Me siento y abro el correo electrónico. Me dan igual las tres erres: sólo quiero algo mejor que unas zapatillas deportivas.

En la muñeca, en letra muy pequeña, llevo escrito: *Drake dijo: «si estuvieras aquí, las cosas serían distintas.» Y: «es imposible que tú puedas venir, ¿verdad?»*

Leo las palabras en voz alta. Sí que puedo venir. Sí. Puedo.

Mientras pago en efectivo las botas, que me quedan perfectas, le pregunto a la señora:

—¿Conoce a un chico que se llama Drake Andreasson?

Me observa detenidamente durante un momento.

—¿Drake? —repite.

—Estudia en el Polo Norte. En el sitio de los satélites.

—¿El sitio de los satélites? ¿Y dices que está estudiando? Pues pregunta en el CUS, que es el centro universitario, o en el Instituto Polar. Creo que ellos lo sabrán.

—Gracias. ¿Puedo llevarme las botas puestas?

—Claro que sí, querida. Espera, que te doy una bolsa para las deportivas.

Me ato los cordones, meto las zapatillas deportivas en la bolsa que me ha dado la señora y me marcho en busca del Instituto Polar. De camino, escribo ambas palabras en el móvil y busco un boli para apuntármelas también en el brazo. Esto es mejor que vagar por ahí esperando toparme con Drake por casualidad. Así sí que voy a encontrarlo.

11

Estoy sentada en una piedra, y a mi alrededor hay pedazos de nieve entre los que asoman piedras negras. Al parecer, llevo un gran abrigo de pieles y unas botas calentitas y unos vaqueros, y probablemente, si me abriera el abrigo, me encontraría un jersey debajo.

Así que llevo ropa calentita y estoy sentada en una piedra mirando la ladera de una montaña que se extiende ante mí, cubierta de nieve. No veo a nadie. Noto el aire frío en las mejillas. Brilla un sol radiante en un cielo azul intenso.

Vivo en un sitio cálido donde hay mar y donde todo es verde. Esto es distinto. Este lugar es frío y claro. No puede ser real. No me preocupo en absoluto por dónde estoy, porque sé que estoy dentro de mi cabeza. Todo esto es mágico y no quiero despertar.

Me senté en una playa y besé a Drake. Aquello fue real. Esto no lo es.

Me miro las manos. En una pone: *FLORA, sé valiente*. Yo soy Flora.

En mi mano izquierda veo las palabras: *buscando a Drake*. En la cara interior de la muñeca tengo escrito *5827 y Estoy en las Svalbard*. En mi brazo dice *¿Instituto Polar?* y *Ártico*, y también *cuaderno* y *Agi* y algo sobre un pasaporte.

Tengo un cuaderno en el regazo. Lo abro y empiezo a leer. Me entero de que tengo amnesia anterógrada y de que Drake es mi futuro mágico.

Voy hasta las últimas páginas escritas.

NO salgas de la ciudad, porque ahí fuera hay osos polares que se comen a la gente. Si sales, tienes que llevar un arma y saber usarla, y eso significa que SÓLO PUEDO SALIR DE LA CIUDAD SI VOY CON ALGUIEN QUE LLEVE UN ARMA. NI SE TE OCURRA DEJAR LA CIUDAD AUNQUE LO DE FUERA PAREZCA BONITO. QUÉDATE SIEMPRE EN UN SITIO CON EDIFICIOS.

Recorro con la mirada la ladera que hay frente a mí. No veo edificios. Hay

un sendero rocoso que asciende por lo que me parece una montaña. Hay un segundo sendero formado por dos líneas paralelas que atraviesan la nieve, pero no hay ninguna ciudad, eso seguro. Estoy sentada en una gran roca negra.

He infringido una norma que no recuerdo haber aprendido y, aunque esto sea un sueño, no quiero que los osos polares me devoren en él. Los osos polares son blancos, y la nieve que me rodea también es blanca. Podría haber cientos de ellos, camuflados, por todas partes. Podrían estar a punto de abalanzarse sobre mí, de arrancarme los miembros uno por uno, de compartirme para que todos se lleven un pedazo, y el ganador saldría corriendo con mi porquería de cerebro entre las fauces.

Debo llegar a un lugar seguro. El resplandor del sol me ciega. No tengo ni idea de cómo se llega a donde están los edificios. Podría caminar el día entero e internarme cada vez más en el territorio de los osos. Si me concentro mucho en los edificios, tal vez consiga hacerlos aparecer.

El corazón me late tan deprisa que todo mi cuerpo retumba siguiendo su ritmo. Continúo erguida, aunque me tiemblan tanto las piernas que apenas consigo mantenerme en pie.

Besé a Drake y tengo que encontrarlo.

Pero en lugar de encontrarlo, he llegado a un lugar donde la primera norma es «no salgas de la ciudad sin un arma», y yo he salido enseguida de la ciudad sin un arma. He venido a alimentar a los osos polares con un poco de carne humana fresca. Podría estar a kilómetros de la ciudad, sea ésta cual sea. No tengo hambre ni sed, de manera que es posible que no lleve aquí mucho tiempo. Me vuelvo en redondo y recorro la zona con la mirada, dispuesta a averiguar cuál es el mejor camino hacia un sitio seguro.

Me detengo. Me vuelvo otra vez hacia la ladera, que se ve nevada y distante. Y me vuelvo una vez más hacia el otro lado y me echo a reír. Y me río y me río de forma incontrolada, sin poder parar. Soy el ser humano más estúpido que ha pisado la faz de la Tierra.

Estaba sentada en una gran roca negra mirando hacia la montaña, en un lugar frío e inmóvil donde viven osos polares. Pero la roca estaba junto a una calle, y la calle estaba en una ciudad, y la única razón por la que no oía nada detrás de mí era que no pasaban coches. En cuanto me doy la vuelta, compruebo que estaba sentada cerca de casas y calles y maravillosos indicios de que éste es un lugar de humanos, y no de osos.

El trayecto hasta la ciudad me lleva apenas cinco pasos. Hago que los edificios aparezcan sólo con pensar en ellos, porque todo esto es producto de mi mente.

No te adentres nunca en el territorio de los osos polares. Ésa es ahora una de mis normas vitales. Me detengo y lo escribo en mi cuaderno.

Decido seguir una dirección al azar y echo a andar calle abajo. Llevo dos piedras en el bolsillo y las sujeto con la mano al caminar. Son piedras especiales. Una es mía y la otra está a punto de ser de Drake. Nos besamos en la playa, mientras subía la marea. Voy a encontrarlo y volveremos a besarnos, en la nieve. Nos besaremos una y otra vez, y yo voy a recordar cada uno de esos besos.

La gente con la que me cruzo lleva anoraks para la nieve, no grandes abrigos de pieles como el mío. Tienen las mejillas muy sonrosadas y sonrían y me dicen «hola», de modo que hago lo mismo. Por lo visto, las cosas funcionan así en este lugar, que está muy lejos de Penzance, porque es la ciudad de Longyearbyen, en la isla de Spitsbergen, en el archipiélago de las Svalbard, rodeado por el océano Ártico. Esta lista de nombres difíciles me hace sentir victoriosa.

Mis padres no saben que me he ido. Si vuelven a casa y no me encuentran allí, llamarán a la policía, y entonces me llevarán de regreso a casa sin que vuelva a ver a Drake.

Encuentro el camino hasta el Instituto Polar buscándolo en el mapa y preguntándole a un hombre muy simpático, pero está cerrado. Observo las puertas durante un rato antes de atreverme a acercarme y tirar del picaporte con fuerza. Se mueven un poco, pero desde luego no se abren. No tengo ni idea de en qué día estamos o qué hora es, de forma que podría ser, o no, la hora adecuada para que esté cerrado. El museo de al lado está abierto, pero la sede universitaria está cerrada.

Me quedo un buen rato mirando las puertas. Necesito que se abran. Éste es el sitio donde estudia Drake, y he recorrido todo este camino para plantarme ante sus puertas, pero él no está aquí. Hurgo en el bolso y saco el cuaderno para ponerlo por escrito. Me siento en uno de los peldaños.

Un poco más allá, hay una mujer que me mira.

—¿Es esto la universidad? —pregunto.

Tiene pinta de ser una alumna. Frunce el entrecejo, de modo que vuelvo a preguntárselo, y entonces me acuerdo de añadir:

—¿Hablas inglés?

—Lo intento —contesta. Tiene el pelo largo y negro, y cara de gruñona—. Esto es el Norsk Polarinstitut, sí. El CUS, el centro universitario, está justo ahí.

Miro hacia donde señala su dedo y veo otra parte del mismo edificio. Ninguna de las construcciones que hay aquí es demasiado bonita, pero a mí me gustan, porque estoy todo lo segura que puedo estarlo de que Drake trabaja en el interior de una de ellas.

—¿Conoces a Drake Andreasson?

La chica se encoge de hombros.

—Es posible. No lo sé. ¿Lo has perdido?

—Sí.

—¿Estudia aquí? ¿Has estado en Nybyen?

Frunzo el ceño.

—Pues no lo creo... ¿Qué es Nybyen?

—La residencia universitaria.

Decido anotar eso también. Dentro del bolso, mi teléfono emite el ruido de entrada de un mensaje de texto, y para cuando consigo sacarlo, la mujer ya se ha ido.

Los rayos del sol me dan directamente en la cara y me deslumbran. Me cruzo con unas cuantas personas. El horizonte es una línea de montañas. El sol está muy alto, y aunque se ven algunas nubes en las cumbres, el cielo es, en su mayor parte, de un azul intenso.

Éste no es un sitio real. No puede ser real. La gente no tiene un aspecto corriente. Nada es como creo que debería ser, y Drake no está aquí. Sé qué aspecto tiene Drake, y no es ninguna de estas personas.

Miro fijamente su foto en mi teléfono antes de comprobar los mensajes.

Cuando veo la palabra «Mamá» me alegro, pero su mensaje me resulta confuso:

Cariño, espero que Paige y tú estéis bien. Seguimos aquí. ¿Estás bien? Por

favor, sigue mandando mensajes. Todo este asunto de Jacob es horrible. A lo mejor podrías venir a París. ¿Estaría Paige dispuesta a traerte? Llamaré más tarde para trazar un plan. Besos, mamá y papá.

París. Jacob. Miro en el cuaderno. Jacob Banks es mi hermano, que está enfermo en París. Mis padres están con él y yo finjo estar en Penzance con Paige.

Vivo en Penzance. Siempre viviré en Penzance, pero hoy no estoy en Penzance. Hoy estoy en el Ártico, y he llegado hasta aquí por mí misma.

Acordarme de Jacob hace que aparezca directamente en mi teléfono móvil, porque cuando compruebo los correos electrónicos, las palabras «Jacob Banks» saltan de él y me golpean en la cara.

De algún modo, me ha enviado un mensaje de correo.

Querida Flora:

Gracias por la postal que me trajo mi Jacques. Por suerte, nuestros padres no la han visto... ¡La próxima vez métela en un sobre, por favor! Mi hermanita pequeña. Esa forma tuya de presentarte, tan formal, sin tener ni idea de que nos conocemos, siempre me llega al alma. ¿Estás bien? Parece preocuparte mucho que mamá y Steve no hayan vuelto a casa. Es culpa mía, perdona. Se me llevaron de urgencias cuando estaban a punto de marcharse. No te preocupes. Ellos están bien. Tú estás en Penzance con tu amiga, ¿o no? ¿Va todo según lo planeado o te has ido en busca de aventuras? Si estás corriendo una aventura que no incluye venir a verme, me ofenderé muchísimo. Contéstame, por favor. Es a ti a quien necesito para entretenerme durante esta enfermedad tan pesada. Cuídate mucho. Contesta en cuanto puedas. Hazme toda clase de preguntas, como haces siempre.

Tu hermano Jacob, besos.

Lo leo una y otra vez. Hay cosas que no tienen sentido.

Siempre hay cosas que no tienen sentido.

«Esa forma tuya de presentarte, tan formal, sin tener ni idea de que nos conocemos...»

«¿Te has ido en busca de aventuras?»

Miro a mi alrededor, casi esperando verlo ahí de pie, riéndose de mí. Nos conocíamos cuando éramos pequeños. Ahora ya no nos conocemos.

Cuando veo que estoy en un paisaje nevado con un aire resplandeciente y un horizonte de montañas escarpadas, sólo me sorprende momentáneamente. Me he ido en busca de aventuras, como dice Jacob. No sé cómo lo ha sabido.

No es posible que lo haya hecho antes. Nunca he salido de Penzance. Decido buscar un sitio caliente donde sentarme para intentar escribirle una respuesta sensata a mi hermano. Yo quiero a Jacob. Me dejaba pintarle las uñas de los pies. Me ha dicho que le haga preguntas, y eso haré. Tengo un montón de preguntas.

Noto las piedras en el bolsillo al caminar. Tintinean. Escudriño cada rostro con el que me cruzo, pero ninguno es el de Drake.

12

La habitación tiene una moqueta de color ocre y estoy sentada con la vista fija en ella y toqueteándola con los dedos. Me llega el olor de algo que se está cocinando, pero no me gusta cómo huele y no tengo hambre. Hay puntitos brillantes en la moqueta, como si hubieran derramado purpurina sobre ella. Estiro una mano para tratar de cazarlos, pero no lo consigo. La frustración que siento hace que me ponga a llorar.

No paro de lloriquear. Los sollozos me sacuden todo el cuerpo. No tengo ni idea de por qué trato de cazar puntitos de purpurina de la moqueta. No sé para qué los quiero.

Alguien entra en la habitación, me ve en el suelo y se ríe, y de pronto estoy surcando el aire.

Estoy en los brazos de una persona. Cuando me fijo en su cara, sé que es mi hermano, Jacob.

«¿Qué te pasa, tontita?», pregunta, y señalo la moqueta y trato de pronunciar «purpurina» antes de darme cuenta de que esta frustración no es algo que me esté pasando ahora, sino un recuerdo.

Me he despertado dentro de uno de mis propios recuerdos. Puedo captar los olores y oír los sonidos. Puedo tocarle el pelo a Jacob y notar su textura. Estoy realmente aquí. Y sin embargo, sé que no es así. Estoy dentro de algo que debe de estar enterrado en mi cabeza. Estoy bajo capas y más capas de mi propio cerebro.

Estoy atrapada dentro de un espacio diminuto y oscuro. No puedo moverme. Me zumban los oídos. Cierro los ojos con fuerza e intento hacer que ese recuerdo desaparezca. No lo quiero.

El corazón me late muy deprisa y me obligo a volver al presente. Tengo diecisiete años, estoy en una cafetería calentita y con las ventanas empañadas, sentada a una mesa, y hay un hombre de pie ante mí, con pinta de estar

esperando a que diga algo.

Quiero ir a Flambards. No debería estar pensando en eso. Me lo quito de la cabeza.

El resto de la gente que hay aquí tiene cara de buena salud y críos regordetes, y todos hablan muy alto y se ríen. Me encojo un poco y me concentro en el hombre.

—¿Un café? —pruebo a preguntar, porque me da la sensación de que espera que diga algo así—. Con leche, por favor.

—Muy bien —contesta. Tiene un lunar marrón en un lado de la cara, el pelo de punta y una barba que señala hacia abajo—. ¿Quieres algo más?

Me planteo si tengo hambre.

—No —respondo—. No, gracias. —Me miro la mano. *FLORA, sé valiente. Estoy en las Svalbard*—. Una pregunta...

—¿Sí?

—¿Estoy en las Svalbard?

Drake está en las Svalbard. Estuvo allí cuando tenía diez años para ver el sol de medianoche, y ahora tiene diecinueve y le ha surgido la oportunidad de volver.

El tipo se echa a reír.

—¡Pues sí! Esto son las Svalbard. Estás en las islas Svalbard.

—¿Conoce a mi amigo?

Saco el teléfono para enseñarle una fotografía de Drake. Está de pie en una silla, con las gafas puestas, y el flequillo le cae ligeramente en la cara. Lleva una camisa azul y unos vaqueros. No tengo ni idea de cuándo o dónde la tomé, pero sé que es Drake porque lo besé en una playa y me acuerdo de él.

La observo unos instantes antes de mostrársela al hombre. Lo amo. Lo adoro. Éste es Drake, el amor de mi vida; lo quiero y él me quiere a mí. Es mi novio. Por eso estoy aquí. Necesito encontrarlo porque él me hizo recordar.

El hombre mira la foto.

—Sí, creo que lo he visto —dice—. ¿Estás bien? Acababas de enseñármela. Pero sí, como te he dicho antes, estoy seguro de que ha estado aquí. Si vuelvo a verlo, le diré que una joven anda buscándolo.

—¿Lo ha visto?

—Sí.

Mi emoción parece sorprenderlo.

—Oh, gracias. ¡Muchas gracias! ¿Podría decirle que Flora está aquí?

—Flora. Sí, por supuesto.

Frunzo el ceño.

—Bueno, mejor no le diga que soy yo, sólo que alguien anda buscándolo. Quiero que sea una sorpresa.

Bajo la vista hacia el teléfono y paso a la siguiente fotografía. Pensaba que a lo mejor era otra de Drake, pero es un cartel con un gato. Un gato desaparecido. Todo el mundo está desaparecido.

—¿Ha visto a este gato?

Le enseño también esa imagen. El tipo se ríe.

—No, al gato, no. No tenemos muchos gatos por aquí.

Drake está aquí. Ese hombre lo ha reconocido: no me lo he inventado. He venido aquí, al sitio adecuado, a encontrar a Drake, que es la persona adecuada. Lo estoy haciendo bien. He llegado hasta aquí, y ahora he encontrado a alguien que reconoce la cara de Drake. Eso significa que casi lo he conseguido. Significa que lo encontraré antes de que la policía venga a por mí. Debo anotar ahora mismo todas y cada una de las palabras que me ha dicho el tipo de la barba. Hurgo en el bolso hasta dar con el cuaderno y lleno páginas y páginas con mi mejor caligrafía, contándome todo lo que me pasa por el cerebro. Ni siquiera me doy cuenta de que llega mi bebida, pero en un momento dado, alzo la mirada del cuaderno y veo un tazón de café con leche junto a mí, de modo que empiezo a tomármelo. Está caliente, y me parece el mejor café del mundo.

Creo que llevo mucho rato sentada en esta cafetería.

Me encuentro un extraño correo electrónico de Jacob en el móvil, y lo leo. Tengo que contestarle. Veo un mensaje de texto de mi madre en el que me pide que vaya a París con Paige. Debe de ser para que Jacob y yo podamos volver a vernos. Yo quería a Jacob. Cuando entró y me levantó en brazos de la moqueta, una oleada de amor me recorrió el cuerpo. De pequeña, él era la persona a la que más deseaba ver. Cuando era normal, él era mi mundo.

Me gustaría que ahora volviera a formar parte de mi mundo.

Escribo un correo electrónico con todo lo que me pasa por la cabeza en estos momentos. No me censuro en absoluto. Le cuento que besé a Drake en una playa y que lo recuerdo. Tecleo hasta la última palabra que nos dijimos

mientras las olas lamían los guijarros y la luna se reflejaba en el agua. Le cuento que estoy en las Svalbard y le pregunto qué cree que debería hacer. Le digo que no estoy segura de lo que está sucediendo en mi cabeza. Le explico que me he acordado de cuando era pequeña y lloraba, de que él me cogió en brazos y cuidó de mí. Le pregunto por qué se fue. Le hago montones de preguntas. El correo es larguísimo.

Lo mando sin releerlo a fondo, aunque sé que está lleno de faltas de ortografía y que debe de sonar muy raro.

Veo en el móvil un mensaje de mi madre, y le contesto diciendo que estoy bien y que no se preocupe por mí. No menciono lo de ir a París.

Le mando un segundo mensaje: *Cuando volváis, ¿podremos ir a Flambards?*

Cuando vuelvo a levantar la vista, la mitad de mi café sigue estando ahí, helado, y todos los demás se han ido de la cafetería, y un hombre con barba y un lunar en la cara me sonrío como lo haría una persona a quien le gustaría que me fuera. Lleva un juego de llaves en la mano.

—Pagaré la cuenta —digo.

Hace un gesto de negación con la mano.

—No te preocupes, Flora. Pareces una chica seria. Estás invitada al café.

Le doy las gracias y me pregunto cómo sabe mi nombre.

Fuera hace un sol radiante y me siento eufórica. Hasta la última persona de las Svalbard cree que soy normal.

Estoy cruzando un país de las maravillas brillante, donde el aire resplandece y toda la gente sonrío. Los edificios no son bonitos, pero la naturaleza se extiende en todas direcciones. Es mágico. He abandonado el lugar donde vivía y a la gente que me retenía allí, y he llegado a este sitio nuevo y frío donde soy libre.

Es posible que este lugar esté sólo en mi cabeza, pero no me importa si es así. Es un lugar maravilloso, y Drake vive aquí.

Echo a andar calle abajo, pero me detengo. No sé adónde ir. Mi casa, mi hogar, está muy lejos de aquí. Quiero ir a Flambards, pero también queda lejos. Me leo los brazos, que no me revelan nada que no tenga ya en la cabeza, y me dispongo a sacar el cuaderno.

Mi bolso no está. No lo tengo.

Sin él, no puedo hacer nada. Siempre llevo el bolso, y dentro van mis

notas. Las guardo en el bolso. Ambas cosas van siempre juntas. Me miro las manos y los brazos, y luego busco mis notas en el bolso. Es lo que suelo hacer.

En mis brazos no hay nada que me indique cómo llegar al sitio adonde voy, y aunque trato de pensar todas las cosas que pueda sobre ese lugar, se me escapan. Me dirigía a un sitio, pero no sé por qué. No sé adónde ir. Estoy aquí por Drake. Eso es lo único que importa. Debo encontrarlo hoy, pero no puedo hacerlo si me he perdido.

No tengo bolso ni dinero. No tengo móvil. Ni llaves. Ni cuadernos. No tengo la menor idea de qué estoy haciendo y nadie va a poder ayudarme.

Besé a Drake. Ése es el único hecho que poseo. No hay nada más en el mundo.

Todo burbujea y se desborda. Éste es un sitio frío. No tengo amigos. Quiero que venga mi mamá. Y mi papá. Quiero que venga mi hermano. Deseo con todo mi corazón que estén aquí conmigo.

Las lágrimas me corren por las mejillas. No tengo la más mínima idea de qué estoy haciendo.

—Drake —digo en voz alta.

Necesito aferrarme a su nombre. Drake. Necesito encontrar a Drake. Él encontrará mi bolso. Él cuidará de mí.

Tengo que recordar su nombre. No tengo bolígrafo, pero tengo que recordarlo. Ahora voy a la deriva, y si me olvido de Drake, olvidaré todo lo demás.

Miro a mi alrededor. Ésta es la situación más apremiante en la que me he encontrado. Soy la única persona en el universo. Echo a correr un poco calle arriba y me detengo. No tengo bolígrafo y no tengo dinero.

En mi brazo pone *Drake*, pero acabará por borrarse.

En el margen de la carretera, medio enterrado en la nieve, hay un bolígrafo. Lo cojo y me arremango. Si escribo su nombre una, y otra, y otra vez, eso me hará recordar.

El bolígrafo no funciona, pero debo usarlo de todas formas, así que lo utilizo para rasguñarme el nombre en el brazo. Hago tanta presión al escribirme *DRAKE* en la piel que empiezo a sangrar. Eso está bien, así que pongo más empeño y me arañó hasta que su nombre queda grabado en mi cuerpo con gotitas de sangre. Repaso las letras una y otra vez. Me gusta el dolor que produce. Me hace sentir viva.

«DRAKE.»

Eso es cuanto tengo para seguir adelante. Me he perdido, pero llevo el nombre de Drake escrito en el cuerpo. Quizá me lo grabe aún más hondo cuando pueda conseguir un cuchillo. Quiero que esté ahí para siempre.

Echo a andar. Daré vueltas por ahí y tarde o temprano ocurrirá algo, porque si me quedo quieta no ocurrirá nada. Camino sin parar. Noto las piernas cansadas, pero sigue siendo de día. Llego hasta una extensión de agua. Es mayor que un río, pero más pequeña que el mar, porque veo montañas y una casita al otro lado. Me quedo de pie en un embarcadero y observo las barcas amarradas a él. Me doy la vuelta, porque por ahí ya no puedo seguir, y paso ante un montón de maquinaria vieja con cables y cubos. Me encamino hacia una pequeña iglesia con la esperanza de que el dios correspondiente pueda ayudarme.

Me limitaré a seguir andando. Cuando vea a Drake, lo reconoceré.

Han pasado varias horas. He dado vueltas y más vueltas. He estado en la iglesia más de una vez, estoy segura. Había una mujer, y me ha sonreído. He ido a escribir mi nombre en el libro de visitas, pero ya estaba ahí, dos veces, en la línea anterior a la que estaba a punto de ocupar y en la de más arriba. «Flora Banks —ponía la primera vez—. Penzance.» «Flora Banks —se leía la segunda—. Desde el lugar frío.» He entrado en una tienda, pero no llevaba dinero, así que he vuelto a salir. He respirado rápido unas cuantas veces y me he puesto en marcha de nuevo. He caminado de aquí para allá sin parar. Las tiendas ya están cerradas.

Veo unos peldaños ante un museo y decido sentarme en ellos para que me descansen los pies.

—Flora —dice un hombre.

Lo miro. Tiene el pelo de punta, una barba que señala hacia abajo y un lunar marrón en la cara. No es Drake.

—Hola —contesto.

Lo observo atentamente, fijándome en su rostro. Se ríe. Parece un poco incómodo. No digo nada más, porque no se me ocurre nada que pueda resultar adecuado.

—Flora... ¿estás bien?

Sabe mi nombre. Se sienta a mi lado y me pone una mano en el hombro.

No sé qué hacer, así que me apoyo en el suyo y me echo a llorar. No paro de sollozar y la parte exterior de su abrigo se está ensuciando. Quiero decirle que lo siento, pero al parecer ni siquiera soy capaz de eso.

—Flora, ¿qué pasa?

Sigo sin poder hablar, aunque quiero hacerlo. Trato de respirar hondo y calmarme, y susurro:

—No tengo ningún...

—No. No tienes nada, ¿verdad? ¿Te has dejado el bolso en la cafetería, por casualidad?

Digo que sí con la cabeza. No tengo ni idea de si es así.

—Tengo las llaves. ¿Qué tal si volvemos y lo comprobamos?

Lo miro.

—Sí. Sí, por favor.

Hay un bolso en el suelo, bajo una mesa. Corro hasta él, lo levanto y lo abrazo con fuerza.

Dentro del bolso hay un cuaderno en cuya portada pone: «HISTORIA DE FLORA. LEE ESTO SI ESTÁS CONFUSA.» Me miro la mano, y ahí dice: *FLORA, sé valiente.*

Abro el cuaderno y empiezo a leer. Me operaron a los once años y tengo amnesia. He venido a las Svalbard en busca de Drake porque él sabe cómo curarme. Mi hermano Jacob está muy enfermo. Mis padres están en París. Paige no es mi amiga.

—Gracias, muchas gracias —le digo al tipo—. Me ha salvado.

—Tranquila, no pasa nada. —Vuelve a parecer incómodo. Debo de estar actuando de una manera muy extraña, pero no me importa—. No hay de qué. Voy a tomarme una cerveza con unos amigos, pero primero te acompañaré a tu hotel.

—No, gracias. Estoy bien, de verdad que sí. Gracias. Ahora tengo que irme. Tengo que irme.

13

Siguiendo el mapa, recorro una calle recta y dejo atrás una escuela, una galería de arte y un montón de edificios más. A cierta distancia, a la derecha, se ve una iglesia pequeña de madera. Alrededor todo son montañas. Las nubes cruzan el cielo muy deprisa.

Sé exactamente dónde estoy (Longyearbyen), por qué estoy aquí (Drake) y adónde voy (al albergue Ártico). Estoy yendo en la dirección correcta. Voy respirando hondo, disfrutando de cada segundo de este alivio abrumador.

Alguien camina detrás de mí. Es el hombre que me ha ayudado a encontrar el bolso. Cuando me vuelvo, me saluda con la mano. No se acerca a mí, de modo que sigo andando.

Mientras camino, observo una línea oscura que avanza a través del paisaje. Detrás de ella todo es gris, y cuando me alcanza y me pasa de largo, este mundo, este lugar en el que soy un ser humano corriente, se transforma.

La luz se extingue. Ya nada resplandece. La tierra mágica se vuelve grisácea y apagada, y una nube forma un techo sobre mi cabeza. El cielo está gris. La nieve es opaca y gris. Absolutamente todo se ha teñido de gris. La nube desciende cada vez más y la lluvia se palpa en el aire, un cambio súbito en la atmósfera que significa que todo está a punto de acabar mojado. Sin embargo, cuando algo me roza la mejilla, no es lluvia, por supuesto. Es nieve.

Drake vive en un sitio con mucha nieve. Estoy aquí. Estoy justo en el sitio de la nieve, como él.

Detrás de mí, a lo lejos, el cielo está azul. Allí hace un día de sol radiante. Aquí, cada vez nieva más rápido y con copos más gruesos, que cubren la carretera y lo vuelven todo blanco delante de mis ojos.

Ya no sé adónde me dirigía, pero da igual. Soy feliz, aquí y ahora. Soy una chica plantada en la nieve que se maravilla ante los copos de blancura que danzan en el aire a su alrededor. Estoy en un lugar precioso y está pasando algo maravilloso. Todo lo demás no cuenta para nada.

Vivo este momento. Vivir el momento siempre que pueda debe ser una de mis normas de vida. Para eso no hace falta tener memoria.

Olvido que haya olvidado algo alguna vez. Cuando los copos se hacen más pequeños y el viento empieza a llevarse las nubes para que dejen caer su nieve en un lugar mágico distinto, me siento como si hubiera pasado una noche entera durmiendo. Estoy llena de energía y dispuesta a lo que sea.

El hotel está exactamente donde decía el mapa. Tengo una llave y una nota que pone que vaya a la habitación número cinco, y un plano que me informa del edificio en el que está esa habitación número cinco (en el número cinco, una buena noticia).

El edificio es de chapa metálica, y tiene bicicletas y esquís apoyados contra él, y un tramo de peldaños de hormigón que llevan hasta la puerta. Cuando empiezo a subir por ellos, me doy cuenta de que el hombre de la barba me ha seguido hasta aquí. Lo saludo con la mano y él me devuelve el gesto y luego se da la vuelta y se aleja. En cuanto cruzo el umbral, me asalta un olor a calcetines y a comida en los fogones. Aquí dentro hace calor, así que tan pronto como la puerta se cierra detrás de mí, me quito el abrigo. Un letrero me dice que me quite también los zapatos, y eso hago, sentada en el último peldaño de la escalera, donde desabrocho los cordones de unas botas que han aparecido como por arte de magia en mis pies y que son precisamente el calzado ideal para un sitio así. Por alguna razón, mis viejas zapatillas de deporte han ido a parar a mi bolso. Están en una bolsa de plástico dentro de mi bolso.

La cocina está ordenada y en los armarios hay letreros que le dicen a la gente que no utilice ciertas cosas y que no robe la leche de los demás. Eso me da una idea: pongo agua al fuego, busco una taza y cojo una bolsita de té de una caja; luego busco la leche con mejor pinta de la nevera. Seguro que a nadie le importará que me ponga un poquito.

En casa tenemos una cocina, y en ella hay más cosas que en ésta y, al mismo tiempo, menos. Entorno los ojos y trato de pensar. Tiene más cosas porque hay una tetera, pero tiene menos cajas de bolsitas de té: sólo hay una. Más y menos. La mujer de la cocina de mi casa es mi madre. El hombre es mi padre. Yo soy Flora, y no tengo diez años. Tengo diecisiete: lo sé porque me acuerdo de que besé a un chico en la playa.

En nuestra cocina, todos tenemos una taza favorita. La mía es rosa y blanca. En la de mi madre pone «LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO». En la de mi padre hay un hombre.

Encantada conmigo misma, cambio la taza que había cogido por otra con un estampado en rosa. Me preparo el té y miro a mi alrededor en busca de gente con la que hablar.

Quiero ir a Flambards. Curiosamente, esa idea aparece de repente en mis pensamientos. Flambards está muy lejos de aquí. Le escribo un mensaje a mi madre: *¿Podemos ir a Flambards?*

Aquí no hay nadie. Me pregunto qué estarán haciendo todos; cosas que tienen que ver con la nieve, supongo. Cosas frías. Cosas que hace la gente en un sitio como éste.

Si viera a alguien, le enseñaría la fotografía de mi teléfono y le preguntaría si ha visto a Drake. He venido a buscarlo porque lo besé en la playa.

Aunque todo este lugar esté en mi cabeza, estoy aquí, yo sola, y viva. Esto es real.

Mi llave abre la habitación número cinco, y echo el pestillo detrás de mí y me siento en la cama. La cabeza me da vueltas. Alargo las manos ante mí, flexiono los dedos y leo las palabras. *FLORA, sé valiente*. Estoy siendo valiente. He seguido las instrucciones de mi mano. Noto un picor en el brazo y, cuando me subo la manga, descubro que es porque me he grabado el nombre de Drake en la piel con lo que parece algún tipo de hoja roma. Lo miro fijamente durante un buen rato. Da un poco de miedo, es emocionante y terrible que me haya grabado una palabra en el brazo.

Estoy en un lugar extraño que debe de hallarse muy lejos de donde suelo estar. Ésta no es mi habitación, pero las cosas que hay en ella me resultan tan familiares que deben de ser mías. Ésta es mi nueva habitación. Es el sitio que he creado para mí misma, mi propio hogar. Reúno todas las cosas escritas que logro encontrar y, sentada en la cama, empiezo a leerlas una vez más.

«Medicación» y «pastillas» son las palabras que más me llaman la atención. Tomo pastillas, me medico, y eso me ayuda a salir adelante día tras día. Si he tomado algo últimamente, no lo he puesto por escrito. Me siento mareada.

Sobre una de las camas hay una maleta grande. Dejo los cuadernos y me

pongo a deshacerla; saco las cosas una por una y las coloco en fila para echarle un vistazo a lo que he traído conmigo. Casi todo es ropa. Cojo una camiseta roja y la huelo, aunque no sé por qué.

No parece que haya pastillas. Tengo que hacer algo al respecto, pero no tengo ni idea de por dónde empezar.

Me tiemblan las manos. Me levanto, me acerco a la ventana y las apoyo en el cristal para que dejen de hacerlo. Estaba nevando, estoy totalmente segura, pero ya no nieva. Al otro lado de la ventana hay una ladera escarpada, y veo mi reflejo en el cristal, desvaído y translúcido, superpuesto a las rocas nevadas.

Incluso en ese reflejo imperfecto veo que no tengo buen aspecto. La chica de la ventana tiene una mirada extraña y la piel muy rara. Me llevo una mano a la cara. La noto llena de bultitos, y estoy segura de que antes la tenía lisa. En la pared se materializa un espejo, y me miro como con detenimiento.

No tengo ni por asomo el aspecto que creía tener. No reconozco mi cara. Está roja y llena de granos, es la cara de otra persona. Tiene bultitos por todas partes, rojos en la base y amarillentos en la punta. La chica del espejo es fea. Mi madre dice que soy muy guapa.

Cuando me paso las yemas de los dedos por la cara, no suele parecerme tan desagradable. No creo haberme preocupado nunca por algo como la piel. Cojo el bolígrafo y me escribo despacio *¿qué le ha pasado a mi piel?* en la cara interior del brazo. Lo escribo en un papelito amarillo y lo pego en el espejo. Lo escribo en el cuaderno.

En algún lugar del edificio, se abre una puerta. Me alegro de que la gente empiece a volver. Pienso que quizá pueda bajar otra vez a la cocina a ver qué se prepara la gente para cenar en este sitio. Tengo hambre.

Cuando oigo voces justo al otro lado de mi puerta, decido salir a probar suerte. Tengo la fotografía de Drake, y repito por lo bajo las palabras que debo decir. Mi cara horrible me acompleja, así que me pongo un poco del maquillaje que encuentro sobre el escritorio. Me aplico una base de crema, me pinto la raya en los párpados superiores con lápiz negro, me pongo un rímel apelmazado y finalmente pruebo un pintalabios rojo vivo que no puedo haberme puesto antes. Está nuevecito, con la punta impecable, y me pinto los labios con él como si fuera una cera. No creo que lo haya hecho muy bien, pero me limpio los bordes con la yema de un dedo y me parece que da el pego.

Si tu piel no está en su mejor momento, puedes impedir que la gente se fije en ella si llevas un pintalabios muy llamativo. Es una norma básica.

Me cambio el jersey por otro rosa y bonito, cojo el abrigo de encima de la otra cama y echo a andar pasillo abajo, dispuesta a pasarme la velada preguntándole a la gente por Drake. Mis notas me dicen que tengo una amiga que se llama Agi, de modo que procuraré fingir que la reconozco si se me acerca. Repito mentalmente su nombre, una y otra vez: Agi Agi Agi. Le mando un mensaje de texto a mamá para decirle que estoy bien en Penzance.

Todavía hay luz. Aunque ya es casi de noche, hay tanta luz como a mediodía. Ésa es la magia de este lugar.

—¡Hola!

El hombre que hay en el pasillo lleva un pantalón de pijama y una toalla echada al hombro.

Sólo son las siete, pero supongo que aquí las cosas funcionan de otra manera. Si uno se ha pasado el día entero en las montañas nevadas, tendrá muchas ganas de ponerse el pijama. Aun así, hay algo que no acaba de encajar, pero no sé por qué.

Tengo una habitación aquí. Es algo que me emociona mucho, y durante un momento no hago más que felicitarme por ello. Tengo una habitación en el Ártico. El atardecer está lleno de nieve y de sol, y tanto Drake como yo estamos aquí, en las Svalbard.

—Qué elegante —me dice el hombre—. ¿Qué planes tienes?

—Oh... —Miro a mi alrededor en busca de una respuesta—. No, ninguno. Quiero decir... no lo sé. Nada en particular. Pero mi piel no tenía muy buena pinta, así que se me ha ocurrido ponerme un poco de pintalabios. Para que los granos no se vean tanto.

El tipo asiente.

—¿Te vas de excursión? ¿Qué hiciste ayer?

—¿Ayer?

No me conoce, o no me habría preguntado qué hice ayer. La gente que me conoce me cuenta qué hice ayer, no me lo pregunta. Sin embargo, si me hubiera preguntado qué he hecho hoy, le habría dicho que, por lo visto, me he comprado unas botas, y que he estado buscando a Drake y me he grabado su nombre en la piel.

—La verdad es que no lo sé —contesto, pero él no me pregunta por qué.

—¿Y hoy? ¿Tienes planes? Se te ve muy arreglada para ir de camino a desayunar.

Abro la boca para contradecirle.

Y la vuelvo a cerrar.

Si él cree que voy de camino a desayunar, entonces es que probablemente vaya de camino a desayunar. Eso supondría que es la hora del desayuno. No voy en busca de cena y distracciones para la velada. Voy de camino a desayunar.

Eso significaría que ha pasado una noche entera sin que me haya dado cuenta. Trato de encontrarle sentido a esa posibilidad tan singular. Ha transcurrido un día, el día en el que tenía que encontrar a Drake, y no he encontrado a Drake.

—¿Se hizo de noche? —pregunto.

—No, qué va. A finales de agosto, quizá. Para eso faltan tres meses.

—Tres meses.

No se me había ocurrido que «el sol de medianoche» significara que no se haría de noche.

—Tienes que bajar la persiana. Oblígate a hacerlo. Si dejas que entre la luz toda la noche, nunca dormirás. —Me mira con cara de curiosidad—. ¿Has dormido algo?

—Sí, un poco. Gracias. Bueno, voy pasando a...

—Cómo no. Sabes que el desayuno no empieza hasta dentro de media hora, ¿no?

—Claro. Es que estoy un poco...

—Ya lo sé. Nos pasa a todos.

Es, de largo, la mejor respuesta que podría haberme dado. Cuando ya me alejo, exclama:

—¡No vengas por aquí en invierno!

No contesto, porque está todo nevado, y eso significa que ya debe de ser invierno, de manera que lo que acaba de decirme no tiene ningún sentido.

—Sí, dice que va bien.

Agi se vuelve hacia mí, y le paso un montón de dinero que tengo en la mano. Ella se lo da al hombre que conduce el microbús, que lo cuenta y asiente. La sigo hasta el interior del autobús y nos sentamos juntas, Agi en la ventana.

Siempre hay que intentar conseguir un asiento de ventana. Ésa es una de mis normas, me parece. Si tienes un asiento de ventana, puedes saber exactamente dónde estás. De todas formas, tengo una buena vista a través del parabrisas.

Somos las dos únicas personas a bordo. Vamos de excursión, porque Agi ya había hecho la reserva y en el desayuno me ha invitado a acompañarla. He dicho que sí porque me ha hecho ilusión que me lo pidiera. No la he identificado en el comedor, pero ella sí me ha reconocido, y se ha sentado y preguntado por Drake. He fingido que me acordaba de ella, y está claro que ha funcionado.

Tal vez veamos osos polares. Y tal vez Drake esté ahí fuera con los osos polares.

Brilla el sol. Este lugar es precioso. Creo que no le he contado a Agi que no soy normal, y por lo tanto me trata como a una persona verdadera. Me trata como a una amiga que lleva cosas escritas en las manos. Voy a hacer todo lo posible por ser normal todo el día. Me impongo ese desafío. No quiero que nadie adivine la verdad sobre mí.

Me miro la mano izquierda, en la que he escrito: *SÉ NORMAL*. Veo que Agi también me mira la mano.

—Yo misma debería recordarme eso algunas veces —comenta con un gesto de asentimiento.

Hoy tengo que encontrar a Drake. Si no, mis padres se darán cuenta de que he desaparecido. Una excursión en microbús es una forma excelente de

buscarlo.

El microbús va de hotel en hotel y cada vez sube más gente. Agi y yo somos, de lejos, las más jóvenes. Algunas de estas personas son tan viejas como mi madre, y otras incluso más. Una mujer se inclina a través del pasillo para conversar con nosotras, pero no sabe inglés, de modo que Agi y ella charlan por encima de mí.

—Dice que este viaje es el sueño de su vida hecho realidad —me cuenta Agi, al tiempo que se coloca bien las gafas sobre el puente de la nariz.

—El mío también —contesto, y sonrío a la mujer, que hace un gesto de aprobación con los pulgares hacia arriba.

Cruzamos andando una pasarela metálica con barandillas. Pasa por encima de unas rocas y desemboca en un embarcadero también de metal pero con el suelo de caucho para impedir que resbales y caigas al agua. Hay un barco grande amarrado, con la palabra *Landøysund* pintada en negro en el casco blanco. La deletreo y luego trato de repetirla mentalmente. *Landøysund. Landøysund. Landøysund.*

Sigo a la multitud que sube por la plancha, sonriendo y tratando de disimular mi sorpresa ante el hecho de que la excursión sea en barco. Pensaba que nos quedaríamos en el microbús para ir en busca de osos polares y de Drake. Este barco supone un plus de emoción enorme. Besé a Drake en una playa y ahora vamos a hacernos a la mar. Es perfecto. Será aquí donde lo encontraré.

—¡Qué te parece! —exclama Agi.

Estamos de pie en cubierta, la una junto a la otra, apoyadas sobre la barandilla blanca del barco y de espaldas a la ciudad. En esa dirección, sólo se ve una cordillera al otro lado del agua, salpicada de rocas y nieve. A lo mejor no son más que colinas, porque en realidad no son tan altas como para considerarlas montañas, pero tienen pinta de montañas. Se extienden en la lejanía desde la ensenada. La franja de agua se estrecha a nuestra derecha y se ensancha a nuestra izquierda. Sólo hay una construcción visible al otro lado, una cabaña un poco por encima del nivel del agua. Distingo una figura que tira de una barca de remos hacia la orilla, y luego observo cómo da un paso atrás para contemplar el paisaje. Al final, se da la vuelta, camina hacia la cabaña y abre la puerta.

—Todo un «hogar, dulce hogar» —comenta Agi, siguiendo mi mirada.

—¿Cómo puede vivir alguien ahí?

Intento imaginármelo.

—¿Y por qué no? Sería maravilloso, ¿no te parece? Quizá no sea un «fueron felices y comieron perdices para siempre», pero sí durante un par de años. De hecho, yo viviría ahí durante un año exactamente. En invierno sería muy acogedor. Pasaría varios meses abrigada en la oscuridad.

Noto un escalofrío.

—A mí me resultaría odioso.

—Ya. La gente dice que no hay que venir aquí en invierno, pero eso hace que a mí me entren más ganas todavía. En Finlandia también tenemos inviernos oscuros. Y me gustan los sitios acogedores.

Niego con la cabeza. La figura ha entrado ya en la cabaña y cerrado la puerta.

Escribo una nota en mi cuaderno para recordarme que no he de venir aquí en invierno.

Permanecemos en silencio junto a la barandilla hasta que el hombre que está al mando da unas palmadas y pide que todos nos acerquemos. Me quedo en la retaguardia del grupo y escucho a medias lo que cuenta sobre medidas de seguridad y el sitio adonde vamos: dejaremos atrás la ciudad y seguiremos el curso del agua para adentrarnos en los parajes desiertos. He buscado a Drake en la ciudad, pero voy a encontrarlo lejos de la civilización.

—No puedo prometerles un oso polar —repite varias veces—. En este momento, hay una madre y dos oseznos por la zona, y los vimos el jueves, pero no puedo garantizarles que también ocurra hoy. ¿De acuerdo? Lo que sí puedo ofrecerles son focas y frailecillos del Ártico. Eso sí lo prometo.

Sigue con su perorata, hablando a ratos en inglés y a ratos en noruego, y desconecto. Me miro las manos, que están blancas de frío. Hoy voy a ser valiente y normal. Ser normal supone ser valiente. Voy a quedarme callada y a escuchar a la gente. En lugar de contestar a preguntas, seré yo quien las haga. Contemplaré las montañas y el agua, respiraré este aire frío y puro y guardaré silencio. Bajaré de este barco sin que nadie piense que tengo algo raro. Dejaré que todo ocurra como se supone que tiene que ocurrir.

Me da igual dónde esté, o por qué. Estoy en un barco en medio de un paisaje de ensueño y llevo un abrigo calentito. Ahora mismo, con eso me basta.

El motor se pone en marcha y zarpamos. La ciudad se desvanece y la cabaña al otro lado del agua ya no se distingue. El ritmo del mundo entero se ralentiza, casi se detiene.

Cojo una de las sillas de plástico que hay apiladas en un montón y me siento en la cubierta superior a ver pasar el paisaje. Todas y cada una de las preocupaciones que he tenido en la vida —cientos de sombras que se han emborronado para transformarse en una vaga sensación de miedo— se evaporan. Sólo existe esto. El aire es tan puro que casi duele al respirar. El agua, de un azul intenso que refleja el cielo, tiene una superficie sedosa. El barco deja tras él una estela de perfectas líneas diagonales de olitas diminutas.

Tengo la cabeza despejada. Respiro profundamente y contemplo el paisaje, con sus cumbres y sus picos, sus valles nevados y sus rocas negras. En el universo no hay nada más que esto.

Sonrío. No hablo con la gente. Me limito a respirar, mirar y existir. Esto es el Ártico. Estoy aquí. Éste es mi presente. Éste es mi mundo.

Soy una niña pequeña, me siento cómoda así. Noto que el mundo me envuelve. Me siento a salvo. Cierro los ojos y pienso en el colegio, en fiestas de cumpleaños, en hermanos mayores y en el emocionante día que pasaremos mañana en el parque de atracciones, en Flambards. Me muero de ganas de subirme en los «pedalcópteros» con Jacob, que me dará unas cuantas vueltas por ahí. Me dejo arrastrar por la felicidad. Quiero ir a Flambards.

Las rocas se reflejan en el agua como en un espejo. Estoy contemplando una cadena montañosa y una cadena montañosa del revés. Estoy en un barco. Es maravilloso. Me asomo hacia el agua cristalina y observo la cara que se refleja debajo de mí.

No es la cara de una niña de diez años. Quien me devuelve la mirada es una mujer. Las ondas distorsionan su rostro. La escudriño hasta que alguien me toca en el hombro.

—¿Contenta? —pregunta ese alguien—. Se te ve muy tranquila... ¿Te molesto? Parece que estés pensando en las musarañas.

Me obligo a apartar la mirada del reflejo hipnótico para posarla, frunciendo el entrecejo, en la persona que está ante mí. No tengo diez años. El tiempo pasa volando. La persona que me habla es una adulta, y es mi amiga. Me empeño en volver al presente. Me leo la mano. *SÉ NORMAL*, pone. Con gran esfuerzo, trato de hacer lo que se espera de mí.

—¿En las qué?

Me siento en la silla, a su lado. Tengo las manos congeladas y me las froto.

—En las musarañas. Lo leí en un libro de frases hechas, aunque era bastante viejo.

—No estoy segura de que la gente diga eso.

Tengo la certeza, o casi, de no haber oído decir nunca a nadie que piensa en las musarañas. Soy Flora. Antes tenía diez años, pero ya no es así. Ahora soy mucho mayor. Tengo que actuar como una adulta para que nadie sepa que, por dentro, tengo diez años.

—Vale, pues la borraré de mi lista, si te parece rara. Diré que pareces pensativa.

—Bueno... —respondo—, es sólo que estoy contenta.

—Yo también. Ésta es mi mejor excursión. Me la he estado reservando. Un día entero en el agua. Es maravilloso.

—Sí, lo es. Parece cosa de magia. Es un mundo muy distinto.

—¿Y ese abrigo tan precioso te calienta lo suficiente? Tienes las manos heladas.

—Sí, pero estoy calentita. ¿Y tú?

—Mi abrigo es normal, no precioso. Pero sí, me calienta lo suficiente. Oye... toma mis guantes. Póntelos todo el rato que quieras. ¿Te compraste ese abrigo especialmente para este viaje?

Acepto los guantes, que son brillantes y acolchados, y me los pongo. Como no tengo ni idea de si compré el abrigo especialmente para este viaje, finjo que fue así.

—Sí, me pareció que abrigaría mucho. ¿Compraste tú el tuyo para este viaje? ¿La gente va de compras en busca de montones de cosas antes de marcharse de viaje? ¿Saliste tú a por estos guantes?

—La gente lo hace, sí, pero yo no. Al menos no para este viaje. Donde yo vivo, usamos esta clase de ropa. En Finlandia se necesitan estas cosas en invierno. Abrigo, guantes... y botas también. Tengo que ir de compras cuando voy a algún lugar con playa y mucho sol.

—¿Cómo es tu vida en Finlandia?

—Muy agradable. Vivo en una ciudad que se llama Rauma. Es un sitio bonito, supongo, con montones de casas de madera. Está junto al mar, así que todo el mundo tiene una barca. Y quien no la tiene, daría un brazo por tenerla.

—Ya.

—¿Ésa sí funciona? Es una expresión curiosa. La verdad es que yo no daría un brazo por tener una barca. Además, navegar sin un brazo sería complicado.

—Pues sí, lo sería, desde luego. —Niego con la cabeza para concentrarme y apartar de ella la imagen de un marinero con un solo brazo—. ¿Has vivido siempre en esa ciudad?

—No. Nací en el norte, en un lugar llamado Rovaniemi, en plena Laponia. Parte de mi familia sigue allí. Quizá sea eso lo que me ha traído hasta aquí, a las Svalbard. La atracción por el norte.

Mi estrategia de hacer preguntas en lugar de contestarlas parece funcionar. Hago una pregunta tras otra sobre la vida en Finlandia, la vida del viajero y la vida en general, y Agi contesta a todas encantada. Cada vez que ella me pregunta algo, sonrío, niego con la cabeza y me intereso por los animales que tienen en Finlandia o por lo que ven en la televisión. El barco sigue surcando el agreste paisaje ártico entre resoplidos. Dudo mucho que haya sido tan feliz como ahora en algún otro momento de mi vida. Le hago a Agi las mismas preguntas una y otra vez, y no parece que le importe.

Me miro las manos de vez en cuando, pero no hay nada que leer porque están calentitas y llevo guantes.

Pasa un buen rato. Este nuevo universo me envuelve por completo y el de antes se disuelve hasta desaparecer.

El tipo del barco nos hace acudir a todos a la cubierta inferior y nos dice que casi hemos llegado al punto más lejano de nuestro viaje. Ha dedicado buena parte del trayecto a hablar con la gente, pero yo no le he hecho caso.

—Intentábamos llegar hasta Pyramiden —explica, y señala al frente—. Es una antigua población minera rusa. Tenía muchísima actividad, pero en 1998 todos sus habitantes se marcharon. Sabían que ya no sacarían más dinero de allí. Fue muy extraño. Dejaron tazas de café a medio beber, comida servida

en las mesas. A veces conseguimos llegar hasta allí y echar un vistazo, pero hoy hay demasiado hielo. Así que pasaremos de largo y nos detendremos a almorzar, y luego emprenderemos el viaje de vuelta. ¡Miren! ¡Ahí hay una foca!

Llevo un teléfono móvil y puedo hacer fotografías con él. Tengo que quitarme los guantes para usarlo, pero no me detengo a leer las palabras de mis manos. Al igual que todos los demás pasajeros del barco, veintidós personas en total, me asomo por la borda para fotografiar una foca grandota, con pinta de perezosa y una cara muy simpática, que está tumbada sobre un pedazo de hielo cercano a nosotros. El animal se vuelve, nos mira directamente (parece un hombre con bigote, tiene la cara de color naranja en torno al hocico y los ojos mustios) y rueda sobre sí misma para bajarse de la placa de hielo y darse un baño. Tengo ganas de contárselo a Jacob. A Jacob le encantaría esta foca.

—Es un bicho bastante guapo, ¿verdad? —comenta alguien detrás de mí. Es una mujer mayor, con el pelo recogido en un moño perfecto y un pintalabios rosa claro.

—Pues sí —admito—. Aunque no parece muy contento de vernos, ¿no?

—Tiene pinta de haber pasado por esto muchas veces.

Me limito a asentir. No quiero hablar más, ni tengo por qué hacerlo. Me quedo callada.

El barco da una sacudida y pierde velocidad. Está abriéndose paso por una fina capa de hielo. Es emocionante y saco fotos. El asentamiento que vemos a lo lejos es extraño, un puñado de edificios de ladrillo rojo rodeado de hielo por todas partes. Trato de formarme una imagen mental de ese lugar desierto, aún con las cosas de los mineros rusos, pero no consigo ni empezar a imaginármelo.

—¡Mirad! —exclama alguien desde el otro extremo del barco, y luego se eleva un clamor general:

—¡Osos! ¡Osos!

Todos nos volvemos para mirar. En efecto, caminando con suavidad por el hielo que separa el barco del pueblo minero, vemos un enorme oso polar seguido por dos oseznos.

Tomo varias fotos, pero luego guardo el móvil y los observo. Son animales

muy feroces, lo sé porque lo llevo escrito en el brazo, en mis cuadernos, en todas partes. Son preciosos. Se mueven con mucha elegancia en su hábitat natural, y si han advertido que hay un barco lleno de humanos que los contemplan boquiabiertos, no se molestan ni en mirarnos. Los osos son monísimos, como peluches, pero supongo que estarían encantados de sacarte los ojos de un zarpazo y comérselos.

Y la madre haría cualquier cosa por proteger a sus crías. Cualquier cosa. Si alguien tratara de quitarle sus ositos, le arrancaría los miembros uno por uno.

Un hombre con abrigo rojo enorme le dice a nuestro guía:

—Este hielo es demasiado fino para que puedan acercarse a nuestro barco, ¿verdad?

—Cierto —contesta el guía, y añade levantando la voz—: ¡Amigos! Sólo para que lo sepan: no pueden llegar hasta aquí, ¿de acuerdo? Estamos perfectamente a salvo.

Se oyen risitas de alivio por lo bajo. Todos observamos perplejos a los osos, que se abren paso a través del hielo en dirección al pueblo minero y se alejan de nosotros.

HE VISTO OSOS POLARES, me escribo en la palma de la mano izquierda, porque es el único sitio donde queda espacio. Y en letras diminutas añado: *Fotos en el móvil*. Me alegro de no llevar ya los guantes puestos.

Advierto que Agi me está mirando.

—¿Eso es una costumbre inglesa? —pregunta en tono simpático—. Lo de escribirte cosas en la mano. Me he fijado en que lo haces mucho, y no veo que otros ingleses lo hagan. ¿Es típico de tu región?

Pienso en todas las respuestas posibles que podría darle.

—Sí —contesto—. Pues sí, es una costumbre de Cornualles.

El almuerzo, que preparan en una barbacoa en la cubierta inferior, consiste en trozos de bacalao y de carne, panecillos, ensalada de arroz y ensalada normal. Me pongo en la cola con un plato, dispuesta a aceptar todo lo que me ofrezcan.

—¿De qué es la carne? —pregunto a la mujer tras la barra de la cafetería, que es quien está sirviendo.

—De ballena —contesta—. ¿Te apetece probarla?

Las ballenas son muy grandes. Estoy segura de que uno no debe

comérselas. El pescado tiene buena pinta, y la ensalada también.

—No, gracias. Ballena no.

—¿Seguro? Es típica de la zona y está muy rica.

Las ballenas son enormes. La mera idea de comerme una tajada de una ballena hace que me salten todas las alarmas. Estoy segura de que es algo que la gente no debería hacer. Estoy convencida de que no comer ballena es una norma.

—No, gracias. Sólo el pescado, por favor.

—Claro, como prefieras.

Regreso con el plato a mi silla de la cubierta superior y contemplo el hielo, el asentamiento ruso y los puntos cada vez más lejanos en que se han convertido los osos polares. Tomo varias fotografías con el teléfono móvil, que ahora no es más que una cámara, porque no hay internet ni cobertura.

Si pudiera quedarme aquí para siempre, estaría perfectamente. Sería feliz.

Unas horas después, vamos de regreso a la ciudad, pero yo no quiero volver. No quiero tener que abrirme paso en el mundo otra vez. Lo que me gustaría es salir de nuevo en este barco, regresar a donde están los osos, la foca y los frailecillos que patinan sobre la superficie del agua. Quiero quedarme con esta gente, con el hombre que nos dice que los osos polares no nos atraparán, y con los demás; con Agi.

—Mira —me dice Agi, cogiéndome la mano—. Ahí están las antenas de satélite... ¿Las ves?

Sigo la dirección de su mirada. En lo alto de la ladera, en la misma ribera que la ciudad, hay una hilera de lo que parecen esferas diminutas. Están justo en la línea del horizonte, en la cima de una colina nevada. Me doy cuenta de que no son diminutas, sino que están muy lejos.

—¿Antenas de satélite?

—Sí, ¿te acuerdas? Hablábamos sobre ellas cuando me contaste lo de tu novio.

—Mi novio.

Me invade el pánico. Me miro las manos, pero básicamente me avisan de que sea normal, y de que tenga cuidado con los osos, y me recuerdan que estoy en las Svalbard. Me dicen que sea valiente, y cuando me subo la manga gruesa, la palabra «Drake» parece saltar de mi piel y darme un puñetazo en la

cara. Me froto el brazo, pero su nombre está escrito con mi sangre.

Drake trabaja en el sitio de los satélites, y ahora estoy viendo los satélites. Estoy viendo el lugar donde trabaja Drake, y él es el hombre al que amo, y acabo de pasarme un día entero en un barco, tan tranquila, cuando debería haber estado buscándolo. He venido aquí para encontrarlo, y todavía no lo he hecho.

Estuve en una playa con él. El contorno de la imagen empieza a desdibujarse.

Tengo ganas de asomarme por la borda y vomitar.

—Flora. —Agi me pone una mano en el brazo—. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? Perdona si he dicho algo que no debía. Tengo la sensación de que quizá las cosas no hayan ido del todo bien entre tu Drake y tú. Te fuiste a buscarlo hace dos días, pero no está contigo.

Respiro hondo. Estamos a punto de llegar a tierra. Me dan ganas de ponerme a gritar y de arrojarme por la borda, de nadar todo lo rápido que pueda (que no sería muy rápido, si es que acaso sé nadar) hacia el sitio de los satélites y de trepar por la ladera y encontrarlo. Pero no voy a hacerlo. No voy a hacerlo porque, si me quedo aquí, tranquila y aparentando ser normal, muy pronto estaré desembarcando como una persona normal. Bajaré de este barco, conservaré la calma y entonces saldré disparada a hacer todo lo que esté en mi mano para encontrar a Drake. Lo encontraré aunque eso signifique tener que escalar esas montañas yo sola. Lo encontraré aunque tenga que luchar con los osos polares. Lo besé en una playa, pero empieza a volverse borroso.

Cierro los ojos con fuerza. Hago un barrido dentro de mi cabeza, apartando recuerdos de la infancia, del colegio, de Jacob y Paige, de mi padre llevándome a hombros, de mi padre haciendo torres de piedras conmigo en la playa, de mi padre y yo chapoteando en el mar.

Mentalmente, aún soy capaz de vernos a Drake y a mí en la playa, pero ya no puedo oír qué nos decimos.

Mi teléfono empieza a soltar pitidos cuando recuperamos la cobertura. Me llegan varios mensajes y les echo un vistazo rápido para comprobar si hay alguno de Drake, pero todos son de mis padres. No los leo.

Soy la primera en bajar del barco y rechazo el ofrecimiento de volver en autobús al hotel.

—Voy a encontrar a Drake —le digo a Agi, y echo a correr lo más deprisa

que puedo.

Es demasiado tarde. Ya es demasiado tarde.

Estoy sentada en el arcén de una carretera. Drake no está conmigo. Drake no está en ninguna parte.

Dentro de mi cabeza, todo está fuera de control. Está en llamas. Está nevando. Es una selva. Es un paraje ártico. Es todo lo que ha ocurrido en el pasado y todo lo que ocurrirá en el futuro, todo a la vez.

El tiempo es un ente caprichoso. Es lo que nos hace envejecer. Los seres humanos lo utilizan para organizar el mundo. Han inventado un sistema con el que tratan de imponer cierto orden en el caos. Las vidas de los humanos, todas menos la mía, se rigen por horas y minutos, días y segundos, pero esas cosas no significan nada. El universo se reiría de nuestros intentos por organizarlo, si se molestara siquiera en reparar en ellos.

El tiempo es el culpable de que nuestros cuerpos se arruguen y deterioren. Por eso le tienen miedo. A mí no me afecta: sé que nunca voy a envejecer.

Yo no soy como los demás. Puedo pasarme un rato mirando por la ventana, y en términos humanos me habré perdido una noche entera. Puedo sentarme a la mesa del desayuno durante horas, a solas, contemplando el pan y el pescado que tengo delante; puedo quedarme ahí mirando y dejar atrás el día y la noche, hasta el desayuno del día siguiente, y entonces la mujer que me cae bien vendrá a sentarse a mi lado y resultará que, en términos humanos, han pasado sólo dos minutos.

Recorro los días y las noches a grandes zancadas. No necesito dormir.

Soy una supermujer. Estoy aquí por Drake, así que acabaré encontrándolo, por supuesto.

Tengo cuatro años y es mi primer día de colegio. Llena de emoción, voy de camino a la escuela de la mano de mi madre. Sin embargo, cuando nos acercamos al edificio, decido que al final no quiero ir. Trato de hacérselo saber a mamá, pero ella se ríe.

—Estarás bien, cariño —dice.

Le digo que no quiero ir. Pregunto por Jacob, pero él se ha ido a su colegio, que es otro distinto.

—Voy a ir a un colegio grande —le he dicho a Jacob esta mañana.

—Bueno, pues yo voy a uno muy muy grande —ha contestado él—. Ojalá pudiera ir a la escuela contigo, Flora, para cuidar de ti.

Mi madre se ha reído.

—A Flora le irá perfectamente, Jake.

—Sí, ya lo sé. Para cuando llegue Navidad, será la dueña del cotarro. Me gustaría estar allí para verlo.

Pero ahora Jacob no está aquí, y casi hemos llegado a la escuela, y ya no quiero ir. Tiro de la mano de mi madre para intentar decírselo, pero no me hace ni caso.

—Oh, mira —dice—, ahí está Yvonne. Ven, Flora, así podrás conocer a la hijita de Yvonne.

Miro a la niña y ella me mira a mí. Sus trenzas son castañas y las mías, rubias. Las dos llevamos una sudadera roja, una faldita gris, calcetines blancos y cortos y zapatos negros y relucientes. Me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa, aunque me siento cohibida.

—Hola —digo.

—Hola —contesta la otra niña.

—Ésta es Flora —dice mamá.

—Y ésta es Paige —responde Yvonne.

Cuando me despierto, no tengo ni idea de dónde estoy. La cama tiene las sábanas de color rosa. Estoy llorando, pero no sé por qué. La cama tiene barrotes alrededor. Me miro las manos. No hay nada escrito en ellas. Soy demasiado pequeña para haber perdido la cabeza. Soy una cría que aún no sabe escribir. Soy una niña normal, que llora por motivos corrientes.

Oigo pisadas en la escalera. Alguien viene a cuidar de mí. Llora más fuerte, impaciente por que me abracen.

Incluso ahora, sin embargo, pienso en Drake.

Estoy en una caja metálica y no puedo moverme. Cuando trato de respirar,

me falta el aire. Percibo muchísimo calor en un costado. Aquí no hay nadie más. No oigo nada, sólo noto un zumbido en los oídos. Es tan intenso que el cerebro se me está derritiendo.

Estoy incorporada en una cama, cubierta por unas sábanas muy ajustadas. Sentadas a los pies del lecho, unas personas que no conozco me miran fijamente. Tengo miedo, mucho miedo.

Veo unas palabras en una pantalla. Dicen: «Es imposible que tú puedas venir, ¿verdad?»

—¡Sí que puedo! —grito—. Sí, puedo ir ahí.

Ahora estoy en la nieve, de pie en el centro de una carretera, notando el sol en las mejillas.

Echo a correr en la dirección en la que miraba. Corro sin parar. Hay una criatura plantada en la hierba cubierta de nieve, en el arcén. Las briznas de hierba asoman entre la nieve, y el animal, de pelaje blanco y marrón y con cuernos, las mordisquea. Llego a toda prisa hasta él, y no se molesta en mirarme.

—¿Dónde está Drake? —le grito.

Levanta la cabeza, me mira a los ojos, se da la vuelta y se aleja.

Lo sigo. Camino por la hierba nevada, contenta de ver que llevo unas buenas botas. El reno (o el bicho que parece un reno) me guía hasta donde acaban los matorrales, y entonces se detiene a comer más hierba. Ante mí se alza la ladera de una montaña. El reno quiere que suba, así que emprendo el ascenso. Por el camino voy gritando «¡Drake!», pero no me parece probable que vaya a recibir respuesta.

Hace frío, y no tardo en rodear una roca y desaparecer de la vista. Tengo la sensación de que hay algo que no encaja, y me detengo para arremangarme y leerme los brazos.

¡No salgas de la ciudad! OSOS POLARES, dice en la cara interior de mi antebrazo izquierdo.

Miro a mi alrededor. No veo ninguno, así que probablemente no pase nada, pero también es posible que el reno me haya engañado.

En la palma de mi mano pone: *HE VISTO OSOS POLARES. Fotos en el*

móvil.

Los he visto y no ha pasado nada malo. Sigo viva. Eso me tranquiliza. No voy a mirar ahora esas fotos, porque tengo que encontrar a Drake.

Aunque dudo mucho que vaya a encontrar a Drake si sigo este camino. Esto, por supuesto, es una prueba de cuento de hadas a la que me estoy sometiendo. He emprendido una búsqueda, y no debo distraerme de ella. Hay rocas, bordes afilados y barrancos, pese a que todavía no he subido mucho. En realidad, no sigo ningún camino; por lo visto me he limitado a trepar por unas cuantas rocas y ahora estoy aquí plantada y puedo seguir adelante o volver por donde he venido.

Vuelvo a leerme el brazo. *No salgas de la ciudad.* Eso significa que, seguramente, lo mejor sea retroceder. Aunque tengo la sensación de que nada puede hacerme daño, no creo que deba buscar pelea con un oso polar. Si ya los he visto, no es necesario que vuelva a hacerlo.

Aun así, lo que hay más arriba parece interesante. Podría seguir trepando y llegaría a una cresta, y después la cruzaría para ver qué hay al otro lado. Podría tratarse de cualquier cosa: una ciudad mágica, los confines de la Tierra, Drake.

Subiré sólo un poco más y echaré un vistazo. Luego volveré a bajar a la ciudad y seguiré buscando. Si miro en todos los rincones, acabaré encontrándolo. Pero tengo que concentrarme en permanecer durante un tiempo en esta realidad. No debo dejarme arrastrar por el pasado.

Las olas rompen contra los guijarros delante de nosotros. Es de noche, y en algún lugar hay una farola que nos ilumina. Veo un destello de luz. Llevo un vestido azul eléctrico y unas botas de estilo militar y estoy besando a Drake. Lo beso y él me besa a mí, lo quiero y él me quiere a mí, y estamos rodeados de piedras lisas y negras.

Estoy en una cumbre, temblando. Ante mí se extiende un paisaje interminable. Un paisaje irregular, con nieve y rocas, y matas de hierba entre ellas. Aquí no hay árboles. Ni uno solo. Tampoco hay casas. No hay ningún país mágico. No hay ni rastro de Drake. Todo el mundo va a por mí.

Algo pita en mi bolsillo. Cuando investigo, compruebo que es un teléfono, pero no es Drake. Es un mensaje de texto de alguien que se llama Jacob, y

sólo dice: *Por favor, lee los correos electrónicos.*

Los abro. Este teléfono, por lo visto, está lleno de ellos.

Estoy en una cafetería leyendo los correos electrónicos que tengo en el móvil. A mi lado hay un tazón de café con leche, y cuando reparo en él, bebo un poco. Todavía está caliente, y buenísimo. No muy lejos de mí hay un hombre, un hombre que trabaja aquí, y cuando ve que lo miro se acerca. Tiene un montón de pelo en la cara y en la cabeza y un lunar en la mejilla.

Me llevo las manos a las mejillas. Tengo muchas más manchas que él.

—¿Está bien el café? —pregunta.

—Sí, gracias. Está perfecto.

Sonrío y confío en que piense que soy normal.

—Genial. Oye, Flora, ¿estás bien? El otro día parecías muy preocupada por tu bolso.

—¿Por mi bolso?

—Sí. Por ese de ahí. Cuando te lo dejaste debajo de la mesa. ¿Te acuerdas? Asiento, fingiendo que lo recuerdo.

—Sí. Es verdad. Estoy bien, gracias. Sólo me siento un poco... —No puedo acabar la frase porque no tengo ni idea de qué palabra poner ahí. ¿Un poco sobrehumana? ¿Un poco intrépida? ¿Un poco viva?

—Un poco confusa, sí. Suele pasarle a la gente que viene de visita. Es un lugar insólito. ¿Cuándo dormiste por última vez?

Me río.

—Pues no me acuerdo. —Me río un montón de lo que he dicho. No me acuerdo. Me río tanto que se me saltan las lágrimas, y entonces me fijo en cómo me mira el tipo de la barba y hago un esfuerzo por controlarme—. Pero no pasa nada. Estoy bien. —Este hombre es simpático, y me gustaría tratar de explicárselo todo, pero no sé cómo hacerlo—. Necesito un poco de ayuda para acordarme de las cosas —le digo. Tiendo las manos y me arremango, pero entonces veo la palabra *DRAKE* grabada en mi brazo y vuelvo a bajarme esa manga—. No se me quedan en la cabeza, pero en las manos sí.

—Debes intentar dormir en cuanto puedas.

—Lo intentaré —contesto para seguirle la corriente—. Si es que me doy cuenta de que es de noche.

—No vengas aquí en invierno. Es peor. —Asiento, para que parezca que sé de qué me habla, y continúa—: Bueno, ¿sabes ese chico por el que me preguntaste el otro día? ¿Drake? Pues creo que ha estado aquí hoy. ¿Puedo ver la foto otra vez?

Coge mi teléfono de encima de la mesa, pero me parece una falta de respeto. Se lo quito de la mano y me encuentro con que la fotografía de Drake está ya en la pantalla, y no debería, porque yo estaba mirando mis correos. Pase lo que pase, Drake está siempre en un primer plano. Llevo su nombre escrito en el cuerpo, controla mi teléfono. Está en todas partes, excepto ante mis ojos.

Estoy enamorada de Drake.

—Sí —dice el tipo—. Sí, era éste. Le he dicho que una joven andaba buscándolo. Creo que no esperaba que el empleado de una cafetería le dijera una cosa así.

Lo miro fijamente. ¡Ha visto a Drake! Drake ha estado aquí, en este mismo café. Lo he encontrado. He venido al lugar adecuado. Está aquí. Pienso mucho en todo eso, tratando de unirlo con mi otro recuerdo. Drake aparece en este momento, de modo que puedo retener este momento en mi cabeza.

—¿Y qué ha dicho? —consigo preguntar.

—Ha dicho algo así como: «¿Estás seguro de que me buscaba a mí?» Yo le he preguntado dónde podrías encontrarlo y me ha contestado que siempre anda por aquí.

—Vale.

Noto que las lágrimas afloran de nuevo a mis ojos y parpadeo para intentar contenerlas. Cuando levanto la vista, el hombre se ha alejado para atender a otro cliente, así que me permito llorar un poco. Resulta que lo único que deseo es quedarme ahí sentada y llorar y llorar y llorar, y eso hago, durante todo el tiempo que necesito, mientras niego con la cabeza y aparto a la gente que trata de ayudarme.

—Soy feliz —les digo entre lágrimas—. Soy feliz.

Cuando paro de llorar, tomo un sorbo de café, pero ahora ya está frío.

En mi teléfono hay correos electrónicos nuevos. Me había olvidado de ellos, y ahora los leo todos, empezando por el más antiguo de Jacob Banks.

Ay, Flora. Lo único predecible en lo que a ti concierne es la certeza de que harás algo sorprendente. ¿Te has ido al Ártico? ¿Al puñetero Ártico? Estoy haciendo todo lo que puedo para evitar que nuestros padres se enteren, pero no creo que lo consiga durante mucho más tiempo. He estado a punto de morir sólo para retenerlos aquí. Por suerte para tus aventuras, estoy tan mal que tienen que quedarse a mi lado, por si acaso. Cuando me encuentro bien, les recuerdo que tienes casi dieciocho años y que estás con Paige, y que ahora es el momento de que me mimen un poco. Tus mensajes de móvil han ido llegando más o menos cuando tocaba y los han tranquilizado lo justo.

Madre mía, eres genial y estás chiflada, todo a la vez. Sólo te encubriré si me pones al corriente una vez al día por lo menos. Preferiblemente, dos o más. Confío en que, si encuentras a ese chico, demuestre que se merece tus esfuerzos. De todos modos, dentro de dos días les contaré a nuestros padres dónde estás, así que para entonces tendrás que haberlo encontrado.

Pensar en tus aventuras me alivia más que toda esa mierda «paliativa» que me están dando, pero también estoy loco de preocupación por ti. No te acordarás, pero la última vez que dejaste de tomar la medicación pasaste por una fase maníaca antes de entrar en una extraña especie de normalidad encantadora. Me da miedo que estés ahí fuera. Es peligroso. Si la cosa se pone fea, ve al aeropuerto y cómprate un billete a París. Escríbetelo ahora mismo en la mano derecha, venga.

Gracias por tus preguntas, porque eso hace que me sienta útil. Déjame rellenar los espacios en blanco:

Tú y yo somos medio hermanos. Tenemos, no hace falta decirlo, la misma madre. Tenemos papás diferentes: el tuyo es Steve. El mío es algún hijo de puta que se largó, y cuando mamá se casó con Steve me pusieron su apellido para que pudiéramos ser la familia tan unida que somos hoy.

Volveré a escribirte en cuanto tenga un momento. Mientras tanto, tienes que llamar a mamá y convencerla de que estás bien. Si no estuviera fuera de sí con mi desastrosa situación, no te habrías salido con la tuya ni por casualidad.

Dices que recuerdas que te cogía en brazos de pequeñita. Lo hacía constantemente. Eras genial. Lo eres. mantente en contacto.

Besos,

Jacob

A Jacob no parece sorprenderle que me haya escapado. Lo anoto en mi cuaderno: *¿Había viajado ya a algún sitio?*

El siguiente correo electrónico es más corto.

¿Flora? Escríbeme, por favor. Dime que estás bien, nada más. Ponme al tanto. Si no, me chivaré. Beso. J.

Y el que viene después, más corto todavía.

¡Flora! Mua. J.

Luego va su mensaje de texto. Sé que tengo que escribirle, a esta persona que ha aparecido de la nada y que es el hermano que tengo en la cabeza. Respondo a su último correo:

Perdona, estoy bien. De hecho, me siento de maravilla. Puedo hacer cualquier cosa. No te preocupes por mí. Espero que estés bien. Besos, besos, besos, Flora. PD: Aún no he encontrado a Drake, pero estoy a punto. ¡Ahora mismo estoy en una cafetería en la que él ha estado! Por fin voy bien encaminada.

Luego escribo un correo más largo, también para Jacob, en el que le cuento todo lo que recuerdo. Me sincero con él, pero en cuanto lo envío, ya no sé qué decía. Le mando otro mensaje de correo para preguntarle si me había escapado ya alguna vez. No puede ser. Aun así, si lo hubiera hecho, no lo sabría. Y Jacob parece pensar que sí lo he hecho, de modo que necesito que me lo explique.

Envío otro más, haciéndole una pregunta tras otra, tras otra. Quiero saberlo todo sobre él, sobre mí, sobre nuestra familia. Quiero que me cuente todas las cosas que he olvidado. Ya sé que es mucho pedir. No sé qué es lo que no sé; sólo sé que quiero saberlo todo.

El teléfono me suena en la mano. En la pantalla leo «MAMÁ». Cierro los ojos con fuerza. Jacob me ha dicho que tengo que hablar con ella. Tiene razón. He de contestar, pero debo fingir que estoy en Penzance.

Estoy en Penzance. Ahora mismo, sólo tengo una idea vaga de lo que significa Penzance.

Aprieto el botón.

—¡Hola, mamá! —contesto, con la voz más alegre que puedo.

—¿Cómo es que ha sonado con el tono de llamada internacional? — pregunta ella al instante.

Lo dice con mucha aspereza. No tenía ni idea de que la voz de mi madre me hiciera sentir así. Me derrite. Me fundo y goteo hasta formar un charco en el suelo. Tengo doce años. Nueve. Seis. Tres.

Debo concentrarme. Me resulta complicado, pero me obligo a volver al presente. No tengo respuesta para esa pregunta tan difícil.

—No lo sé —es cuanto consigo decir.

—¿Estás en Penzance?

—Vivo en Penzance —contesto.

—Sí. Pero ahora no estás ahí.

No digo nada. No sé qué decir.

—¿Flora?

—Sí.

—Flora... ¿dónde estás?

Respiro hondo. El correo de Jacob decía algo sobre que mi fase maníaca se convertía en encantadora normalidad. Trato de acceder a ese nivel. «Encantadora —me recuerdo a mí misma, y añado—: Normalidad.»

—Me pediste que viniera a Francia —digo con una voz de lo más encantadora y normal.

Lo he leído en mi cuaderno, espero que fuera verdad.

—Lo que quería era hablar contigo para valorar la posibilidad de que vinieras a Francia. Para organizarlo todo. Y eso fue hace días. Y has mandado un montón de mensajes de texto muy raros diciendo que... Bueno, que querías ir a Flambards.

No se me ocurre qué decir.

—Estoy bien, de verdad —contesto—. Quedaos con Jacob. Estoy perfectamente, te lo prometo. No hace falta que vayamos a Flambards.

Ella sigue hablando, pero no puedo escucharla porque no sé qué hacer. Sé que, si le cuento que estoy en el Ártico, llamará a la policía y vendrán aquí, a este sitio con tanta nieve, y se me llevarán sin que haya encontrado a Drake. Tengo que encontrar a Drake, y entonces él me ayudará a explicárselo todo a los demás. Ya no debo tener miedo. Puedo hacer lo que me proponga. Mi madre todavía no lo comprende.

No sé qué decir, de modo que cuelgo. Si llaman a la policía de Penzance, no me encontrarán, porque no estoy allí.

Drake no va a creer lo que he hecho para encontrarlo. Pero sí sabrá que significa que viviremos felices para siempre.

Lo besé en una playa. Tengo una imagen borrosa de eso en la cabeza. Me

obligo a trasladarme a esa playa. Me fuerzo a volver allí. Las piedras son negras. Besé a un chico. Pero no consigo retenerlo. Estoy en una caja metálica y me zumban los oídos. Todo se está volviendo extraño. No debemos ir a Flambards.

Aún tengo bultitos en la cara. Me pinto los labios antes de salir, porque así evitaré que se fijen en mis granos. Es un pintalabios de un tono vivo y bonito, y no logro imaginarme comprándolo, pero me alegro de haberlo hecho. Está casi nuevo.

La mujer con gafas me espera al pie de la escalera. Me he preparado para esto.

—Hola, Agi —le digo, y ella sonrío de oreja a oreja.

—¡Eh, Flora! ¡Te acuerdas de mí! ¿Cómo te va?

La miro fijamente.

—¿Me había olvidado de ti?

—No pasa nada. No te preocupes, Flora.

—Perdona, es que... me olvido de las cosas.

No sé muy bien cómo explicarlo.

—Ya lo sé. —Me pone una mano en el brazo—. No pasa nada, estoy al corriente de tus problemas. Me enseñaste tu cuaderno, ¿te acuerdas? No, perdona, no te acuerdas. En el barco estuviste bien, pero al bajar te volviste un poquito loca. Te perdimos, y más tarde te encontramos sentada en el embarcadero intentando que te prestaran una barca para llegar a remo hasta los satélites. Iba a llamar a una ambulancia, así que me diste el cuaderno. De pequeña estuviste enferma y tienes problemas de memoria. Pero no pasa nada. Esta noche estaré contigo, y si te olvidas de las cosas, yo te las *acordaré*. Y si intentas ir a algún sitio, por lo menos iré contigo.

—«Recordaré.» Se dice «recordaré».

—¡Y tú me ayudarás con el inglés! Gracias. Bueno, ¿qué tal si... espabilamos?

Digo que sí con la cabeza.

—En marcha —respondo.

No sé adónde vamos, pero trataré de no confesárselo a ella. Me limitaré a

caminar a su lado y a ver qué pasa. No pienso distraerme. No voy a viajar en el tiempo dentro de mi cabeza. No visitaré recuerdos ni cosas que podrían ser recuerdos. Sólo andaré al lado de esta mujer, Agi, e iremos juntas a un sitio y haremos una cosa. Drake formará parte de ella.

Echamos a andar calle abajo.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunto.

Me da la sensación de que son palabras normales.

—Ah, pues ha sido interesante —contesta—. Después de meterte en la cama, he ido a montar en un trineo tirado por perros. No es tan divertido como podría parecer.

—No me parece divertido en absoluto.

Intento imaginarme en un trineo con perros. Ni siquiera sé qué haría falta para eso. Perros, supongo. Y trineos. Si fuera en trineo, me parece que no querría un perro.

Agi me metió en la cama. Trato de averiguar si he dormido. Me es imposible saberlo. Quizá lo haya hecho.

—Vale, pues es todavía menos divertido. Los perros no paraban de chocar contra mí. Tengo las piernas llenas de morados, eso puedo asegurártelo. Y hacía frío, ¿cómo no! —Sonríe—. ¡Bueno, pero qué más da! He escrito sobre ello en mi blog.

—Me gustaría leerlo.

—¡Claro! Volveré a darte la dirección de la web. Te la escribiré otra vez en el cuaderno.

—Ay, perdona. Es que no suelo...

—Ya lo sé. Es porque no te tomas tus pastillas. No te preocupes. Esta noche vamos a encontrar a tu Drake, Flora. Es muy importante para ti. Tienes un amigo aquí, y debemos encontrarlo.

Seguimos caminando y ella va hablando, aunque en realidad no la escucho. Pero de pronto presto atención porque pronuncia el nombre de Drake.

—Drake —dice—. Háblame de él. Cuéntame más cosas.

Esbozo una gran sonrisa.

—Lo besé en la playa.

—Sí, eso ya me lo has contado. Me enseñaste su fotografía. Lleva unas gafas que le dan aspecto de friki. —Me mira a los ojos—. Lo digo en plan

simpático. Es un «friki chic».

—Un friki chic.

—Bueno, ¿sigues sin tener noticias tuyas?

—Recibo montones de correos electrónicos y mensajes de texto. Son de... gente.

Si Drake me hubiera escrito desde mi llegada aquí, me acordaría. ¿No? Estoy convencida de que sí. Noto el teléfono en el bolsillo del abrigo. Tengo ganas de sacarlo y echarle un vistazo ahora mismo, pero intentaré no hacerlo porque sería raro y grosero. Trato de concentrarme en mi conversación con Agi.

Nos veo a ambas desde muy arriba en el cielo. Yo llevo un abrigo de pieles. ¿De dónde habré sacado un abrigo de pieles? Nadie más lleva uno.

Agi, por ejemplo (Agi, Agi, Agi: recuerdo su nombre), lleva una chaqueta verde chillón con cremallera y de un material más industrial que las pieles. Sin embargo, mi abrigo no es de piel de animal, lo más probable es que también lo hicieran en una fábrica. Eso creo, por lo menos. Confío en que mi precioso abrigo no proceda de un animal muerto, porque eso no estaría bien.

Agi lleva unos vaqueros oscuros muy ceñidos, unas botas para la nieve muy parecidas a las mías y un gorro con borla en la cabeza. Yo también llevo gorro, pero es de un rojo vivo, de lana y sin borla. No tengo ni idea de dónde lo he sacado. Agi se ha cubierto las manos con unos guantes acolchados y brillantes, pero yo no, así que tengo los dedos fríos.

Desde el aire, observo como caminamos juntas y veo que hablamos. Confío en que lo que sea que salga de mi boca cuando la muevo tenga algún sentido, porque mi yo aéreo está demasiado lejos para oír lo que dice mi yo terrenal. Agi me contesta, y eso es esperanzador. A veces se ríe. En un par de ocasiones me toca el brazo. Por lo visto estoy saliendo airosa de la situación. Creo que estoy siendo normal.

Estoy en la playa con Drake. Hay un destello de luz. Las piedras son negras. El agua es negra. El cielo es negro. Yo voy vestida de negro y Drake va vestido de negro. Todo es negro. Estoy con Drake y todo es negro y nos estamos besando.

Estoy en el sitio frío y mis pies se mueven, uno detrás de otro, mientras camino calle abajo con la mujer de las gafas. Me está mirando y, por la expresión de su cara, comprendo que acabo de hacer o decir algo raro.

—Lo siento. Perdona, es que me he... despistado un poco. No era mi intención.

—Eh —dice—, ¡no pasa nada, no te preocupes, Flora! Me pareces fascinante, lo digo en serio.

—Vaya, ¿de verdad?

—¡Sí, de verdad! ¡Eres una chica increíble! Eres tan joven y tan guapa...

La interrumpo.

—Pero tengo la piel fatal.

Me la toco. Los bultos siguen estando ahí.

—¿Eso? Apuesto a que es porque no te estás tomando las pastillas. ¿Cuántos años llevas con ellas?

—Tenía diez, y ahora tengo diecisiete.

—O sea, siete años. Durante siete años has tomado... ¿cuántas pastillas al día?

Me encojo de hombros. Ni idea.

—Unas cuantas.

—Bueno, digamos que tres. Te has metido un producto químico en el cuerpo veintiuna veces por semana, si bien por una buena razón... —Se interrumpe—. «Si bien», ¿esa expresión se usa? La vi en una vieja entrevista a vuestra princesa Diana.

—«Si bien.» Yo diría que sí se usa.

Me gusta la idea de tener una «princesa Diana».

—Gracias. Bueno, pues, si bien por una buena razón, has estado enganchada a ese fármaco. ¿No sabes el nombre?

—No.

—¿Ni qué efecto tiene?

—No.

—Pues sea lo que sea, es posible que tengas el mono. O algo peor. Ahora que lo pienso, quizá debería llamar a tus padres.

Me mira y digo que no con la cabeza.

—Por favor, no lo hagas.

No tengo ni idea de por qué me habla de un mono.

—Esa medicación debe de ser para controlar las cosas en tu cerebro, que

claramente ha quedado dañado por el tumor. No te importa que sea tan directa, ¿no?

Me río.

—No. De todas formas, me olvidaré de esta conversación, así que puedes decir lo que te apetezca.

—Sí. Eso mismo me dijiste ayer. Y hoy. Creo que lo que tienes... es como el alzhéimer, pero en una chica joven. Es una verdadera tragedia para ti. Sólo vives en «el aquí y el ahora».

—No es ninguna tragedia, en realidad. Estoy enamorada de Drake. Besé a Drake.

—¿Puedes averiguar el nombre de tu medicación de algún modo? Tendríamos que conseguírtela, creo. Me preocupa que no estés a salvo sin ella.

—Lo intentaré.

—Gracias.

—Yo tengo diecisiete años. ¿Cuántos tienes tú?

¿Se llama Abby? ¿Ally? ¿Ellie? ¿Ella? Se me escapa, se esfuma cuando trato de recordarlo, así que suelo evitar los nombres.

—¿Yo? Tengo veintisiete. Diez más que tú. —Se ríe—. Ya soy una señora mayor. Por eso me siento responsable de ti.

—Gracias por ayudarme.

—Pero eres interesante, de verdad. ¿Seguro que te parece bien que escriba sobre ti en mi blog?

—¿Me lo habías preguntado?

—Sí. Quizá deberíamos ponerlo por escrito, para tener una prueba. No quiero que te enfades. Podríamos anotar nuestro acuerdo en tu cuaderno.

—No, no hace falta.

Hemos llegado a una plaza que parece el centro de algo. Hay un par de restaurantes, un supermercado en el otro extremo, un hotel, un pub. Me pregunto si vamos a entrar en el pub; me quedo algo rezagada y dejo que mi nueva amiga tome la iniciativa. Me dirige una mirada de ánimo, me coge la mano y empieza a guiarme para cruzar la plaza. Todavía hay mucha luz y el sol me deslumbra.

—Espero de verdad que encontremos a tu maravilloso Drake ahí dentro. Los estudiantes vienen a beber a este sitio. Tu amigo nos ayudará a conseguir tu medicación. Él sabrá qué hacer. Si no lo encontramos, entonces tendré

que...

—Lo besé en la playa.

Mi amiga me da unas palmaditas en el brazo.

—Sí, ya lo sé. Y has venido a las Svalbard para encontrarlo. Y esta noche será cuando por fin daremos con su paradero.

—No deberíamos ir a Flambards. No debemos ir.

Parece muy preocupada. Comprendo que tenemos que encontrar a Drake cuanto antes. Si no, todo el mundo intentará hacerme volver a casa.

Hay vasos vacíos encima de la mesa. Hay un vaso lleno delante de mí. Contiene cerveza. Por lo visto, estoy tomando cerveza. No creo que deba beber alcohol, pero levanto el vaso y doy un sorbo. El sabor es el mismo que ya tengo en la boca, así que tomo un poco más. No me gusta cómo sabe, pero el olor me recuerda a mi padre, así que sigo bebiendo. Papá bebe cerveza. Mamá bebe vino.

Hay una mujer sentada a mi lado. Lleva gafas. La conozco. Habla con un hombre con barba, un montón de pelo y un lunar marrón en la cara, que está sentado al otro lado de nuestra mesa. Creo que no lo conozco.

—Esto es genial —digo, porque estoy en un pub, con gente, y eso me hace feliz.

Dejan de hablar y me sonríen.

—¿A que sí? —contesta la chica—. Ay, Flora. Te estás bebiendo mi cerveza. Tú tienes que tomar limonada. Mira, aquí la tienes.

Empuja hacia mí un vaso diferente y aparta la cerveza. La miro con el ceño fruncido.

Detrás de mí, hay una pared de paneles de madera. Las mesas también son de madera. Hace tanto calor que todos los cristales se empañan, aunque sé que estamos en el sitio frío. Han calentado el interior porque fuera hace mucho frío.

Hay un montón de gente aquí dentro. Todos han colgado el abrigo en el respaldo de sus sillas. Sus abrigos son distintos al mío. Los suyos están hechos de materiales modernos y el mío es de pieles.

Me recuesto sobre el respaldo y paseo la mirada por la sala, fijándome en todas las caras que veo. Hay cuarenta y dos personas aquí dentro y, si no me equivoco, nueve llevan gafas. De las que llevan gafas, tres son mujeres (una de las cuales está sentada a mi lado) y seis son hombres. Cuatro de esos hombres son claramente mayores, así que sólo quedan dos que podrían ser

Drake. Uno de ellos está sentado a la barra y es pelirrojo, así que indudablemente no es mi Drake. El otro está sentado a una mesa, dándome la espalda. Me levanto y camino entre las mesas intentando ponerme delante de él, verle la cara y comprobar si, en efecto, es Drake.

Oigo a alguien decir «¿Flora?» a mi espalda, pero es una voz femenina y por lo tanto no es la de Drake, así que no me vuelvo. Voy hasta el otro extremo de la sala y me doy la vuelta para mirar a la persona que más se parece a mi encantador e inteligente Drake.

No es él. Se trata, sin embargo, de un hombre de pelo oscuro y con gafas (pero con la cara que no toca), así que me llevo la mano al bolsillo, saco el móvil y lo tiendo hacia él. Creo que es la mejor persona a quien preguntar.

—Disculpe —le digo—, ¿conoce a Drake Andreasson? Es así.

Le muestro la pantalla. Pone «18 llamadas perdidas», así que quito esa notificación para que vuelva a aparecer la foto. El hombre frunce el entrecejo, se encoge de hombros y me dice algo en una lengua distinta.

Estoy en el sitio frío. Aquí no todo el mundo habla inglés. Sonrío con la esperanza de que eso transmita que lo siento. Vuelvo a enseñarle la fotografía y esta vez intento que mi expresión sea inquisitiva.

Agarra el móvil y observa la foto con detenimiento. Vuelve a encogerse de hombros y niega con la cabeza mientras dice cosas que no entiendo. Recupero el teléfono y miro a mi alrededor en busca de mi mesa. La palabra «Mamá» aparece en la pantalla, pero el aparato está en modo silencio, así que no emite ningún sonido. Y como en realidad no está sonando, no respondo.

Una mujer me toma de la mano y la sigo. Lleva gafas y la conozco. Creo que se llama Ella.

—Ven, Flora —me dice—. Siéntate ahí. Es mejor que te quedes aquí con nosotros. Somos tus amigos.

—Ya lo sé.

—Toma. Ésta es tu bebida.

—Vale.

El hombre de la barba se inclina hacia mí. No lo conozco.

—No te preocupes, Flora —dice—. Todo va bien. Con nosotros estarás bien, y encontraremos a tu amigo. A Drake.

—¿Me estáis ayudando a buscar a Drake? ¡Gracias!

—No hay de qué. ¿Te acuerdas de mí? ¿Toby, de la cafetería?

No me acuerdo para nada.

—Claro —respondo.

Levanta el vaso.

—Salud —dice.

—Salud.

Hay un vaso delante de mí. Lo cojo y doy un sorbo. Es limonada. No quiero limonada. Soy una adulta y quiero beber cerveza. En la mesa de al lado hay medio vaso de cerveza y nadie sentado; espero a que ninguno de mis acompañantes me esté mirando y lo alcanzo.

Así está mejor.

Abby y el señor barbudo hablan entre ellos. Me pregunto de qué se conocen.

Me tomo la mitad de la cerveza de un trago. Me hace sentir un cosquilleo. Están muy concentrados en su conversación. Me estoy aburriendo. Me siento llena de energía y tengo ganas de hacer algo. Estoy harta de ser yo. No soporto ni un segundo más ser la pobre niña aburrida que no entiende nada. Ésa no soy yo. Ésa no es la Flora Banks de verdad. Puedo ser mucho mejor.

Le doy un golpecito en el brazo a Emma.

—Voy al lavabo —le digo, y levanto el vaso de limonada y doy un sorbo para demostrar que me estoy comportando, como si esos dos fueran mis padres.

Se vuelve hacia mí. Tiene cara de buena persona. Lleva gafas, como Drake.

—¿Estarás bien? Queda justo ahí. ¿Ves el letrero? ¿Quieres que te acompañe?

Miro en la dirección que apunta su dedo y veo el cartel.

—No —contesto—. Estaré bien. Claro que sí, puedo apañármelas para ir al lavabo.

Hace un gesto de asentimiento.

—Claro que puedes. Por supuesto. Perdona.

Me abro paso entre las mesas, que están bastante separadas entre sí, pero que aun así se interponen en mi camino. El sitio está bastante lleno, pero no hasta los topes. Llevo unos vaqueros y compruebo si tengo algo de dinero en el bolsillo. En efecto: hay unos billetes extraños en los que pone «*kroner*». Es raro que el dinero del sitio frío se llame *kroner*, pero estoy convencida de que con los *kroner* conseguiré más cerveza. Tengo unas cuantas monedas con un agujero en medio.

Voy al lavabo, porque sé que la mujer me está observando (¿Alice?, ¿Amber?). Me siento en la taza, me arremango y leo lo que llevo escrito en las manos y los brazos, pero lo único que tiene sentido son las palabras *FLORA, sé valiente*. El resto son cosas como *supermujer, el sitio frío está en mi cabeza, DRAKEDRAKEDRAKE* y *5827*. También hay un *DRAKE* grande grabado en mi piel. Esto es lo que más me gusta.

En la muñeca izquierda pone: *Agi. Amiga. Gafas*. Es ella. Se llama Agi. Encuentro el boli en mi otro bolsillo, y en letras mayúsculas, encima de la palabra *supermujer*, pongo *AGI*. Con eso debería recordarlo. Si supiera el nombre del hombre, también lo apuntaría.

Al salir de los lavabos, merodeo un poco por ahí y miro de refilón para ver si me están esperando. Siguen hablando entre ellos, de modo que me acerco rápidamente a la barra, que es larga y de madera y tiene un montón de surtidores de cerveza.

Voy a beber cerveza como una persona normal. Estoy convencida de que ésta es una de las cosas que debo hacer antes de poder ver a Drake. Necesito demostrarle al mundo que sé actuar como una chica corriente. Tengo diecisiete años y besé a un chico en la playa.

—¿Me pone cuatro cervezas, por favor? —le pregunto al camarero de la manera más educada posible.

Si me tomo dos muy deprisa, me pondré al nivel de los demás y seré normal.

El camarero es alto, tiene una barba canosa y lleva una camiseta negra en la que pone «Motörhead».

—Cuatro cervezas —repite, mirándome con suspicacia—. ¿Cuántos años tienes, jovencita?

No sé qué decir. Estoy casi segura de que tengo diecisiete, pero, más que la respuesta verdadera, quiero darle la adecuada.

—¿Los suficientes? —propongo.

Se ríe.

—Vale, con eso servirá —contesta. Coge cuatro vasos de una bandeja de lavavajillas y empieza a llenarlos—. ¿Estás de vacaciones?

—Sí. —Me recuerdo con insistencia que debo ser normal—. ¿Usted vive aquí? ¿Todo el año?

—Mi bisabuelo fue minero aquí. Mi abuelo también. Mi padre se trasladó a Tromsø, pero yo volví aquí hace diecinueve años. Llevamos cuatro generaciones en Spitsbergen.

—¿Mineros?

Me acerca el primer vaso. Me encaramo a un taburete de la barra para ver cómo sirve los demás y empiezo a beberme la cerveza mientras espero.

—Sí —responde—, en las minas de carbón. Llevaban una vida terrible. ¿Dónde te alojas, si puede saberse?

Frunzo el entrecejo. No parece una pregunta apropiada; y, por si fuera poco, no sé la respuesta.

Se ríe y levanta ambas manos.

—Lo siento. Lo pregunto porque por aquí hay varios hoteles que en otro tiempo eran barracones de mineros. Si estás en el albergue Ártico, por ejemplo, todos esos edificios de ahí arriba era donde vivían los mineros. No los trataban muy bien, ¿sabes? Era un infierno de vida. Iban andando al trabajo, cruzando los valles bajo la nieve, el hielo y las ventiscas, y sumidos en la oscuridad en invierno. Una vez al mes, les daban un cubo de agua para lavarse, «tanto si les hacía falta como si no».

Se ríe y me mira. Yo también me río.

—No suena muy agradable.

—No, para nada.

Hay más gente en la barra. Pago las cervezas y me llevo las tres restantes de vuelta a la mesa a la que me sentaba. Por lo visto ya me he acabado una.

—Aquí tenéis —les digo a la mujer (¡Agi! AgiAgiAgi, leo en mi brazo) y al hombre que tiene barba y un montón de pelo de punta. Aceptan los vasos y me dan las gracias, pero luego me miran y se miran el uno al otro.

—Tanto si encontramos a Drake esta noche como si no —dice Agi—, vamos a contactar hoy mismo con tu familia. Con tus padres. Tendrán que venir a buscarte.

Niego enérgicamente con la cabeza.

—¡No! —exclamo. No deberían hacerlo. No pueden hacerlo—. Cuando encontremos a Drake, él podrá hablar con ellos por mí. Podrá explicárselo todo.

Me asusta la idea de que Agi haga una llamada y lo eche todo a perder. La miro fijamente. Ella mira al hombre y esboza una mueca.

—No soy tonta —insisto, en voz aún más alta—. Ya he visto cómo os

miráis pensando que soy una inútil. No sois mis padres, ¿sabéis? Soy una adulta. He sido capaz de venir hasta aquí, ¿no? Se llegue como se llegue hasta este lugar, yo lo he conseguido. Y tengo dinero en el bolsillo para invitaros a cerveza a los dos, y un abrigo y un par de botas, y lo único que necesito es a Drake. Sólo a Drake. Necesito a Drake porque él me hizo recordar. No os necesito a vosotros contároselo a mi madre. En cualquier caso, éste no es vuestro lugar. Es sólo mío. Vosotros sólo estáis aquí porque yo os he imaginado.

Levanto uno de los vasos de cerveza y comienzo a beber muy deprisa. Está malísima, pero me fuerzo a beberla trago tras trago tras trago. Deja de recordarme a mi padre y empiezo a encontrarme mal. Me levanto de la mesa, tambaleándome, intentando conservar la dignidad. No sé adónde ir, pero en la mano tengo un buen vaso lleno hasta la mitad de cerveza, así que no puedo salir del local hecha una furia. Finalmente, decido volver a la barra y sentarme en un taburete para poder hablar otra vez con ese tipo sobre los mineros.

El local se ha sumido en un silencio absoluto. Todos me están mirando. Ni siquiera disimulan.

Me elevo flotando hasta el techo, porque esto es demasiado difícil. Desde ahí arriba, me veo a mí misma gritando tan fuerte que puedo oírlo incluso desde donde estoy.

—¡Dejad de mirarme! Estoy bien. ¡Soy normal! ¡Normal! ¡Normal! ¡Y no debemos ir a Flambards! No, no debemos.

De pronto, estoy llorando. Me vuelvo hacia el camarero. Le pregunto algo y él niega con la cabeza y rodea la barra para venir a hablar conmigo. Una mujer se levanta de una mesa cercana, una mujer mayor a la que probablemente no conozco, y me rodea los hombros con un brazo. La figura que me representa entierra la cara en su hombro y llora.

«No llores, Flora», me susurro. Desciendo hasta mi propio cuerpo y me miro la mano. *FLORA, sé valiente*, pone, y me quedo mirando esas palabras hasta que logro interiorizarlas. Soy Flora. Tengo que ser valiente, o jamás lograré hacer esto.

Me separo de la mujer amable, que huele a jabón y a tabaco.

—Perdone —le digo.

Me seco las lágrimas con una servilleta que me ofrece el camarero y me sueno la nariz.

—No pasa nada, querida —contesta ella—. Este lugar es duro. No vengas nunca en invierno. No te acuerdas de mí, pero yo te vendí esas botas. Eres una jovencita sorprendente.

Asiento.

—Gracias por las botas.

Es probable que siga aquí cuando llegue el invierno. Todo el mundo dice que el invierno es peor, pero no sé por qué. No puede hacer más frío ni haber más nieve. Tal vez sea menos mágico en invierno. Tal vez entonces deje de curarme.

—Disculpen, está con nosotros —dice una voz.

Levanto la mirada, pero es la mujer de antes, Ally, Andi, Abigail, Ellie. No es Drake. La mujer de las gafas me coge la mano.

—Vamos, Flora. Te llevaremos de vuelta a tu habitación y te meteremos en la cama. Creo que no deberías haber bebido.

El hombre de la barba y el montón de pelo está junto a ella, y empieza a hablar en ese otro idioma. El camarero y la señora mayor responden en la misma lengua; todos hablan de mí con palabras que no entiendo.

La puerta no queda lejos. El camarero ha vuelto a su puesto para servirle cerveza a alguien más. El de la barba, la señora amable y Ellie siguen hablando de mí. Los demás han empezado a hablar de nuevo entre ellos. La gente ya no me mira.

Me bajo del taburete despacio. Nadie se da cuenta. Avanzo arrastrando los pies hasta que no queda nadie entre la puerta y yo.

En cuanto veo el camino despejado, actúo con rapidez y salgo disparada como una flecha. Al otro lado de la puerta hay un tramo de escalera que baja. No me lo esperaba y caigo rodando, pero no me hago daño. Es como si rebotara, y desde luego es la manera más eficaz de llegar abajo. Cuando me levanto, no me duele nada.

Estoy en una plaza. Hay restaurantes, un hotel y un supermercado cerrado, y más allá se ve una calle. Corro hacia ella. No sé si ir hacia la derecha o hacia la izquierda, así que me decido por la derecha y corro sin parar.

Está empezando a nevar. Quizá la noche caiga pronto.

Aunque aquí nunca oscurece. Es lo que pasa en este sitio: siempre hay luz porque sólo existe en mi imaginación. Hay luz durante el día y hay luz durante la noche. No debo venir nunca en invierno.

Veó la silueta de una persona al final de la calle y corro hacia ella lo más

rápido que puedo, porque, incluso a través de la nieve, vislumbro que ese hombre se parece a Drake. Y a medida que me acerco se parece cada vez más, no menos. Hay alguien con él. Es una mujer. La ignoro, me concentro en Drake. Es mi Drake. Él me quiere y lo he encontrado. Me hizo recordar, y ahora volverá a hacerlo.

El hombre lleva las gafas de Drake, los vaqueros de Drake, tiene el pelo de Drake. Doblan una esquina y se alejan de mí porque la nieve les ha impedido verme.

Yo besé a este chico en la playa. Sé que fue así. Lo sé porque todavía lo tengo en la cabeza. Debo llegar hasta él. Él me salvará.

No llevo el abrigo, pero no tengo frío porque estoy corriendo. Sigo adelante, dejando atrás edificios y unos cuantos coches estacionados en los aparcamientos exteriores. Paso corriendo ante un par de personas que caminan hacia mí. No me detengo porque no las busco a ellas. Dejo atrás trozos de maquinaria vieja con poleas y cables y grandes cubos oxidados, y me acuerdo del tipo que me hablaba de los mineros y de la vida miserable que llevaban.

Me acuerdo.

Me acuerdo.

Drake está delante de mí y he recordado cosas. Drake me hace recordar.

Nieva tanto que ya no puedo verlos. Me paro junto a una oscura extensión de agua, con montañas nevadas al otro lado. Hay un embarcadero que se interna en el agua y unas cuantas barcas amarradas a él. La nieve cae en silencio a mi alrededor y, mientras estoy ahí de pie, observando, las nubes me atrapan y ya no hay nada más. Estoy aquí, en este lugar que sólo existe en mi cabeza, y estoy sola. Drake estaba aquí, pero ahora ya no está.

A lo lejos, en el agua, distingo una luz tenue y me llega el chapoteo de los remos de una barca que se aleja. Me siento en el embarcadero, bajo la nieve. Me tumbo y me hago un ovillo. La nieve me cae encima. Empieza a tender sobre mí una manta calentita y blanca.

Cierro los ojos.

Cuando los abra de nuevo, estaré en una cama rosa en una habitación en la buhardilla, de regreso en mi sitio habitual.

Noto fría la funda de la almohada bajo la mejilla. Me desperezco. Tengo las piernas desnudas y los pies me llegan hasta el final de la cama, donde la sábana está metida bajo el colchón. Exploro los laterales: estoy en una cama individual; siento un martilleo en la cabeza y no quiero abrir los ojos porque estaré en Penzance y nada de todo lo que he imaginado habrá ocurrido.

Me llevo los dedos a la cara. Tengo la piel llena de marcas y bultitos. Me toco las sienes y siento cómo mi pulso late con fuerza.

Llevo palabras escritas en los brazos, letras enormes trazadas con tinta negra.

HE VISTO A DRAKE —pone, con letra temblorosa— *EN UNA BARCA.*

He visto a Drake. En una barca. Quiero recordarlo, aunque no lo consigo. No me acuerdo, pero me lo creo.

En esta habitación hay dos camas, y hay otra persona durmiendo en la segunda. Esto no suele ocurrir en mi casa.

La persona de la otra cama está de cara a mí, nos separa un pequeño espacio y parece sumida en un sueño tranquilo. Tiene los ojos cerrados y su piel es más bonita que la mía. Tiene las mejillas sonrosadas y el pelo castaño.

Seguramente la conozco, porque de otro modo no estaríamos compartiendo habitación. Quizá sea Paige. Paige tiene la piel tersa y el pelo oscuro.

Detrás de ella, en la pared, hay un mapa que muestra una serie de islas sobre un extenso mar azul. Entre nosotras, en una mesita, hay un montón de libros, pero están escritos en una lengua extraña que no puedo ni empezar a entender. Uno se llama *Neljäntienristeys*. O he perdido la capacidad de descifrar palabras o es un idioma diferente.

Vuelvo a cerrar los ojos. No sé cuánto tiempo habré dormido, pero fuera hay luz y, por lo tanto, debe de ser de día. Levanto la vista hacia la ventana, pero la persiana está bajada y sólo veo la luz que se cuela por los resquicios.

Me miro las manos. En una pone *FLORA*, sé valiente y Drake; en la otra

pone Agi y el sitio frío está en mi cabeza y HE VISTO A DRAKE EN UNA BARCA. Un poco más arriba, veo DRAKE grabado en mi piel. No está escrito en boli. Es como si mi brazo me lo estuviera diciendo por sí mismo.

Agi es una mujer con gafas. Esta mujer no lleva gafas, pero está en la cama y durmiendo, así que no las necesita. La gente, me digo, no necesita llevar gafas mientras duerme. Suena razonable. Me incorporo y miro a mi alrededor: en una mesa más grande, a los pies de la otra cama, hay unas gafas con las patillas abiertas que miran sin ver hacia la puerta.

Agi. Esta mujer se llama Agi y es mi amiga. La conozco. Me asombro a mí misma por saber todo esto.

He aquí por qué quiero a Drake. Me besó en una playa y me hizo recordar.

Me siento cuerda. Me siento racional. Siento que he dormido mucho tiempo.

Me siento normal. No tengo esa sensación de navegar sin rumbo por el espacio y el tiempo: lo echo de menos, pero me alegro, porque tengo trabajo pendiente.

Tengo mi aparato al lado. Mi móvil. Lo cojo y miro qué ha pasado en él, pero de inmediato desearía no haberlo hecho.

Hermanita:

Imagina que eres una madre con un hijo en su lecho de muerte. Te aseguras de que tu otra hija, de la que te haces cargo normalmente, esté bien y acudes al lado del que tiene varios tumores. Entonces, de pronto, te enteras de que tu hija no está en casa sana y salva con su amiga, y cuando por fin das con ella, resulta que está en el Polo Norte buscando a un chico.

En cuanto empezaron a buscar, no tardaron ni dos segundos en localizarte. Nuestra madre ha decidido quedarse junto al lecho de muerte, pero Steve acaba de salir en tu busca. Cuidado: se plantará en las Svalbard en aproximadamente un día y supongo que él te encontrará bastante más rápido que tú a tu Drake. Te traerá de inmediato a París, seguramente con una camisa de fuerza.

Han llamado a la policía, por supuesto, y si hay un agente en esa isla, saldrá ahí fuera a buscarte en cuanto le transmitan el mensaje.

Paige les habló de tu aventurilla con Drake y confesó que no había pasado ni un instante en casa contigo y que te había visto de camino a la estación con un abrigo de pieles, una maleta y la palabra «Spitsbergen» escrita en letras grandes en la mano. No se le da nada mal lo de hacer de detective, aunque en realidad creyó que ibas de camino a la gay París, que por lo visto es lo que le dijiste que ibas a hacer. Pensó que lo de «Spitsbergen» era sólo

una pequeña obsesión. Dice que jamás imaginó que fueras capaz de marcharte hacia allí. Nuestros padres no están muy contentos con ella por haberte dejado abandonada. Paige se arrepiente muchísimo y ha entrado en razón: parece que fue la víbora de su madre quien la animó a hacerlo.

Y así se han enterado de que habías emprendido una aventura ártica en busca del chico. Mamá es lo más desmesurada y obsesivamente sobreprotectora contigo que pueda serlo un ser humano, hasta el punto de que se niega a aceptar que tienes derechos propios; sé que eres consciente de ello hasta cierto punto. De ahora en adelante, insistirá todavía más en no perderte de vista ni un solo instante. Tienes que sacarle todo el partido posible a la libertad de la que disfrutas en estos momentos.

Se me está acabando el tiempo. Odio que sea así. No quiero morir. Tengo veinticuatro años, y la gente de veinticuatro años no se muere. No es justo. Cada vez me pone más furioso que la llama se apague, pero me obligo a acallar esos pensamientos durante unos instantes y a pensar en ti. Ahí van un par de cosas:

No dejes que vuelvan a darte los tranquilizantes. Sé tú misma. Si eres difícil, singular, extraña o chocante, no pasa nada. Tú eres así, Flora. La persona que eres ahora, con todas tus imperfecciones y todas tus dificultades, la persona que puede llegar a ser una plasta, que hace tirarse de los pelos a sus padres, que escribe correos alocados y adorables, que se enamoró de un chico en una playa de Cornualles y lo siguió hasta los confines de la Tierra, ésa eres tú. Ésa es mi hermana. Tienes amnesia, pero estás viva. Vive tu vida.

Me preguntaste por qué me escapé a París y dejé de tener contacto con nuestros padres. Fue porque no podía soportar cómo te trataban. Te tenían drogada en casa para que estuvieras tranquila. No te dejaban ser tú misma. Les dije que, si seguían dándote esas pastillas (que no necesitas: no hay medicación para la amnesia anterógrada, puesto que no eres epiléptica, y todas tus pastillas son sedantes para que estés calladita y seas manejable), me largaría y no volvería a dirigirles la palabra. Continuaron medicándote, así que me fui. Pero he seguido en contacto contigo, mi querida Flora. Bloquearon mi número en tu móvil, pero siempre he encontrado otras formas de llegar hasta ti. Hemos intercambiado correos electrónicos, hemos hablado, nos hemos escrito cartas. Te enviaba postales a menudo, pero nunca he sabido si las recibías o no. Espero que sí.

Hasta hace dos semanas, el único contacto que tenía con nuestros padres era alguna que otra tarjeta en Navidad, y sólo los había vuelto a ver una vez, gracias a ti. Entonces me dieron la terrible noticia, y todo cambió y volví a necesitarlos.

Bueno, pues ésta es la verdad. Te la he contado antes, y desearía poder seguir contándotela para siempre, pero no será así. Tú no te acordarás, pero ya has dejado de tomarte las pastillas otras veces, y siempre sucedieron

cosas estrafalarias y maravillosas. Nuestros padres lo odian, pero a ti y a mí nos encanta. Hemos pasado buenos momentos juntos... Ojalá tuvieras esos recuerdos, mi querida hermanita. Hemos paseado y reído, hemos ido de compras y jugado al escondite. Hemos visto películas. Hemos pasado la noche en vela contándonos cosas. Eres mi universo.

Espero volver a verte.

Si no es así, gracias por todo. Ha sido una pasada.

Muchos besos,

Jacob

Me quedo mirando el mensaje de Jacob. Lo quiero y va a morir. Me he escapado antes. Mamá y papá me han mentido durante años y no puedo confiar en ellos. Debo apuntarlo: «no confiar en mamá y papá». Tengo que encontrar a Drake, y ahora mismo es en lo único que puedo pensar porque alguien de la policía va a venir a buscarme y a llevarme de vuelta a casa, y si para entonces no lo he encontrado, jamás lo haré.

Papá está en camino. Me lo escribo en el brazo. Los trazos son temblorosos.

Tengo un montón de mensajes de texto y correos electrónicos de mis padres, pero no los leo. Me incorporo en la cama hasta quedar sentada y observo cómo Agi duerme. Intento levantarme, pero vuelvo a sentarme rápidamente. Me duele la cabeza. Me encuentro mal. Noto un sabor raro en la boca.

Tengo el estómago revuelto. Llevo puestas unas braguitas y una camiseta, pero los vaqueros que hay a los pies de la cama son míos (llevan mi nombre escrito en la etiqueta), así que me los pongo lo más deprisa posible y abro la puerta. Habrá un cuarto de baño cerca, porque las habitaciones siempre tienen un cuarto de baño cerca.

Recorro el pasillo dando tumbos, consciente de que tengo que encontrar un lavabo con urgencia. Pruebo todas las puertas, incluidas las que tienen números, y la sexta cede y da paso a una habitación oscura que huele a gel de ducha, a vapor y a visitas al retrete de otra gente. Cuando por fin encuentro el interruptor de la luz, resulta que, efectivamente, es un baño. Consigo echar el pestillo y me inclino sobre la taza del váter justo a tiempo.

Me había olvidado (cómo no) de lo que se siente al vomitar, pero ahora lo recuerdo de cuando era pequeña. El estómago se me contrae y se me retuerce, y la taza se llena de un líquido apestoso. Está claro que no voy a volver a

beber cerveza en la vida. En cuanto pueda, me lo escribiré en la mano, y después lo copiaré en un cuaderno. Es importante que se convierta en una de mis normas de vida básicas.

De rodillas, intento sujetarme el pelo hasta que pasen las arcadas. Tengo lágrimas en los ojos y quiero volver derecha a la cama y dormirme. Pero la policía anda buscándome y papá (o «Steve») viene a por mí, y aunque sí quiero ir a París porque me apetece ver a Jacob, no tengo ganas de ver a los padres que me tenían sedada para volverme más dócil y fácil de controlar. Quiero ver a Drake. No puedo irme sin ver a Drake. Lo vi a bordo de una barca. Sé que fue así. Vi a Drake en una barca.

Jacob es la única persona en la que puedo confiar y está a punto de morir.

Aprovechando que en este baño hay una ducha, me quito la ropa y dejo que el agua caliente se lleve los restos de vómito. Uso un poco del gel y el champú que encuentro ahí mismo y me lavo a conciencia. No tengo toalla, claro, así que me seco como puedo con las toallitas de papel que hay junto al lavamanos y vuelvo a vestirme. Aún tengo la sensación de estar un poco mojada, pero da igual. Me las apaño para lavarme los dientes con el dedo y utilizando el dentífrico de un desconocido. Al instante, siento la boca agradable y fresca como la nieve.

Tardo un rato en encontrar la habitación correcta, pero resulta que es la única que no está cerrada porque no la he ajustado bien al salir. La chica, Agi, sigue dormida, así que recojo todo lo que creo que es mío, incluidos el abrigo de pieles que lleva FLORA escrito en la etiqueta y mi bolso, que contiene mis cuadernos, y vuelvo a salir a hurtadillas. No hay indicios de que nadie más esté despierto: cuando miro el móvil, descubro que es así porque son las cinco y diez.

A las ocho, la señora que trabaja en la tienda de botas llega para empezar su jornada y me encuentra esperando en la entrada del local. Según mis notas, fue amable conmigo y me vendió las botas. Repasando el móvil y mi cuaderno, he descubierto todo tipo de cosas, y he encontrado el recibo guardado entre las páginas. Llevaba escrito el nombre de la tienda, así que aquí estoy, dispuesta a solicitar su ayuda. He preparado una lista en la que he anotado todo lo que debo decirle y pedirle.

Se detiene al verme.

—Flora —dice. Sus ojos son dulces, tiene el pelo largo y canoso y lleva vaqueros y un jersey rojo—. Pasa, pasa. Pero ¿qué demonios haces aquí fuera? Llamaré al albergue y les pediré que manden a Agi a buscarte.

—Necesito su ayuda para una cosa, y ya van a venir a buscarme de todos modos. Hay un señor en camino. Es mi padre. También han llamado a la policía, pero no quiero ver a la policía.

—¿Tu padre va a venir a buscarte? Vaya, ésa es una noticia excelente. Me alegro muchísimo. Y los policías de por aquí son buena gente. Normalmente se pasan el día holgazaneando, porque no pasa gran cosa. Los llamaré después de que hayamos hablado y les diré que estás aquí.

La sigo al interior de la tienda y me siento donde me pide que lo haga, en un taburete detrás del mostrador, mientras ella va de un lado a otro haciendo cosas.

—Perdone —digo—. Quizá debería saberlo, pero ¿cómo se llama?

Se detiene, se vuelve y me mira.

—Henny, querida, Henny Osterberg. Y ¿sabes qué? No te lo había dicho antes. Así que esto no es algo que hayas olvidado, sino que acabo de decirte mi nombre por primera vez.

—¡Anda, pues qué bien! Como si fuera una persona normal.

—Como si fueras una persona normal. ¿Un café?

Mientras prepara los cafés, le cuento lo que necesito.

—La última vez me dijo que probara en el Instituto Polar —digo, escudriñando su expresión para comprobar si estoy en lo cierto. Es lo que pone en mi lista, y la he elaborado basándome en el cuaderno—. Para encontrar a Drake. Fui hasta allí, pero estaba cerrado. Él ha venido aquí a estudiar. Me besó en una playa.

Dos siluetas borrosas besándose en una playa oscura. Puedo verlas, pero no logro oír qué dicen. Antes era capaz de captar las palabras, ahora se han esfumado.

—Ya veo. Tu padre viene a buscarte y quieres hacer otro intento de encontrarlo mientras todavía puedas, ¿no es eso? Porque tus padres no van a entender lo de ese chico; ¿me equivoco?

—Eso es. Ahora mismo. Creo que anoche lo vi en una barca.

—La verdad es que no conozco a tu Drake, cariño. Te dije que fueras al Instituto Polar porque está en el mismo edificio que el CUS, y allí es donde se llevan a cabo las investigaciones. —Me ofrece una taza—. Ten cuidado, está caliente. Vamos a ver, Flora. Está aquí, en eso tienes razón: Toby lo vio el otro día en la cafetería y le dijo que había una jovencita buscándolo, pero al parecer eso lo alarmó un poco, porque... —Hace una pausa y respira hondo—. Verás, ese chico tiene una novia aquí. Siento decírtelo, pero es la verdad. Toby quería contártelo, pero tenía miedo de que te afectara demasiado, estando como estás tan lejos de casa. Pero debes saberlo. Es una científica rusa, mayor que él. Nadia Ivanova. Verás, a Nadia sí la conozco porque ya lleva aquí un par de años.

—¿Drake tiene novia?

—Lo siento, querida.

—Tiene novia, pero soy yo. No Nadia Ivanova.

Drake es mi novio. Antes era el novio de Paige, pero luego lo besé en la playa y ahora es mi novio. Aparto las palabras de Henny Osterberg de mi cabeza.

—¿Dónde vive Drake?

Se ha hecho amigo de una chica porque cree que estoy en Penzance. Pasa tiempo con una científica rusa mayor que él porque se siente solo. Seguro que sólo hablan de ciencia.

—Bueno, ella vive en un lugar apartado, en una casa de la otra orilla. Trabaja allí, y cruza con su barquita hasta la universidad. Viene a remo. Según tengo entendido, Drake pasa la mayor parte del tiempo allí.

—Entonces ¡sí que lo vi anoche! ¡Lo vi! ¡En una barca!

—Sí, Flora. Parece que así fue.

Tomo un sorbo de café. Lo vi. He hecho lo que he venido a hacer aquí, he encontrado a Drake. He recorrido la ciudad hasta dar con él. Apenas puedo contener mi entusiasmo. Sonríó como una tonta, incluso me llevo las manos a la cara para comprobarlo. Y ahora esta señora me está diciendo exactamente adónde tengo que ir para encontrarlo.

—¿Vive en la otra orilla?

—Sí. ¡Por lo visto Longyearbyen no le parece lo suficientemente remoto! Es la única casa que hay allí: se ve desde el embarcadero.

—O sea ¿que Drake está allí ahora mismo?

—Ni se te ocurra, mi niña. Llamaremos a Nadia y haremos que Drake

venga hasta aquí a hablar contigo cara a cara. Si tu padre está en camino, es mejor que te quedes por aquí cerca. Pero entiendo que debemos conseguir que lo veas antes de que te marches, porque de lo contrario volverás a venir, ¿verdad?

—Es probable.

—¿Has desayunado?

—No. ¿Quiere que vaya a buscar algo? ¿Para las dos?

Henny me mira a los ojos. Sea cual sea la prueba, parece que la he pasado.

—De acuerdo. —Me tiende un billete—. Ve al supermercado, al otro lado de la calle, en la plaza, enfrente del pub. Compra un par de pastas de la sección de pastelería, ¿vale? ¿Podrías traer un poco de leche también? Si has sido capaz de llegar hasta aquí desde Inglaterra, creo que podrás conseguir algo de comer. Confío en ti.

Lo escribo en un trozo de papel: *Pastas y leche. Henny. Tienda*. La mayoría de las palabras se me han borrado de las manos, así que me lo escribo también en ellas.

—Gracias, Henny. Es muy amable conmigo.

—Vuelve aquí directamente, y entonces veremos cómo logramos que Drake venga a verte. Te prometo que lo conseguiré. Pero, Flora, tienes que volver aquí enseguida. ¿De acuerdo?

—Sí. Me daré prisa.

Cojo mi bolso, meto en él mi cuaderno y la lista y salgo de la tienda. Giro a la derecha, porque es la dirección en que se encuentra el supermercado con pastelería, y recorro obedientemente la plaza. Cruzo la calle. Llego hasta el supermercado. Y entonces sigo andando para bajar por la calle paralela a la de la tienda de Henny.

Echo a correr. Me siento mal haciéndole esto porque está siendo muy amable conmigo, pero acaba de decirme dónde puedo encontrar a Drake, así que no puedo hacer más que ir allí antes de que se me lleve la policía.

En las horas transcurridas entre mi salida del albergue y la llegada de Henny al trabajo, he leído mi conversación con Drake por correo electrónico. Estoy ardiendo por dentro con todo mi amor. Drake es verdadero. Me besó en la playa y luego me escribió unos correos electrónicos preciosos. Está aquí realmente y sé en qué casa está ahora.

Me escribió: *No puedo dejar de pensar en ti.*

Me escribió: *Paso más tiempo del que te podrías imaginar pensando en ti desnuda.*

Me escribió: *Tienes un cuerpo perfecto. Sé que es así.*

Me escribió: *Yo también te quiero.*

Lo quiero y él me quiere. Aunque esté con Nadia, quiero estar con él, respirar su mismo aire, mirarlo a los ojos. Quiero tocarlo con las yemas de mis dedos. Quiero tocarle la cara, el cabello. Quiero oler su olor. No puedo volver a casa sin haberlo hecho.

Corro hasta el embarcadero. Hoy brilla el sol y las nubes son tenues y bonitas, no están a punto de descargar nieve. Bailan por el cielo de camino a nevar en otro sitio, en otro momento.

Hay muchas barquitas ahí abajo, atadas al embarcadero con amarras robustas. Un hombre con un mono azul trabaja en una barca grande, y me sonrío y me saluda con la mano. Le devuelvo el saludo y, a toda prisa, trato de decidir qué hacer. Necesito seguir adelante.

Henny ha dicho que la casa era la única que se veía desde aquí. Y ahí sólo hay una, un poco por encima de la orilla opuesta, hacia la izquierda. Me parece que ya me he fijado antes en esa casa. Me siento, saco el cuaderno y garabateo una nota rápida.

Lo siento, he tomado prestada su barca. No la he robado, porque voy a devolvérsela. Dejo aquí algo de dinero para el alquiler.

Me acerco con aire confiado a la más pequeña de las barcas de remo, amarrada a una de las esquinas de la estructura de madera, y dejo la nota y el dinero bajo una piedra, sobre el embarcadero. Desato el cabo que sujeta la embarcación como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Sólo está enroscado en una especie de argolla metálica que hay en el muelle, así que no me resulta muy complicado. No sé muy bien qué hacer ahora, de modo que me limito a saltar a la barca con la amarra en la mano; se bambolea, pero no vuelca.

Sacar los remos de su sitio no es tan fácil, y además, no tengo ni idea de cómo usarlos. Sin embargo, me los apaño para encajarlos en las cosas metálicas que los sostienen.

Bajo el brillante sol del Ártico, zarpo a través de las aguas relucientes hacia el amor de mi vida. Pase lo que pase ahora, lo habré encontrado, y eso lo

cambiará todo.

El hombre me grita algo desde el muelle, pero no me vuelvo. Debo de haber remado antes, porque mis brazos saben qué hacer. Me balanceo adelante y atrás, y mis remos hienden el agua y la usan para propulsarme, como si fuera sólida.

Esto no parece real, pero creo que lo es. Estoy en el agua, remando hacia Drake, y el mundo se encoge a mi alrededor hasta que esto es lo único que existe. Ésta soy yo, Flora, y por fin soy valiente.

El sol queda a mi derecha y me deslumbra por ese lado. En cuanto dejo atrás la ciudad, las barcas, al hombre y las máquinas, trato de olvidarlos. Dos aves nadan cerca de mí durante un rato. Son pequeñísimas y las reconozco de fotografías que he visto, pero no sé cómo se llaman. Su pelaje es liso y reluciente, blanco y negro, y tienen el pico curvo y a rayas amarillas y rojas. Se deslizan por el agua hasta la orilla, donde avanzan un poco dando tumbos, y luego alzan el vuelo de nuevo utilizando la superficie del agua de algún modo como pista de despegue. Me gustan sus lomos negros, sus caras blancas y el rojo de sus picos. Son mis amigos. Los había visto en libros, de pequeña.

Besé a Drake, y nos escribimos los correos más maravillosos y apasionados que nadie haya escrito en este mundo o en cualquier otro. Me quería entonces y me querrá ahora.

Creo que estoy remando mal. Y de pronto se me ocurre que debería estar de espaldas a Drake, de espaldas a la cabaña. Estoy remando al revés, manteniendo mi destino a la vista con tozudez. Esto no funciona así, porque me duelen muchísimo los brazos. Maniobro y le doy la vuelta a mi pequeña embarcación hasta quedar de cara a la ciudad, y aunque veo que en el muelle hay ahora dos figuras haciéndome señas con las manos, decido no hacerles caso.

Resulta mucho más fácil remar así, y me pregunto cuándo lo habré hecho antes. No importa. Veo que la ciudad va empequeñeciéndose a medida que me alejo. Más aves se posan en el agua cerca de mí, y un par de ellas chapotean a mi lado un ratito, haciéndome compañía.

—Gracias —les digo. Frailecillos. Se llaman frailecillos. Me siento muy orgullosa de mí misma—. Gracias, frailecillos —añado.

De nada, me contestan.

Drake está cerca, a mi espalda. Estoy remando a través de estas aguas

brillantes hacia Drake Andreasson, el amor de mi vida.

20

Hay una barca fuera del agua, en la orilla inclinada y cubierta de nieve, así que tiro de la mía hasta dejarla al lado. Me arden los brazos, pero de un modo agradable.

Permanezco inmóvil unos instantes, mirando tierra adentro. La casa queda cerca, un poco más arriba, donde la ladera aún no es muy escarpada.

No puedo detenerme a pensar ni a preocuparme por nada. El correo electrónico de Jacob que he leído esta mañana aparece fugazmente en mis pensamientos. Mi hermano me dice que sea yo misma y que viva mi vida. Inhalo esas palabras y me lo imagino a mi lado, dándome ánimos mientras asciendo hacia la cabaña, y antes de poder impedírmelo, ya he llamado a la puerta. Le doy cuatro golpes fuertes, seguidos.

La casa es de madera, con un tejado inclinado perfecto y una chimenea. Parece sacada de un libro ilustrado. La puerta está pintada de negro. Las ventanas tienen cortinas y están abiertas, pero no me acerco a mirar. Me quedo donde estoy, esperando.

El corazón me late con fuerza. Está a punto de ocurrir algo. Espero y espero. Vuelvo a llamar. Percibo movimiento.

La puerta se abre lentamente, pero no veo a nadie. Empiezo a cruzar el umbral, pero de pronto lo tengo delante.

Drake Andreasson, el amor de mi vida, está ahí mismo. No hay distancia alguna entre nosotros. Me abalanzo hacia él. Por fin. Todo lo que he hecho ha sido por este momento. Me arrojo a sus brazos, con las lágrimas surcándome las mejillas. Aspiro su olor. Lo besé en la playa. Recuerdo su olor.

Me estrecha entre sus brazos y me besa en los labios.

No lo hace.

Se acerca para rodearme los hombros con un brazo y atraerme hacia él.
No lo hace.

Dice: «Flora, no puedo creer que estés aquí.»
No lo hace.

Nos miramos a los ojos y algo fluye entre nosotros.
No es así.

Me aparta de un empujón y me cierra la puerta en la cara. Eso es lo que ocurre en realidad.

Me dice: «¿Qué demonios haces aquí, Flora? ¡Madre mía!» Me pone las manos en los hombros, me empuja hacia atrás y cierra de un portazo. Trato de meter un pie entre la hoja y el marco para impedirselo, pero llego tarde y la puerta queda cerrada a cal y canto. Estoy de pie en medio de la nieve con el pie apoyado en una puerta cerrada. Oigo cómo echan los cerrojos por la parte de dentro.

Miro la puerta con fijeza. Eso no ha estado bien. Al otro lado hay gente que chilla. Oigo la voz de Drake y la de una mujer que le contesta a gritos. No sé qué hacer. No soy capaz de pensar ni sentir nada, así que me quedo exactamente donde estoy y espero.

Cuando la puerta vuelve a abrirse, quien está plantada ahí de pie es una mujer muy guapa.

—Hola —me dice.

Por el acento, parece americana. Tiene el pelo largo y liso y aspecto de bailarina.

La miro, pero me he quedado sin voz y soy incapaz de contestar.

—¿Te gustaría pasar? —pregunta.

Desde algún lugar detrás de ella, me llega la voz de Drake.

—¡No va a pasar! Es una acosadora.

La mujer me coge del brazo y me conduce al interior de la casa.

—Vamos, entra y cuéntanos qué está pasando. —Se vuelve hacia Drake—.

No es ninguna amenaza, tonto. Mírala. No puedes cerrarle la puerta en las narices, Drake. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Drake no me mira. Lleva sus gafas de montura gruesa. Tiene el pelo un

poco más largo y revuelto que cuando me besó en la playa. Lleva vaqueros y una camiseta azul marino, y tiene los brazos más musculosos que en la imagen de mi cabeza.

—Está loca —suelta.

Trato de fingir que no ha dicho eso. Intento entender cómo pueden haberse torcido tanto las cosas. He hecho lo que venía a hacer. He encontrado a Drake. Me recuerdo que me besó y que me escribió palabras increíbles que todavía tengo en la cabeza. No comprendo por qué está siendo tan desagradable.

—Drake —le digo. He entrado en la casa. La mujer cierra la puerta detrás de mí y estamos en un pequeño vestíbulo con dos abrigos enormes en un colgador. Se está calentito—. Quería venir en tu busca porque... —Inspiro profundamente. Esto es lo más importante que he hecho en mi vida—: Porque te quiero y tú me quieres a mí. Me besaste en la playa. Lo recuerdo. Tú me hiciste recordar. Tú lo hiciste posible. Y ahora veo que...

Pero no acabo la frase porque no sé qué decir. Con un gesto de la mano, le hago saber que veo a una mujer muy guapa de pie junto a mí. Me llevo una mano a mi piel imperfecta.

—Flora.

Observo su cara. Lo miro a los ojos y me empapo de él. Él también me mira a los ojos durante una fracción de segundo, pero luego aparta la vista.

—Flora —repite.

Parece incómodo. Trato de mirarlo a los ojos, pero me resulta imposible porque él no para de mirar en otras direcciones, evitando mi cara.

—Oye, me había medio enterado de que estabas en la ciudad. El camarero de la cafetería me dijo que una chica andaba buscándome por ahí, y cuando la describió, con el pelo rubio y un montón de cosas escritas en las manos... Bueno, pensé que podías ser tú. Pero en realidad ni se me pasó por la cabeza que pudieras ser tú de verdad, ¿sabes? No podías ser tú, Flora Banks. No podías ser la amiga de Paige. —Hace una mueca—. ¿Sabes tus padres que estás aquí?

—Sí. Drake, he venido a buscarte porque te quiero.

—Sí, eso ya lo has dicho. Pero... Mira, Flora, no tengo ni idea de qué crees que está pasando.

—Me besaste en la playa y me escribiste unos correos electrónicos preciosos.

Me mira a los ojos durante unos segundos. Abre la boca. La cierra otra vez, se da la vuelta y se aleja un par de pasos. Me vuelvo hacia la mujer. Nadia.

—No te preocupes, Nadia —le digo. Me sale una voz rara porque no sé cómo comportarme. Necesito decir las cosas lo más rápido posible, mientras aún las tenga en la cabeza, porque creo que las cosas me desaparecen de la cabeza—. Eso pasó antes de que él te conociera. Antes de que viniera aquí. Cuando iba a marcharse de Penzance le hicieron una fiesta, y después de esa fiesta yo estaba en la playa y vino a sentarse a mi lado y nos besamos. Dijo cosas maravillosas. Me dio esta piedra. —La saco del bolsillo de mi abrigo, donde siempre está, y se la muestro a ambos—. Esta piedra negra.

Sé que la segunda también está ahí, pero éste no es un buen momento para dársela a Drake. Lo haré cuando todo se haya resuelto.

—Flora —dice Drake—, yo no te di esa piedra. Esa piedra estaba en mi habitación. Entraste en mi habitación de Penzance y la cogiste. Yo no te di ninguna piedra. Pero tú sí que entraste en mi habitación y te llevaste un montón de cosas mías. Me lo ha contado mi tía Kate. Se suponía que Paige iría a recogerlo todo, pero no lo hizo.

Niego con la cabeza y descarto esas palabras tan equivocadas que está pronunciando Drake.

—Luego él se marchó para venir aquí, pero me escribió un correo electrónico. Le contesté y después intercambiamos montones de correos. Fue increíble. Nunca me había pasado nada parecido.

Dejo de mirar a Nadia para volverme hacia Drake.

—Me dijiste unas cosas preciosas. Me hiciste sentir normal. O mejor que normal: me hiciste sentir... viva. Viva y diferente de una forma maravillosa, no porque fuera rara. Y me acuerdo de que nos besamos. Tú me hiciste recordar.

—Flora...

—Y luego me preguntaste si podía venir aquí. Lo sé porque acabo de releer todos los correos ahora mismo, y aún los tengo en la cabeza. No puedes decirme que no existen porque los tengo justo aquí. Y he venido hasta aquí porque tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida, porque aún me acuerdo de que te besé en la playa. Lo recuerdo. Eso es lo único que no desaparece de mi memoria.

»Y eso es así porque tú eres la única persona que me ha querido tal como soy, que no ha tratado de convertirme en alguien corriente, que no ha creído

que ser una persona corriente sería lo mejor para mí. Bueno, tú y mi hermano Jacob. Todos los demás me mienten. Tenía que encontrarte. Mira... llevo tu nombre en el brazo.

Me arremango para mostrárselo.

Drake hace un gesto de dolor. Nadia abre los ojos como platos.

Ella aparta a Drake y me pasa un brazo por los hombros.

—Ven, Flora, siéntate —dice.

Su inglés suena americano, pero es rusa. Ella es Nadia, la científica rusa. Me acuerdo de las palabras de Henny.

Caigo en la cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas me surcan las mejillas. Me toco la cara. No la tengo tan llena de bultitos como esperaba.

La sala de estar es cálida y acogedora. Las paredes están pintadas de un rojo oscuro, y el sofá y las butacas son mullidos y están llenos de cojines. Hay una alfombra en el suelo, y dos radiadores grandes. En un rincón, descansa un escritorio con un ordenador y un montón de papeles al lado. Se oye música de fondo, una melodía suave cantada por un hombre de voz grave y un poco ronca.

Nadia me conduce hasta el sofá y me hace sentar en él.

—Vamos, Drake —dice—. Por el amor de Dios, esta chica ha venido hasta aquí para encontrarte. Se ha grabado tu nombre en el brazo. Tienes que tomar cartas en este asunto.

—Pero, Nadia —contesta él en voz baja, como si así pudiera impedir que yo lo oiga—. No tengo ni la más mínima idea de qué está diciendo. Es la amiga de Paige, la que no tiene memoria. Ya te he hablado de ella. Sus padres tratan de retenerla en casa, y sí, le mienten, en eso tiene razón.

No puedo hablar, al parecer porque lloro demasiado para ser capaz de hacerlo.

—Bueno, pues si la retienen en casa, diría que no están haciéndolo muy bien. —Se vuelve hacia mí—. ¿A quién podemos llamar? —Me pone una mano en el hombro—. Te traeré algo de beber. Tú relájate, no pasa nada. Estarás bien. Drake, por el amor de Dios, habla con ella. No está bien, pero no me parece peligrosa, precisamente. Sé amable con ella. Es muy joven. No puedo creer que hayas sido capaz de darle con la puerta en las narices y de dejarla en medio de la nieve.

Mientras Nadia va a la cocina, Drake se sienta a mi lado en el sofá. Me da unas palmaditas vacilantes en el hombro, así que me apoyo en su pecho y

sigu llorando y llorando y llorando. Noto que el tejido de su camiseta se va empapando de lágrimas y mocos, pero no puedo parar. Su olor es exactamente como lo recuerdo.

—Flora —dice cuando hago una pausa para recobrar el aliento—. Flora, hablemos un momento de todo esto. ¿Puedes calmarte un poco para que podamos hablar?

Haciendo un esfuerzo enorme, me contengo y paro de llorar. Respiro hondo, temblorosa. Tengo ganas de alejarme, de desaparecer en mi propio interior, de volverme una niña de tres años, o de siete, de despertar en un tiempo y un lugar distintos, pero hago un esfuerzo y me quedo donde estoy. No me elevo hacia el techo. Esto es importante.

Estoy con Drake. Sólo tengo que decir las palabras adecuadas en el orden adecuado y todo será perfecto.

—Flora, no sé qué crees que ocurrió entre nosotros, pero en realidad no pasó. Tú eras la amiga de Paige, pero nada más. Nunca te he besado en ninguna playa, Flora. Nunca te he pedido que vinieras aquí.

Clavo la mirada en sus ojos oscuros. Un mechón de pelo le cae sobre la cara. Se ha liberado de mí y se ha apartado un poco en el sofá, de forma que ya no nos tocamos. Ojalá me abrazara, pero sé que eso no va a pasar.

Me besó en la playa. Sí que lo hizo. No pienso dejar que se salga con la suya. Sé que me besó porque lo recuerdo.

—Sí me besaste. Yo estaba allí sentada y tú apareciste. Me dijiste cosas bonitas. Paige lo sabe, por eso ya no me habla.

—Ya. —Exhala un profundo suspiro—. Sí, ahí es donde la cosa se complica. Madre mía. Lo último que esperaba es que todo esto me siguiera hasta aquí. Mira, Paige me escribió una serie de correos furibundos cuando me vine aquí. Me acusaba de haberme acostado contigo. Me decía que estaba al corriente de todo. Me llamaba de todo por haberme liado con alguien tan vulnerable como tú, por destrozar vuestra amistad, por haber sido un cabrón egoísta. Esa clase de cosas.

»La verdad es que tiene derecho a estar enfadada conmigo. Aquella noche sí fui a la playa de Penzance y besé a una chica. No estaba en mi mejor momento. Besé a Lily. Es una amiga de mi primo que estaba en la fiesta. Ella andaba por ahí y yo estaba borracho y a punto de marcharme de Cornwall para siempre, así que... Bueno, una cosa llevó a la otra, y a veces soy un idiota y no muy buena persona. Iba a marcharme y al final me encontré

sentado en la playa con ella, era mi última noche en Cornualles y... Bueno, sí, la besé. Pero era Lily, Flora. No eras tú. Entonces me volví y tú estabas ahí, asomada a la barandilla, mirándonos. Supe que se lo contarías a Paige.

Miente. Sé que está mintiendo. Su cara me lo dice.

—Lo que no se me ocurrió pensar fue que le contarías a Paige que te había besado a ti. Siento que esto te haya confundido tanto y que creas recordarlo, ¿vale? Lo siento muchísimo.

Nadia está de pie ante nosotros. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí. Cuando la miro, me tiende un vaso con un líquido oscuro.

—Tómatalo —dice—. Es brandi. Lamento que te sientas así. Creo que eres muy valiente y que Drake es un imbécil.

—Está mintiendo. Sé que me besó, lo recuerdo. Y también me acuerdo de las cosas que me dijo. —No puedo repetirlas porque me siento humillada. Cojo aire—. Y luego están todos esos correos que me envió. Me escribió unos correos electrónicos preciosos. En ellos era un Drake distinto del que está siendo ahora. —Lo miro—. Completamente distinto. Sé que me los escribió porque los he leído todos esta mañana.

—Te juro que yo no te he mandado ningún correo. No te he mandado un solo correo electrónico en toda mi vida. —Mira a Nadia y añade—: Es cierto. Hablo en serio.

—Te envié un mensaje de texto.

Lo he visto en mi móvil hace una hora. Sé que le he enviado un mensaje.

—No podías tener mi número de aquí. Mi antiguo número inglés ya no funciona. Si me has mandado un mensaje, no lo he recibido.

Nadia va perfectamente maquillada y lleva unos vaqueros ajustados y un jersey negro tachonado con puntitos brillantes. No parece alguien que viva en una cabaña remota en el lugar frío.

Tiendo una mano para coger mi bolso.

—Tengo los correos aquí mismo.

Cuando hurgo en el bolso, sé que hay muchas probabilidades de que haya hecho algo diferente con esos papeles, de que los haya sacado para enseñárselos a Henny o los haya arrojado al mar helado. Sin embargo, siguen ahí.

—Mirad.

No sé muy bien a quién tenderle el fajo de papeles. Al final, se los doy a Drake porque son suyos. Nadia se sienta en el minúsculo espacio que queda

al otro lado de Drake en el sofá, así que me muevo para hacer sitio. Aun así, Drake no ocupa el espacio que he dejado libre, de modo que Nadia se levanta para ocuparlo ella.

Mi Drake, el amor de mi vida, no me quiere cerca de él.

Drake lee por encima sus propias palabras, con pinta de sentirse incómodo; luego le pasa el montón de papeles a Nadia, se levanta y empieza a pasearse con nerviosismo por la habitación. Ya no sé qué pensar. No tengo ni idea de si había una chica llamada Lily en la fiesta, o de si Drake se está inventando lo que dice porque sabe que nadie en el mundo entero me creería a mí antes que a él.

Nadia está leyendo hasta la última palabra.

Drake enciende el ordenador.

—Oye —dice Drake—, esa dirección de correo electrónico que aparece ahí no es mía. Esos mensajes se han enviado desde DrakeAndreasson@hotmail.com. Mi dirección de correo... —me mira sólo un instante— es de Google. Yo diría que ya nadie utiliza Hotmail, ¿no?

—Es cierto —me dice Nadia con suavidad—. Ésta no es la dirección de correo habitual de Drake, pero... —le dirige una mirada intensa—, pero es posible que tenga una que yo no conozco. Drake, si escribiste esos mensajes, no pasa nada. De verdad que no me importa. Lo que sí me preocupa es que estés volviendo loca a una chica enferma. Eso sí que me importaría, y mucho.

—Yo no los he escrito. Venga, sabes muy bien que no he estado nunca en las antenas, ¿no? Yo no he escrito ni una sola palabra de esos mensajes.

—Entonces ¿quién lo hizo? —exijo saber. Apuro de un trago el brandi que Nadia me ha puesto en la mano y me levanto. Estoy furiosa—. Míralos. Existen. He venido hasta aquí, a este sitio frío, por estos mensajes. Lo son todo para mí. Han cambiado mi universo. He venido hasta aquí para encontrarte. Me dijiste: «Si estuvieras aquí, las cosas serían distintas.» Bien, ahora estoy aquí. Ya sé que no quieres verme, pero no puedes seguir mintiéndome a la cara de esa forma. Todos me mienten, excepto Jacob, y eso se va a acabar. Esos mensajes son reales. Mira, puedo demostrártelo. Te los enseñaré en mi cuenta de correo, en mi bandeja de entrada.

Se aparta del ordenador y me acerco impulsada por la ira más absoluta. Me tiemblan los dedos. Me siento en la silla, que es un modelo especial sin

respaldo.

Estoy en el techo, observándome. Mis dedos aporrean el teclado. Nadia se planta detrás de mí, y Drake la sigue. Él tiende una mano para coger la de ella, pero Nadia se aparta. No está muy simpática con él.

Drake mira la pantalla. Se queda perplejo.

Nadia mira la pantalla. Se queda perpleja.

Estoy de nuevo en mi cuerpo, y también miro la pantalla. Procuero con todas mis fuerzas no quedarme perpleja como ellos.

—Mirad —digo, aunque sé que hay algo que no encaja en absoluto. Capto el temblor de mi voz—. Mirad, ahí están. Los mensajes. Justo ahí.

Estoy viendo la carpeta de entrada en la pantalla, pero todos los mensajes que hay en ella son de Flora Banks. Ésta no puede ser la carpeta de entrada de mi cuenta de correo. He hecho algo mal.

Miro hacia la parte superior de la pantalla. Esta cuenta de correo pertenece a DrakeAndreasson@hotmail.com. Éstos son los mensajes de nuestra correspondencia, todos ellos.

—Tienes esta cuenta en tu ordenador —digo, pero soy incapaz de añadir más.

—Flora —dice Drake. Está enfadado—, eres tú quien ha entrado en ella. Lo has hecho tú. Tú eres quien ha escrito los mensajes. Tú has creado todo esto. Y luego has venido aquí. Me has estado acosando, cuando nunca deberían haberte permitido salir de tu casa. Jamás. Voy a llamar a la policía ahora mismo para que vengan y te lleven a casa. Eres...

Se interrumpe y suelta un bufido.

Miro fijamente la pantalla. Mis dedos acaban de hacer esto. Me han hecho entrar directamente en la cuenta de correo de Drake. Trato de que se me ocurra otra explicación. Estaba ahí, en la pantalla. Drake ha iniciado la sesión para intentar eliminarlo todo mientras Nadia leía los correos impresos.

Yo he escrito los mensajes.

Pero no puedo haberlos escrito. Yo los recibí. No puedo haberlos escrito también.

—¡Basta ya, Drake! —exclama Nadia—. Tendrías que oírte, por el amor de Dios. Esta chica no está bien. Necesita ayuda. Necesita que cuidemos de ella. Pero es cierto, deberíamos llamar a la policía, porque ellos nos ayudarán

a ayudarla.

—No —replico. Me he puesto de pie—. No llaméis a nadie. No hagáis nada. Olvidadlo, olvidad todo esto. Me marchó.

Levanto mi abrigo de una silla y salgo corriendo de la casa. Ninguno de los dos se esfuerza mucho en impedírmelo.

—No eres más que un... —le está diciendo Nadia cuando me voy.

Ella sigue hablando, pero yo he echado a correr.

No puedo volver por donde he venido, de modo que tomo la dirección contraria. Las dos barquitas están delante de mí, en la orilla, pero yo empiezo a ascender por la ladera que hay detrás de la cabaña. Luce el sol. La pendiente se vuelve cada vez más escarpada. Entre la nieve asoman pequeñas rocas. A cierta distancia, algo que parece un zorro se aleja corriendo de mí.

Estoy en lo alto de una montaña, y aunque sé que he hecho algo terrible, no tengo la menor idea de qué es.

Lo sabía hace un minuto o una hora, pero se me ha ido de la cabeza y no he tenido tiempo de ponerlo por escrito, así que se ha perdido. Sé que debo permanecer alejada, pero no sé de qué me escondo.

Estoy de pie en la cumbre de una montaña, en un lugar helado y de increíble belleza. Muy abajo, a un lado, hay una extensión de agua con dos barcas de remo fuera, en la orilla. Al otro lado no hay nada; las montañas se extienden hasta donde alcanza la vista. El cielo es de un azul muy intenso y el sol, deslumbrante. En el suelo hay una ligera capa de nieve, pero yo tengo calor porque llevo un gran abrigo de pieles. Es un paraje radiante, nevado. No puede ser real. Estoy en algún sitio dentro de mi propia cabeza, ocultándome.

Cuando vuelvo a mirar, distingo una cabaña allá abajo, cerca de las barcas: me he alejado de ella, ladera arriba, huyendo de lo que sea que haya dentro. No debería estar sola aquí fuera porque sé que hay algo peligroso.

Pero prefiero correr riesgos en este hábitat desconocido que enfrentarme a lo que hay en la cabaña.

Como aquí no hay árboles, debo superar la cumbre para poder esconderme. En cuanto la haya dejado atrás, me encontraré en un paisaje agreste. Sólo estaremos yo, las montañas, las rocas y la nieve. Me quedo de pie en la cima y me saco dos piedras lisas del bolsillo del abrigo. No sé por qué lo hago,

pero sí sé que es primordial. Son negras y me caben las dos juntas en la palma de la mano. Arrojo las piedras, una a una, con todas mis fuerzas y lo más lejos que puedo. Desaparecen entre las rocas cubiertas de nieve, y eso me deja satisfecha.

No tardaré en desaparecer. Encontraré un sitio donde esconderme y no me moveré de allí hasta que recuerde qué he hecho. No me importa cuánto tiempo me cueste. Es probable que me quede aquí, en este lugar helado, durante el resto de mi vida.

—¡Flora!

Alguien me llama a lo lejos. Lo oigo sólo a medias. No sé quién es ni qué hace; lo que sí sé es que no quiero verlo.

Quiero desaparecer, descender en picado a través del tiempo y el espacio. Quiero elevarme en el cielo y dejar mi cuerpo atrás.

Eso ya lo he hecho. Estoy sola, en el lugar frío. Esto no es real. Nada de todo lo ocurrido es real. Puedo quedarme aquí, sentada en la nieve de este sitio helado y de cielos azules, para siempre.

Besé a un chico en la playa. Me subo la manga. Me grabé su nombre en el brazo. No quiero ver más esas letras, así que cojo un puñado de nieve y froto la palabra con ella para hacerla desaparecer.

Cuando alguien se sienta a mi lado, no me vuelvo para mirarlo.

—¡Aquí estás! Madre mía.

Es un hombre al que no conozco. Es un hombre que no es Drake. Éste tiene pelo en la cara y en la cabeza, y me aparto un poco de él. He hecho que venga un asesino para acabar con esta parte de mí que está sentada en la nieve.

—Eh —dice mi verdugo—. Vamos, levántate. Todo el mundo ha salido en tu busca.

Se pone en pie y grita algo ladera abajo en una lengua extraña. Tiende una mano para ayudarme, pero no la acepto. Mira a nuestro alrededor y luego se sienta a mi lado y me pone una mano sobre la manga del abrigo. Tiene un lunar marrón en la cara. Para ser un asesino, es muy delicado.

—Venga, Flora. No puedes quedarte sentada aquí fuera, no es seguro. No quieres morir, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Está bien, de acuerdo. A lo mejor sí que quieres, pero yo no, y tampoco

las demás personas que andan buscándote. Vamos, tenemos que ponernos a cubierto.

No me muevo.

—¿Te acuerdas de mí?

—No.

Fingir no tiene sentido.

—Soy Toby. Te he servido montones de cafés, aunque no suelo hacértelos pagar. Te he visto cada uno de los últimos cuatro días.

Niego con la cabeza.

—Me quedo aquí.

—Bebiste demasiado, y es culpa nuestra, mía y de Agi. Pero no es razón para que hagas esto. Tu vida es complicada. Te dejaste llevar por las emociones; le pasa a todo el mundo, constantemente. Busquemos refugio en algún sitio y hablemos. Hay gente que se preocupa por ti.

Este hombre tiene un rostro agradable y me está diciendo cosas bonitas, pero no quiero que esté aquí.

—Diles que se marchen.

—No lo harán. Escúchame, Flora, tienes que resguardarte en algún sitio, porque aquí fuera corres peligro, como todos los que te están buscando.

—No quiero.

—Pues vas a hacerlo. —El tipo vuelve a mirar a nuestro alrededor, sin duda esperando que aparezca alguien para ayudarlo—. Mira, si tengo que hacerlo, te llevaré en brazos y ya está. Aquí fuera hay osos. Circulan historias terribles. Si no vienes por las buenas, te llevaré yo.

—No soy una niña pequeña.

Sí soy una niña pequeña. Lo he sido toda mi vida. La gente coge a los niños en brazos y se los lleva cuando se niegan a hacer lo que les mandan. Yo tengo diecisiete años, pero voy hacia atrás, me hago cada vez más pequeña. No tardaré en dejar de existir del todo.

—Siempre me has parecido increíble, Flora. Desde el primer momento en que te vi supe que eras diferente. Conseguiste llegar hasta Spitsbergen en busca de ese chico. No parabas de hablarme de él, de contarme cómo te había hecho recordar y de decirme que tenías que encontrarlo deprisa, antes de que llegaran tus padres. Eres una persona que consigue lo que se propone. Has encontrado al chico. No puedes rendirte ahora. Tienes amnesia, pero estás viva. Puedes vivir tu vida.

Esas palabras ya me las ha dicho alguien más.

—No puedo. Me he rendido. Por favor, vete.

—Es peligroso estar aquí fuera, Flora. Tengo una pistola.

—¿Vas a dispararme?

—No. La llevo porque estamos en el territorio de los osos.

—¿Has disparado alguna vez a un oso polar?

—No. Tuve que aprender a usar un arma para poder hacer esquí de fondo.

Pero a veces pasan cosas terribles, y nunca debes salir así, sola y desprotegida. En invierno es peor porque no se ve nada. ¿Eres capaz de imaginarte el invierno aquí?

—Esto tiene que ser el invierno. Hace frío.

Sonríe.

—Estamos en pleno verano. Ya sabes que nunca oscurece, ¿no?

—Pensaba que era cosa de mi imaginación.

—En verano nunca oscurece. En invierno nunca hay luz. Te lo prometo, está tan oscuro como si fuera de noche desde noviembre hasta finales de enero, cuando el sol empieza a asomar. En marzo, los primeros rayos de sol como es debido llegan a la ciudad, y es momento de celebraciones. Es mucho más fácil ser feliz en verano. No vengas en invierno.

Me estremezco.

—No pienso hacerlo.

Saco el bolígrafo, me subo todo lo que puedo las muchas mangas que llevo y me escribo en el brazo con trazo grueso: *NO VAYAS A LAS SVALBARD EN INVIERNO*. Se convertirá en una de mis normas.

El tipo señala hacia atrás con la cabeza.

—Bueno, ahora tendríamos que volver.

Niego con la cabeza. Trato de decir «no puedo», pero resulta que soy incapaz de hablar. Me rodea los hombros con un brazo, y como me sorprende que sea un ser humano calentito y real, me apoyo en él. Me obligo a parar de llorar antes siquiera de haber empezado.

—Soy una inútil —susurro—. No sirvo para nada. En realidad, no soy una persona, porque no sé qué está pasando. No tengo ni idea de qué hago aquí. Besé a Drake en una playa.

Lo miro para que corrobore lo que he dicho. Me acuerdo de que besé a Drake en la playa, y por algún motivo eso me ha hecho venir sola hasta aquí, hasta la nieve.

El sol me deslumbra. Me da de lleno en los ojos. Dirijo la vista al frente porque no puedo mirar a este extraño a los ojos mientras digo estas cosas. No me importa a quién se las diga, sólo necesito pronunciar las palabras.

—No soy humana. Me limito a existir, como un animal.

—Bueno, perdona que te lo suelte así, pero... —contesta el hombre con su tono cauteloso— me parece que lo que estás diciendo es una chorrada. ¿Acaso crees que los demás no sentimos lo mismo? ¿Que estamos locos, que no somos personas reales, que no existimos? Pues sí, todo el mundo se siente así de vez en cuando. Yo me acuerdo de que hablé contigo cuando perdiste el bolso. ¿Y qué? Tú no te acuerdas, y probablemente sea lo mejor. Eso no hace que yo sea mejor que tú. Para ti soy un extraño, pero te diré qué veo yo.

»Veo a una chica que ha sufrido una lesión terrible en el cerebro. Alguien a quien sus padres, por lo visto, tienen encerrada para mantenerla a salvo. Pero ahí dentro hay una verdadera personalidad, una viajera, y el recuerdo de ese tal Drake la ha hecho pasar a la acción. Creo, Flora, que no has venido hasta aquí para encontrar a Drake, sino para encontrarte a ti misma. No ha sido por Drake, que al fin y al cabo es un héroe romántico bastante improbable, sino por ti. ¿No habrás venido porque lo oíste hablar del lugar al que se dirigía y te pareció atractivo?

»Yo soy de Oslo, y las Svalbard me atraían mucho, aunque en realidad no soy uno de esos aventureros duros dispuestos a todo. Al igual que tú, tenía que venir. Algunos estamos hechos para estar aquí. Necesitamos este sitio. — Hace un gesto amplio con el brazo para abarcar el horizonte escarpado, las rocas, la nieve, el paisaje agreste e interminable—. Necesitamos ser pequeñas motas en esta naturaleza indómita, junto al Polo Norte. El sol de medianoche, los mediodías en penumbra, la aurora boreal... Todo eso te atraía, Flora, y viniste. Venciste todas las dificultades y llegaste hasta aquí tú sola. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida.

Lo miro.

—Sólo pretendes ser amable conmigo.

—Lo digo en serio. Te respeto. Eres mejor que esos a quienes llamas personas «normales», porque tú tienes mucho que superar, y lo has hecho. Pero ahora, por favor, levántate y camina conmigo muy despacio de vuelta a la cabaña, porque hay un oso polar a dos montes de nosotros, y corren muy rápido. Debemos irnos de inmediato.

Llegamos ante la puerta, y el hombre que no sé cómo se llama (o eso creo) me empuja al interior y luego se da la vuelta dispuesto a subir de nuevo la ladera. Es más valiente de lo que parece, este hombre de la barba y los cafés.

—Es la casa de Drake —dice—. Quédate ahí dentro. Éramos seis personas ahí fuera buscándote, y hay un oso. Creo que es una madre con oseznos, lo que significa que tendrá una actitud protectora. Espera aquí, junto a la puerta. Cada vez que vuelva alguien, asegúrate de que la puerta quede bien cerrada cuando hayan entrado. Quedan cinco personas en la montaña. Iré en su busca para decirles que ya estás a salvo.

Me quedo de pie dentro de esta casa, paralizada. Ha dicho que es «la casa de Drake». ¿Significa eso que él está aquí? Si un oso mata a alguien porque estaba buscándome, me iré a por el animal y dejaré que me coma también. Si le pegan un tiro al oso, será culpa mía. Ese animal no está haciendo nada malo. Sólo está siendo un oso.

Espero no haber provocado la muerte de nadie con mis estupideces, pero es posible que lo haya hecho. El mero hecho de pensar que no me enteraría si así fuera me hiela la sangre. Si ese oso hace pedazos a alguien por mi culpa, lo olvidaré y seguiré adelante como si nada, y nadie me lo contará jamás.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abre de par en par y entran dos mujeres. Las miro fijamente. No las conozco.

Una de ellas, que parece una bailarina de ballet, mete un rifle con cautela en un armario de metal que hay justo detrás de la puerta y lo cierra con llave.

—¡Flora, estás aquí! —dice la otra, la que lleva gafas. Me da un abrazo—. Oh, gracias a Dios, Flora. Qué maravilla. Ay, Flora. Siento que te dejáramos beber cerveza.

Se supone que la conozco, pero no es así.

—Hay un oso —digo.

—Sí —contesta la otra mujer—. Siéntate. Todo va bien, Toby y los demás saben lo que se hacen. Él conseguirá que todos vuelvan a salvo, te lo prometo... Es más duro de lo que parece.

Se la ve nerviosa.

Me siento en el suelo junto a la puerta. Quiero ver cómo vuelve a la gente. La mujer de las gafas se sienta a mi lado y me coge la mano.

—Soy yo —dice—. Agi. Tu amiga.

Agi. Trato de grabarme su nombre en la cabeza.

El siguiente en entrar por la puerta es Drake. El corazón me da un vuelco al

verlo: es mi Drake. Lo besé en la playa. Lo quiero. Con él viene otra mujer, una señora mayor, pero yo sólo veo al chico al que amo.

Éste es Drake. Me pongo en pie y me tambaleo. ¡Drake! He venido hasta las Svalbard para verlo, y aquí está. Echo a andar hacia él, apenas soy capaz de respirar. Él curará mi mente y hará que todo vaya mejor.

—¡Drake! —susurro.

Me mira, y advierto que me tiene miedo. Ha pasado algo.

—Drake —repito.

Incómodo, me coge del brazo para llevarme a otra habitación. Hay una alfombra en el suelo y un bonito sofá. Me sienta en él. La mujer que parece una bailarina sale de la habitación.

—Flora —dice Drake—. No lo recuerdas, ¿verdad?

Niego con la cabeza. No lo recuerdo.

—Me besaste en la playa —digo—. De eso sí me acuerdo.

—No te besé en la playa. Crees recordar eso, pero no es así. Estás convencida de que yo escribí esos correos, pero no lo hice. Los escribiste tú misma. Todo salió de tu cabeza. Lo siento, Flora. Me alegro de que estés a salvo.

No lo miro. No puedo. Emito un ligero murmullo gutural y trato de apartarme.

—Me siento fatal por todo esto —continúa él—. Hace un rato, cuando has llegado, no me he portado nada bien contigo. Lo siento. Después has salido corriendo, y al ver que no habías cogido la barca, hemos tenido que llamar a Henny para que mandara gente en tu busca. Pensaba que te habíamos perdido para siempre. Y habría sido culpa mía. Me alegro de que estés bien.

No soporto el sonido de su voz. En mi cabeza se ha accionado un interruptor y ya no estoy enamorada de él. Ahora ya no soy capaz de imaginarlo. No lo quiero. No lo conozco. Es un extraño, y no tengo nada que decirle. No lo besé en una playa. No tengo el menor deseo de besar a este chico, y él tampoco querría besarme a mí.

Voy a echar de menos tener sentimientos. Echaré de menos creer que tenía un recuerdo real. No echaré de menos a Drake, porque este chico no es el Drake de mi cabeza. Me lo inventé... Me inventé hasta el último detalle.

—No pasa nada —digo. Me froto el interior del brazo, donde sé que tengo su nombre grabado en la piel—. De verdad.

—¿Seguro?

—Seguro. Tenía dos piedras. Las he tirado.

—Yo solía recoger piedras con formas bonitas en Penzance. Las encontraba por ahí. Por eso tenías esas dos. Las cogiste de casa de mi tía Kate.

—¿Tú no me diste una?

—No. Fuiste a casa de Kate y Jon. Ellos me lo contaron. Tenías pensado volver para recoger todas mis cosas, pero supongo que lo que hiciste fue venir aquí.

—¿Fui a casa de tus tíos?

—Ajá.

—Vaya.

Me alegro de haber tirado esas piedras. Nada es como yo pensaba.

La mujer que parece una bailarina es una científica rusa que se llama Nadia, y ésta es su casa. Prepara café para todos, y luego reparte una bebida cálida y oscura que según Agi es brandi. Me bebo todo lo que me ponen delante. Drake desaparece en otra habitación, y me alegro. Creía conocerlo, pero en realidad es un extraño.

Voy a tener que escribirme una nota muy larga sobre esto para no ponerme en ridículo una y otra vez. Es vital que recuerde que he de dejar de buscar a Drake. Tengo que apuntarlo urgentemente en mi cuaderno. Miro a mi alrededor por si veo mi bolso. Está en el rincón. Corro a cogerlo y vuelvo a sentarme en el sofá.

—¿Cuánto hace que conoces a Drake? —le pregunto a Nadia como si el tiempo significara algo.

Se encoge de hombros.

—Un par de semanas. Aquí arriba las cosas funcionan de otra manera. Suele quedarse a dormir, pero no es exactamente...

Parece que vaya a seguir hablando, pero al final se interrumpe, y la verdad es que yo no quiero saber más.

Nos quedamos todos sentados en silencio. Todavía hay alguien ahí fuera, con ese hombre llamado Toby que prepara cafés, sabe disparar a los osos y ha sido más amable conmigo que cualquier otra persona salvo Jacob, y ni siquiera sé quién es. Me siento como si toda la gente que he conocido en el Ártico estuviera ya en esta habitación.

Cierro los ojos con fuerza. Quiero abandonar mi cuerpo, alejarme flotando y volver a esa cumbre para contemplar al oso, a la gente, a Toby con su arma. Confío en que el oso no tenga que morir. Lo intento una y otra vez, pero aquí sigo, atrapada en este cuerpo, apagada. Saco un cuaderno y un bolígrafo del bolso y escribo: *NO BESÉ A DRAKE EN UNA PLAYA Y ÉL NO ME ESCRIBIÓ NINGÚN CORREO ELECTRÓNICO*. No puedo olvidarlo. Luego empiezo a releer mis notas más recientes.

Suena un disparo en el exterior. Retumba y reverbera. Me sobresalto y dejo caer el cuaderno. Todos se ponen tensos. Lo noto, pero no miro a nadie porque no quiero verles las caras.

Me llevo las rodillas a la barbilla y apoyo la cabeza en ellas. La nieve estará manchada de sangre. Por mi culpa han disparado a un oso que vivía en su hábitat natural, que ha olido comida y ha ido a por ella. Quiero desaparecer. Quiero volver a salir a la nieve, que es adonde pertenezco. Quiero encontrar el cuerpo del oso. Toby ha dicho que era una madre con oseznos. Me pregunto qué les pasará ahora a los oseznos.

La puerta se abre de par en par. Dos hombres se precipitan al interior de la casa y después cierran de un portazo.

—¡Mirad! —exclama Nadia desde la sala de estar, y como aquí ya está todo el mundo y noto algo en el tono de su voz, corro a comprobar qué es lo que ha visto.

A través de la ventana, vemos un oso polar que se aleja tranquilamente de la casa, de vuelta a la naturaleza. Lo siguen dos pequeños oseznos.

El pelaje del animal es de un blanco amarillento. Su cuerpo se balancea de un lado a otro mientras camina. Es una hembra enorme y aterradora. Avanza con calma sobre sus patas gruesas y sus garras gigantescas. Las crías la siguen de cerca.

Me vuelvo para mirar a Toby.

—¿Había más?

—Sólo éste. —Sonríe—. Estos tres. He asustado a la madre. La cosa ha ido más por los pelos de lo que me habría gustado.

Me echo a llorar y lo abrazo. Él me acaricia el pelo y me aparta un poco.

—Hay alguien aquí que quiere verte.

Me da la vuelta para que quede de cara a un hombre al que reconozco.

—«Entran, perseguidos por un oso» —declama ese otro hombre.

Lleva un anorak cuya cremallera acaba de bajar, y debajo, un jersey de colores tejido a mano. Tiene todo el pelo de punta. Lo he visto montones de veces, pero nunca aquí. Nunca ha estado en el sitio frío.

No puedo creer que sea él. No me atrevo a pronunciar la palabra. Me miro las manos. Me arremango para examinarme ambos brazos. En la cara interior del derecho, con letra temblorosa, he escrito: *Papá está en camino*.

Lo miro. La palabra no parece estar fuera de lugar.

—¿Papá? —pregunto.

Conozco a mi padre. Siempre he reconocido a mi padre. Claro que lo reconozco.

Asiente con la cabeza. Es obvio que es papá. Lo conozco. De toda la vida. Me arrojo a sus brazos y confío en que me abrace para siempre.

Nos sentamos en el sofá y me acurruco contra él.

—¿Jacob es real?

Tengo que saberlo. Si me he inventado los correos electrónicos de Drake, debo de haber hecho lo mismo con los de Jacob. Acabo de leer algo sobre mi hermano en mi cuaderno. Apareció, escribiéndome, justo cuando yo quería que lo hiciera. Drake me escribió mensajes maravillosos en los que me decía exactamente lo que yo quería oír. Cuando dejó de escribirme, Jacob ocupó su lugar para enviarme ánimos, respuestas y apoyo desde la distancia. Ojalá los correos de Jacob fueran reales, pero sé que no lo son.

—¿Jacob? —Mi padre me mira, se toma en serio lo que le pregunto—. Sí, Flora. Sí, Jacob es real. Es tu hermano. Tiene veinticuatro años y está en París. Me temo que no estará con nosotros mucho más tiempo. He tenido que despedirme de él antes de venir aquí.

—Pero... ¿escribiría él esta clase de cosas? —Agarro el bolso y hurgo en él en busca de mi móvil. Encuentro el correo de Jacob y se lo planto delante a mi padre—. Como esto. ¿Habría escrito él algo así? ¿Te parece algo propio de él? ¿Lo ha escrito él, no yo?

Observo la cara de mi padre mientras lo lee. Asiente, respira hondo, parece tranquilizarse.

—Oh, sí, Flora —dice cuando me devuelve el teléfono—. Sí. Ése es tu hermano. No ha cambiado. De modo que os habéis mantenido en contacto

todo este tiempo... Debería haberlo imaginado. Nunca nos lo contó, ni siquiera cuando estábamos desesperados por averiguar tu paradero.

—Pero ¿es él?

—Sí. Es él, sin duda alguna. ¿Me lo contarás, Flora? ¿Me contarás todo lo que puedas?

Paseo la mirada por la habitación. Agi está hablando con Toby. Los observo un momento y me doy cuenta de que están a punto de besarse. Drake y Nadia están discutiendo en otra habitación; oigo sus voces, pero no sus palabras. La señora mayor habla por teléfono.

Empiezo a contarle a mi padre todo lo que puedo, hablando muy deprisa, antes de que se me escape de la cabeza. Soy consciente de que me sale algo confuso y de que hay cosas en las que me equivoco, pero lo he leído hace poco y tengo la sensación de que aún conservo la mayor parte de lo ocurrido en mi mente.

—... y entonces ha llegado aquí —concluyo, y mis palabras se atropellan unas a otras—. Y Drake me ha contado, ahora mismo, que no fui yo quien lo besó. Lo vi besarse con otra persona. No fui yo. Sólo pasó en mi cabeza. Creía recordarlo, pero me equivocaba. —Odio pronunciar estas palabras, pero tengo que explicarme, de modo que continúo—: Y todos esos correos electrónicos no los escribió Drake. Fui yo. Pero no era consciente de que estuviera haciéndolo.

Me cuesta un montón confesar estas cosas. Papá me coge la mano.

—Apuesto a que tus correos eran mejores que los que podría haber escrito él.

Lo miro a los ojos claros y veo que papá también está llorando.

—¡Pues sí! La verdad es que sí. —Me río, a pesar de todo—. Creo que escribí los mejores correos electrónicos de la historia.

—No conozco a ese joven —prosigue mi padre— y es posible que lo esté juzgando mal, pero me da la sensación de que no es una persona con probabilidades de enviarle a nadie «los mejores correos electrónicos de la historia». Debería darte las gracias por convertirlo en una persona un millón de veces más interesante. Desde luego, no parece lo que se dice un donjuán. —Exhala un suspiro—. Ay, Flora... No te estás tomando las pastillas, ¿verdad?

—No.

—Y eres tú misma. Eres Flora, mi Flora. Has hecho un montón de amigos,

has llegado hasta el Polo Norte y has encontrado a ese chico. Estás viva. Y lúcida. Y capaz. Supongo que tendremos que permitirte ser esta Flora, la Flora auténtica. La última vez ya me di cuenta, pero ahora, además, has crecido. Ya no eres una niña a la que haya que proteger de todo, ¿no es verdad? Lo siento muchísimo, cariño.

—Bueno, eso no es cierto del todo. —Tengo la sensación de que debo aclararlo—. En realidad, no soy muy capaz de nada.

—Eres un millón de veces más capaz de lo que te hemos permitido serlo nunca. Y ahora, me temo que voy a tener que llevarte de vuelta a casa. Y...

Coge aire.

Noto que el contorno de las cosas empieza a desdibujarse y trato de aferrarme a ellas.

—Tu madre... —continúa él— es muy protectora. Te adora, lo hace por amor. Eso fue lo que alejó a Jacob, tal como te ha explicado él. Te hemos mentido, tiene razón. Ya te habías escapado antes. Ésta es la tercera vez, y estoy seguro de que volverás a hacerlo. Tenemos que pensar en tu independencia. Ella siempre ha querido que estuvieras a salvo. Te quiere. Yo no puedo imponerle nada. He venido a llevarte de vuelta a casa, y sólo...

Se interrumpe y traga saliva. Se pasa una mano por el cabello de punta.

—Bueno... —dice—, estoy en un dilema, eso es todo. No tengo elección: debo llevarte de regreso, pero comprendo que es probable que no quieras marcharte.

Asiento con la cabeza. Ésta es mi tercera escapada. Soy capaz, puedo viajar. Mi padre cree en mí. Escribo mejores correos electrónicos que Drake. Van a pensar en mi independencia. No me he tomado las pastillas, pero estoy bien.

Henny me tiende una bebida caliente y humeante. La acepto y rodeo el vaso con las manos.

Son demasiadas cosas en que pensar, de modo que le doy un sorbo a mi bebida y me acurruco junto a mi padre.

TERCERA PARTE

No tengo ni idea de dónde estoy.

No puedo pensar. En mi cabeza, las palabras vienen y van, pero nada encaja.

No tengo ni idea.

Ni idea.

Ni ideas.

Una mujer llora. No para de llorar, llorar y llorar. No me gusta.

Huele a algo que me gusta. Delante de mí, sobre la mesa, hay una bebida. Si alargo la mano, podré cogerla. Si la cojo, podré tomármela. Debo tener cuidado de no derramarla.

La miro fijamente. La taza es rosa y blanca. Tiendo la mano y la toco. Está caliente. La cojo por el asa. La levanto. Se derrama sobre la mesa. Vuelvo a dejarla. Echo atrás la cabeza y cierro los ojos. Había unas palabras en mi mano.

Abro los ojos. Delante de mí, sobre la mesa, hay una taza. No voy a intentar cogerla.

En algún punto de esta habitación hay gente hablando. Trato de comprender sus palabras.

—Está bien.

—No, no está bien. Deberías haberla visto. No puedo soportar verla así. Esto no es bueno, no es justo. Está encerrada ahí dentro.

—Está viva y está a salvo. Ay, Dios, ya lo sé, Steve. Lo sé. Pero no será así para siempre. Es sólo por el momento, sólo para conseguir afianzarla aquí otra vez. No puedo perderla. No puedo permitir que lo haga otra vez. Más vale que esté así que...

—Respira, pero no está viva. No es lo mismo.

Cierro los ojos.

Hay un televisor encendido. En la pantalla, un hombre y una mujer hablan directamente conmigo: «la reforma de la cocina», dicen. La imagen se interrumpe de repente y aparecen las palabras «Las casas salen a subasta».

No entiendo por qué tienen que salir las casas a ningún sitio.

Estoy en una butaca muy cómoda en la sala de estar, viendo la tele. Cierro los ojos durante unos instantes.

—Debería saberlo. Por lo menos debería saber que tenía un hermano.

—No hace ninguna falta alterarla tanto. Es mejor así.

—En algún momento se acordará.

Estoy sentada ante una mesa y tengo comida delante. La miro fijamente. Es pasta, con verduras y otras cosas.

—¿Cómo se llama esto? —quiero saber.

—Lasaña de verduras, cariño —contesta una mujer.

La miro a la cara. Tiene los ojos rojos. Ha estado llorando. No tiene comida delante. Es mi madre.

El hombre está sentado frente a mí. Él también tiene un plato de lasaña de verduras, y se lleva grandes pedazos a la boca con el tenedor. Levanta la vista y sonríe, aunque tiene unas ojeras muy oscuras. Lleva el pelo de punta. Es mi padre.

—Come —dice.

—¿Me gusta?

—Sí, mucho.

—Y te encanta el pan de ajo —añade mi madre—. Vamos, toma un poco.

Cojo un pedazo, aunque por dentro es amarillo con puntitos verdes y no tiene muy buena pinta. Me lo sirvo para hacerla feliz.

Pruebo la lasaña de verduras. Está buena.

Me miro las manos. En una pone: *FLORA, sé valiente*. No hay nada más escrito en ellas, nada de nada. Me miro ambos brazos hasta los codos. No sé muy bien por qué lo hago, pero tampoco hay nada, sólo un pequeño vendaje en la cara interior de uno de ellos, sujeto con esparadrapo. Empiezo a quitármelo.

—No hagas eso —dice mi madre. Se vuelve hacia mi padre y añade—: Voy a ocuparme de que le quiten ese... tatuaje. No hace falta que su propio cuerpo le diga que sea valiente cada vez que baja la vista.

—¿Tú crees?

—Podría darle ideas.

Yo no tengo ideas.

Ninguna idea.

Las cosas se van aclarando, poco a poco.

Mis padres visten de negro. Están muy serios. Por el maquillaje y el perfume que lleva mi madre, sé que van a algún sitio.

—¿Adónde vais? —pregunto.

—A ninguna parte. Tienes que irte ya a la cama, Flora.

—No quiero irme a la cama. No estoy cansada.

—Tienes que tomarte la medicación.

Me conduce al piso de arriba, y al siguiente, hasta mi habitación, que tiene las paredes completamente rosa, el edredón rosa, los muebles blancos, las cortinas rosa y un tablón con fotografías de gente. Hay fotos del hombre, de la mujer y de mí. Hay una caja de Lego y muñecas y ositos de peluche.

—¿Y si te pones el pijama, tesoro? —sugiere.

Mientras me cambio, saca unas pastillas de sus cajas y trae un vaso de agua de algún sitio. Me tiende el vaso y me va dando una pastilla tras otra. Me las trago todas, una a una, con un sorbo de agua cada vez.

—Y ahora, a la cama.

Me meto bajo el edredón y apoyo la cabeza en la almohada. Ella me pone un osito de peluche entre los brazos.

—Ahora te dormirás, cariño. —Me besa en la frente y susurra—: Lo siento mucho, Flora. Muchísimo. Sé que esto no está bien. Tu padre tiene razón. Pero no puedo perderte a ti también. No puedo.

Cierro los ojos y me hundo en la oscuridad.

Cuando me despierto, la luz del día se cuela alrededor de las cortinas. Por un instante, me parece estar en un lugar en el que nunca oscurece, ni siquiera por la noche: un lugar en el que la luz del día se cuela por los resquicios de una persiana incluso a las tres de la madrugada. Pero siempre oscurece por la

noche, así que ese sitio no puede existir. La luz del día significa probablemente que es de día.

Hay un cuaderno sobre la almohada, junto a mi cabeza. Lo cojo, lo abro y empiezo a leer.

Eres Flora Banks.

Tienes 17 años y vives en Penzance, en Cornualles. Cuando tenías diez años te detectaron un tumor en el cerebro. A los once, los médicos te lo extirparon. Parte de tu memoria se fue con él. Te acuerdas de tu vida antes de la enfermedad, pero desde que ocurrió no has sido capaz de crear nuevos recuerdos.

Tienes algo que se llama AMNESIA ANTERÓGRADA. Normalmente, eres capaz de retener la información en tu mente durante unas horas, y cuando la olvidas, sientes una confusión repentina. Tu padre y yo te ayudamos recordándote quién eres y qué está pasando.

Te acuerdas de cómo se hacen las cosas (poner la ducha en funcionamiento). Te acuerdas de nosotros, y a veces de otra gente a la que conocías antes de cumplir los diez años. Olvidas al resto, pero no pasa nada porque la gente de por aquí te conoce y lo comprende.

Nunca vivirás en otro lugar que no sea Penzance, y no desearás hacerlo, porque tienes esta ciudad grabada en la cabeza y es tu hogar. Vivíamos en esta casa antes de tu enfermedad, así que la conoces bien. Siempre vivirás con nosotros, y siempre cuidaremos de ti. Nunca puedes ir a ningún sitio sola: no deseas hacerlo y tampoco lo necesitas.

Se te da muy bien leer y escribir, y te gusta ver la televisión.

Nos haremos cargo de que siempre tengas todo lo que necesitas. Tomas medicación dos veces al día, y deberás tomarla toda tu vida.

Besos,

Mamá

Lo leo dos veces, hasta que asimilo la información. Vivo aquí. Nunca salgo. Eso está bien. No me imagino saliendo.

Me pongo de pie y me mareo un poco. Empiezo a verlo todo negro y me siento a toda prisa en el suelo. Desde aquí, alcanzo a ver lo que hay debajo de la cama. Es una caja. Alargo una mano y tiro de ella hacia mí.

Está vacía. Hay una caja de zapatos vacía debajo de mi cama. Creo que debería contener cosas, pero no sé por qué lo pienso. No sé por qué debería tener cosas dentro, y no sé qué hace ahí, vacía.

Desciendo por la escalera hasta la planta baja. Hay cartas en el felpudo, y me acerco a recogerlas. Me tambaleo al caminar. Nada parece real.

Hay tres cartas. Dos de ellas van en sobres blancos con letra impresa y dirigidas al señor y la señora Banks; la tercera, en un sobre marrón también impreso, va dirigida sólo a la señora Banks.

—¿Qué haces? —Mi madre me quita las cartas de la mano, las revisa (una, dos, tres) y las deja a un lado—. ¿Qué hacías mirando las cartas, Flora?

Me encojo de hombros. Yo qué sé.

—No lo sé. Estaban en el suelo, así que las he recogido.

—¿Porque es lo que suele hacer la gente?

—Lo que suele hacer la gente —repito.

Sonríe.

—Vale, cariño. Perdona. Lo siento.

Estoy sentada en el sofá, muy tiesa y un poco nerviosa porque mi padre acaba de decirme que tengo visita, y no tengo ni idea de quién querría venir a visitarme a mí.

Una chica entra en la habitación. Tiene el pelo largo, oscuro y rizado, y lleva unos vaqueros cortos y una camiseta rosa y verde.

—¡Flora! —exclama—. Oh, Dios mío, Flora, qué alegría verte. Ay, Dios.

Se sienta a mi lado en el sofá. La miro.

—Soy yo. Paige. ¿Te acuerdas? Paige, tu amiga.

Me resulta familiar. Paige llevaba el pelo recogido en trenzas y nos conocimos el primer día de colegio.

—¿Flora? Flora, di algo.

—Está bien —interviene mi padre—. Dale sólo unos minutos. Está mejorando. Muchísimas gracias por venir a verla, Paige. ¿Te traigo algo de beber?

—Oh, no, gracias. No hace falta.

—Os dejo solas, entonces —dice él, pero no se marcha, sino que añade—: Sé que impresiona un poco. Es sólo por el momento. Ahora mismo, después de lo de Jacob, Annie necesita saber que ella está a salvo. ¿Lo comprendes?

—Sí. Claro, por supuesto que sí. De acuerdo. Oiga, estaremos bien. Sólo charlaré un poco con ella y le recordaré que volvemos a ser amigas.

—No le cuentes que dejasteis de serlo —le espeta en tono cortante—. No le digas nada de todo eso.

—Vale, muy bien. Se lo prometo. Puede dejarnos solas, de verdad.

—Por supuesto. Cerraré la puerta y os dejaré charlar.

En el instante en que se cierra la puerta, la chica, Paige, cambia completamente. Me toma la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—Flora —dice en tono de urgencia—. Flora, mírame. Trata de concentrarte. Flora, soy yo. Madre mía, no puedo creer lo que te han hecho.

Me coge el brazo y me sube la manga.

—¡Mira esto! Éste no es tu brazo. Ésta no es tu mano.

Me agarra entonces la mano derecha, que lleva escritas las palabras: *FLORA, sé valiente*. Me lamo el dedo y las froto, pero no se van.

—Sé valiente. Si te dieran la más mínima oportunidad, serías la persona más valiente del mundo. Apuesto a que ese tatuaje no va a seguir ahí mucho tiempo, ¿verdad?

No tengo ni idea de a qué se refiere. Empiezo a levantarme el vendaje del otro brazo. Ella me aparta la mano.

—Oye —dice—, no sé hasta qué punto serás capaz de entenderlo, pero voy a decirlo de todas formas. Lo siento mucho, Flora. Muchísimo. Me porté fatal contigo. O pagué todo contigo, cuando el único culpable era Drake. Flora, eres mi heroína. Eres alucinante, y ahora escúchame bien: Drake te mintió. Sí lo besaste. Te acordabas del beso, y ese recuerdo era real. Es un cabrón, por haberte dicho que no pasó. No puedo creer que haya caído tan bajo. Ese tío ya no nos importa un pimiento. —Arquea las cejas—. Ya te has olvidado de él, ¿verdad? Y yo tengo un novio nuevo. Pero tú... ¡tú te fuiste hasta el mismísimo Ártico! Lo conseguiste. Llegaste hasta allí con la única ayuda de tus notas. Has ido hasta el Polo Norte y eres espectacular. Flora, daría lo que fuera por ser tan fuerte como tú, y por eso me rompe el corazón ver cómo te tiene tu madre. Todo el mundo quiere que salgas de aquí, y eso es lo que va a pasar. Me da pena tu madre, sé que está atravesando por una crisis personal muy profunda y que se aferra a ti, pero no puede hacerte esto. Tu padre no debería consentirlo porque sabe que no está bien. Lo odia, es evidente. Está haciendo lo que quiere tu madre por todo lo de Jacob. Oh, Dios mío, Flora, no sabes cuánto lo siento. Debería haber ido hasta allí contigo. Tendríamos que habernos enfrentado juntas a él.

La miro fijamente y trato de formar palabras. ¿He estado en el mismísimo Ártico? Yo no he ido a ninguna parte. No sé qué quiere decir «el mismísimo Ártico». Las palabras de Paige son puro ruido.

Sigo inmóvil, mirándola. Es Paige. Mi mejor amiga.

—Voy a venir a verte todos los días. ¿Dónde guardan tus pastillas? ¿Están en el cuarto de baño? Ojalá estén en el baño.

Veo frascos de pastillas a menudo. Mi madre siempre está dándome pastillas.

—Cocina. —Ésa es la palabra para el sitio donde están. Estoy convencida de que es ésa. Entonces, frunciendo el entrecejo porque no sé a qué viene, añado—: reforma de la cocina.

—En la cocina. ¿Estás segura? Pues va a ser más complicado. Bueno, trazaré un plan. Tenemos que hacerlo, Flora. No puedes ni imaginar las cosas que tu hermano dijo que me haría si no lo hacíamos. Pero tienes que confiar en mí; ¿te fías de mí?

No tengo ni idea. Me limito a asentir.

—Vale. —Se queda pensativa—. Bueno, hoy actuaremos como si no pasara nada. Volveré el viernes para tu cumpleaños. Lo haremos entonces.

—Lo haremos entonces —repito.

Clava la mirada en mí.

—Madre mía, Flora. Te han lobotomizado. Jacob me dijo que lo harían. Jacob me dijo que pasaría exactamente esto. —Me toma la cara entre las manos y me mira a los ojos—. Flora, eres un ser humano increíble. Eres indómita y maravillosa. Tu espíritu no se parece a nada que exista sobre la faz de la Tierra, porque brilla por encima de cualquier cosa que traten de hacerte. Y vas drogada hasta las cejas. Hasta más arriba de las cejas. Te han convertido en un zombi. No tienes la más mínima idea de lo que has hecho ni de lo que eres capaz de hacer. Te han matado, Flora. Tu propia madre te ha matado.

La miro consternada. Mi madre no me ha matado porque estoy viva. ¿Lo estoy? No lo sé muy bien.

—Te diré otra cosa: tenías un hermano que te adoraba, que repudió a vuestros padres porque te drogaban. No tanto como ahora, pero demasiado de todas formas. Él cuidaba de ti desde la distancia. Era un tío genial. Pero ahora está muerto. Ahora soy yo quien debe hacerlo.

La miro fijamente. Detesto lo que me está diciendo. Jacob es mi hermano. Yo le pintaba las uñas de los pies. Él me cogía en brazos. Una lágrima me surca la mejilla. Paige me abraza muy fuerte.

—Besaste a Drake, vale, sí, y aunque fuera mi novio, me alegro de que lo hicieras. Besaste a un chico listo y guapo. Y luego lo recordaste. Todo el mal

rollo que ha habido al respecto es sólo cosa suya, pero yo te culpé a ti, y lo siento muchísimo.

—¿Yo besé a Drake?

Intentaré recordarlo si es importante, si lo había recordado antes. No logro imaginarme besando a nadie.

—Sí. No puedo creer que fingiera que te lo habías inventado sólo para que pareciera que toda tu aventura no había sido culpa suya, aunque lo fue. Sé que lo besaste porque tengo una foto. La hizo Lily. No la creí, de modo que me la envió. Mira.

Sostiene el móvil en alto y me inclino para escudriñar en la pantalla.

Ve una imagen con los contornos negros y una franja de piedras demasiado iluminadas. Las piedras relucientes conducen hasta dos personas que están sentadas. El chico le da la espalda a la cámara. Podría ser cualquiera. La chica tiene el pelo rubio. Lleva un vestido blanco que resplandece bajo la luz. Está inclinada hacia el chico, besándolo. La miro fijamente.

—Eres tú, Flora. —Paige la toca con el dedo, y añade—: Y éste es Drake.

—¿Ésa soy yo?

Me acerco más el teléfono para tratar de reconocerme. No creía que tuviera ese aspecto.

—Pues sí. Mira.

Paige utiliza dos dedos para aumentar la imagen de la chica. Se vuelve un pelín borrosa. Miro a mi alrededor en busca de un espejo y, cuando veo uno en la pared, me levanto y me planto ante él. Paige me acompaña.

—¿Lo ves? —dice ella.

Me mueve la cabeza para colocarla en el mismo ángulo que la de la chica en la fotografía. Me miro y, cuando Paige levanta el teléfono, observo la foto.

—Sí —contesto.

Sí, en esa fotografía salgo yo, besando a un chico, en una playa con piedras muy brillantes. Estudio la figura del chico. Es Drake. Lo besé en una playa, pero no siento nada al respecto.

Paige me lleva de vuelta al sofá, y hace que me siente.

—Drake sabe exactamente qué pienso de él —dice—. Hemos intercambiado unos cuantos mensajes. Según él, se siente fatal. Asegura haber actuado sin pensarlo dos veces, y supuso que tú nunca lo recordarías y que así no habría problema. Dice que nunca había intentado nada contigo

hasta entonces, pero no sé si creerlo. Vete tú a saber. No me entusiasma lo que eso implica. Pero bueno... Olvidémonos de él. Vamos a lo que importa: ¿quieres salir de aquí y volver a vivir tu vida?

Por la forma en que me mira, queda claro que es una pregunta muy importante. Veo que quiere que diga que sí, de modo que asiento. Por supuesto que quiero vivir mi vida. Sus palabras me confunden, pero le pediré que me las ponga por escrito, para poder buscarles sentido más tarde.

De pronto aparecen mis padres, y Paige cambia por completo y les dice que tiene que marcharse ya.

—Pasaré a verte mañana otra vez, Flora. Si le parece bien, señora Banks.

—Ya va siendo hora de que me llames Annie, Paige. Y por supuesto que me parece bien. A Flora le gusta que le hagas compañía. Sé que no eres responsable de nada de lo ocurrido. Eres muy buena con ella, ¿sabes?

—No, no es verdad, ojalá lo fuera. Pero ella no ha tenido la culpa de nada. El único culpable es Drake.

Paige me abraza ante la puerta principal. No quiero que se vaya. Quiero que me explique las cosas hasta que consiga entenderlas.

—Hasta mañana —me susurra—. Puedo ayudarte. Te quiero.

—Vamos, Flora —dice mi madre con una gran sonrisa en los labios, pero no en los ojos—. Sopla las velas.

—Sopla las velas —repito.

Sobre la mesa, delante de mí, hay una tarta. Las cortinas están echadas y la habitación, casi en penumbra, aunque la luz del día se cuele por los bordes. A lo mejor siempre hay luz en este lugar, incluso en plena noche.

—¡Venga! —me anima mi padre.

Miro a mi alrededor. Paige está sentada a mi lado.

—¿Quieres que lo haga contigo? —pregunta. Me coge la mano y la aprieta—. Vamos, soplaremos tus velas de cumpleaños juntas. A la una, a las dos, a las tres...

Las velas están ante mí, sobre una tarta. Hay muchísimas. Montones y montones de llamas diminutas. Imito a Paige y las soplo, y casi todas titilan y se apagan. Volvemos a hacerlo y no queda ni una llamita encendida.

Mis padres aplauden. Los miro a la cara, primero a uno y luego a otro. Ambos me sonrían. Bajo la vista para mirarme. Llevo un vestido blanco, un vestido de fiesta, y unos zapatos amarillos.

—Ahora tienes que cortar la tarta —dice mi padre, y coge un cuchillo para tendérmelo.

Mi madre se inclina y se lo quita de la mano cuando estoy a punto de agarrarlo.

—Ya lo hago yo —dice—. Mejor que Flora no maneje un cuchillo afilado.

Paige sigue sujetándome la mano, y noto que se pone tensa ante las palabras de mi madre.

Se oye música de fondo. Un hombre está cantando «...*lonely hearts club band*...», pero no sé qué significa. Ya no sé qué significa nada.

Miro fijamente la luz que se cuele entre las cortinas. Por alguna razón, hace que me ponga triste.

—No llores, Flora —murmura Paige.

Mamá me tiende un platito, uno blanco con el borde dorado. En él hay un pedazo de tarta. Lo cojo y miro la tarta. Es marrón. Es de chocolate. Tiene círculos de colores vivos encima. Tiene buena pinta, pero no lo quiero.

Miro a mi madre. Me está observando, y al ver que la miro se obliga a esbozar una sonrisa.

—Cómetelo, cariño —dice—. ¡Ya tienes dieciocho años!

—Ya eres una adulta —añade Paige, y la veo dirigir una mirada a mi madre.

—Sí —contesta mamá—. Una adulta. A tu manera.

Nadie dice nada. El hombre que canta dice ahora que le gustaría llevarnos a casa con él.

Mi madre empieza a hablar muy rápido, atropellándose con las palabras.

—Lo siento, pero no estoy dispuesta a perderla a ella también, Paige. Me niego. Ella es lo único que me queda y pienso mantenerla a salvo. Pienso cuidar de ella. No soportaría hacer cualquier otra cosa. Soy su madre y ella se queda conmigo, y satisfaré todas sus necesidades. Está perfectamente bien. Le estoy bajando la dosis, ahora que se ha acostumbrado a estar de nuevo en casa. Sólo necesita... no volver a pensar nunca en escapar a ningún sitio. Es por su propio bien.

—El doctor Epstein le ha mandado una tarjeta de felicitación por su cumpleaños —dice Paige—. Ya ha cumplido los dieciocho.

—Ese hombre no volverá a acercarse a ella nunca más.

Mi padre empieza a hablar muy deprisa. Parece que esté de parte de Paige, no de mi madre, pero sé que eso no puede estar bien.

—Quizá podríamos permitir que Flora saliera un ratito esta tarde, ¿no? Para eso es su cumpleaños y hace un día precioso... ¿Qué os parece si bajamos a la playa?

—¿Por qué no me llevo yo a Flora a ver el mar? —propone Paige—. Eso siempre le ha gustado. Prometo cuidar de ella. Le sentará bien. Incluso podría llevarla al cine. Como regalo de cumpleaños. O algo así. Porque la dejáis salir de casa de vez en cuando, ¿no?

—Es una idea estupenda, Paige —dice mi padre—. A Flora le sentaría muy bien salir un rato contigo.

—Juro que cuidaré de ella.

Todos miramos a mi madre. Tiene la vista clavada en su vaso. Me doy

cuenta de que tanto ella como Paige beben algo con burbujas de unos vasos altos y estrechos. Mi padre toma algo de color amarillento en un vaso más grueso. Miro fijamente su bebida. Sé algo sobre ella.

—¡Cerveza! —exclamo, señalando su vaso.

Paige se echa a reír. Mi padre sonrío. Mi madre frunce el entrecejo.

—Exacto —dice Paige—. Eso es cerveza.

Miro mi vaso. Contiene limonada. Y dos cubitos de hielo y una rodaja de limón. Me parece bien.

—No debo beber cerveza porque me da ganas de vomitar —suelto, sin saber muy bien de dónde salen esas palabras. Ni siquiera sé qué estoy diciendo.

—Ésa es una buena norma de vida —comenta Paige al cabo de unos segundos.

—Sí —corroborra mi padre—. Pues sí, lo es. Bien dicho, Flora.

Mi madre no dice nada.

Empiezan a hablar entre ellos y dejo de escuchar. Me obligo a comer un poco de tarta porque es mi cumpleaños. Me tomo la limonada. Escucho la música. Me miro las manos. *FLORA, sé valiente*, pone en una de ellas.

—¡Venga, vamos!

Paige está en la puerta de casa. Mi madre me pone una mano en el hombro. Me da un susto porque está detrás de mí y se me había olvidado que estaba ahí.

—Bajáis hasta la playa y luego volvéis. Nada más. ¿Prometido?

—Claro, lo prometo, señora Banks. Cuidaré de ella. Ya sabe que le sentará bien un poco de aire fresco.

—Sí, ya la he llevado a la playa unas cuantas veces. Le gusta, tienes razón. Bueno, pues una salida de cumpleaños, pero prométeme que estaréis de vuelta a y media. Ahora son y diez: el límite absoluto son esos veinte minutos.

—Perfecto. Y cuando volvamos, podría abrir mi regalo.

—Sí, sería estupendo. Nosotros también tenemos un par de cosas más para ella. He tratado de ir dándoselas a lo largo del día para que tenga la ilusión de abrir algo una y otra vez.

Paige sonríe. Me coge del brazo y me hace salir de la casa. Cruzamos el porche, que est  vacío, y recorremos un sendero hasta la acera.

Brilla el sol. El cielo está de un azul pálido. El aire huele a flores y a cosas bonitas. Paige me guía a través del jardín y me hace cruzar la carretera estrecha para llegar al parque.

—Iremos por aquí —dice—. A ti te gusta cruzarlo.

Dejo que me conduzca por los senderos y dejamos atrás árboles verdes y frondosos y un estanque. Me lleva hasta un banco y me hace sentar en él. Y entonces cambia. Me toma la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—Bueno, hoy empezaremos a traer de vuelta a la verdadera Flora. Vas a dejar la medicación. Las pastillas que tomarás ahora no te harán nada. Las he cambiado cuando he ido a adornar tu tarta con Smarties. Todas las pastillas malas est n aquí dentro.

Saca un frasquito marrón del bolsillo y lo agita.

—Las pastillas malas est n ahí dentro —repito.

—Sí. Las que tu madre va a darte ahora serán como un placebo. Se acabó lo de tomar esa bazofia. Puede que te resulte duro, aunque confío en que no demasiado, porque no hace mucho que has vuelto a tomarlas. La piel se te pondr  rara otra vez. Empezarás a sentirte más despierta. Empezarás a ir a sitios y momentos distintos en tu cabeza. Tendrás ganas de anotar las cosas y tu madre se dará cuenta, así que no tenemos mucho tiempo. Estar  cerca de ti siempre que pueda. No recordarás que te he dicho todo esto, y nos queda poco tiempo. Voy a darte una carta,  vale? Es muy importante que la leas cuando est s sola. Tengo que llevarte de vuelta a las cuatro y media, así que no puedes leerla ahora. Ojalá tuviéramos tiempo de hacerlo, porque así podría ir explic ndotela. Pero vas a tener que leerla, y conservarla para leerla una y otra vez a medida que vayas recuperando la cabeza.

Me pone una mano en la rodilla y la aprieta.

—No te preocupes —añade—. S  que no est s asimilando esto. S  que te es imposible hacerlo. Aun así, tengo que decírtelo. Ten cuidado, Flora. Vamos a solucionarte todo esto. Y ahora,  me dejas un momento el brazo?

Alargo el brazo, sin tener ni idea de para qué lo quiere. Me sube la manga de la rebeca y se saca un bolígrafo del bolsillo. Muy arriba, por encima de un vendaje, escribe: *Echa el pestillo a la puerta. Saca la carta de Jacob del sujetador y léela.*

Frunzo el entrecejo.

—¿Que la lea?

—Sí. Tengo una carta para ti, y vamos a escondértela en el sujetador para que no la vean.

Saca un papel doblado y me abre el cuello del vestido. Me mete el papel bajo el sujetador y vuelve a ponerme bien la ropa. Me mira con los ojos entrecerrados y asiente.

—Así está bien. Bueno, ahora vamos a echar un vistazo rápido al mar y luego te llevaré de vuelta a casa.

Estoy apoyada en una barandilla junto a Paige, que es mi amiga, y ambas contemplamos el mar. La marea ya ha subido a medias. En la playa hay piedras. La mayor parte son grises y negras. Hay una fotografía de un gato pegada a la barandilla.

Me encanta cómo huele el aire. Me encanta apoyarme en una barandilla y contemplar el agua. Unos pájaros vuelan muy alto en el cielo. Sueltan chillidos. Quiero apoyarme en esta barandilla, respirar el aire fresco y contemplar el mar constantemente.

Llevo un vendaje en el brazo. Me subo la manga y me levanto el borde. Cuando miro debajo, veo unas letras grabadas en mi piel. No lo comprendo, y no me gusta, de modo que vuelvo a dejar el vendaje como estaba.

Los coches circulan por detrás de nosotras. Hay un montón de gente en la playa. Muchos están tumbados con muy poca ropa encima. Los niños corren de aquí para allá. La gente nada. Come. Lee. Vive.

—Ay, Flora. Sé que quieres quedarte aquí, pero no podemos. Lo siento mucho.

Me vuelvo hacia ella.

—¿No podemos?

—Hoy no. Tengo que llevarte de vuelta. Pero no te preocupes, no será por mucho tiempo, y después iremos a un sitio mejor que éste. Vamos.

Me coge la mano y esperamos juntas en la acera a que el tráfico se interrumpa. Me dejo llevar y cruzamos la carretera y enfilamos la calle hacia la casa de la que nunca me muevo.

Me dan regalos. Los abro y digo «gracias». Mis padres me han regalado un oso de peluche. Es grande y tiene un lazo en torno al cuello. Lo abrazo con fuerza contra el pecho.

Paige me regala un bolso. Es blanco con flores rojas, y en él van a caber montones de cosas. Lo abro. Dentro hay frascos con cosas que huelen bien. Hay un lápiz de labios. Hay collares y pañuelos de cuello. Hay un cuaderno sin estrenar y montones de bolígrafos.

Me encanta. Me encanta todo lo que hay dentro.

—Gracias —le digo una, y otra, y otra vez.

Paige se ríe.

—No hay de qué, Flora, de verdad. ¡No sabes cómo me alegro de que te guste tanto!

Estamos de pie ante la puerta principal. Paige se marcha.

—No te vayas —digo.

Lo único que quiero es que se quede conmigo.

—Tengo que irme, pero volveré mañana. A lo mejor podemos dar otro paseo.

Mira a mi madre, que asiente.

—Sí, creo que sí.

—A Flora le ha sentado muy bien salir un poco —interviene mi padre—. Gracias, Paige, y gracias por pasar su cumpleaños con ella. Te lo agradecemos mucho, y sé que Flora también.

—Flora también —confirmo, y lo digo muy en serio.

Papá se ríe.

—¿Lo ves?

Paige me da un abrazo de despedida. Me aprieta contra sí y me susurra:

—Ve al cuarto de baño inmediatamente y léete el brazo. —Y añade en voz alta—: Volveré mañana a las once, si os parece bien.

—Claro, hasta entonces —contesta mi madre.

Voy al cuarto de baño inmediatamente y me leo el brazo.

Echa el pestillo a la puerta —pone por encima de un vendaje—. Saca la carta de Jacob del sujetador y léela.

Cierro la puerta y echo el pestillo. Hay algo doblado y puntiagudo en mi sujetador. Lo saco y lo abro, y me siento en el suelo del baño y empiezo a leer.

La primera hoja de papel es pequeña, y con una letra enlazada, dice:

Chère Flora:

Hola, es Jacques, el compañero de Jacob. Jacob pasó muchos días escribiendo esto para ti. Le prometo que la envío. Tú le importaba muchísimo. Por favor, escribe pronto.

Grosses bises,

Jacques

No tengo la más mínima idea de qué significa esto, pero en mi interior hay algo que me empuja a seguir leyendo. Dejo esa nota a un lado, con cuidado, y empiezo a leer la carta. Lo hago despacio, porque a mi cerebro le cuesta una barbaridad procesar las palabras y apenas comprendo una cuarta parte de ellas.

Mi pequeña Flora:

Me temo que a estas alturas ya estaré muerto. No es justo, pero es la verdad. Es posible que lo de ser fantasma se me dé bien; al fin y al cabo, ya hace siete años que soy un fantasma en tu vida. Trato de verle el lado bueno ahora que todas las demás vías se han agotado.

Haré todo lo que pueda por seguir teniéndote vigilada. Mira a tu alrededor ahora mismo. Sonríeme. Besa el aire y yo estaré en él. ¿De verdad estaré ahí? ¿Quién sabe? Es posible.

Le envío esta carta a tu antigua amiga Paige, a quien pienso rondar sin descanso durante el resto de sus días a menos que se responsabilice de sacarte de la nube de drogas en la que sin duda va a meterte nuestra madre. Y sabe que lo haré.

Bueno, primero lo más básico:

Tú eres Flora Banks. Yo soy tu hermanastro, Jacob Banks. Soy siete años mayor que tú y desearía poder seguir aquí para que vivieras conmigo, ahora que te has hecho mayor. Vivía en París con mi novio, Jacques, que va a hacer cuanto pueda por estar pendiente de ti.

Nuestra madre y tu padre (mi padrastro) han mentido durante siete años sobre tu pérdida de memoria. Ni siquiera te han respetado lo suficiente para

contarte la violenta y terrible verdad. Está claro que eso es tarea mía, así que allá vamos. He aquí nuestra historia:

Cuando tenías diez años, tú y yo, y nuestros padres, sufrimos un accidente. Ellos siempre han fingido que tuviste un tumor cerebral porque no soportan hablar o pensar en el accidente, jamás, y no querían que te pasaras la vida preguntando por ello cada cinco minutos.

Tú y yo íbamos juntos en el asiento trasero, de camino a Flambards, que es un parque de atracciones. Imagínanos, Flora: tú, una niña de diez años normal y preciosa, preguntando emocionada por las montañas rusas. Llevabas semanas deseando que fuéramos. No parabas de decir «Quiero ir a Flambards», una, y otra, y otra vez. Y yo, un gay gruñón de diecisiete años que había decidido apuntarse a la excursión por lo emocionada que estabas tú, y porque, en secreto, a mí también me apetecía mucho. Nuestros padres iban delante, escuchando Radio 4 y hablando sobre sus aburridas chorradas habituales.

Estábamos en una rotonda justo antes de llegar, a la altura de Culdrose, la base de las fuerzas aéreas, cuando un camión se saltó el ceda el paso y nos embistió de costado. El coche dio varias vueltas de campana, se elevó en el aire y aterrizó boca abajo. Nuestros padres salieron ilesos, al menos físicamente. Tú sufriste lesiones cerebrales terribles, porque te habías quitado el cinturón al ver que prácticamente habíamos llegado. Y yo... bueno, mis heridas no fueron como las tuyas, porque yo todavía llevaba el cinturón puesto, pero tampoco conseguí librarme. Fui el único al que alcanzaron las llamas cuando el coche empezó a arder; a ti te habían sacado porque nuestros padres habían salido al instante en busca de ayuda, pero yo aún estaba un pelín demasiado cerca. Créeme, cicatrices en la cara y cirugía plástica no son lo que más desea un adolescente acofado.

O sea que a mí me tocó conservar la cabeza en su sitio, mientras que a ti te tocó conservar tu belleza. Entre los dos podríamos haber formado un ser humano en pleno funcionamiento.

Conducía mamá. Por eso te ha tenido siempre entre algodones. Por eso nunca ha vuelto a conducir. Y por esa razón sufrió una crisis que le ha durado siete años, y los que le quedan. Por eso has tenido que recurrir a subterfugios para escapar cada vez que has podido. Nuestra madre conducía, ambos resultamos heridos y ella siempre se ha sentido culpable. Desde entonces, lo único que ha hecho ha sido intentar asegurarse de que algo así no vuelva a ocurrir jamás. Hasta el día de hoy, creo que padece de estrés postraumático, y una de las razones por las que quería verlos antes de morir era para decirle a mamá, una vez más, que no había sido culpa suya.

Sólo tienes recuerdos sólidos de antes del accidente. Tu memoria a corto plazo es muy justa. Recuerdas las cosas durante un par de horas, o quizá tres, y luego las olvidas. Esa clase de amnesia a menudo mejora con el

tiempo, porque el cerebro es un ente misterioso y maravilloso que normalmente encuentra nuevas sendas, pero, durante mucho tiempo, el tuyo no lo consiguió. Sin embargo, sospecho que, desde hace poco, es posible que haya empezado a sanar (entre otras cosas, por tu recuerdo de haber besado a aquel chico: lo trascendental de ese momento fue el hecho de recordar en sí, no el beso, pero tú supiste que había algo asombroso en ello y saliste disparada hacia el Polo Norte para ver si tu príncipe azul lograba hacer que ocurriera de nuevo). De todos modos, como nuestra madre te ha tenido dopada a base de sedantes, a todos, y especialmente a ti, nos ha sido difícil saberlo con certeza. Pero de pronto empezaste a hablar constantemente sobre una excursión a Flambards, y eso significaba que algo comenzaba a mejorar. Como podrás imaginar, que pidieras que te llevaran a ese parque de atracciones en particular no ha sido fácil para mamá.

Como te decía en uno de mis correos electrónicos, el motivo por el que me había mantenido distanciado de nuestros padres hasta ahora es el ligero cambio que experimentó tu personalidad tras el accidente. No estoy seguro de hasta qué punto, pero está claro que a nuestros padres les pareció un problema. Aunque antes ya eras una niña impulsiva e indómita, por eso eras tan genial. Ellos tenían la sensación de que, cuando te ponías «mejor», actuabas de una forma demasiado peligrosa. Te encaramabas a las ventanas del piso de arriba para sentarte en el alféizar y hablar con los pájaros. Te escapabas y después no tenías ni idea de dónde estabas. Pintabas imágenes enormes y descabelladas del interior de tu cabeza. Les explicabas a los extraños tus viajes en el tiempo y en el espacio. De modo que mamá decidió (por tu propio bien, bla, bla, bla, y porque no conseguiría soportar la culpa si había más accidentes) domesticarte.

Yo no podía soportarlo. Era peor que la lesión.

Tomaron la decisión de administrarte un fármaco que embotaría tus sentidos, que impediría tus cambios de humor, que te volvería dócil, fácil de tratar y controlable, con el pretexto de que, de lo contrario, eras «un peligro para ti misma». Nuestra madre nunca ha vuelto a ser la misma desde el accidente; no quería arriesgarse a que volviera a ocurrirte nada, y lo digo en el sentido más estricto de la palabra. No quería que pasara nada en absoluto. Decidieron darte una pauta de tranquilizantes —a los que llamaban «tu medicación»— que te volvían sumisa y «buena», y te retenían en casa, perfectamente a salvo. Compraban las pastillas por internet, ya que ningún médico permitiría esa clase de dependencia a largo plazo. Con el tiempo, añadieron un antidepresivo, porque el exceso de tranquilizantes puede conducir a una chica a la depresión. No existe una medicación propiamente dicha para la amnesia: en realidad, no te hace ninguna falta tomar pastillas. Ellos te embotaban el cerebro porque así eras más fácil de manejar.

Lo peor de todo es que hay un neurólogo llamado Joe Epstein que lleva deseando tratarte desde que me puse en contacto con él años atrás. Lo

hemos conocido en persona. Le encantaría ayudarte, o al menos estudiar tu caso. Ha intentado verte, y mamá siempre se ha negado. No es por afán de venganza, sino porque tiene miedo. Quiere conservarte tal como eres, una niña de diez años, y cuidar de ti. Diría que pretende cuidar de la pequeña Flora eternamente para mitigar así la culpa que siente por no haber sabido cuidar de ti durante aquella fracción de segundo.

Cuando le dijeron que no al doctor Epstein por primera vez, me puse furioso. Me mudé a París, aprendí a hablar francés como es debido, me puse a trabajar y me monté mi vida aquí. Hacía todo lo posible por mantenerme en contacto contigo, mediante postales, cartas, correos electrónicos y llamadas, y siempre era maravilloso cuando eras tú quien llamaba vacilante a un número que yo te había dejado, sin saber muy bien qué pasaba, pero dispuesta a que volviera a explicártelo todo de nuevo.

Resulta que tengo una hermanita de armas tomar. Primero, un día te subiste a un tren y te fuiste tú sola a Londres. Tenías trece años y se volvieron locos. La policía dio contigo y te llevaron de vuelta a Penzance, tras lo cual no dudaron en subirte la dosis. Entonces te las apañaste para encontrar tu pasaporte y apareciste aquí, en París, dispuesta a verme. Eso fue el año pasado, y eras una chica de dieciséis años preciosa y confusa. Ya llevabas tu nombre tatuado en la mano, pero querías algo que te recordara que debías correr aventuras, de modo que fuimos a un salón de tatuajes y te añadieron las palabras «sé valiente». Admito que contribuir a que te lo tatuaran fue un desafío monumental hacia nuestros padres por mi parte. Pasamos cuatro días juntos en París, y te enseñé la torre Eiffel, el Musée d'Orsay, los jardines de Luxemburgo y todos los lugares de interés; también te introduje en los placeres del vino tinto, las sesiones de tarde en los cines y los almuerzos largos.

Has conseguido todo eso escribiéndote las cosas. Has utilizado la palabra escrita para sortear las carencias de tu red neuronal. Has convertido tu cuaderno en tu disco duro externo, en tu lápiz de memoria. Eres genial.

Y este año, besaste a un chico, lo recordaste y fuiste en su busca hasta los confines del mundo. Rebobinando un poco, te contaré que llevaba un tiempo encontrándome mal. No mejoraba, y acabé con un diagnóstico horroroso y bien jodido: cáncer de riñón en estadio 4. No había vuelta atrás, y les pedí a nuestros padres que vinieran cuando comprendí que era el final. Simplifico porque tengo que hacerlo. Les entró tanto pánico con la noticia que te dejaron con Paige, pero como el chico al que besaste era su novio, ella decidió pasar del asunto. Lo increíble es que tú te acordaste de ese beso, de manera que reservaste un vuelo al círculo polar ártico para encontrar a ese tío. Corriste un montonazo de aventuras y dejaste la medicación del todo, con lo que volviste a convertirte en la Flora auténtica y casi te devora un oso.

No sé con certeza qué va a pasar ahora, pero apostarí todo lo que tengo a que cuando leas esto ya te habrán sumido en un estado vegetativo a base

de sedantes y que nunca más te permitirán ir a ningún sitio. Apuesto a que te pasas el día viendo la tele y que aún te meten en la cama con un osito de peluche.

He conseguido que Paige se sume a tu causa, y he sabido por ella que, en efecto, besaste a aquel chico; incluso tiene una foto del momento. Jacques va a mandar esta carta por correo a su casa. Ella te la dará a ti y se asegurará de que la leas a solas, y también va a cambiar toda tu medicación por unas pastillas de azúcar que Jacques y yo hemos pedido por internet con entrega en casa de Paige. Las hemos pedido en todos los formatos, y ella me ha asegurado que tu medicación siempre ha venido en frascos pequeños, de modo que va a reemplazar tus píldoras por otras con la misma forma y tamaño. Tómate las que te den y finge ser un zombi, pero no de los que comen cerebros ajenos. Aparenta ser una persona incapacitada, pasiva, obediente. Túmbate en el sofá a ver la tele y babea un poquito.

Paige irá a visitarte todos los días y, cuando llegue el momento, te sacará de ahí.

Ten cuidado con lo que apuntas. Sé que necesitas poner las cosas por escrito, pero sobre todo NO metas nada debajo de la cama, porque saben que lo haces y siempre lo han sabido. Paige te ayudará a encontrar otro sitio.

He abierto una cuenta bancaria para ti, y Paige tiene los detalles. Quiero que viajes y corras aventuras. Conociste a un montón de gente en las Svalbard, gente que te cogió muchísimo cariño porque eres adorable.

En cuanto cumplas los dieciocho, podrás decidir qué hacer con tu vida. Podrás hablar tú misma con el doctor Epstein y ver qué puede ofrecerte. Podrás tomar ciertas decisiones y asumir el control. Pero nada de eso funcionará a menos que te quitemos esas malditas pastillas.

Llevo siglos escribiendo esto. Me temo que ya tengo que dejarte.

Si hay alguna clase de vida después de la muerte, estaré cuidando de ti lo mejor que pueda.

Vive tu vida. Flora, sé valiente.

Besos de tu hermano,

Jacob

Querida Flora:

Soy Paige. Necesito contarte un par de cosas.

En primer lugar: tú y yo dejamos de hablarnos. Drake era mi novio. Ya te lo he dicho antes y voy a seguir diciéndotelo hasta que seas capaz de asimilarlo: sí que lo besaste en la playa. Logró convenceros a ti y a todos los demás de que no había ocurrido para salir del atolladero (imagino que fue más por su nueva novia que por otra cosa), pero yo sé que sí pasó, y lo sé porque Lily os vio. No te acordarás de Lily, pero era una de las amigas de Drake en Cornualles. Lo siguió hasta la playa al salir de la fiesta,

seguramente, si te soy sincera, porque le habría gustado ser ella la que lo besara. Lo vio acercarse a ti. Según ella, se sentó a tu lado y te besó. Yo no la habría creído, pero sacó una foto con el teléfono, y la he visto. Es probable que, para cuando leas esto, tú también la hayas visto. Es una imagen en la que se ven su nuca y tu cara. Eres tú, sin duda. Y es él, también sin duda. Os besasteis.

Lily me lo contó a la mañana siguiente. Me envió la foto un par de días después. Me puse furiosa con ambos y decidí no volver a hablaros a ninguno de los dos.

Tú eras terriblemente vulnerable y él es un cabrón, y ninguna de las dos tendremos motivo para volver a dirigirle la palabra ahora que ya le he dejado las cosas bien claras por correo electrónico. Supongo que creyó que se saldría con la suya porque tú te olvidarías del asunto. Pues vaya, qué bonito. El pánico le hizo decirte que a quien había besado era a Lily, que fue quien sacó la foto. Ese tío no se merece ni una fracción de ti, Flora, ni un instante de tu tiempo.

Así que no te preocupes por eso. Esto es lo que debes conservar de todo el episodio: has besado a un chico guapo y listo, en una playa bajo la luz de la luna. Es verdad. Ocurrió. Y lo recordaste, que es lo más alucinante.

Cuando fuiste en su busca, conociste a gente muy simpática. Tu amiga Agi ha escrito sobre ti en su blog (utilizando toda clase de curiosos giros idiomáticos ingleses) y está consiguiendo un montón de seguidores. Todo el mundo pregunta por ti, pero tus padres no permiten que nadie llegue hasta ti. Incluso el doctor Epstein ha vuelto a ponerse en contacto con ellos. Tu madre jamás cederá, y tu padre le sigue el juego, aunque le cueste, porque sabe que ella se vendrá abajo si no lo hace. Aun así, está haciendo todo lo que puede por permitir que me acerque a ti, y creo que es posible que tengamos en él un aliado silencioso.

Por fin me han dejado entrar, y eso sólo porque he sido tu mejor amiga durante años. No se les pasa por la cabeza que alguna vez se me ocurra alejarte más de un kilómetro de tu casa.

Pues se equivocan.

Jacob tiene razón: he tirado las pastillas que te daban a la basura y he repuesto el número exacto de píldoras de azúcar en los frascos. Con eso ganaremos unos cuantos días para sacarte de aquí. Tienes que estar preparada.

Mete esto en la caja sobre la repisa de tu chimenea. ni se te ocurra meterlo debajo de la cama. Si te escribes algo en el brazo, hazlo muy arriba, donde tu madre no pueda verlo. Flora, tu madre no es una mala persona, es una mujer encantadora. Sufre terriblemente y me da mucha pena. Pero ya eres mayor de edad y debes decidir cómo vivir tu vida. Tal vez acabes quedándote en Penzance. Tal vez abandones para siempre la medicación o encuentres algo que te permita ser la persona maravillosa que eres. Sea

como que sea, la decisión debe ser sólo tuya.

Tengo tu pasaporte. Lo robé del estudio hace unos días, cuando fui al cuarto de baño de la planta de arriba. Jacob me dijo que estaría ahí dentro.

Nos vemos pronto.

Besos,

Paige

Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Miro fijamente las páginas. Me apoyo contra la puerta del cuarto de baño. Mi madre me llama desde el piso de abajo. Al parecer, estoy llorando.

—¡Flora!

El hombre me mira sonriendo de oreja a oreja y cambiando el peso de un pie a otro con nerviosismo.

—Flora —repite—. Volvemos a encontrarnos. ¿Cómo te encuentras?

Es calvo y bastante viejo, y lleva una camisa arremangada, pantalones y corbata.

—Me encuentro bien —contesto, y así es.

De hecho, estoy emocionada. El mero hecho de sentir cosas ya es emocionante.

Paige está a mi lado, cogiéndome la mano. Estamos de pie en la playa, bajo la carretera, fuera de la vista de todos los que pasan, excepto los que están también en la playa o van en una barca. El viento nos alborota el pelo y el agua está tan picada que su superficie es como un millón de cumbres diminutas.

En la barandilla de los peldaños por los que acabamos de bajar hay un cartel en el que preguntan si hemos visto un gato sin orejas. Si encuentras un gato sin orejas, deberías llevártelo a casa. Debería ser una norma de vida.

—Soy el doctor Joe Epstein. Soy neurólogo y llevo muchos años interesado en ti, Flora. Nos conocimos en París cuando estuviste allí y tu hermano se puso en contacto conmigo... He lamentado mucho enterarme de lo de Jacob. Lo siento muchísimo. Qué pérdida tan trágica y terrible. Era un joven complicado y fascinante. Ahora ya eres mayor de edad, Flora, y me pregunto si te interesaría dejar que intentara ayudarte con tus problemas de memoria.

Titubeo.

—¿De verdad puede ayudarme?

—Me gustaría intentarlo.

—No sé si nos hemos visto antes. No lo reconozco.

Este hombre me da miedo. Me está hablando de Jacob. En realidad, no entiendo qué está pasando.

—Ya lo sé, y lo siento. Pero mira, tengo algo que enseñarte en mi teléfono. Algo que dará fe de mí, que probará lo que digo.

No sé de qué me habla, pero observo cómo teclea en su pantalla.

—¿Lista? Mira. Esto prueba que nos hemos conocido. Lo grabamos la última vez, para que tú pudieras saberlo.

Se acerca hasta quedar a mi lado y alarga el teléfono de forma que tanto Paige como yo veamos la pantalla.

La miro. Veo al hombre en las imágenes, y también aparezco yo, y un chico con una gran mancha roja en un lado de la cara y unas facciones que me hacen llorar, porque sé que es mi hermano mayor, la persona a la que más quiero en el mundo, el chico que me dejaba pintarle las uñas de los pies, aunque aquí ya es mayor y tiene cicatrices.

El lado rojo de su cara se ve brillante y tenso, pero él parece feliz.

—Hola, Flora —dice Jacob, y el sonido de su voz me hace sonreír—. Éste soy yo, tu hermano Jacob, desde París, donde vivo. Mira. —Aparecen unas casas en la pantalla, y un río con barcas—. Tú también estás aquí, Flora. Has venido a visitarme y lo estamos pasando en grande. Me encanta tenerte aquí conmigo. Estamos con Joe Epstein, que lo sabe todo sobre memorias como la tuya. Aquí lo tienes. Estamos filmando esto, y guardándolo en mi teléfono y en el suyo, para que sepas que lo has conocido.

El doctor aparece en la pantalla. Tiene el mismo aspecto que ahora, sólo que lleva una camisa a cuadros azules.

—Hola, Flora —saluda—. Como ha dicho Jacob, soy Joe Epstein. Jacob y yo estamos en contacto desde hace algún tiempo. Tu madre no me quiere en tu vida, y tampoco que escriba artículos sobre ti o que te cite en las conferencias. Respeto por completo su derecho a tomar esa decisión.

—Pero yo no —interviene Jacob—. Y dentro de un par de años serás mayor de edad, así que la decisión será tuya, no de ella. Joe es un neurólogo brillante y quiere ayudar. Creo que deberíamos darle una oportunidad. En cuanto hayas cumplido los dieciocho, podrás venir a vivir aquí conmigo, si quieres.

Mi yo de la pantalla asiente con la cabeza al oír esas palabras. La mirada que dirijo a mi hermano es de amor absoluto, tanto desde la pantalla como desde aquí, desde la playa. Me estremezco. Quiero ver a Jacob.

—Bueno, pues para cuando volvamos a encontrarnos, Flora —dice el doctor en la imagen—, éste soy yo. Confío en que le halles sentido a todo esto y en que podamos hablar.

El vídeo se acaba. Miro al doctor real.

—¿Dónde está Jacob? —pregunto.

Advierto que el médico y Paige intercambian una mirada.

—Flora —interviene mi amiga, al tiempo que me rodea los hombros con el brazo—. Jacob murió. Lo siento muchísimo. Se puso enfermo y luego murió. No sabes cuánto lo siento.

Cierro los ojos. Quiero olvidar eso. Quiero que se me borre de la cabeza.

Paige señala al doctor con la cabeza.

—Nos queda muy poquito tiempo.

—Flora —dice él—, por lo visto, recientemente has experimentado lo que llamamos una «isla de memoria»: has logrado retener un recuerdo claro y, por lo que sabemos, exacto. Existen muchas razones por las que puede haber ocurrido algo así, pero podría suponer el principio de una remisión de tu amnesia. La vienes padeciendo desde hace mucho, y es algo bastante inusual. Me gustaría muchísimo que pudieras pasar algún tiempo conmigo. Tu caso es insólito y fascinante, y me encantaría intentar ayudarte todo lo posible.

Miro a Paige, totalmente perdida. Ella me da un apretón en la mano.

—Tranquila —dice—. Podemos hablar de esto con calma antes de que accedas a nada. Puedes volver a ver el vídeo, si te apetece. Todas las veces que quieras. El doctor Epstein me lo ha enviado, así que ahora yo también lo tengo en mi móvil.

Asiento. Paige se vuelve hacia el hombre.

—Muy bien. Gracias, doctor Epstein. Nos pondremos en contacto con usted en cuanto... —Veo que me mira otra vez—. Pero, por supuesto, depende de lo que tú quieras, Flora. Podemos llevarte lejos de aquí. Sólo si quieres irte, no estás obligada. Ya no estás tomando la medicación. Puedes decirles a tus padres que te marchas, sin más. O puedes irte y dejarles una carta.

Hace un día caluroso. Me aparto el pelo de la frente. No consigo imaginarme marchándome de aquí, pero estoy desesperada por hacer cosas, por hacer que pasen cosas. He estado en París. Acabo de ver un vídeo de mí misma en París. Es la capital de Francia, lo sé por el colegio. Y si soy capaz de ir a París, también soy capaz de ir a otros lugares. Puedo hacer cosas. Hay

todo un mundo ahí fuera.

—Sí —digo.

No sé muy bien a qué estoy accediendo exactamente, pero sé que quiero hacerlo. De un tiempo indeterminado a esta parte, he empezado a despertar y he comprendido que mi vida consiste en ver la tele y dormir.

Me da lástima el gato sin orejas. Me gustaría encontrarlo.

—¿Estás totalmente segura? Tendrás que poner mucho de tu parte, y no podrás escribirte gran cosa en el brazo por el momento, de modo que vas a tener que confiar en mí.

—Confío en ti.

—Y en el doctor Epstein.

—Sí, porque Jacob dijo que lo hiciera.

—Podemos marcharnos y correr una aventura, pero sólo si eso es lo que quieres. No pienso secuestrarte. Serás tú quien tome la decisión.

—Besé a un chico en la playa. Lo recuerdo.

—Sí, lo hiciste. Besaste a un chico en la playa. Y tienes dieciocho años. Eres mayor de edad y tienes opciones. El doctor Epstein volverá a encontrarse con nosotras en París, si quieres seguir un tratamiento como es debido. Ellos ya no pueden retenerte aquí.

Le sonrío. Aunque no sé gran cosa sobre nada, sí sé que tengo una historia. Sé que aún no ha terminado. Hay imágenes borrosas y sombras de aventuras, gente y sitios nuevos y sensacionales. Me vaya como me vaya en París, y sea lo que sea capaz de hacer el doctor Epstein, estaré ahí para averiguarlo.

—Sí —le digo a Paige.

Me miro la mano. Leo las palabras que hay escritas en ella. Me vuelvo hacia Paige y las digo en voz alta:

—Flora, sé valiente.

Normas de vida de Flora

No te dejes llevar por el pánico, porque lo más seguro es que todo esté orden y, si no lo está, el pánico sólo empeorará las cosas.

Siempre hay que intentar conseguir un asiento de ventana, así puedes saber exactamente dónde estás.

Sé valiente.

No te adentres nunca en el territorio de los osos polares.

Vive el momento siempre que puedas. Para eso no hace falta tener memoria.

Si tu piel no está en su mejor momento, el pintalabios impedirá que la gente se fije en ella.

No comas ballena.

No bebas cerveza, porque te hará vomitar.

No vayas a las Svalbard en invierno.

Si ves un gato sin orejas, deberías llevártelo a casa.

Agradecimientos

Este libro no existiría de no ser por una serie de personas fantásticas. En el ámbito editorial, ha sido increíble trabajar con las que siguen, y me siento muy afortunada por ello:

Lauren Pearson, Steph Thwaites, Ruth Knowles, Tig Wallace, Annie Eaton, Liza Kaplan, Talia Benamy, Natasha Collie, Clare Kelly, Wendy Shakespeare, Rebecca Ritchie y Emma Bailey, y el resto de los equipos en Penguin Random House y Curtis Brown.

Kate Apperley hizo un donativo a CLIC Sargent como parte de la subasta «Conviértete en personaje», en beneficio de los niños con cáncer, y se convirtió por tanto en la tía de Drake.

El doctor Kevin Fong me ayudó con los aspectos médicos de la historia y me proporcionó documentación sobre la amnesia; todos los errores y exageraciones son míos. El doctor Oliver Sacks también me fue de ayuda sin saberlo por haber escrito esos libros de referencia que tanto me inspiraron.

Obtuve todo tipo de apoyo práctico de, entre otras, las siguientes personas: Adam Barr, Charles Barr, Nigel y Bridget Guzek, Lucy Mann y Kevin Ashton.

En el aspecto emocional, no podría haber escrito este libro sin el apoyo de Craig, mi compañero en la vida, en la escritura y en todo lo demás, ni sin las maravillosas distracciones que me proporcionaron Gabe, Seb, Lottie, Charlie y Alfie.

El único recuerdo de Flora Banks

Emily Barr

ISBN edición en papel: 978-84-16555-05-5

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-95-8

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2018

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *The One Memory of Flora Banks*

Traducción del inglés: Patricia Antón de Vez

Ilustración de la cubierta: Penguin Random House UK

Copyright © Emily Barr, 2017

Publicado por primera vez en lengua inglesa por Penguin Books Ltd, Londres

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info